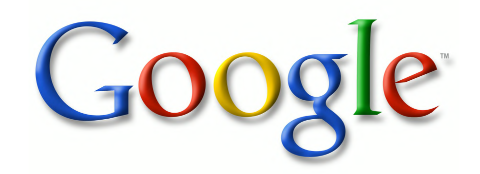
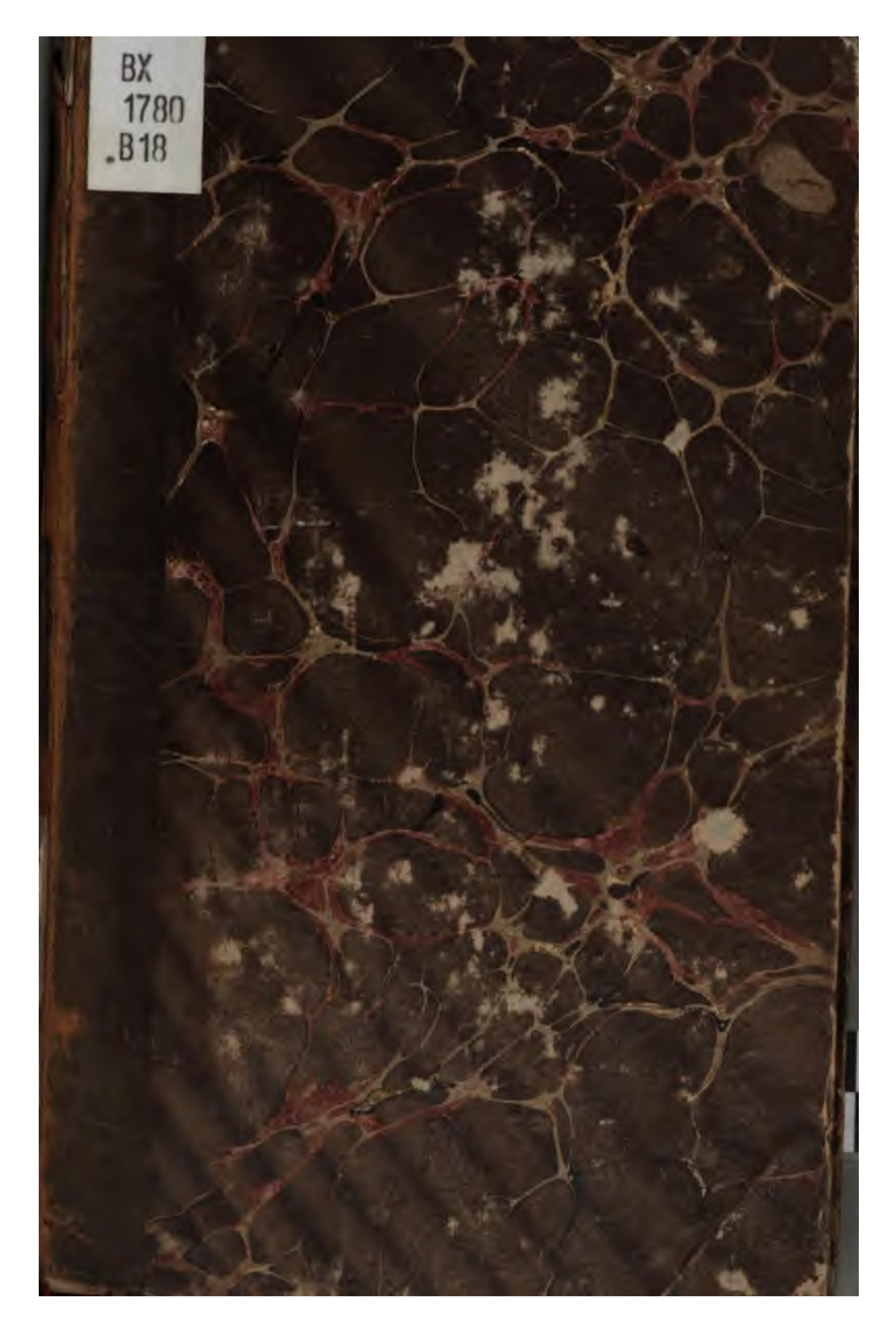



BX
1780
.B18


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

a Edicion

500

CARTAS A UN ESCÉPTICO

EN

MATERIA DE RELIGION.

CARTAS Á UN ESCÉPTICO

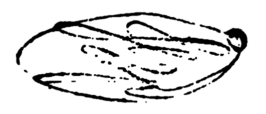
EN

MATERIA DE RELIGION

por

DON JAIME BALMES,

presbítero.





licencia.

Barcelona :

IMPRENTA DE A. BRUSI.

Calle de la Librería n.° 2.

1846

ADVERTENCIA.

De las veinte y cinco *Cartas* que se han reunido en este volúmen, las catorce salieron á luz en la Revista titulada *La Sociedad*, que el mismo autor publicaba en Barcelona, en los años de 1843 y 1844. Las personas que deseaban leerlas, tenian que adquirir toda la coleccion de dicha Revista; inconveniente que se trata de evitar con esta edicion. Para completar el trabajo, se publican once cartas inéditas, y que versan sobre puntos muy importantes. Esta coleccion puede considerarse como una apología de la Religion Católica, escrita con la variedad amena á que de suyo convida el estilo epistolar. La circunstancia de dirigirse todas las cartas á un escéptico, hace que se puedan presentar las pruebas, las dificultades, y las soluciones, bajo el aspecto mas acomodado al espíritu y necesidades de la época.

CARTAS Á UN ESCÉPTICO

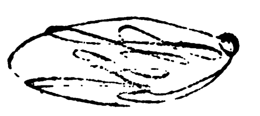
EN

MATERIA DE RELIGION

por

DON JAIME BALMES,

presbítero.





licencia.

Barcelona :

IMPRENTA DE A. BRUSI.

Calle de la Libretería n.º 2.

1846

CARTA PRIMERA.

Mi estimado amigo: difícil tarea me ha deparado V. en su apreciada, hablándome del escepticismo: este es el problema de la época, la cuestion capital, dominante, que se levanta sobre todas las demás, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situacion actual del espíritu humano tan tocado de esta enfermedad? ¿cuáles son los probables resultados que ha de acarrear á la causa de la religion? todo esto quiere V. que le diga; á todas estas preguntas exige V. una respuesta cabal y satisfactoria; añadiéndome, que «quizás de esta manera se esclarezcan algun tanto las tinieblas de su entendimiento, y se disponga á entrar de nuevo bajo el imperio de la fe.»

Deja V. entrever algunos recelos de que mis respuestas sean sobrado dogmáticas y decisivas; haciéndome la caritativa advertencia de que «es menester despojarse por un momento de las convicciones propias, y procurar que la discusion filosófica se resienta todo lo menos posible de la

invariable fijeza de las doctrinas religiosas.» Asomaba á mis labios la sonrisa al leer las palabras que acabo de transcribir, viendo que de tal manera vivia V. equivocado sobre la verdadera situacion de mi espíritu; pues se figuraba hallarme tan dogmático en filosofía como me habia encontrado en religion. Paréceme que á fuerza de declamar contra la esclavitud del entendimiento de los católicos, han logrado en buena parte su dañado objeto los incrédulos y los protestantes, persuadiendo á los incautos de que nuestra sumision á la autoridad de la Iglesia en materias de fe, quebranta de tal suerte el vuelo del espíritu y anonada tan completamente la libertad de examinar, hasta en los ramos no pertenecientes á religion, que somos incapaces de una filosofía elevada é independiente. Así tenemos por lo comun la desgracia, de que sin conocernos se nos juzgue, y sin oirnos se nos condene. La autoridad ejercida por la Iglesia católica sobre el entendimiento de los fieles, en nada cercena la libertad justa y razonable que se expresa en aquellas palabras del Sagrado Texto: *entregó el mundo á las disputas de los hombres.*

Todavía me atreveré á añadir, que seguros los católicos de la verdad en los negocios que mas les importan, pueden ocuparse de las cuestiones puramente filosóficas con ánimo mas tranquilo y sosegado, que no los incrédulos y escépticos; mediando entre ellos la diferencia que va de un observador que contempla los fenómenos terres-

tres y celestes desde un lugar á cubierto de todo peligro, á otro que se halla precisado á verificarlo desde una frágil tabla abandonada á la merced de las olas. ¿Cuándo entenderán los enemigos de la religion, que la sumision á la autoridad legítima nada tiene de servilismo, que el homenaje tributado á los dogmas revelados por Dios, no es torpe esclavitud, sino el mas noble ejercicio que hacer podamos de la libertad? Tambien los católicos examinamos, tambien dudamos, tambien nos engolfamos en el piélago de las investigaciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir la fe; porque así en la luz del dia como en las tinieblas de la noche, queremos saber dónde está el polo para dirigir cual conviene nuestro rumbo.

Habla V. de la flaqueza de nuestro espíritu, de la incertidumbre de los conocimientos humanos, de la necesidad de discutir con aquella modesta reserva inspirada por el sentimiento de la propia debilidad; ¿pues qué? ¿por ventura esas mismas reflexiones no son la mas elocuente apología de nuestra conducta? ¿no es esto mismo lo que estamos continuamente encareciendo, cuando probamos y evidenciamos que es útil, que es prudente, que es cuerdo, que es indispensable el vivir sometido á una regla? Supuesto que se ofrece la oportunidad, y que la buena fe exige que hablemos con toda sinceridad y franqueza, debo manifestarle, mi estimado amigo, que salvo en materias religiosas, me inclino á creer que no

lleva V. tan adelante el escepticismo como este que V. se imaginaba tan dogmático.

Hubo un tiempo en que el prestigio de ciertos nombres, el deslumbramiento producido por la radiante aureola que coronaba sus sienes, la ninguna experiencia del mundo científico, y sobre todo el fuego de la edad ávido de cebarse en algun pábulo noble y seductor, me habian comunicado una viva fe en la ciencia, y me hacian saludar con alborozo el dia afortunado, en que introducirme pudiera en su templo para iniciarme en sus profundos arcanos, siquiera como el último de sus adeptos. Oh! aquella era la mas hermosa ilusion que halagar pudo el alma humana: la vida de los sabios me parecia á mí la de un semidios sobre la tierra; y recuerdo que mas de una vez fijaba con infantil envidia mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano, que yo en mi inexperiencia conceptuaba gigante. Penetrar los principios de todas las cosas, levantar el tupido velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse á regiones superiores descubriendo nuevos mundos que se escapan á los ojos de los profanos, respirar en una atmósfera de purísima luz, donde el espíritu se despegara del cuerpo, adelantándose á gozar de las delicias de un nuevo porvenir; estos creia yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia; nadando en esta felicidad contemplaba yo á los sabios; viniendo por fin los aplausos y la gloria que á porfía los rodeaban, á solazarlos en los breves mo-

mentos en que descendiendo de sus celestiales excursiones se dignaban poner de nuevo sus piés sobre la tierra.

La literatura, me decia yo á mí mismo, sus investigaciones sobre lo bello, lo sublime, sobre el buen gusto, sobre las pasiones, les suministrarán reglas seguras para producir en el ánimo del oyente ó del lector el efecto que se quiera; sus estudios sobre la lógica é ideología les darán un clarísimo conocimiento de las operaciones del espíritu, y de la manera de combinarlas y conducirlas para alcanzar la verdad en todo linaje de materias; las ciencias matemáticas y físicas deben de rasgar el velo que cubre los secretos de la naturaleza; y la creacion entera con sus arcanos y maravillas se desplegará á los ojos de los sabios, como se desarrolla un raro y precioso lienzo á la vista de favorecidos espectadores; la psicología los llevará á formarse una completa idea del alma humana, de su naturaleza, de sus relaciones con el cuerpo, del modo de ejercer sobre este su accion, y de recibir de él las varias impresiones; las ciencias morales, las sociales y políticas, les ofrecerán en vasto cuadro la admirable armonía del mundo moral, las leyes del progreso y perfeccion de la sociedad, las infalibles reglas para bien gobernar; en una palabra, me imaginaba yo, que la ciencia era un talisman que obraba maravillas sin cuento, y que quien llegase á poseerla, se levantaba á inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad. ¡ Vana ilusion que

bien pronto comenzó á marchitarse, y que al fin se deshojó como flor secada por los ardores del estío!

Cuanto mas dorados habian sido mis sueños, y mayor por consiguiente mi avidez de conocer lo que tenian de realidad, tanto mas dura fué la leccion que recibí y mas temprana vino la hora de entender mi engaño. Apenas entrado en aquellas asignaturas donde se ventilan algunas cuestiones importantes, principió mi espíritu á sentir una inquietud indefinible, á causa de no hallarme bastante ilustrado por lo que leia ni por lo que oia. Ahogaba en el fondo de mi alma aquellos pensamientos que surgian incesantemente sin poderlo yo remediar; y procuraba acallar mi descontento, lisonjeándome con la esperanza de que para mas adelante me estaba reservado el quedarme enteramente satisfecho. «Será menester, me decia yo, ver primero todo el cuerpo de doctrina, de la cual no alcanzas ahora mas que los primeros rudimentos; y entonces á no dudarlo, encontrarás la luz y la certeza que en la actualidad echas menos.»

Difícilmente hubiera podido persuadirme á la sazon, que hombres cuya vida se habia consumido en ímprobos trabajos, y que con tal seguridad ofrecian al mundo el fruto de sus sudores, hubiesen aprendido sobre las gravísimas materias de que se ocupan, poco mas que el arte de hablar con facilidad en pro ó en contra de una opinion, metiendo mucho ruido con palabras hue-

cas, y con discursos pomposos. Todas mis dificultades, todas mis dudas y escrúpulos, todo lo atribuia á mi inexperiencia, á mi torpeza en comprender el sentido de lo que me decian autores tan respetables: por cuyo motivo se apoderó de mí la idea de saber el arte de aprender. No se afanaron tanto los antiguos químicos en pos de la piedra filosofal, ni los modernos publicistas en busca del equilibrio de los poderes, como yo andando en zaga del arte maravilloso: y Aristóteles, con sus infinitos sectarios, y Raimundo Lulio, y Descartes, y Malebranche, y Locke, y Condillac, y no sé cuántos menos notables, cuyos nombres no recuerdo, no bastaban á satisfacer mi ardor. Quien me ocupaba y confundia con las mil reglas sobre los silogismos, quien señalaba mayor importancia á los juicios y proposiciones, quien á la claridad y exactitud de la percepcion, quien me abrumaba con preceptos sobre el método, quien me llevaba de la mano á la investigacion del orígen de las ideas, dejándome mas en oscuras que antes; en breve, no tardé en advertir que cada cual echaba por su camino favorito, y que á quien en seguirlos se empeñase le habian de volver la cabeza.

Estos señores directores del entendimiento humano, dije para mí mismo, no se entienden entre sí: esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua; con la diferencia de que allí el orgullo acarreó el castigo de la confusion y aquí la confusion misma aumenta el orgullo, erigién-

dose cada cual en único legítimo maestro, y pretendiendo que todos los demás no ofrecen para el derecho de enseñanza sino títulos apócrifos. Al propio tiempo, iba notando que lo mismo con corta diferencia sucedia en los demás ramos del humano saber; con lo que entendí, que era necesario, urgente, desterrar la hermosa ilusion que sobre las ciencias me habia formado. Estos desengaños habian preparado mi espíritu á una verdadera revolucion; y aunque vacilando algunos momentos, al fin me decidí á pronunciarme contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera, escribí en ella: *abajo la autoridad científica.*

Nada tenia yo para sustituir al poder destruido, porque si esos respetables filósofos sabian poco sobre las altas cuestiones cuya solucion andaba buscando, yo sabia menos que ellos, pues que no sabia nada. Ya puede V. imaginarse que no dejaria de serme doloroso el consumar una revolucion semejante; y que á veces hasta me acusaba de ingrato, cuando llevando la revolucion hasta sus últimas consecuencias, forzaba á emigrar de mi espíritu personas tan respetables, como Platon, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Locke y Condillac. La anarquía era el necesario resultado de un paso semejante; pero yo me resignaba gustoso á ella, antes que llamar nuevamente al gobierno de mi entendimiento á estos señores que así me habian engañado. Además, que habiendo probado ya el placer de la

libertad, no queria deslustrar el triunfo, pasando por las horcas caudinas.

Apremiado mi espíritu por la sed de verdad, no podia quedar en un estado de completa inercia; y así es que emprendí buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado á ignorarla, mientras vive en este mundo. Sin duda creerá V. que un escepticismo universal fué el inmediato resultado de mi revolucion, y que concentrado dentro de mí mismo, dudé de la existencia del mundo que me rodeaba, dudé de la existencia de mi propio cuerpo, y que temeroso de que no se me escapara toda existencia, y que á manera de encantamiento me hallase reducido á la nada, me apresuré á asirme del raciocinio de Descartes: *yo pienso, luego soy: ego cogito ergo sum*. Pues nada de eso, mi estimado amigo; que si bien tenia alguna aficion á la filosofía, no estaba sin embargo fanatizado por el filósofo; y sin reflexionar mucho me convencí de que dudar de todo es carecer de lo mas precioso de la razon humana, que es el sentido comun. No me faltaba la noticia del axioma ó entimema de Descartes, y de otras semejantes proposiciones ó principios; pero siempre me pareció que tan cierto me estaba de que existia como de que pensaba, como de que tenia cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodeaba; y por consiguiente, reservándome fingir por algunos momentos esa duda, para cuando el ocio

y el humor lo consintieran, me quedé con todas las convicciones y creencias que antes, salvo las llamadas filosóficas. Para estas fuí, y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el exámen, la evidencia, la demostracion; enhorabuena; pero sepa al menos que cuando seamos hombres y no mas, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual á nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de exámen, exigiremos evidencia, pediremos demostracion seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne á sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias.

Claro es que en este naufragio universal de las convicciones filosóficas, no entraban las religiosas: estas las habia adquirido por otro camino, se presentaban á mi espíritu con otros títulos, y sobre todo se encaminaban de suyo á dirigir la conducta, á hacerme nó sabio sino bueno; de consiguiente contra ellas no se irritó mi susceptibilidad pirrónica. Todavía mas: lejos de que sintiera inclinacion á separarme de las creencias que se me habian inspirado en la infancia, me convencí mas y mas de la necesidad, y hasta del interés propio que tenia en no perderlas; pues que comencé á mirarlas como la única tabla de salvacion en este proceloso mar de las cavilaciones humanas. Acrecentóse el deseo de aferrarme en

la fe católica, cuando ocupándome algunos ratos, con espíritu de completa independencia, en el exámen de las trascendentales cuestiones que la filosofía se propone resolver, me ví rodeado por todas partes de espesísimas tinieblas; sin que descubriese mas luz que algunas ráfagas siniestras, que sin alumbrar el camino, solo servian para hacerme visible la profundidad de los abismos á cuyo borde se hallaban mis plantas.

Por esto conservaba en el fondo de mi alma la fe católica como un tesoro de inestimable valor; por esto al encontrarme angustiado en vista de la nada de la ciencia del hombre, y cuando me parecia que la duda se iba apoderando de mi espíritu, haciendo desaparecer de mis ojos el universo entero, como desaparecen de la vista de los espectadores las mentirosas ilusiones con que por algunos momentos los ha entretenido un hábil prestigiador, daba una mirada á la fe, y su solo recuerdo era bastante á confortarme y alentarme.

Recorriendo las cuestiones, que cual insondables piélagos rodean los principios de la moral, examinando los incomprensibles problemas de la ideología y de la metafísica, echando una ojeada á los misterios de la historia y á los escrúpulos de la crítica, contemplando la humanidad entera en su actual existencia y en los sombríos arcanos de su porvenir, deslizábanse á veces por mi entendimiento pensamientos aciagos, cual monstruos desconocidos que asoman su cabeza, asustando al viajero en una playa solitaria; pero yo

tenia fe en la Providencia, y la Providencia me salvó. Hé aquí cómo discurria para fortificar mi espíritu, dejando á la gracia que no dejara estériles mis débiles esfuerzos. «Si dejas de ser católico, no serás por cierto ni protestante, ni judío, ni musulman, ni idólatra; estarás pues de golpe en el Deismo. Entonces te hallarás con un Dios; pero no sabiendo nada sobre tu orígen y tu destino, nada sobre los incomprensibles misterios que por experiencia ves y sientes en tí mismo y en la humanidad entera, nada sobre la existencia de premios y penas en otro mundo, sobre la otra vida, sobre la inmortalidad del alma; nada sobre los motivos que haya podido tener la Providencia en condenar á sus criaturas á tantos sufrimientos sobre la tierra, sin darles ninguna noticia que consolarlas pudiera con la esperanza de otros destinos; nada entenderás de las grandes catástrofes que con tanta frecuencia ha padecido, padece y andará padeciendo el humano linaje; es decir que no hallarás la accion de la Providencia en ninguna parte, no hallarás por consiguiente á Dios, por tanto dudarás de su existencia, si es que no abraces decididamente el ateismo. Fuera Dios del universo, el mundo es hijo del acaso, y el acaso es una palabra sin sentido, y la naturaleza un enigma, y el alma humana una ilusion, y las relaciones morales nada, y la moral una mentira. Consecuencia lógica, necesaria, inflexible; término fatal que no puede el hombre contemplar sin estremecerse, negro é insondable

abismo al cual no cabe abocarse sin espanto y horror. »

Así medía el camino que me era preciso seguir, una vez apartado de la fe católica, si continuar intentara en el exámen filosófico sacando consecuencias de los principios que yo propio hubiera sentado en el momento de la defeccion. A tanta insensatez no queria yo llegar, no queria suicidarme de tal suerte matando mi existencia intelectual y moral, apagando de un soplo la sola antorcha que alumbrarme podia en el breve trecho de la vida. Así me he quedado con mucha desconfianza en la ciencia del hombre, pero con profunda fe religiosa: llámelo V. pusilanimidad ó como mas le agradare; no creo sin embargo, que me pese de la resolucion cuando me halle al borde de la tumba.

Hay en las regiones de la ciencia como en los senderos de la práctica, ciertas reglas de buen juicio y prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse á vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario á los principios de la sana razon. Por esta causa, debe condenarse como insensato el sistema de un escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas; sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta ó aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razon es en

materias religiosas: porque siendo estas de un órden muy elevado, y rozándose en muchos puntos con las torcidas inclinaciones del corazon, tan presto como la razon empieza á cavilar y sutilizar en demasía, se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su presuncion y orgullo. Quédase el entendimiento en un cansancio, en un abatimiento, en una postracion indecibles, desde que se ha levantado contra el cielo; como nos cuentan las historias de aquel brazo que en el momento de extenderse á un objeto sagrado se sintió herido de parálisis.

Singularidad notable! el escepticismo religioso sirve únicamente en medio de la dicha terrena, solo se alberga tranquilamente en el hombre, cuando rebosando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo, en que le será preciso al espíritu el despegarse del cuerpo mortal y pasar á otra vida. Pero desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades como heraldos de la muerte, á indicarnos que no está lejos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgantes de un hilo sobre el abismo de la eternidad, entonces el escepticismo deja de ser satisfactorio; la mentida seguridad que poco antes nos proporcionara, se trueca en incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto. Entonces el escepticismo deja de ser cómodo, y pasa á ser horroroso; y en su mortal postracion

busca el hombre la luz y no la encuentra, llama á la fe, y la fe no le responde; invoca á Dios, y Dios se hace sordo á sus tardías invocaciones.

Y para ser el escepticismo duro, cruel tormento del alma, no es necesario hallarse en esos trances formidables en que el hombre fija azorada su vista en las tinieblas de un incierto porvenir; en el curso ordinario de la vida, en medio de los acontecimientos mas comunes, siente mil veces el hombre cual cae gota á gota sobre su corazon el veneno de la víbora que en su seno abriga. Momentos hay en que los placeres cansan, el mundo fastidia, la vida se hace pesada, la existencia se arrastra sobre un tiempo que camina con lentitud perezosa. Un tedio profundo se apodera del alma; un indecible malestar la aqueja y atormenta. No son los pesares abrumadores destrozando el corazon, no es la tristeza abatiendo el espíritu, y arrancándole dolorosos suspiros por medio de punzantes recuerdos: es una pasion que nada tiene de vivo, de agudo, es una languidez mortal, es un disgusto de cuanto nos circunda, es un penoso entorpecimiento de todas las facultades, como aquel desasosegado estupor que en ciertas dolencias anuncia crísis peligrosas. ¿A qué estoy yo en el mundo? se dice el hombre á sí mismo? ¿Qué ventajas me trae el haber salido de la nada? ¿Qué pierdo apartándome de la vista de una tierra, para mí agostada, de un sol que para mí no brilla? El dia de hoy es insípido

como el dia de ayer, y el dia de mañana lo será como el de hoy; mi alma está sedienta de gozar y no goza; ávida de dicha y no la alcanza; consumiéndose como una antorcha que por falta de pábulo desfallece. ¿No ha sentido V. repetidas veces, mi estimado amigo, este tormento de los afortunados del mundo, ese gusano roedor de los espíritus que se pretenden superiores? ¿no asoma jamás en su pecho ese movimiento de desesperacion que se ofrece al hombre como el único remedio á un mal tan insuportable? Pues sepa V. que uno de sus funestos manantiales es el escepticismo, ese vacío del alma que la desasosiega y atormenta, esa ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza, esa incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el orígen y destino del hombre. Vacío tanto mas sensible, cuanto recae en almas ejercitadas en el discurso por el estudio de las ciencias, excitadas en todas sus facultades mentales por una literatura loca que solo se propone producir efecto, aunque sean los sacudimientos de la electricidad ó las convulsiones del galvanismo; almas que sienten avivadas y aguzadas todas las pasiones por un mundo sagaz, que les habla en todos los idiomas y las conmueve de tan varias maneras, echando mano de infinidad de recursos.

Hé aquí, mi estimado amigo, lo que pienso del escepticismo, lo que opino de sus efectos sobre el espíritu humano. Le considero como una de las plagas características de la época, y uno de

los mas terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

¿Cómo se puede remediar un mal tamaño? no lo sé; pero sí me atreveré á decir que se pueden atajar algun tanto sus progresos; y me inclino á esperar que así se hará, siquiera por el interés de la sociedad, por el buen órden y bienestar de la familia, por el reposo y sosiego del individuo. El escepticismo no ha caido de repente sobre los pueblos civilizados; es una gangrena que ha cundido con lentitud; lentamente se ha de remediar tambien; y seria uno de los mas estupendos prodigios de la diestra del Omnipotente, si para su curacion no fuera menester el trascurso de muchas generaciones.

Así entenderá V., mi estimado amigo, que no me hago ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas; y que flotando yo en medio de las olas sobre la tabla que me conducirá á salvamento, no pierdo de vista el destrozo que en mis alrededores existe, no olvido la funesta catástrofe que han sufrido los espíritus por un fatal concurso de circunstancias durante los tres últimos siglos.

¿Cómo permite Dios, me dice V., que ande fluctuando la humanidad en medio de tantos errores, y que de tal suerte se extravie sobre los puntos que mas le interesan? Esta dificultad no se limita á la permision divina con respecto á las sectas separadas, sino que se extiende á las demás religiones; y como estas han sido muchas y

extravagantes desde que el humano linaje se apartó de la pureza de las tradiciones primitivas, la objecion abarca la historia entera, y el pedir su solucion es nada menos que demandar la clave para explicar los arcanos que en tanta abundancia se ofrecen en la historia de los hijos de Adan.

No es este asunto que se preste á ser aclarado en pocas palabras, si aclaracion llamarse puede lo que sobre tan profundo misterio alcanza el débil hombre; como quiera, procuraré hacerlo en otra carta, dado que la presente va tomando mas ensanche del que fuera menester.

Manifestada tiene V. mi opinion sobre el escepticismo religioso, y declarado tambien cuál se aviene la fe católica con una prudente desconfianza de los sistemas de los filósofos. Muchos quizás no se avengan con esta manera de mirar las cosas; sin embargo la experiencia demuestra que el espíritu se halla muy bien en este estado; y que cierto grado de escepticismo científico, hace mas fácil y llevadera la fe religiosa. Si en ella no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva mas de 18 siglos de duracion, que tiene en confirmacion de su divinidad su misma conservacion al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevacion de sus dogmas, la pureza de su moral, su admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime

los inefables beneficios que ha dispensado á la familia y á la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los países donde se ha establecido, y la degradacion, el envilecimiento que sin escepcion veo reinando allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto á la fe, haria un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razon, por no perder la tranquilidad de espíritu.

Dé V. una ojeada en torno, mi estimado amigo: no verá mas por do quiera que horribles escollos, regiones desiertas, playas inhospitalarias. Este es el único asilo para la triste humanidad: arrójese quien quiera al furor de las olas, yo no dejaré esta tierra bendita donde me colocó la Providencia. Si algun dia fatigado y rendido de luchar con las tempestades se aproxima V. á las venturosas orillas, se tendrá por feliz si en algo puede favorecerle tendiéndole una mano auxiliadora este S. S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA II.

Voy á pagar, mi estimado amigo, la deuda que en mi anterior contraje, de responder á la dificultad que V. me proponia, relativa á la permision de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religion, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mirarla cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré ademas, que no niego que haya en esto un misterio profundo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objecion indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos mas mella de la que hacerles debiera; y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la Religion Católica, que

antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay mas que una religion verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvacion, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables á Dios; y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa, que consideramos como una inmensa calamidad la alteracion de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en qué estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religion que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distincion de razas, pueden contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado á los católicos,

para quienes no hay verdad ni salvacion fuera de la Iglesia, y que además están obligados á mirar á todos los hombres como hermanos, y desearles de lo íntimo del corazon que abran los ojos á la luz de la fe, y que entren en el camino de la salud eterna. Bien se echa de ver que no trato como suele decirse de huir el cuerpo á la dificultad, y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy á examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista, en que por desgracia no se la considera comunmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice, *quod nimis probat nihil probat; lo que prueba demasiado no prueba nada*; lo que significa, que cuando un argumento cualquiera no solo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino tambien lo que á las claras es falso; de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razon en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce á un resultado falso, ha de ser falso tambien; luego por mas especioso que sea un argumento, por mas apariencias que tenga de solidez, por el mismo hecho de llevarnos á una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de que ó entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, ó algun vicio de razonamiento en el enlace de las mismas, y por tanto en la deduccion á que nos lleva. Si por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostracion pruebo que dicha suma es mayor

que dos rectos, esta demostracion de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser: y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vicio en la demostracion, y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: si examinando un antiguo manuscrito, pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razon crítica, de la que resulten condenados tambien, códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que debo apartarme de mi razonamiento, seguro de que está mal concebido: prueba demasiado, y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narracion de un viajero, me empeño en que se ha de dar fe á sus palabras alegando razones de las que se infiriese que es menester dar crédito á otras relaciones conocidamente falsas, mi manera de discurrir seria mala tambien porque probaria demasiado.

Perdone V., mi querido amigo, si me he detenido algun tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestion que nos ocupa: y con esto entenderá V. que no juzgo del todo inútiles las reglas para bien discurrir, y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende á todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios. Se nos objeta á los católicos la multiplicidad de religiones, co-

mo si á nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí pueden resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos pues que no solo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además: si la dificultad que se levanta contra la permision de este mal significa algo, es nada menos que una completa negacion de toda providencia, es decir la negacion de Dios, el ateismo. La razon es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está á nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos; si se pretende pues que la Providencia no puede permitirlo, se pretende tambien que la Providencia no existe, es decir, que no hay Dios.

Infiérese de aquí, que la permision de la muchedumbre de religiones, es una dificultad que embaraza al católico y al protestante, al idólatra y al musulman, al hombre que admite una religion cualquiera, como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcoran y su Profeta, pretendiendo que su religion es verdadera, y que ha sido revelada por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: « si tu creencia es verdadera, ¿ cómo es

que Dios permite tantas otras? si se engañan miserablemente los que viven en religion diferente de la tuya, ¿por qué permite Dios que todos los demás pueblos del mundo permanezcan privados de la luz?» A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que él mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada; y hasta me atreveré á decir, que menos imposible se hace el concebir el ateismo en todo su horror y negrura, que no la opinion que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo pues la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pié la misma dificultad arriba propuesta; ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio mas grave é importante que es la religion? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese, y el culto en que le tribute la expresion de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos, ¿cómo es posible que á los ojos de un Ser de infinita verdad, sean indiferentes la verdad y el error? ¿cómo es dable concebir que á los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominacion? ¿cómo es posible que un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente próvido, no haya cuidado de proporcionar á sus criaturas algunos medios para alcanzar la

verdad, para saber cuál era el modo que le era agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones solo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas, fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creacion, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios puede darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea V., mi estimado amigo, cuán bien se aplica á esta cuestion el principio dialéctico que mas arriba he recordado; y cómo una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos, no les toca á ellos únicamente, sino á todos los hombres que profesan una religion, y aun á los puros deistas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? Hé aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente; hé aquí la manera de discurrir mas conforme á razon: «El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe tambien, no es menos cierto; en apariencia, son dos cosas que

no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradiccion no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer pues es buscar el modo con que pueda desaparecer esta contradiccion, y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.»

Si bien se observa, en los negocios mas comunes de la vida, hacemos á cada paso un raciocinio semejante. Nos encontramos con dos hechos, cuya coexistencia nos parece imposible, á nuestro juicio se excluyen, se repugnan; pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que nó. «Esto es para mí un misterio, decimos, no lo entiendo, me parece imposible que así sea, pero veo que así es.» En seguida, si la cosa merece la pena, buscamos la razon secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho á desechar aquellos extremos, de cuya existencia no podemos dudar, por mas que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá V., mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide á menudo, el emplear en el exámen de las verdades mas importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios mas comunes; y rechazamos como ofensiva de

nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razon, aquella conducta que no vacilamos en seguir á cada paso en la direccion y arreglo de nuestros mas pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica, y por la mas sana prudencia, que me sirven sobre manera en muchas otras dificultades pertenecientes á la religion, y no dejan que se perturbe mi espíritu á la vista de la oscuridad que en ellas descubro, y que en mi debilidad no soy bastante á desvanecer. ¿Qué consideraciones mas espantosas que las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y predestinacion? Si el hombre no atiende á mas que á la certeza é infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobrecogido de horror, erízansele los cabellos á la sola consideracion de la fijeza del destino, la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él, ya sabia Dios cuál habia de ser su paradero; pero, tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y á la desesperacion que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegarse, halla aquí un misterio pavoroso es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

« ¿Eres libre, se dice á sí mismo, para obrar el bien y el mal? sí, dudarlo no puedes, te lo enseña la fe, te lo dicta la razon, lo experimentas por el sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas mas cierto de tu

existencia que de tu libre albedrío. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios. »

« Este misterio que yo no comprendo, ¿ debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien, y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿es prudente, es lógico el pensar que haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que por consiguiente son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? Nó. ¿ Y por qué? porque lo que prueba demasiado no prueba nada; y si este raciocinio valiera, se seguiria que tampoco he de cuidar de mis negocios temporales, porque al fin no será de ellos mas de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razon, no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuesto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme á tal regla me privaria de sentido comun, hasta de juicio, haria de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle á Dios sus incomprensibles arcanos, y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente. »

A esto vienen á parar muchas de las dificultades que contra la religion se proponen: miradas

superficialmente ofrecen una balumba abrumadora ; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razon y del buen sentido, desaparecen cual vanas fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razon de que Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que mas interesa al humano linaje. La explicacion de este misterio, yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la Religion Católica sobre la prevaricacion y consiguiente degeneracion de la descendencia de Adan. *El pecado,* y como su consiguiente castigo, *las tinieblas en el entendimiento, la corrupcion en la voluntad*; hé aquí la fórmula para resolver el problema ; revolved la historia, consultad la filosofía, nada os dirán que pueda ilustraros, si no se atienen á este hecho misterioso, oscuro, pero que como ha dicho Pascal, es menos incomprensible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; solo por ella alcanzamos á explicar esas lamentables aberraciones de la mayor parte de la humanidad; no hay otro medio de dar una explicacion plausible á esta calamidad inmensa, como ni á tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incomprensible, es verdad ; pero atreveos á desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es mas que una serie de catástrofes sin razon ni objeto, y la vida

del individuo es una cadena de miserias ; y no encontrais por do quiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensacion ; todas las ideas de órden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y renegando de la creacion, acabais por negar á Dios.

Sentad al contrario este dogma como piedra fundamental, el edificio se levanta por sí mismo, vivísima luz esclarece la historia del género humano, divisais razones profundas, adorables designios, allí donde no vierais sino injusticia, ó acaso ; y la serie de los acontecimientos desde la creacion hasta nuestros dias se desarrolla á vuestros ojos, como un magnífico lienzo donde encontrais las obras de una justicia inflexible, y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduría infinita.

Si entonces me preguntais ¿ por qué tan considerable porcion de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte ; os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha transmitido á toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado de ceguera. Esta calamidad, grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que á todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adan cuando le dijo Dios : « Adan dónde estás ?» resuenan dolorosamente todavía despues de tantos

siglos: y en todos los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada á la entrada del paraíso. El *sudor del rostro*, *la muerte*, se os ofrecerán por do quiera: en ninguna parte notaréis que las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y de la expiacion.

Cuanto mas se medita sobre estas verdades mas profundas se las encuentra: *in sudore vultus tui vesceris pane*, comerás el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al primer padre; y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena, y haced las aplicaciones á cuántos objetos os plazca, y no hallaréis nada que de ella se exceptúe. *No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios;* no se verifica pues la terrible pena, solo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne á nuestra perfeccion. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos, no llega jamás al punto que desea, sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra en vez de frutos, le da *espinas y abrojos*. ¿Ha de descubrir una verdad? no la alcanza sino despues de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores; ¿ha de perfeccionar un arte? cien y cien inútiles tentativas fatigan á los que en ello se ocupan, y á buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organizacion social y po-

lítica ? sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneracion; y á menudo, despues de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemian. ¿Se ha de comunicar á un pueblo la civilizacion ó cultura de otro? la inoculacion se hace con hierro y fuego: generaciones enteras se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No veréis el genio sin grandes infortunios; nó la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; nó el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; nó el heroismo sin la persecucion ; todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiacion, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de la humanidad: historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales donde quiera que los hijos de Adan hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, por qué no ha llamado mas la atencion este punto de vista, y por qué han debido escandalizarse tanto los filósofos, de los dogmas de la religion que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada dia. La prevaricacion y degeneracion del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre; y si á esto se añade el adorable misterio

de la reparacion, comprada con la sangre del Hijo de Dios se forma el mas admirable conjunto que imaginarse pueda; un sistema tan sublime, que á la primera ojeada manifiesta su orígen divino. Nó, no pudo nacer de cabeza humana combinacion tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupendo, donde se trabaran de tal suerte unos arcanos con otros arcanos, que del fondo de su oscuridad pavorosa arrojaran rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el orígen y destinos del hombre andaba hacinando la filosofía.

Esto es lo principal que tenia que decirle á V. sobre las dificultades propuestas; ignoro si V. quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y conviccion de que soy capaz, es que, en las obras de todos los filósofos desde Platon hasta Cousin, no hallará V. sobre este particular nada con que un espíritu sólido pueda contentarse, si no está tomado de la religion. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado á dudar de la divinidad del cristianismo, no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras; si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningun confin del horizonte un rayo de luz, y se abandonan al *positivismo*, ó en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y pla-

ceres; si su alma ha nacido para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas, y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus dias con la duda en el entendimiento, y la tristeza en el corazon.

En la actualidad, entusiasta como es V. de la filosofía, y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero dia vendrá, en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. Nó, no necesitará V. que la tardía vejez cargada de escarmientos y desengaños, venga á abrirle los ojos: no sé si los abrirá V. para ver y abrazar la verdadera religion, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al orígen, vida y destino del hombre. ¿Qué mas? ni siquiera necesitará V. estudiarlos á fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado á sus propios recursos: en el vestíbulo mismo del templo de la filosofía, encontrará la duda y el escepticismo; y penetrando en su santuario oirá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas é ininteligibles y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada pretericion las cuestiones que mas de cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los va-

nos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni se abandone á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la oscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad, y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del dia. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro dia, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusion; entre tanto disponga de su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA III.

Mi querido amigo: cuando segun me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una seria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V., de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobre manera el camino á la discusion, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y nó sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V.; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponia en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebia tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusion era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: « me parece que podemos pasar adelante; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es

la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusion de ideas trastornadas por la impiedad! y este hombre por otra parte era de mas que mediana instruccion, y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque cuando menos ha producido un gran bien, cual es, el que V. se explica sobre este particular de tal modo, que revelando mucho buen sentido, me hace concebir grandes esperanzas de que no serán estériles mis esfuerzos. Una y mil veces he leido aquellas juiciosas palabras de su apreciada, en las que expone el punto de vista bajo el cual considera esta importante verdad. Permítame V. que se las reproduzca en la mia, y que le recomiende encarecidamente que no las olvide jamás. «Nunca me » he devanado mucho los sesos en buscar pruebas » de la existencia de Dios: la historia, la física, la » metafísica servirán para esta demostracion todo » lo que se quiera, pero yo confieso ingenuamen» te que para mi conviccion no he menester tan» to aparato científico. Saco la muestra de mi fal» triquera, y al contemplar su curioso mecanis» mo, y su ordenado movimiento, nadie seria » capaz de persuadirme que todo aquello se ha » hecho por casualidad, sin la inteligencia y el » trabajo de un artífice: el universo vale, á no du» darlo, algo mas que mi muestra, álguien pues » debe de haber que lo haya fabricado. Los ateos

» me hablan de casualidad, de combinaciones de » átomos, de naturaleza, y de qué sé yo cuántas » cosas; pero sea dicho con perdon de estos se» ñores, todas estas palabras carecen de sentido.» Nada tengo que advertir á quien con tanto pulso aprecia el valor de los dos sistemas; estas palabras tan sencillas como profundas, las estimo yo en mas que un tomo lleno de razones.

Pasando al punto de que me habla V. en su apreciada, comenzaré por decirle que me ha hecho gracia el que V. abra la discusion religiosa, atacando el dogma de la eternidad de las penas. No esperaba yo que acometiera V. tan pronto por este flanco; y vaya dicho entre los dos, esta anomalía me ha dado á entender que V. le ha cobrado al infierno un poquito de miedo. La cosa no es para menos, y el negocio es grave, urgente; de aquí á pocos años hemos de saber por experiencia propia lo que hay sobre este particular, y dice V. muy bien, que «para los que se engañan » en esta materia, el chasco debe de ser pesado » en demasía.»

No tengo dificultad en abordar por este lado las cuestiones religiosas; pero no puedo menos de observar que no es este el mejor método para dejarlas aclaradas cual conviene. Las doctrinas católicas forman un conjunto tan trabado, y en que se nota tan recíproca dependencia, que no se puede desechar una sin desecharlas todas; y al contrario, admitidos ciertos puntos capitales, es imposible resistirse á la admision de los de-

más. Sucede muy á menudo, que los impugnadores de esas doctrinas escogen por blanco una de ellas, tomándola en completo aislamiento, y amontonando las dificultades que de suyo presenta, atendida la flaqueza del entendimiento del hombre. « Esto es inconcebible, exclaman, la religion que lo enseña no puede ser verdadera ; » como si los católicos dijésemos que los misterios de nuestra religion están al alcance del hombre ; como si no estuviéramos asegurando continuamente, que son muchas las verdades á cuya altura no puede elevarse nuestra limitada comprension.

Al leer ú oir la relacion de un fenómeno ó suceso cualquiera, nos informamos ante todo de la inteligencia y veracidad del narrador ; y en estando bien asegurados por este lado, por mas extraña que la cosa contada nos parezca, no nos tomamos la libertad de desecharla. Antes que se hubiese dado la vuelta al mundo, pocos eran los que comprendian cómo era posible que volviese por oriente la nave que habia dado la vela para occidente ; pero, ¿ bastaba esto para resistirse á dar crédito á la narracion de Sebastian de Elcano, cuando acababa de dar cima á la atrevida empresa del infortunado Magallanes ? Si levantándose del sepulcro uno de nuestros mayores, oyera contar las maravillas de la industria en los países civilizados, ¿ deberia por ventura andar mirando detalladamente la relacion que se le hace de las funciones de esta ó aquella máquina, de los agen-

tes que la impulsan , de los artefactos que produce, y desechar en seguida lo que á él le pareciese incomprensible? Por cierto que nó: y procediendo conforme á razon y á sana prudencia, lo que debiera hacer seria, asegurarse de la veracidad de los testigos, examinar si era posible que ellos hubiesen sido engañados, ó si podrian tener algun interés en engañar; y cuando estuviese bien cierto de que no mediaba ninguna de estas circunstancias, no podria sin temeridad, rehusar el asenso á lo que se le refiriera, por mas que á él le fuera inconcebible, y le pareciese que pasaba los límites de la posibilidad.

De una manera semejante conviene proceder cuando se trata de materias religiosas: lo que se debe examinar es, si existe ó nó la revelacion, y si la Iglesia es ó nó depositaria de las verdades reveladas: en teniendo asentadas estas dos bases, ¿qué importa que este ó aquel dogma se muestren mas ó menos plausibles, que la razon se halle mas ó menos humillada, por no llegar á comprenderlos? ¿Existe la revelacion? ¿Esta verdad es revelada? ¿Hay algun juez competente para decidirlo? ¿Qué dice sobre el dogma en cuestion el indicado juez? Hé aquí el órden lógico de las ideas , hé aquí el órden lógico de las cuestiones, hé aquí la manera de ilustrarse sobre estas materias; lo demas es divagar, es exponerse á perder tiempo en disputas que á nada conducen.

Lejos de mí el intento de huir por medio de estas observaciones, el cuerpo á la difiultad; pero

nunca habrá sido fuera del caso el emitirlas para que se tengan presentes cuando sea menester. Voy al punto de la dificultad. Dice V. que « se le » hace muy cuesta arriba el dar crédito á lo que » nos están diciendo los predicadores sobre las » penas del infierno, y que repetidas veces ha oi- » do cosas que de puro horribles rayaban en ridí- » culas. » Resérvome para mas allá el decirle á V. cosas curiosas sobre esos horrores ; por ahora, y no sabiendo á punto fijo cuáles son los motivos de queja que tiene V. sobre el particular, me contentaré con advertir que nada tiene que ver el dogma católico, con esta ó aquella ocurrencia que haya podido venirle á un orador. Lo que enseña la Iglesia es, que *los que mueren en mal estado de conciencia, es decir en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin*. Hé aquí el dogma ; lo demás que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas, no es de fe : pertenece á aquellos puntos sobre los que es lícito opinar en diferentes sentidos, sin apartarse de la fe católica. Lo que sí sabemos, pues que la Escritura lo dice expresamente, es, que estas penas serán horrorosas : y bien ¿para qué necesitamos saber lo demás? ¡ penas terribles, y sin fin!.. ¿no basta esta sola idea para dejarnos con escasa curiosidad sobre el resto de las cuestiones que aquí se pueden ofrecer?

« ¿Cómo es posible, dice V., que un Dios infinitamente misericordioso castigue con tanto rigor ? » ¿cómo es posible, contestaré yo, que un

Dios infinitamente justo, no castigue con tanto rigor, despues de haber procurado llamarnos al camino de la salvacion por los muchos medios que nos proporciona durante el curso de nuestra vida? Cuando el hombre ofende á Dios, la criatura ultraja al Criador, el ser finito al ser infinito; esto reclama pues un castigo en cierto modo infinito. En el órden de la justicia humana es mas ó menos criminal el atentado, segun es la clase y la categoría de la persona ofendida: ¿con qué horror no es mirado el hijo que maltrata á sus padres? ¿qué circunstancia mas agravante que la de ofender á una persona en el acto mismo en que nos está dispensando un beneficio? Pues bien, aplíquense estas ideas; adviértase que en la ofensa del hombre á Dios, hay la rebelion de la nada contra un ser infinito, hay la ingratitud del hijo con el padre, hay el desacato del súbdito contra su supremo Señor, de una débil criatura contra el Soberano de cielo y tierra: ¡cuántos motivos para afear la culpa! ¡cuántos títulos para aumentar la severidad de la pena! Por un simple acto contra la vida ó la propiedad de un individuo, castiga la ley humana al reo con la pena de muerte; es decir, con la mayor de las penas que sobre la tierra existen, esforzándose en cierto modo en aplicar un castigo infinito, pues que priva al ajusticiado de todos los bienes de la sociedad, para siempre; ¿por qué pues el Juez Supremo, no podrá castigar tambien al culpable con penas que duren para siempre? Y nótese bien, que la

justicia humana no se satisface con el arrepentimiento; consumado el crímen le sigue la pena, y no basta que el criminal haya mudado de vida; Dios pide un corazon contrito y humillado; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y no descarga sobre el delincuente el golpe fatal, sin haberle puesto á la vista la vida y la muerte, sin haberle dejado la eleccion, sin haberle ofrecido la mano con cuya ayuda pudiera apartarse del borde del precipicio. ¿A quién pues podrá culpar el hombre sino á sí mismo? ¿Qué tienen de repugnante ni de cruel esas ideas? Fácil es alucinar á los incautos, pronunciando enfáticamente los nombres de *eternidad de penas* y de *misericordia infinita*; pero examínese á fondo la materia; atiéndase á todas las circunstancias que la rodean, y se verán desaparecer como el humo las dificultades que á primera vista se habian ofrecido. El secreto de los sofismas mas engañosos, consiste en el artificio de presentar los objetos no mas que por un lado; de aproximar de golpe dos ideas, que si parecen contradictorias, es porque no se atiende á las intermedias que las enlazan y hermanan. Es fácil observar, que los autores mas célebres entre los enemigos de la religion, resuelven á menudo las cuestiones mas graves y complicadas, con una salida ingeniosa, ó una reflexion sentimental. Ya se ve, como todas las cosas presentan tan diferentes aspectos, no es difícil á un ingenio perspicaz coger dos puntos cuyo contraste hiera vivamente el

ánimo de los lectores; y si á esto se añade algo que pueda interesar el corazon, no cuesta mucho trabajo dar al traste en el ánimo de los incautos, con el sistema de doctrinas mas bien cimentado.

Ya que acabo de mentar el sentimentalismo, no puedo pasar por alto el abuso que se hace de este linaje de argumentos, dirigiéndose al corazon en muchos casos, en que solo se debe hablar al entendimiento. Así en el asunto que nos está ocupando, ¿cómo resiste un corazon sensible al horrendo espectáculo de un infeliz condenado á padecer para siempre? Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazon; y en esto, como en todas las proposiciones demasiado generales, hay una parte de verdad y otra de falsedad; porque si bien es indudable que en muchas cosas es el sentimiento un excelente auxiliar para comprender á fondo ciertas verdades, tambien lo es que no debe nunca tomársele por principal guia, y que no se le ha de permitir jamás que llegue á dominar los eternos principios de la razon. Los derechos y deberes de padres é hijos, de marido y mujer, y todas las relaciones de familia, no se comprenderán quizás tan perfectamente si analizados á la sola luz de una filosofía disecante, no se escuchan al propio tiempo las inspiraciones del corazon; pero en cambio, tambien se trastornarán los sanos principios de la moral, y se introducirá el desórden en las familias, si prescindiendo de los severos dictámenes de la razon, solo nos empeñamos en regirnos por lo que

nos sugiere la volubilidad de nuestros afectos.

Mucho me engaño, si no se encuentra aquí uno de los mas fecundos manantiales de los errores de nuestra época. Si bien se observa, el espíritu humano está atravesando un período, que tiene por carácter distintivo el desarrollo simultáneo de todas las facultades. Estas pierden quizá bajo ciertos aspectos, absorviendo la una gran porcion de las fuerzas y energía que en otra situacion corresponderian á las otras; pero la que gana indudablemente es el sentimiento; nó en la parte que tiene de desprendimiento y elevacion, sino en cuanto es un placer, un goce del alma. Así notamos que no prevalece en la literatura la imaginacion, ni tampoco el discurso, sino el sentimiento en sus mas raros y extravagantes matices, llamando en su auxilio la razon y la fantasía, nó como amigos, sino como dependientes. De donde resulta que la filosofía se resiente tambien del mismo defecto; y que de su tribunal rara vez salen bien librados los austeros principios de la moral eterna. Este sentimiento muelle se esfuerza en divinizar el goce, busca una excusa á todas las acciones perversas, califica de deslices los delitos, de faltas las caidas mas ignominiosas, de extravíos los crímenes, procura desterrar del mundo toda idea severa, ahoga los remordimientos, y ofrece al corazon humano un solo ídolo, el placer; una sola regla, el egoismo.

Ya ve V., mi querido amigo, que la existencia del infierno no se aviene con tanta indulgencia;

pero el error de los hombres no destruye la realidad de las cosas; si el infierno existia en tiempo de nuestros padres existe todavía en el nuestro; y en nada inmutan el hecho, ni la austeridad de los pensamientos de los antepasados, ni la indulgencia y molicie de los nuestros. Cuando el hombre se separe de esta carne mortal se encontrará en presencia del Supremo Juez, y allí no llevará por defensor el mundo. Estará solo, con su conciencia desplegada, patente á los ojos de aquel, á cuya vista nada hay invisible, nada que pueda ocultarse.

Estas reflexiones sobre la relacion entre el carácter del desarrollo del espíritu humano en este siglo, y las ideas que han cundido en contra de la eternidad de las penas, son susceptibles de muchas aplicaciones á otras materias análogas. El hombre ha creido poder cambiar y modificar las leyes divinas, del modo que lo hace con la legislacion humana; y como que se ha propuesto introducir en los fallos del Soberano Juez la misma suavidad que ha dado á los de los jueces terrenos. Todo el sistema de legislacion criminal tiende claramente á disminuir las penas, haciéndolas menos aflictivas, despojándolas de todo lo que tienen de horroroso, y economizando al hombre los padecimientos tanto como es posible. Mas ó menos, todos cuantos en esta época vivimos, estamos afectados de esta suavidad: la pena de muerte, los azotes, todo cuanto trae consigo una idea horrorosa ó aflictiva, es para nosotros

insuportable; y se necesitan todos los esfuerzos de la filosofía, y todos los consejos de la prudencia, para que se conserven en los códigos criminales algunas penas rigurosas. Lejos de mí el oponerme á esta corriente; y ojalá fuera hoy el dia en que la sociedad no hubiese menester para su buen órden y gobierno el hacer derramar sangre ni lágrimas; pero quisiera tambien que no se abusase de este exagerado sentimentalismo, que se notase que no es todo filantropía lo que bajo este velo se oculta, y que no se perdiese de vista que la humanidad bien entendida, es algo mas noble y elevado que aquel sentimiento egoista y débil, que no nos permite ver sufrir á los otros, porque nuestra flaca organizacion nos hace partícipes de los sufrimientos ajenos. Tal persona se desmaya á la vista de un desvalido, y tiene las entrañas bastante duras para no alargarle una pequeña limosna. ¿Qué son en tal caso la sensibilidad y la humanidad? la primera, un efecto de la organizacion, la segunda puro egoismo.

Pero no mira Dios las cosas con los ojos del hombre, ni están sometidos sus inmutables decretos á los caprichos de nuestra enfermiza razon: y no cabe mayor olvido de la idea que debemos formarnos de un Ser eterno é infinito, que el empeñarnos en que su voluntad se haya de acomodar á nuestros insensatos deseos. Tan acostumbrado está el presente siglo á excusar el crímen, á interesarse por el criminal, que se olvida de la compasion que con título, sin duda mas

justo, es debida á la víctima; y de buena gana dejaria á esta sin reparacion de ninguna clase, con el solo objeto de ahorrar á aquel los sufrimientos que tiene merecidos. Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de las penas, dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo; nosotros responderemos, que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con el buen órden del universo, la falta de ese castigo; diremos que el mundo estaria encomendado al acaso, que en gran parte de sus acontecimientos se descubriera la mas repugnante injusticia, si no hubiese un Dios terriblemente vengador, que está esperando al culpable mas allá del sepulcro, para pedirle cuenta de su perversidad durante su peregrinacion sobre la tierra.

Y qué? no vemos á cada paso ufana y triunfante la injusticia, burlándose del huérfano abandonado, del desvalido enfermo, del pobre andrajoso y hambriento, de la desamparada viuda, é insultando con su lujo y disipacion la miseria y demás calamidades de esas infelices víctimas de sus tropelías y despojos? ¿No contemplamos con horror padres sin entrañas, que con su conducta disipada, llenan de angustia la familia de que Dios les ha hecho cabezas, llevando al sepulcro á una consorte virtuosa, dejando á sus hijos en la miseria, y no trasmitiéndoles otra herencia que el funesto recuerdo y los dañosos resultados de una vida escandalosa? ¿No se encuentran á ve-

ces hijos desnaturalizados, que insultan cruelmente las canas de quien les diera el ser, que le abandonan en el infortunio, que no le dirigen jamás una palabra de consuelo, y que con su desarreglo y su insolente petulancia abrevian los dias de una afligida ancianidad? ¿No se hallan infames seductores que despues de haber sorprendido el candor y mancillado la inocencia, abandonan cruelmente á su víctima, entregándola á todos los horrores de la ignominia y de la desesperacion? La ambicion, la perfidia, la traicion, el fraude, el adulterio, la maledicencia, la calumnia y otros vicios que tanta impunidad disfrutan en este mundo, donde tan poco alcanza la accion de la justicia, donde son tantos los medios de eludirla y sobornarla, ¿no han de encontrar un Dios vengador que les haga sentir todo el peso de su indignacion? ¿no ha de haber en el cielo quien escuche los gemidos de la inocencia cuando demanda venganza?

Que no es verdad, nó, que el culpable experimente ya en esta vida todo lo bastante para el castigo de sus faltas; atorméntanle, sí, los remordimientos roedores, agréganse las enfermedades que sus desarreglos le han acarreado, abrúmanle las desastrosas consecuencias de su perversa conducta; pero tampoco le faltan medios para embotar algun tanto el punzante estímulo de su conciencia, tampoco carece de artificios para neutralizar los malos efectos de sus bacanales, tampoco escasea de recursos para salir airo-

so de los malos pasos á que sus extravíos le conducen. Y además, ¿qué son estos padecimientos del malvado en comparacion de los que sufre tambien el justo? Las enfermedades le abruman, la pobreza le acosa, la maledicencia y la calumnia le denigran, la injusticia le atropella, la persecucion no le deja sosiego; las tribulaciones de espíritu se agregan tambien, y semejante al divino Maestro sufre en esta vida los tormentos, las angustias, el oprobio de la cruz. Si su paciencia es mucha, si acierta á resignarse como verdadero cristiano, hace algun tanto mas llevaderos sus padecimientos; pero no deja por esto de sentirlos, y á menudo mas duros de los que han caido sobre el hombre manchado con cien crímenes. Sin las penas y los premios de la otra vida ¿dónde está la justicia? ¿dónde la Providencia? ¿dónde el estímulo para la virtud, y el freno para el vicio?

Pregúntame V., mi estimado amigo, si comprendo perfectamente, cuál es el objeto que Dios se pueda proponer en prolongar por toda la eternidad las penas de los condenados; y adelántase á contestar á la razon que podria señalarse de que así se satisface la divina justicia, y se aparta á los hombres del camino del vicio, con el temor de tan horrendo castigo. Dice V. por lo tocante al primer punto, « que jamás ha podido concebir la razon de tanto rigor; y que aun cuando no deja de columbrar la relacion que existe entre la eternidad de la pena, y la especie de infinidad de la

ofensa por la cual se impone, sin embargo le queda todavía alguna oscuridad que no acierta á disipar.» Muy errado anda V., mi apreciado amigo, si se imagina que á todos los demás no les sucede lo mismo; pues que sabido es, que el entendimiento humano se anubla, tan luego como toca en los umbrales de lo infinito. De mí sabré decir, que tampoco concibo estas verdades con entera claridad; y que por mas firme certeza que de ellas abrigue, no puedo lisonjearme que se presenten á mi espíritu con aquella evidencia que las pertenecientes á un órden finito y puramente humano; pero lejos de que me desanime esta niebla, que procede al propio tiempo de la debilidad de nuestros alcances, y de la sublime naturaleza de los objetos, he considerado repetidas veces, que si por este motivo debiera negar mi asenso no podria prestarle tampoco á muchas otras verdades de las que me seria imposible dudar, aunque á ello me esforzara. Estoy seguro de la creacion, no solo por lo que me enseña la religion revelada, sino tambien por lo que me dicta la razon natural: y no obstante, cuando medito sobre ella, cuando quiero formarme una idea clara y distinta de aquel acto sublime en que Dios dijo: *hágase la luz*, *y la luz fué hecha*, siéntese mi entendimiento con cierta flaqueza, que no le permite comprender con toda perfeccion el tránsito del no ser al ser. Estoy cierto, y V. conmigo, de la existencia de Dios, de su infinidad, eternidad, inmensidad, y demás atributos; pero ¿nos es

dado acaso formarnos ideas bien claras de lo que por estos nombres se expresa? Es bien seguro que nó; y lea V. todo cuanto han escrito sobre ello los teólogos y filósofos mas esclarecidos, y echará de ver que mas ó menos, adolecian del mismo achaque que nosotros.

Si quisiera dar mas amplitud á estas reflexiones, fácil me seria encontrar mil y mil ejemplos de esta debilidad de nuestro entendimiento, hasta en las cosas físicas y naturales; pero esto me empeñaria en largas discusiones sobre las ciencias humanas, alejándome del principal objeto. Además, que no dudo bastará lo dicho, para dejar sentado que no debe hacer mella en un espíritu sólido esa oscuridad de que están rodeados á nuestra vista algunos objetos; y que mientras sobre ellos podamos adquirir por conducto seguro la competente certeza, no conviene abstenerse de prestar asenso por el solo asomo de algunas dificultades mas ó menos graves, mas ó menos embarazosas.

No son muchas las materias en que pueden señalarse, en apoyo de una verdad, razones mas satisfactorias que las arriba indicadas en pro de la justicia de la eternidad de las penas; sea cual fuere el concepto que V. forme de mis reflexiones, al menos no podrá negarme que no son para despreciadas por el simple obstáculo de una dificultad, que mas bien se funda en un sentimentalismo exagerado que en un raciocinio sólido y convincente. Por tanto, solo me resta recordarle

que no se trata de saber si nuestro entendimiento comprende ó nó con toda claridad el dogma del infierno, sino de averiguar si en realidad este dogma es verdadero, y si los fundamentos en que le apoyamos sus sostenedores tienen las señales características que puedan convencer de que realmente ha sido revelado por Dios. ¿De qué nos serviria el comprenderlo mas ó menos claramente, si tuviésemos el tremendo infortunio de haberle de sufrir?

Por lo que toca al segundo punto que V. indica en su apreciada, no estoy de acuerdo en que una pena de duracion limitada, pudiese ejercer sobre el ánimo de los hombres una impresion equivalente, y de idénticos resultados en cuanto al arreglo de la conducta. Pretende V. que en estando acompañada la pena de mucha duracion, ó de un tormento muy terrible, bastaria para enfrenar las pasiones, poniéndose un límite á los malos deseos; con cuya observacion se da por el pié á la razon que señalamos los cristianos de que la existencia del infierno es una salvaguardia de la moral. Pero á mí me parece que V. no ha sondeado lo suficiente este asunto; y no ha reparado en que si bien es verdad que la idea del tormento nos espanta y atierra, cuando se ha de sufrir en esta vida, nos causa muy ligera impresion si se ha de reservar para la otra. Dos pruebas daré de esto, una experimental, otra científica.

El dogma del purgatorio lleva ciertamente una idea terrible; y así los libros de devocion, como

los predicadores, están pintando continuamente aquel lugar de expiacion con los colores mas espantosos. Los fieles lo creen así, lo están oyendo sin cesar, oran por los parientes y amigos difuntos, que puedan estar detenidos en él; pero hablando ingenuamente ¿es mucho el miedo que se tiene al purgatorio? por sí solo, ¿fuera un dique bastante robusto para oponerse al ímpetu de las pasiones? Dígalo cada cual por experiencia propia; díganlo tambien por la ajena, cuantos han tenido ocasion de observarlo. Las penas que para aquel lugar se nos anuncian son terribles, es verdad; su duracion puede ser mucha, es cierto; el alma no saldrá de allí hasta haber pagado el último cuadrante, no tiene duda; pero aquella pena tendrá fin, estamos seguros de que no puede durar para siempre, y colocados en medio del riesgo de largos padecimientos en la otra vida, y de la necesidad de suportar leves molestias en la presente, repetidas veces preferimos aventurarnos á lo primero, para preservarnos de lo segundo.

De esto, que la experiencia nos está mostrando á cada paso, nos señala la razon las causas; bastando para conocerlas una sencilla consideracion de la naturaleza humana. Mientras vivimos en esta tierra, se halla nuestro espíritu unido al cuerpo que nos transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea. Posee á la verdad nuestra alma algunas facultades que elevadas por naturaleza sobre todo lo corpóreo y sensible, se

rigen por otros principios, versan sobre mas altos objetos, y habitan por decirlo así en una region que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer empero la dignidad de estas facultades, ni la altura de la region en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras de un órden inferior, que á menudo las hacen descender de su elevacion, y en vez de obedecerlas como á señoras, las reducen á la clase de esclavas. Cuando las cosas no lleguen á este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia, que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento columbra apenas como en oscura lontananza las verdades que forman su mas noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo, sino con el mayor descuido y flojedad. Hay un infierno que temer, un cielo que esperar; pero todo esto está en la otra vida, se reserva para una época mas distante; son cosas que pertenecen á un órden enteramente distinto, á un mundo nuevo, en el cual creemos firmemente, pero del que no recibimos impresiones directas, de momento; y así es que necesitamos hacer un esfuerzo de concentracion y reflexion para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen, y de que en su comparacion es nada todo cuanto nos rodea. Viene entre tanto á herir nuestra imaginacion, á excitar nuestros sentimientos algun objeto de la

tierra ; ora inspirándonos algun temor, ora halagándonos con algun placer; el otro mundo desaparece á nuestros ojos, como objetos que perdiéramos de vista en un remoto confin, el entendimiento vuelve á caer en su entorpecimiento, la voluntad en su languidez; y si uno y otro se excitan de nuevo es para contribuir al mayor desarrollo de las otras facultades.

El hombre se guia casi siempre por las impresiones de momento; sacrifica lo venidero á lo presente; y cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una accion le puede acarrear, la distancia ó la proximidad de la realizacion de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias mas influyentes en su eleccion. ¿Cómo no ha de suceder esto en lo tocante á los negocios de la otra vida, si se verifica lo mismo con respecto á los de la presente? ¿No es infinito el número de los que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida, á un placer de momento? y esto por qué? porque el objeto que halaga está presente, y los males distantes; y el hombre se hace la ilusion de evitarlos, ó bien se resigna á sufrirlos, como quien se arroja á un precipicio con los ojos vendados.

De esto se infiere no ser verdad lo que V. afirma, que bastase el temor de una pena muy duradera para que produjese un mismo ó semejante efecto, que la eternidad del infierno. No es verdad; antes al contrario, puede asegurarse que desde el momento que se separase de la idea de

las penas la de eternidad, perderian la mayor parte de su horror, y quedarian reducidas á la misma línea que las del purgatorio. Si los castigos de la otra vida han de producir un temor bastante á contenernos en nuestras depravadas inclinaciones, han de tener un carácter formidable, espantoso, que su mero recuerdo ofreciéndose de vez en cuando á nuestro espíritu, le produzca un saludable estremecimiento que dure aun en medio de la disipacion y distracciones de la vida como el pavoroso sonido del sonoro metal que retiembla largo rato despues de recibido el golpe.

No pondré fin á esta carta sin contestar á la objecion insinuada por V., y de que en apariencia se halla muy satisfecho, porque segun dice, « si bien no es mas que una conjetura, no puede » negársele que es muy especiosa, muy filosófica, » y quizás no destituida de fundamento. » Explica V. en seguida el sistema que tan en gracia le ha caido, y que consiste en considerar el dogma del infierno, como una fórmula en que se expresa el pensamiento de intolerancia que preside á las doctrinas y conducta de la Iglesia católica. Permítame V. que transcriba sus propias palabras, que de esta suerte no mediará el peligro de una mala inteligencia : « Ya se ve : se queria » sujetar el entendimiento y el corazon del hom» bre ciñéndolos con un aro de hierro : faltaban » en lo humano los medios de realizarlo, y ha » sido preciso hacer intervenir la justicia de Dios. » ¿No se podria sospechar que los ministros de

» la religion católica, quizás mas engañados que
» engañadores, han apelado al recurso comun
» entre los poetas, de desenlazar una situacion
» complicada llamando en su auxilio algun Dios:
» ó hablando en términos literarios, empleando
» la máquina? Mucho me engaño, si en la pre-
» tendida justicia de un Dios inexorable, no se
» trasluce el sacerdote católico con su terquedad
» inflexible.» Algo duro se muestra V., mi estimado amigo, en el pasaje que acabo de insertar, y por mas sorpresa que le hayan de causar mis palabras, me atrevo á decirle que lejos de encontrarle filosófico como acostumbra, le hallo aquí, primero muy inexacto, y despues ligero en demasía. Inexacto, porque supone que el dogma de la eternidad de las penas, pertenece exclusivamente á los católicos, cuando le profesan tambien los protestantes; ligero, porque ha pretendido convertir en expresion del pensamiento dominante en el cristianismo un hecho creido generalmente por el humano linaje.

El prurito, tan comun en nuestra época hasta entre los escritores de primera nota, de señalar una razon filosófica fundada en una observacion nueva y picante, le ha extraviado á V. de una manera lastimosa; haciéndole perder de vista por un momento lo que no ignoran cuantos saben medianamente la historia. En resúmen, queria V. significar que esto era una invencion de los sacerdotes cristianos, bien que salvando su buena fe, con suponerlos víctimas de una ilusion; pero ¿có-

Ferreique Eumenidum thalami, & Discordia demens
Vipereum crinem vittis innexa cruentis.

....

Multaque præterea variarum monstra ferarum.
Centauri in foribus stabulant, Scyllæque biformes,
Et centum geminis Briareus, ac bellua Lernæ
Horrendum stridens flammisque armata Chimæra:
Gorgones, Harpyæque, & forma tricorporis umbræ.

Antes de llegar á la fatal mansion, nos encontramos ya con *cabelleras de víboras*, con *hidras que rugen con horrible estridor*, *con monstruos armados de fuego*, y junto con los *gozos vedados*, *mala mentis gaudia*, el llanto y los remordimientos vengadores, *luctus et ultrices curæ.*

Pero sigamos adelante, y el horror se aumenta hasta el extremo.

....

Hinc via Tartarei quæ fert Acherontis ad undas.
Turbidus hic cœno vastaque voragine gurges
Æstuat, atque omnem Cocyto eructat arenam.
Portitor has horrendus aquas & flumina servat
Terribili squalore Charon: cui plurima mento
Canities inculta jacet stant lumina flamma,
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.

....

Respicit Æneas subitò: sub rupe sinistra
Mœnia lata videt, triplici circumdata muro:
Quæ rapidus flammis ambit torrentibus amnis
Tartareus Phlegeton, torquetque sonantia saxa.
Porta adversa, ingens, solidoque adamante columnæ:
Vix ut nulla virum, non ipsi excindere ferro
Cœlicolæ valeant: stat ferrea turris ad auras:

Tisiphoneque sedens, palla succincta cruenta,
Vestibulum insomnis servat noctesque diesque.
Hinc exaudiri gemitus, & sæva sonare
Verbera: tum stridor ferri, tractæque catenæ.
....
Gnossius hæc Rhadamanthus habet durissima regna:
Castigatque, auditque dolos: subigitque fateri
Quæ quis apud superus, furto lætatus inani,
Distulit in seram commissa piacula mortem.
Continuò sontes ultrix accincta flagello
Tisiphone quatit insultans: torvosque sinistra
Intentans angues, vocat agmina sæva sororum.
Tum demum horrisono stridentes cardine sacræ
Panduntur portæ. Cernis custodia cualis
Vestibulo sedeat? facies quæ limina servet?
Quinquaginta atris immanis hiatibus Hydra
Sævior intus habet sedem:
....
Necnon & Tityon terræ omniparentis alumnum
Cernere erat: per tota novem cui jugera corpus
Porrigitur; rostroque immanis vultur obunco
Immortale jecur tundens, fœcundaque pœnis
Viscera rimaturque epulis, habitatque sub alto
Pectore: nec fibris requies datur ulla renatis.
Quid memorem Lapithas, Ixiona, Pirithoumque?
Quos super atra silex jamjam lapsura, cadentique
Imminet assimilis. Lucent genialibus altis
Aurea fulcra toris, epulæque ante ora paratæ
Regifico luxu: Furiarum maxima juxta
Accubat, & manibus prohibet contingere mensas,
Exurgitque facem attollens, atque intonat ore,
Hic quibus invisi fratres, dum vita manebat,
Pulsatusve parens, & fraus innexa clienti;

Aut qui divitiis soli incubuere repertis,
Nec partem posuere suis, quæ maxima turba est;
Quique ob adulterium cæsi, quique arma secuti
Impia, nec veriti dominorum fallere dextras;
Inclusi pœnam expectant. Ne quære doceri
Quam pœnam, aut quæ forma viros fortunave mersit.
Saxum ingens volvunt alii, radiisque rotarum
Districti pendent: sedet æternumque sedebit
Infelix Theseus; Phlegyasque miserrimus omnes
Admonet, et magna testatur voce per umbras:
Discite justitiam moniti, & non temnere Divos.
Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem
Imposuit: fixit leges pretio atque refixit.
Hic thalamum invasit natæ vetitosque hymenæos.
Ausi omnes immane nefas, ausoque potiti.

Triples murallas bañadas con un rio de fuego, gemidos, ruido de azotes, estrépito de cadenas, serpientes y la Hidra con cincuenta bocas, buitre que roe las entrañas, y otros objetos semejantes: hé aquí los que nos presenta el poeta en la mansion, segun él mismo dice, de los *defraudadores*, *adúlteros*, *crueles con sus padres*, *incestuosos*, *traidores á su patria*, y culpables de otros crímenes. Mucho dudo que V. haya oido cosas mas horribles. Y como si no le bastara el espantoso cuadro que acaba de pintar con inimitable pincel exclama:

Non, mihi si linguæ centum sint: oraque centum,
Ferrea vox, omnes scelerum comprendere formas,
Omnia pœnarum percurrere nomina possim. (*Eneid. L.* 6)

Cien lenguas, cien bocas, férrea voz, no le bastarian para nombrar siquiera la variedad de penas de aquella mansion de horror!

Como quiera: dentro medio siglo, la cuestion del infierno estará prácticamente resuelta para los dos: ruego al Cielo que lo sea felizmente para ambos: pero si V. tiene la temeridad de aventurarse á lo que pueda suceder, me quedaré llorando su funesta ceguera, suplicando al Señor se digne iluminarle antes no llegue el dia de la ira, en que á la presencia del Juez Supremo, velarán su faz los ángeles tutelares no sabiendo qué alegar en descargo de V. para libertarle de la tremenda sentencia. De V. su affmo. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA IV.

Mi estimado amigo: mucho me complace que me haya V. ofrecido la oportunidad de manifestarle mi parecer, sobre esa filosofía que V. apellida *del porvenir*; pues que si bien V. la critica hasta motejarla, traslúcese no obstante que no ha dejado de hacerle mella, mayormente en lo que ella dice sobre los *destinos* del Catolicismo. Llámala V. *filosofía del porvenir*; y en efecto, no cabe nombre mas bien adaptado para calificar esa ciencia estrambótica que sin resolver nada, sin aclarar nada, solo se ocupa en destruir y pulverizar, respondiendo enfáticamente á todas las preguntas, á todas las dificultades, á todas las exigencias, con la palabra *porvenir*. A juicio de esta filosofía, la humanidad ha errado siempre, yerra todavía en la actualidad; esta filosofía lo sabe, y al parecer es ella sola quien lo sabe; tan grave y magistral es el tono con que lo anuncia. Demandadle ¿dónde está la verdad, cuándo será dado al hombre encontrarla? en el *porvenir*. Como se supone, todas las religiones son falsas, todas son obra de los hombres, un ardid para engañar á las masas, un objeto de risa para los sabios, y muy particularmente para

los profesores de esa *elevada filosofía*, únicos que merezcan tal nombre; ¿dónde estará pues la religion verdadera? ¿cuándo podrán los hombres profesarla? en el *porvenir*. Ningun filósofo alcanzó á descifrar el enigma del universo, de Dios, y del hombre; ¿vendrá un dia afortunado en que se verifique el hallazgo de la deseada clave? en el *porvenir*. La organizacion social y política se ha de cambiar radicalmente, se ignora lo que se ha de sustituir á lo que actualmente existe; ¿quién nos ilustrará para resolver acertadamente tan espinoso problema? el *porvenir*. Las masas populares sufren atrozmente en los países mas cultos; la desnudez, el hambre, la mas repugnante miseria, contrastan de una manera escandalosa con el lujo y los goces de los potentados, y la *vita bona* de los filósofos: ¿de dónde saldrá el remedio para situacion tan angustiosa? del *porvenir*. El porvenir para la historia, el porvenir para la religion, el porvenir para la literatura, el porvenir para la ciencia, el porvenir para la política, el porvenir para la sociedad, el porvenir para la miseria, el porvenir para sí mismo, el porvenir para lo presente, el porvenir para lo pasado, el porvenir para todo. Panacea de todas las dolencias, satisfaccion de todos los deseos, cumplimiento de todas las esperanzas, realizacion de todos los sueños; siglo de oro cuyos radiantes albores, ocultos á los ojos de los profanos, solo se revelan á algunos espíritus que alcanzaron el inefable privilegio de leer es-

crita en letras divinas la historia del porvenir. Por esto le saludan con alborozo, por esto se abalanzan á él como niño á los brazos de la madre que le acaricia; por esto atraviesan con irónica sonrisa por en medio de este siglo que *no los comprende*; por esto vivirian gustosos la vida de los desprendidos filósofos de la Grecia, y se retirarian del mundo á guisa de anacoretas, si no fuera necesaria su presencia para anunciar la verdad, si pudiesen prescindir de la *mision* que han recibido sobre la tierra. ¡Desgraciados! víctimas de un destino infausto, no les es dado conceder á su entendimiento todo el vuelo á donde lo ensalzara su *profética inspiracion*, no les es permitido desahogar su pecho con una expansion *humanitaria*, y pegados á esa época de barro, se encuentran forzados á vivir en espléndidos palacios, á ocupar elevadísimos puestos desde donde puedan comenzar á dirigir acertadamente esta sociedad, y no les queda otro consuelo que solazarse algunos momentos, *cantando* lo que su mente divisa y su corazon augura.

Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo,
Jam redit et virgo redeunt saturnia regna:
....
Occidet et serpens, et fallax herba veneni
Occidet: Assyrium vulgo nascetur amomum.
....
Molli paulatim flavescet campus arista,
Incultisque rubens pendebit sentibus uva,
Et duræ quercus sudabunt roscida mella.
....

Non rastros patietur humus; non vinea falcem;
Robustus quoque jam tauris juga solvet arator.
Nec varios discet mentiri lana colores;
Ipse sed in pratis aries jam suave rubenti
Murice, jam croceo mutabit vellera luto,
Sponte sua sandyx pascentes vestiet agnos
Talia sæcula suis dixerunt currite fusis
Concordes stabili fatorum numine parce.

No les pregunte V., mi estimado amigo, cómo han descubierto tantos prodigios, quién les ha revelado tan admirables arcanos: sobre todo no les exija V. pruebas de lo que asientan, ni tratándolos cual si fueran adocenados pensadores, se atreva V. á requerirles para que demuestren lo que afirman. Estas son cosas, que mas bien se *presienten* que no se *conocen;* tienen algo de poético, de aéreo; son previsiones envueltas en figuras simbólicas; y quien con esto no se satisface es indigno de la filosofía, la llama del genio no ha tocado su frente, no ha brotado en su espíritu la inspiracion creadora. Por lo demás, ¿quién no ve algunas señales de esa transformacion maravillosa? No todos alcanzan á preverla con tanta claridad como aquellos á quienes ha sido revelada en misteriosas apariciones, pero á nadie pueden ocultarse los infalibles síntomas que anuncian una próxima y universal mudanza.

Aspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasque tractusque maris cœlumque profundum:
Aspice, venturo lætentur ut omnia sæclo.

Menester es confesar, que el expediente idea-

do por estos filósofos no es lerdo, y que además tiene la indecible ventaja de ser muy cómodo. Maldito el provecho que sacaron los que se propusieron arreglar el mundo presente; lo que conviene es endosarlo todo al porvenir, que al buen pagador no le duelen prendas. Sócrates con su manto rasgado, y luego con su cicuta, Diógenes con su tonel, y su arena abrasada, Heráclito con sus lágrimas, y Demócrito con su risa, no entendian una palabra de achaque de filosofía. Burlarse de lo pasado, gozar de lo presente, y alucinar á todo el mundo con la esperanza de un bello porvenir: hé aquí la fórmula mas cabal que se encontrara jamás para evitarse disgustos y salir airoso de todo linaje de compromisos. ¿Y si el porvenir no corresponde á los pronósticos? objetarán algunos escrupulosos. Medrados estamos, si hemos de darnos pena por lo que sucederá: el negocio consiente largas, el plazo que tomamos no es breve, y para no aventurar nada lo dejamos indefinido; siempre podremos solicitar una nueva dilacion, y si álguien de nosotros hasta se adelanta á fijar tiempo, no tengais cuidado que no debe de ser tan olvidadizo que no recuerde aquello de

No temais, señor mio,
Respondió el charlatan, pues yo me rio.
En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el asno ó yo no moriremos?

Hecha la debida justicia á la filosofía del porvenir, réstame el *nutantem pondere mundum*,

quiero decir, la gravísima complicacion de los problemas que pesan sobre la sociedad, y ver hasta qué punto tienen fundamento los filósofos para hablarnos de las trascendentales mudanzas que las futuras generaciones están destinadas á presenciar. Por de contado, muchos de ellos dan por supuesto que no se verificarán estos cambios bajo la influencia de la religion; que al contrario esta va perdiendo terreno, y que una de las principales condiciones de la renovacion del mundo, ha de ser el sustituir á la religion la filosofía. Ya se ve, como en sentir de ciertos hombres, las religiones, y particularmente el cristianismo, no son otra cosa que «una produccion espontánea de las ideas de las masas, abriéndose paso y encarnándose cuando son maduras, en una imaginacion exaltada, á menudo alucinada por la revelacion que ella anuncia (1);» se dará un paso agigantado en la carrera de la perfeccion social, cuando las masas sean bastante ilustradas, para contemplar la verdad en toda su pureza, cara á cara, sin necesidad de los símbolos y envolturas que solo convienen á la flaqueza de inteligencias limitadas. Inútil es decir que no convengo yo con M. Jouffroy, en tan peregrina definicion, y que por consiguiente tampoco puedo admitir las deducciones á que ella se brinda. No creo pues que jamás puedan dirigirse bien las masas (y en esta palabra ma-

(1) Jouffroy, Leccion sobre el destino humano, recogida en sus primeras Misceláneas.

sas, comprendo la sociedad entera), sin la influencia de la religion; y que tan absurdo me parece el que la filosofía llegue nunca á llenar el vacío ocupando su puesto, como el que la religion sea una produccion espontánea de las ideas de las masas.

En este siglo de análisis filosófico-histórico, seria muy curiosa la demostracion en que se produjesen los datos fehacientes, de que el cristianismo fué el producto espontáneo de la masas. ¿De qué masas salió el Evangelio? eran las judías, ó las idólatras? Si de las primeras, ¿cómo es que los acérrimos defensores de la ley de Moises fuesen los capitales enemigos de Jesucristo? ¿Dónde hay un solo hecho, una sola palabra, un leve indicio, de que Jesus aprendiese de los judíos su sublime enseñanza? ¿No es al contrario patente que las palabras del Divino Maestro eran recibidas como enteramente nuevas, y què llenaban de asombro y estupor á cuantos le oian, escandalizándose los unos de la novedad, y acogiéndolas otros con transportes de admiracion, y con entusiasta acatamiento? ¡Hombres ciegos! Si habeis leido el sermon sobre la montaña, si habeis reparado jamás en aquel raudal de sabiduría y de amor, que fluye de los labios de un Hombre que no habia aprendido las letras, decidnos: ¿dónde estaban las doctrinas que en él se vierten? Desparramadas nos diréis en medio del pueblo; pero dejando á parte la convincente reflexion que se acaba de indicar, ¿qué prueba

señalais para asentar tan extraña paradoja? ¿Mentaréis por ventura la filosofía de la época? pero, ¿acaso sois únicamente vosotros los que de ella teneis conocimiento? ¿creeis que se ha perdido en el mundo, la historia científica contemporánea? Además, que ni siquiera otorgais á la religion este honor de nacer de la filosofía; la haceis brotar de la cabeza de las masas! Recuérdese pues para no olvidarse jamás, que la religion mas admirada hasta de sus propios enemigos, por la sabiduría y santidad de que rebosa, fué un producto espontáneo de las ideas de las masas del tiempo de Tiberio y de Herodes. ¡Lo ridículo compite con lo sacrílego!

Hasta ahora se habia creido que las masas estaban en posesion de la ignorancia, que la presuncion en materia de grandes pensamientos, estaba en favor de algunos genios privilegiados, y que de estos debia derramarse sobre aquellas la luz de que necesitaban. Ahora sabremos que esta luz preexiste en ellas, y nó como quiera, sino preparada para ejercer sus efectos, como fruta *madura*, y que cuando un hombre extraordinario surge de en medio de la muchedumbre, á esta muchedumbre debe todo cuanto piensa, y todo cuanto hace. Sin duda que ni aun á los ojos de sus enemigos será el cristianismo menos admirable que los mas elevados sistemas filosóficos; de lo que podremos inferir que estos habrán de tener el mismo orígen. En efecto: la religion no es en tal caso mas que una filosofía disfrazada

con símbolos y enigmas; de suerte que la invencion de aquella tiene sobre esta una dificultad particular, que consiste en excogitar acertadamente los velos con que se ha de cubrir. Podremos pues afirmar sin riesgo de equivocarnos, que la filosofía de Sócrates, de Platon, de Aristóteles, de Bacon, de Descartes, de Malebranche, de Leibnitz, no era otra cosa que una produccion espontánea de las masas; y cosa rara! tambien habrá de caber la misma suerte á la tan ponderada de Kant, Hegel, Cousin, y del mismo Jouffroy.

Bien haya quien tales descubrimientos nos proporciona, quien revela con tan estupenda sagacidad el camino que se ha de seguir para llegar á la mas alta sabiduría. Oh! cuán errado andaba Descartes cuando se condenaba á tan dilatadas meditaciones, comenzando ya desde el colegio, á obtener la dispensa de no madrugar demasiado, y fomentar así con el suave calor, la fuerza de la contemplacion á que se abandonaba! muy tonto era Malebranche que pasaba sus dias en el mayor retiro, sepultado en su gabinete, y cerradas las ventanas para que la luz no le distrajese! A estos pobres filósofos, y á sus menguados maestros y discípulos, se les habia metido en la cabeza que es *infinito el número de los tontos*, y que quien deseaba ser sabio, ó menos tonto, debia andar cuidadoso en no dejarse contaminar demasiado de la atmósfera del vulgo, y hasta contando por vulgo á tantos como se eximen de este

dictado, por mas legítimos títulos que justifiquen su pertenencia á la misma clase. Ignoraban estos buenos señores, que ora sea para idear un sistema de filosofía, ora para inventar una religion, es necesario mezclarse entre las masas, nó precisamente para observarlas, en sus extravíos, en sus errores, en sus pasiones, en sus caprichos, y estudiar así los resortes del espíritu humano, y aprender á dirigirle, que esto ya lo sabíamos de muy antiguo; sino para ver las ideas que en ellas germinan, para seguirlas en su crecimiento y desarrollo, y en notando que están *maduras*, aprovechar el momento crítico, formularlas, haciendo que se *encarnen*, y presentar luego el resultado á las mismas masas asombradas, diciéndoles: « hé aquí un presente del cielo. »

Pobres masas! Y no sabrán que adoran un ídolo que ellas han fabricado; que comen cual maná bajado del cielo, la misma fruta que de ellas ha nacido; y de tal manera, que para ofrecérsela al mentido impostor, apenas ha tenido ningun trabajo, solo el de cogerla, pues que ya estaba *madura*.

Si los católicos nos hubiéramos permitido tamañas paradojas, si nos hubiéramos atrevido á emitir semejantes aserciones, contrarias á la buena filosofía, en oposicion con la historia, repugnantes al sentido comun, sin pruebas de ninguna clase, sin indicios los mas leves, sin el mas remoto fundamento para apoyar la conjetura; si mal hallados con el lenguaje ordinario,

hubiéramos echado mano de expresiones simbólicas, haciendo *encarnar* ideas, y con la peregrina ocurrencia de aplicarles la metáfora de *maduras*, ofreciendo de esta manera un estrambótico contraste, todos los diccionarios de la sátira no hubieran sufragado los apodos necesarios para cubrir de burla semejante atentado contra la filosofía y el buen gusto. Juzgue V., mi estimado amigo, entre nuestros adversarios y nosotros; y juzguen con V. todos los hombres de sana razon.

Infiero de lo que acabo de exponer, que es una pura quimera la profecía de algunos filósofos de nuestra época de que el cristianismo esté destinado á morir, y de que haya de recoger su herencia esa filosofía, de que todos hablan, sin decirnos en qué consiste. En este punto, paréceme astuta y todavía mas cómoda, la conducta de M. Cousin, fundada en los motivos que nos ha revelado M. Pedro Leroux en un número de la *Revista independiente*. El pasaje es curioso, y merece la pena de copiarle. «Hace ya muchos años, dice M. Leroux, que conversando con M. Cousin sobre su apología, nó de Sócrates, sino de los jueces de Sócrates, extraña paradoja escrita á lo que parece para hacer una mueca á Pluton y á Jenofonte, le echábamos en cara este acto irracional que mirábamos como un crímen de lesa filosofía. Interrumpióse M. Cousin en su respuesta, para preguntarnos: ¿cuánto tiempo os parece que á la religion de nuestro país le

queda de vida ?—No es esta la cuestion, le dije yo, trátase de la filosofía, de la verdad; jamás los filósofos hubieran hecho nada bueno, si en vista de la realidad, se hubiesen interrogado de esta suerte para saber lo que debian hacer.— Yo, replicó M. Cousin, creo que el catolicismo tiene todavía alimento para trescientos años, (en a encore pour trois cents ans dans le ventre,) en consecuencia, me quito humildemente el sombrero en presencia del catolicismo, y continúo la filosofía. »

Hubo un tiempo en que cundió entre los protestantes la manía de anunciar la caida del catolicismo, fijando con tanta precision la época, como pueden hacerlo los astrónomos con un eclipse, ó el paso de un cometa. Seguros de la prediccion, la pregonaban con gran ruido; pero las cuentas debian de estar mal ajustadas, que la época fatal llegaba, y el pronóstico no se cumplia. Esos profetas eran á veces sobrado indiscretos; pues se atrevian á señalar un plazo breve, cuyo trascurso no era bastante á que se hubiese olvidado el anuncio. M. Cousin recordaria sin duda estos chascos proféticos, y no queriendo llevar las cosas á un extremo á guisa de buen conservador, y proponiéndose por otra parte evitar la burla de ser desmentido, escogió un medio término, entre *los siglos de los siglos de los católicos*, y el corto espacio de los profetas protestantes, y le otorgó al catolicismo un plazo de trescientos años. De esta manera, cuando en to-

do el presente siglo, y en el siguiente, se admiren algunos de que vaya durando el catolicismo, estará muy á mano la satisfactoria respuesta de que, «esto ya lo habia pronosticado M. Cousin;» y cuando pasados los trescientos años, al expirar el plazo fatal, se vea que el catolicismo no muere por inanicion, y que le queda todavía alimento; entonces ya nadie se ha de acordar de M. Cousin, cuanto menos de su profecía.

En lo moral como en lo físico, el primer síntoma de estar tocado de muerte un ser cualquiera, es no crecer, no producir; la cercana extincion de la vida se muestra siempre por la falta del desarrollo y de la accion del ser que muere. Sécansele al árbol sus hojas, se le marchitan las flores, no le nace el fruto; al animal se le retira el calor, sus facultades funcionan con lentitud, su obrar es lánguido, su fecundidad cesa. Observad el mundo intelectual y moral, y notaréis los mismos fenómenos. Cuando un sistema filosófico caduca, pierde su accion propagandista; lejos de aumentarse el número de sus prosélitos se disminuye; no se hace nueva aplicacion de sus doctrinas, se arrumban las que se hicieron, todo se prepara para que caiga en desprecio, y luego en olvido. Una legislacion próxima á perecer, es con frecuencia desobedecida, sus propios sostenedores no se atreven á hacer uso de ella; no se extiende á otros pueblos, es ya un cuerpo exánime á quien solo faltan los honores de la sepultura. Lo propio sucede con las institucio-

nes, sean del órden que fueren, y por mas que haya sido su importancia. La muerte que les amenaza de cerca, se manifiesta por síntomas infalibles. Recórrase la historia entera, fíjese la vista en todas las instituciones sociales y políticas, que por una ú otra causa hayan adolecido de achaque mortal, y se verá que en los últimos períodos de su existencia, se parecian á aquellos edificios ruinosos, de los cuales huyen á toda prisa los habitantes para no ser sepultados en sus escombros.

Nada de esto se verifica con el catolicismo. Arraigado en España, Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Austria, en varios países de Alemania, en Polonia, en Irlanda, con dilatados dominios en la América, progresando en Inglaterra, en los Estados-Unidos, desplegando vivísima actividad en las misiones de Oriente y Occidente, difundiendo de nuevo en distintas regiones los institutos religiosos, sosteniendo vigorosamente sus derechos, ora con enérgicas protestas, ora arrostrando la persecucion, defendiendo sus doctrinas con grande aparato de saber y de elocuencia en los principales centros de inteligencia del mundo civilizado, contando entre sus discípulos hombres esclarecidos, que no les van en zaga á los de otra secta cualquiera, ¿dónde están los síntomas de una muerte cercana? ¿dónde las señales que indican la caducidad?

Ya preveo, mi estimado amigo, la dificultad que me va V. á objetar; y por si no le ocurriese

á V. yo mismo cuidaré de presentarla sin quitarle nada de su fuerza. Si tanta es la vida entrañada en el catolicismo, si tan claras y evidentes son las señales con que se muestra; ¿por qué estais lamentándoos de los males que afligen á la Iglesia en este siglo? ¿por qué se recuerdan á cada paso aquellos dias de gloria, que alcanzara en épocas mas felices? A esto responderé en primer lugar, que yo no he dicho que el catolicismo no haya sufrido grandes quebrantos; únicamente he sostenido que en su situacion actual no se descubrian anuncios de muerte. Estas dos aserciones son muy diferentes, nada tiene que ver la una con la otra. Esta contestacion basta y sobra, para desvanecer la dificultad propuesta; pero á mayor abundamiento me permitiré añadir, que tambien suele haber alguna exageracion de los actuales males de la Iglesia, en comparacion de los que sufrió en otros siglos. La decadencia de la fe y de las costumbres, es á menudo ponderada en demasía, no solo por los enemigos de la Iglesia, sino tambien por sus hijos mas predilectos. Estos por celo, y por un santo pesar, aquellos por espíritu de maledicencia y por un secreto placer de anunciar el desmoronamiento de lo que desean ver arruinado, todos contribuyen á que suenen muy alto los ayes en que se lamentan los males de la época, y á que los hombres ignorantes ó poco advertidos, se imaginen, que comparado con el de los antiguos tiempos el catolicismo de ahora, ha pasado á ser

de un reino pacífico, rico, poderoso, floreciente, una miserable comarca, entregada á un reducido número de moradores, víctimas de la degradacion y de la anarquía.

Con perdon de los que así opinan, y para consuelo de los que desearian ver en la Iglesia un cuadro mas halagüeño, diré que no es esto lo que enseña la historia; y que cuando tan sentidamente se lamentan los males de nuestro tiempo, es por la sencilla razon de que siempre la enfermedad presente es la peor.

Cuantos desean comprender algun tanto la historia del cristianismo, y no escandalizarse á cada paso por los acontecimientos adversos que en tanta abundancia nos ofrece, no deben jamás perder de vista que la religion de Jesucristo lo es de sufrimientos, de contrariedades, de persecuciones, es una religion de sacrificio, que se inauguró sobre la tierra con la inmolacion del Cordero sin mancilla. Todo lo que á ella pertenece lleva este formidable sello: el Bautista precursor, es decapitado, y su cabeza sirve de presente en una orgía para abrevar de sangre una horrible venganza; los apóstoles sufren el martirio en las diversas partes del mundo; y viene tras ellos una muchedumbre que nadie puede contar, de todas lenguas, tribus, naciones, condiciones, edades, sexos, que sufren los tormentos y la muerte por la fe, y lavan sus estolas en la sangre del Cordero. ¿Os desalientan las apostasías que estais presenciando, los

errores que pululan, el extravío de tantos que ó por interés ó por vergüenza, ó por otras pasiones, niegan al divino Maestro? ¿pero olvidais acaso, la traicion de Judas, y la negacion de S. Pedro?

Vemos, es cierto, muchedumbre de sectas separadas, vemos cual se asestan contra la Iglesia los tiros del sofisma y de la calumnia, pero ¿es esto otra cosa que una repeticion de lo que ha sucedido en todos los siglos desde su fundacion? En el primero, brotan como inmundos insectos las inmorales heregías de Simon. Cerinto, Menandro, Ebion, Saturnino, Basílides, y Nicolao. En el segundo aparecen los Gnósticos, Valentinianos, Orfitas, Archonticos, Cayanos, Helcésitas, Encratitas, Marcionistas, Montanistas y otros. En el tercero encontramos los sectarios de Praxeas, de Sabelio, de Paulo de Samosata, de Navato, de Manes; de suerte que mientras la Iglesia tenia contra sí los potros, los caballetes, la cuchilla, las hogueras, y todo linaje de horrendos suplicios; veia salir de su propio seno hijos ingratos que le despedazaban las entrañas, corrompiendo la pureza de la moral y del dogma, levantando cátedra contra cátedra, y propalando cual doctrinas emanadas del cielo, los sueños de la ilusion y de la impostura.

Y ¿qué diremos de los siglos siguientes? Se habla de la paz de Constantino, se ponderan las ventajas que de ella resultaron á la Iglesia; es cierto; pero no lo es menos que aquella paz fué

á menudo interrumpida, con frecuencia muy amargada, y que el Divino Esposo no le dejó olvidar un momento que estaba en tierra de peregrinacion, que era militante, y que no le era dado disfrutar aquí bajo de la calma y felicidad que le están reservadas, para cuando la Jerusalen de este mundo esté absorvida en la celestial. En el mismo siglo en que la cruz se enarboló sobre el trono de los Césares, experimentó la Iglesia tantos sinsabores, que difícilmente se los causaran mas dolorosos los rigores de la persecucion. ¿Quién ignora la turbacion y desastres acarreados por los cismas de los Donatistas, Melecianos, y Luciferianos? Las iglesias de Africa, de Egipto, de Asia, vieron erigido altar contra altar, divididos escandalosamente los fieles, hecha pedazos la túnica inconsútil de Jesucristo. Y ¿qué será si recordamos las muchas herejías que á la sazon se levantaran, y particularmente las de Arrio y Macedonio? Penosas son en nuestra época las tareas de aquellos á quienes puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; pero penosas eran tambien las de los obispos que formaban los concilios de Nicea y de Constantinopla. Y no faltaban tambien emperadores que afligian la Iglesia, extralimitándose de sus facultades, y entrometiéndose en los negocios puramente eclesiásticos; y habia tambien un Juliano apóstata que se complacia en abatirla y humillarla, y habia tambien escritores venenosos que derramaban por todas

partes sus funestas doctrinas; y los apologistas de la religion se veian precisados á trabajar sin descanso, á multiplicarse por decirlo así, para hacer frente á los muchos puntos que reclamaban el auxilio de su saber y de su elocuencia en defensa de la religion. San Atanasio, S. Cirilo, S. Basilio, los dos Gregorios, S. Epifanio, S. Ambrosio, S. Agustin, S. Gerónimo, S. Juan Crisóstomo, y otras lumbreras de aquel siglo, recuerdan los empeñados combates que á la sazon sostuvo la verdad contra el error, supuesto que para alcanzar la inmortal victoria se empeñaron en la lucha tantos gigantes.

Sigue luego la irrupcion de los Bárbaros, y la Iglesia lejos de disfrutar la época bonancible que parecia necesitar para su descanso, se encuentra entre la ferocidad de los invasores, los estragos que en ellos habia hecho el Arrianismo, el ciego y caviloso prurito de disputa de los emperadores de Oriente, y el espíritu de resistencia á la autoridad que se desenvuelve en diferentes herejías. ¡Cuántos concilios! Cuántas decisiones de los papas! Cuántos escritos de varones eminentes por su santidad y sabiduría! Cuántos vaivenes en los pueblos sometidos á la Iglesia! Cuántas oscilaciones en la fe! ¿Dónde está esa calma que algunos echan menos; ese predominio no disputado, esa envidiable bonanza en que se imaginan la barquilla de S. Pedro, surcando un mar sosegado y tranquilo?

De esta suerte, y con varia pero siempre agi-

tada fortuna, se llegó al siglo x; en él no hubo herejías, pero en cambio habia una profunda ignorancia madre de la corrupcion, que á su vez engendra tambien los mas detestables errores: « æternam timuere sæcula noctem. » Tomaron cuerpo entonces las violencias de los príncipes salidos de la barbarie, entronizóse el feudalismo, siguió la lucha de los pueblos contra los señores, y de estos entre sí, y con los reyes; brotando de ese caos, nuevas herejías con un carácter mas práctico, mas invasor, mas amenazador que las antiguas. No necesito recordarle á V., mi estimado amigo, los nombres de los que ora con las armas, ora con la pluma, ora con la predicacion, se desencadenaron contra la Iglesia; la historia de estos errores y contiendas es inseparable de la Europa; solo diré que la aparicion del protestantismo, si bien fué una catástrofe de imponderables consecuencias, no fué sin embargo un hecho del todo nuevo, sino la que tomó un carácter peculiar á causa de la época en que nació.

Grandes males tiene que llorar actualmente la Iglesia; pero mucho dudo que sean iguales á los del siglo décimosexto y siguiente; ni en errores, ni en desastres, parece que nada dejaban que desear al genio del mal. Por lo que toca al siglo pasado, está demasiado cerca de nosotros para que sea necesario mentarle siquiera; baste recordar, que se abrió con las disputas y la terquedad del jansenismo, y se cerró dignamente,

con la Constitucion del clero, y las persecuciones de la Convencion.

No me he propuesto hacer ni un ligero bosquejo de las contrariedades que en todos tiempos ha sufrido la Iglesia, para que pudiesen compararse con las que padece en el nuestro: y sí únicamente echar allá y acullá algunas plumadas, que al menos recordasen los principales acontecimientos que tan trabajosa y gloriosa á la vez, nos presentan su historia. Con esto desearia que se consolasen los fieles que con excesiva afliccion contemplan los males de nuestra época, reflexionando que no es tan cierto como ellos quizás se imaginan, que este sea el tiempo en que Dios ha permitido que campease con mas audacia el poder del príncipe de las tinieblas. Al menos por mi parte abrigo sobre este particular fuertes dudas, que se ofrecerán á cualquiera que repase con atencion los anales eclesiásticos.

Ateniéndonos á lo sucedido, durante el siglo pasado y el presente, se me dirá que en Francia la fe ha perdido mucho, y se me recordará que lo propio acontece en Portugal, España é Italia; pero yo replicaré, que tambien ha crecido en Irlanda, que ha ganado mucho en Inglaterra y Escocia; y sin empeñarme en discusiones sobre la exactitud de la compensacion, observaré que la Iglesia ha conquistado en nuestra época una ventaja inmensa, cual es, que entre los países mas civilizados y cultos, no hay ninguno donde se la mire con hostilidad perseguidora. Y no se

me cite en contrario el ejemplo de la Rusia, ni un extravío pasajero del gobierno de Prusia, ni las anomalías de otros países; la causa de la religion parece mas bella cuando se enlaza con los recuerdos de nacionalidad de un pueblo desgraciado; y la Iglesia se presenta mas hermosa y lozana, cuando tiene por perseguidores el raquitismo en política, y la nulidad en filosofía.

Calculan algunos incrédulos la decadencia de la fe, por lo que observan en las personas de su trato; y como estas son á menudo de las mismas ideas, deducen que la incredulidad es el estado normal de los entendimientos. Acontece en este punto lo mismo que en los relativos á costumbres. El inmoral halla la inmoralidad en todas partes: no hay para él un hombre honrado, una mujer honesta, un magistrado íntegro, un comerciante de buena fe; la perfidia, la corrupcion, el soborno reinan en todas las almas; y si bien reparais en su manera de discurrir, sus propios vicios no son mas que el resultado de la profunda conviccion de que es enteramente imposible el ejercicio de la virtud. No le faltan, ni excelente índole, ni buenos deseos, ni la fuerza de ánimo necesaria para practicar el bien; pero ¿qué fruto sacaria de constituirse en única excepcion sobre la tierra? Víctima de las malas artes y de las pasiones de sus semejantes, fuera un estéril holocausto ofrecido en las aras de la virtud, de esa diosa que de tan antiguo abandonó para no volverlas á ver las moradas sublunares. ¿No es

verdad, mi estimado amigo, que así hablan los hombres inmorales, que tienen bastante conocimiento para reflexionar un poco sobre su estado, creando una especie de filosofía que les sirva de comodin contra los remordimientos de su conciencia? Aplique V. á la incredulidad lo que acabo de decir, y hallará una perfecta analogía. Habla el incrédulo con hombres que comparten sus errores: echan una ojeada sobre el estado de las creencias, y como cada cual recuerda haberse hallado con otros de la misma opinion, cuando menos sus maestros ó discípulos, llevan todos su contingente de incredulidad observada en distintos lugares, é infieren sin vacilar, que la induccion es cumplida, que todos los votos están recogidos, que la fe no tiene un solo partidario, y está condenada irremisiblemente, desterrada para siempre del mundo. Fulano, dicen, aparenta creer, pero es hipocresía; Zutano lo finge por interés, Menguano por no contristar á una madre, á una esposa devotas; por lo demás, todos los hombres que piensan están acordes en este punto, el hecho es tan cierto que se halla fuera de discusion.

Con esta seguridad he oido hablar, estos discursos he oido hacer; pero yo que no podia olvidar lo que he visto con mis ojos, yo que tampoco habia descuidado observar y recoger hechos sobre la misma materia, no podia resignarme á abdicar mis opiniones, y á suponer errados todos mis cálculos. Además, encontraba tambien otro

motivo para no dar mucha importancia á las inducciones de mi adversario; sin apariencias de contradecirle, daba á la conversacion un giro que indicarme pudiera las fuentes donde habia bebido ese profundo conocimiento del mundo, el teatro donde habia hecho sus observaciones sobre el estado actual de las creencias. Desde luego echaba de ver, que de las personas y círculos á que se referia, aun cuando él no me lo hubiera dicho, á la legua hubiera yo sospechado que no abundaban de fe; si es que de antemano no me constaba lo mismo que él me estaba revelando. Hablábale entonces de otra sociedad como suele decirse, de otras reuniones, de otros hombres; no tenia noticia de ellos, no estaban en su cuerda. Traia la conversacion al movimiento religioso de este ó de aquel país; pronunciaba el nombre de un autor distinguido en esta materia; recordábale un pasaje interesante de una obra escogida; á esta literatura no se habia dedicado mucho; siquiera por amor propio, afectaba tener de esto algunos conocimientos, bien que con la modestia de no manifestarlos; pero yo para mis adentros inferia, que aquel hombre hablaba de lo que no sabia, que en sus cálculos deducia de lo particular lo universal, y que todo su aparato de observacion sobre el estado de las creencias, se reducia á noticias de que no carece ninguna persona entendida.

Ni la sociedad, mi estimado amigo, está toda en las capitales; ni las capitales se forman ex-

clusivamente de un determinado número de reuniones, por mas que estas sean á menudo las mas presumidas y pretensiosas; necesario es extender la vista algo mas allá cuando se quiere formar juicio sobre el estado de las creencias. No sucede con ellas lo que con el movimiento politico ó mercantil. Estos se limitan á círculos por lo comun muy estrechos; y para juzgar de su situacion y tendencias, basta regularmente colocarse en algunos de los centros en cuyo torno se verifican. En negocios de religion es muy de otra manera; sus ramificaciones son inmensas, sus raíces calan hasta las entrañas de la sociedad; la soberbia capital como la miserable aldea, no se eximen de su influjo; y así es harto arriesgado el juzgar de ellas por lo que se ha notado en círculos reducidos.

Pero ya esta carta va tomando mas ensanche del que conviene; y así resumiendo mis ideas, diré que lo que V. llama tan acertadamente la filosofía del porvenir, es una de tantas quimeras como sueña el espíritu humano; que ningun problema resuelve, que nada nos dice sobre las altas cuestiones que se propone ventilar; que sus pronósticos no llevan camino de cumplirse, y que el catolicismo no presenta señales de muerte ni caducidad. Por lo tocante á las profundas mudanzas que en sentir de esos filósofos se han de verificar en la sociedad, convengo con ellos; pero no creo que sea de la manera que los mismos se figuran. No tengo dificultad en reconocer

que estamos en una época de *transicion*; pero me inclino á pensar que esta transicion lejos de ser característica de nuestra época, es en cierto modo general á toda la historia de la humanidad; porque es evidente que el género humano está *pasando* continuamente de un estado á otro. La perfectibilidad indefinida de que nos están hablando sin cesar los *filósofos del porvenir*, es tambien asunto sobre el cual abrigo yo mis dudas; así como sobre lo que dan por supuesto y enteramente incuestionable, de que la humanidad aun aquí en la tierra, adelanta siempre hácia la perfeccion, haciendo sin cesar nuevas conquistas. El escepticismo *filosófico* de que, como le dije en una de mis anteriores, estoy algo tocado, hace que al oir enunciar alguna proposicion demasiado general, no me deje alucinar ni por la celebridad ni el tono magistral de quien la emite; y que en uso de mi independencia, examine si el acreditado maestro podria haberse equivocado. Esto me ha sucedido con la *transicion* actual, y con la *marcha* continua de las sociedades, y con las mudanzas que para lo venidero se nos pronostican; sobre todos estos puntos le diré mis opiniones en otra que pienso escribirle otro dia. Ahora no puedo hacerlo; ya por no alargar demasiado la presente, ya porque « non tantum est otii. » Queda de V. su affmo. S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA V.

Ya veo, mi estimado amigo, que me ha de ser muy difícil realizar el pensamiento que en un principio me proponia, de dar cierto órden á la discusion religiosa que íbamos entablando, encerrándola en un cauce del cual no pudiese salir, sin perjuicio de dirigirla por países amenos, y permitiéndole tortuosidades caprichosas, que le quitasen la apariencia de la regularidad escolástica, y diesen á la materia un aspecto agradable y entretenido. Inútiles son todos mis conatos para hacerle entrar á V. en este plan; pues segun parece, le gusta mas el tratar puntos inconexos, divagando como abeja entre flores. Aun cuando conozco muy bien los inconvenientes de este sistema de conducta, y si mal no me acuerdo, se los llevo ya indicados en una de mis anteriores, preciso se me hace el seguirle á V. por el camino que le place señalarme, para que no le venga á V. á la mente que trato de esquivar cuestiones delicadas, y que envolviendo á mi contrincante en una nube de autoridades y de raciocinios teológicos, me propongo ocultar puntos flacos apartando de ellos el peligro de un ataque. Sin

embargo esta necesidad fuera para mí mas desconsoladora, si V. no se sirviese advertirme que «no carece del conocimiento de las mejores obras que se han escrito en defensa de la religion, y que reservándose estudiarlas para cuando haya mas tiempo y paciencia, solo intenta en la actualidad aclarar por via de recreo y esparcimiento algunos puntos difíciles, como quien quita la broza que impide la entrada á un camino anchuroso.»

A decir verdad, no me desagrada que V. haya traido la discusion sobre el punto de la *sangre de los mártires*, pues es asunto sobre el cual hay mucho que decir, y en el que tarde ó temprano hubiéramos tenido que entrar, si la controversia hubiese seguido el curso que yo deseaba. Esta *sangre* es á no dudarlo, uno de los argumentos mas firmes en apoyo de la verdad de nuestra santa religion, y así al examinar las razones que los cristianos podemos alegar en defensa de nuestra fe, ó como suele decirse, los *motivos de credibilidad*, tampoco hubiera yo olvidado el presentarle á V. ese prodigio, en que personas de todas edades, sexos y condiciones, mueren con heróica fortaleza, por no profanarse ni con un solo acto, que no estuviese conforme con la fe del Crucificado.

Pero antes de hablar yo, quiero que hable V.; y así para no confundir las ideas, y con la mira de que ni uno ni otro olvidemos el verdadero estado de la cuestion, y de qué por consiguiente la

respuesta pueda ser mas cabal y ajustada, reproduciré lo que me dice V. en su apreciada. « Respeto como el que mas la fortaleza de ánimo donde quiera que la encuentro; y confieso ingenuamente que el heroismo del sufrimiento es á mis ojos mucho mas sublime que el heroismo del combate. Con esto le ahorraré á V. no poco trabajo, pues que así conocerá desde luego, que no tiene necesidad de fatigarse en ponderarme ni el número de los mártires, ni sus atroces tormentos, ni su invicta constancia, ni tampoco en excitar mi entusiasmo, poniéndome delante de los ojos, caducos ancianos, débiles mujeres, tiernos niños, marchando impávidos á morir por su fe. Dudo mucho que en esta parte me exceda V. en sentimientos de respeto y admiracion; así como no tiene V. que recelar que mi escepticismo llegue hasta levantar dudas sobre la inmensa muchedumbre de dichos mártires; no me agrada aguzar mi ingenio para combatir hechos de tan probada verdad. Mis impotentes negaciones no borrarian por cierto las páginas de la historia. Pero dejando aparte, y confesando expresamente la verdad del hecho, no puedo convenir en que puedan sacarse de él las consecuencias que VV. los cristianos pretenden; porque es bien sabido que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes efectos; y en cuanto á la propagacion de las creencias cristianas que resultó de la persecucion, bien sabe V. que el secreto de prosperar una causa es el hallarse contrariada, comba-

tida, el poderse presentar sus defensores con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones, é invicta constancia en sustentarlas.» No he querido cercenarle á V. ninguna parte de su argumento, ni escatimarle en lo mas mínimo el valor de la dificultad; pero tambien me ha de permitir V. que me extienda en la solucion de la misma, cual reclama la importancia de la materia.

Ante todo, acepto de buena gana la confesion de que el número de nuestros mártires es asombroso, no siéndolo menos las circunstancias de su martirio, ora se atienda á los tormentos, ora á las personas que los sufren. Y cuando la acepto con gusto, es solamente por la complacencia que me causa, el ver que V. no trata de empeñarse en combatir hechos de tan probada verdad; pero nó porque sea esta una confesion á que yo no pudiese obligar á mi adversario; para lograr mi objeto no hubiera debido hacer mas que abrir las páginas de la historia; y como observa V. muy bien, esas páginas no se borran con *impotentes negaciones*. Las actas de los mártires no son devotas leyendas, inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica mas severa. Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleuri, Tillemon, Papebroche, Holstenio, y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudicion y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, hubieran

venido en mi ayuda, si V. no hubiese tenido la prudente precaucion de abstenerse de una contienda, en la que no hubiera llevado ventaja, á pesar de toda la brillantez de su talento: ¿ qué valen los raciocinios contra hechos mas claros que la luz del dia? Solo la ciudad de Roma es un argumento irrefragable en confirmacion de la inmensa muchedumbre de los mártires. Se ha dicho que los subterráneos de la ciudad eterna eran un gran sepulcro: ¡digna peana de la Cátedra de San Pedro! «Vimos, en la ciudad de Rómulo, decia Prudencio, innumerables cenizas de santos: si preguntas, ó Valeriano, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte; ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre, y que solo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningun nombre! Acuérdome que en solo un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres solo conoce Cristo.»

Innumeros cineres sanctorum Romula in urbe
Vidimus, o Christo Valeriane sacer
Incisos tumulis titulos, et singula quæris
Nomina? Difficile est, ut replicare queam,
Tantos justorum populos furor impius hausit
Quum coleret patrios Troja Roma Deos,
Plurima litterulis signata sepulcra loquuntur

Martyris aut nomen, aut epigramma aliquod,
Sunt et muta tamen tacitas claudentia turbas
Marmora, quæ solum significant numerum,
Quanta virum jaceant congestis corpora acervis
Nosse licet, quorum nomina nulla legas,
Sexaginta illic defossas mole sub una
Reliquias memini me didicisse hominum,
Quorum solus habet comperca vocabula Christus.

Así hablaba en el siglo cuarto este insigne español; por donde se echa de ver, que ya en aquellos tiempos causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa admiracion que producen en los viajeros de nuestra época. Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los emperadores gentiles, que son la de Neron, Domiciano, Trajano, Antonino Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano; en todas se cometieron horrendas atrocidades; y es necesario tener en cuenta que no se limitaba la persecucion á pocos puntos, sino que se extendia por todo el ámbito del imperio. Espanto causa el leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecia á cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires: jamás religion alguna se vió sometida á tan dura prueba, jamás se mostró con mas evidencia la humanidad elevada á una altura inmensamente superior á sus fuerzas.

El entusiasmo por una idea dice V. que puede producir semejantes efectos; esta dificultad exige una respuesta detenida. No negamos nosotros que

no puedan venir casos en que una persona se exalte de tal suerte por una idea, afecto, ó interés, que sea capaz de sacrificar su existencia: los ejemplos no fueran difíciles de encontrar en la historia de los tiempos pasados, y no faltan tampoco en los nuestros. Pero no se trata aquí de saber hasta dónde pueden llegar la fuerza y energía moral de este ó aquel individuo, vivamente poseido de un objeto; no se intenta disputar la posibilidad de dar gustoso la vida por él, y hasta de sufrir atroces tormentos: la fuerza de nuestro argumento no consiste en semejantes aserciones desmentidas por la razon y la historia; lo que decimos nosotros es, que atendida la humana flaqueza, no es posible sin particularísima asistencia del cielo, que por espacio de tres siglos, en todos los puntos del orbe conocido, se hayan encontrado en tan asombroso número personas de todas edades, sexos y condiciones, que hayan perdido alegres su hacienda, su honor á los ojos del mundo, y acabado finalmente su vida entre los tormentos mas crueles, solo por no querer abandonar la fe del Crucificado; esto decimos, y á quien nos contradiga, le exigiremos que nos muestre en los fastos de la humanidad un ejemplo semejante; no contentándonos con este ó aquel ejemplo aislado, le pediremos que nos los presente á millares de millares como podemos presentarlos nosotros: y seguros de que no le ha de ser posible, creeremos estar en nuestro derecho cuando afirmemos, que nuestra religion tie-

ne un carácter de que están destituidas las otras.

Me dice V. « que todo país ha tenido sus mártires, pues mártires pueden apellidarse los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia á la felicidad de sus compatricios; y que sin embargo no se ha creido nunca que para semejantes actos fuese necesaria una gracia especial del cielo.» Esta observacion, mi estimado amigo, me hace sospechar que V. no ha meditado mucho sobre el corazon humano, en sus relaciones con los sacrificios, pues que de tal manera confunde las ideas, y no distingue cuáles son los que se nos hacen mas costosos. ¿No ha pensado V. nunca en lo que va de valor á fortaleza, en la inmensa distancia que media entre acometer con denuedo un peligro ó esperarle con calma, entre arrostrar un riesgo pasajero, y tolerar resignadamente una larga cadena de trabajos y tormentos? Los hombres capaces de lo primero son en número muy crecido; pero son muy contados los que alcanzan á lo segundo. La razon lo convence; la historia y la experiencia lo atestiguan.

Es bien sabido que uno de los principales resortes que hacen mover al hombre, cuando obra en el órden puramente natural, son las pasiones; sin ellas, el corazon está frio; la razon combina, pero el brazo no ejecuta. Y cuando de pasiones hablo, no me refiero tan solo á inclinaciones malas, ni á movimientos del ánimo hasta tal punto exaltado, que pierda de vista los principios de la

sana razon , y los consejos de la prudencia. Bajo el nombre de pasiones, comprendo tambien todos los sentimientos legítimos y generosos, todas las afecciones del alma, aun las mas tranquilas y templadas; con tal que no pertenezcan al órden de la pura razon, y á los actos de voluntad que solo dimanan de aquella; comprendo todos los impulsos espontáneos que nos llevan á un objeto como instintivamente, prescindiendo de la direccion del entendimiento: en una palabra, y para expresarme en lenguaje menos exacto, pero mas llano y quizás mas acomodado al comun de los espíritus; por pasiones entiendo, todo lo que suele llamarse movimientos del corazon.

Sabemos por la experiencia propia y la ajena, que cuando estos movimientos existen, nos hallamos mas dispuestos á obrar en el sentido en que ellos nos impulsan; y que cuando faltan, por mas profundas que sean nuestras convicciones, y firme y decidida la voluntad, estamos tocados de una debilidad, de una indolencia, que necesitamos hacer grande esfuerzo para vencerlos, si la accion de que se trata se opone en algo á nuestras inclinaciones naturales. Supónganse dos hombres igualmente persuadidos del mérito de la beneficencia, en igualdad de medios para ejercerla, en idéntica oportunidad para practicarla; pero de tal suerte que el uno esté dotado de un corazon compasivo y bondadoso, mientras el otro lo tenga naturalmente frio. La parte superior del alma, es decir la razon y la voluntad, se hallan en el

mismo estado en el primero que en el segundo: y sin embargo ¿quién no ve que para aquel será un verdadero placer el desprendimiento con que socorra el infortunio de sus hermanos, y que para este será un sacrificio? El uno tendrá una pasion, sentimiento, movimiento del corazon, ó llámese como se quiera, que le impulsa á la beneficencia; padecerá, si no hace bien; la miseria del prójimo se le ha comunicado en cierto modo, porque dejando intacta su fortuna y su salud, le hace compartir el sufrimiento del desgraciado: cuando le dispense el auxilio, experimentará un desahogo, recobrará el bienestar perdido, renacerá en su alma la tranquilidad disipándose la angustia; percibirá la dulce satisfaccion de haber cumplido un deber, que sentia como una necesidad en el fondo de su alma. Nada de esto se verificará en el hombre de corazon frio, por mas recta que sea su razon, por mas ajustada que á ella conserve la voluntad. Si socorre al infeliz, será obrando conforme le dicta su conciencia; pero obedeciendo los preceptos de esta, no sentirá aquella expansion, aquella ternura que inunda de gozo y de placer un corazon compasivo; antes al contrario, se verá precisado á luchar con la dificultad, que mas ó menos siempre trae consigo, el desprendernos de lo propio para darlo á los otros.

Este ejemplo hace sensible, y por decirlo así, palpable, la poderosa influencia que sobre nuestros actos ejercen las inclinaciones del corazon.

De esto inferiré que cuando nos encontramos en situaciones en que una pasion cualquiera está vivamente desarrollada y activa, no es extraño que preponderando sobre las demás, y hasta sobre el instinto natural de la propia conservacion, llegue al punto de hacernos acometer arduas empresas y arrostrar los mayores peligros. Así, un militar en el campo de batalla, á la vista de sus compañeros de armas testigos de su valor ó de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando á sus inmediaciones á sus amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado ímpetu se arroje á la muerte gloriosa; mayormente conservando como conserva siempre alguna esperanza de evitarla, y conquistando con su valor el aprecio y la admiracion de cuantos le contemplan. Entonces vemos desplegados, el amor de la patria, el de la gloria, la ambicion halagada con el premio, obrando todos á la vez sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando además el cuerpo en la disposicion mas favorable para mantener en viva actividad y efervescencia las pasiones, con la agitacion y el calor de la refriega. En casos semejantes, hay una verdadera lucha de inclinaciones contra inclinaciones; y natural es que prevalezcan aquellas que estando mas en armonía con la situacion, son mas á pro-

pósito para ponerse en vivo movimiento, influir sobre la voluntad, y sufocar las demás que tiendan á parar ó moderar el impulso.

Estas observaciones manifiestan cómo se verifica que muchos hombres desprecien la vida en defensa de una causa; y nó porque deba entenderse que para llegar á este punto sea preciso que el ánimo se encuentre en la exaltacion que acabo de describir; pueden venir circunstancias en que sin hacerse tan sensible el fenómeno, se verifique de una manera mas ó menos semejante. Así, un jóven que se halla empeñado en uno de los lances que se apellidan *de honor*, no está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; sin embargo, y por mas que en apariencia la situacion se muestre muy distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que impelen al desprecio de la vida. Una preocupacion funestísima, pero que por esto no deja de estar arraigada en muchos espíritus, le hace creer, que si no acepta el duelo que se le ofrece, ó si él á su vez no desafía á su adversario, segun es la ofensa recibida, se cubre de ignominia y baldon, y no podrá presentarse á la sociedad sin la deshonrosa nota de cobarde. En el hombre constituido en esta alternativa, no vemos ciertamente tan de bulto los motivos que le impulsan á arrostrar el peligro, como los hemos visto en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitacion del ánimo fluctuante entre el temor y la esperanza, entre el

amor de la vida y el del honor; pero no deja por esto de existir la lucha, y tan viva quizás como existir puede en el campo de batalla. Por mas vanidad que entre muchas veces en el sentido de la palabra *honor*, no puede negarse que ejerce sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan mágica, que ni la salud ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan fuerte é instantáneo. Dejando á parte el exámen de las causas, consigno aquí el hecho, para manifestar que en el caso supuesto hay tambien una verdadera exaltacion de ánimo, una pasion fuerte que sojuzga las demás, sometiéndolas á su tiránico imperio, y arrastrando el corazon dominado, hasta el deplorable extremo de poner la vida como cosa liviana.

Creo, mi estimado amigo, que las observaciones que acabo de emitir son bastantes para que se distinga el valor de la fortaleza, y para que resalte cuán diversas cosas son el acometer intrépido un peligro por inminente que se ofrezca, y el sufrir con inalterable calma los mayores tormentos, marchando sereno á una muerte segura, inevitable, erizada de los padecimientos mas atroces. En el primer caso, vemos unas pasiones contra otras, vemos el ánimo sostenido por mil motivos que le impulsan, y que al mismo tiempo le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima á la empresa. Padecimientos, ó no los hay, ó son muy breves, ó compensados con alternativas ó esperanzas de recreo, de placeres, de glo-

ria. En el segundo, vemos la razon y la voluntad luchando con todas las pasiones, vemos al hombre superior en oposicion con el hombre inferior; aquel pertrechado con la idea del deber, con la esperanza de un grande objeto; este con todos los atractivos, todas las amenazas, todos los temores, todas las vicisitudes que se agitan en esa region tempestuosa, que no sabiendo cómo apellidarla, le damos el nombre de corazon.

No intento decir con esto, que no pueda hallarse en el órden puramente natural, un desprendimiento asombroso, ni que en todos los actos que denominamos heróicos deba suponerse una gracia sobrenatural; semejante asistencia no la tuvieron ciertamente los gentiles, ni tantos otros héroes pertenecientes á falsas sectas; sin embargo encontramos en ellos rasgos sorprendentes que nos entusiasman y admiran. Régulo volviendo á Cartago despues de haber dado un consejo que le habia de costar la vida, Scévola con la mano en el brasero, y otros rasgos que nos ofrece la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de lo que puede ejecutar el hombre abandonado á sus fuerzas naturales; pero no destruyen el argumento que nosotros sacamos de nuestros mártires. Los héroes de que estamos hablando son muy contados, los nuestros son innumerables; los héroes eran por lo comun hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervencion en los negocios públicos, ávidos de gloria,

colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de la patria daba vuelo á su entusiasmo, y energía á su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mujeres, niños, hombres de las condiciones mas humildes, que no habian ocupado jamás puestos distinguidos, y que por tanto no habian podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones mas poderosas de nuestro corazon, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos ideas del mérito de los mártires acerquémonos á uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados á los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nombre no se sabe, su categoría es oscura; ¿por qué se halla detenido? porque cree que un Hombre que murió ajusticiado en la Palestina, es Hijo de Dios, y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas á la justicia del Eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? el desprecio ó la compasion, ó el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan iluso, aquellos le achacan los mas feos crímenes. Ni un rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la tierra. No busqueis en su situacion nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reaccion contra los males que le abruman. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postracion á que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese le-

vantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la Religion y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacia llevaderos los padecimientos y agradable la muerte; es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolucion de sacrificar á lo futuro todo lo presente, de sobreponerse á todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolucion, repito, se descubre la accion sobrenatural de la gracia divina; pues que á tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada á sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza á dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien ó mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que creyendo las terribles verdades de nuestra Religion, viven tan olvidados de ellas, cual hacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas de todas edades, sexos y condiciones, se hace superior á esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decision tan heróica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la region natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar

de cuánto es capaz lo débil, cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido á V. plenamente; pero atendido su buen juicio, me atrevo á esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que va de nuestros mártires á los héroes del mundo, sean del órden que fueren; V. no ignora la historia; recapacite cuanto ha leido, y no encontrará nada que á tamaño prodigio sea comparable. ¿Qué causas naturales puede V. imaginar para explicarle? El entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecian sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso jóven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe, y será preciso reconocer que por mas poderoso que sea sobre nuestro corazon el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fe, y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos, y habi-

tado todos en países muy vecinos, viviendo sujetos á las mismas influencias y durando su religion muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario á razon el decir, que se introdujo entre ellos cierta exaltacion de ánimo, y que se fué comunicando de unos á otros. Pero, ¡por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma constancia! Reflexione V., mi estimado amigo, sobre esta última observacion, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de V. relativo á la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagacion del cristianismo, á pesar de la horrible persecucion á que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice V. que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa, y difundir una doctrina, es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la aureola del martirio, excitan la admiracion y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Mas de una vez he meditado sobre esto que V. y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecucion; y confieso ingenuamente, que ora haya escuchado los dictámenes de la filosofía, ora me haya atenido á las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla á sangre y fuego.

En esta parte hay mucha confusion de ideas y

de hechos, que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolucion depende el formar acertado juicio sobre la principal que se examina. ¿Es verdad que la vista de la persecucion excite entusiasmo ó interés en favor del perseguido? A esta pregunta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido es considerado como inocente, ó como culpable: en el primer caso, sí; en el segundo, nó. Lo mas que podrá inspirar será compasion, pero esta nada tiene que ver con el entusiasmo, ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda; y de ello se infiere, que cuando se afirma en general que la persecucion honra, que ilustra, que excita simpatías, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente, y solo con respecto á los que le consideran como tal; solo á los ojos de estos es un verdadero perseguido; á los de los otros, no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecucion, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho, que si en un país se suscita una persecucion contra una causa ó una doctrina, si estas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien comun, entonces el castigo de los criminales lejos de excitar semejante admiracion y respeto, inspirará á lo mas sentimientos de estéril compasion en favor de los que se supongan ilu-

sos, ó como suele decirse, engañados de buena fe.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos en situacion favorable, en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religion diametralmente opuesta á todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado á los dioses reinantes no era mas que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abóminaciones nefandas, eran mirados con aversion, con odio, con execracion, se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad; y para hacerles apurar las heces del cáliz, se les achacaba que en la celebracion de sus misterios cometian horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedia la sangre de los confesores de Jesucristo: *los cristianos á las fieras, los cristianos al fuego:* este era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras espiraban entre los tormentos mas atroces, teníase á gran dicha si en las tinieblas podian salir de sus lóbregas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto á los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oir que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el con-

cebir todo el horror de la situacion en que se hallaban, en los formidables trances de sus tormentos y muerte. Nó, no veian en torno de sí ese respeto, esa admiracion que nosotros ahora les ofrecemos; veian sí el odio, el insulto, la calumnia, y lo que quizás es mas doloroso para el corazon humano, la burla y el desprecio. Solo Dios era su consuelo, solo Dios era su esperanza; solo Dios era su sosten en aquellos terribles momentos en que luchando con el mundo, y consigo mismos, arrostraban impávidos la muerte por confesar la fe del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; á quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: ó estaban sostenidos milagrosamente por el cielo, ó no lo estaban; si lo primero, entonces os hallais de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que este es el mayor de los milagros, el hacer sin milagro cosas tan milagrosas.

Inferiremos de esto, que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiracion y entusiasmo; y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecucion ilustrando á las víctimas, contribuian á destruir el objeto que se proponia el perseguidor.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio para propagarla? La pregunta parece ya algo extraña á primera vista; sin embargo

esto es lo que á cada paso se sustenta, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Si se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecucion, el aserto seria muy diferente; pero pretender que la persecucion misma haya de ser un vehículo, es un absurdo; á no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene un fuerte apego á la vida, un grande horror á la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlos. Me habla V., mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante aureola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena á ofrecerse en holocausto;» todo esto es verdad; pero temo mucho que no sea muy á propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la cosa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche V. en cara que tengo el corazon poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heróicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y nó las ficciones, se me hace preciso atenerme á lo que estoy viendo en las páginas de la historia, y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida, por la

causa de la verdad y de la justicia? Son ahora, y fueron en todos tiempos, muy pocos; y la misma admiracion que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heróica fortaleza no es el patrimonio comun de la humanidad. ¿Quiere V. partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abreve de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y los amigos, bien pronto se quedará V. con pocos rivales que le disputen la aureola de una vida de padecimientos, y de una muerte afrentosa.

A decir verdad, no creia yo que debiese hallarme en la precision de recordarle á V. estas verdades, que por tristes, no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo V. escéptico, debia de ser algo mas *positivo;* y que viviendo en épocas de vicisitudes, habria aprendido á conocer mejor á los hombres, y á formarse ideas mas exactas sobre las inclinaciones de nuestro corazon.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en todos tiempos esa invencion filosófica de las ventajas de la persecucion: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es, que para destruir una causa ó sufocar una doctrina, es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlas. Yo ando buscando en la historia los bue-

nos efectos de la persecucion en pro de la causa perseguida, y no los encuentro. Hallo una excepcion en el cristianismo; pero esto mismo me lleva á pensar que la causa de la excepcion está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de san Estéban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicuta de Sócrates no veo que les inspirase á los filósofos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno; Platon al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de encubrírlas con cien velos.

Pasando á tiempos posteriores, observo el mismo fenómeno: así por ejemplo, la secta de los Priscilianistas contra la cual se desplegó mucho rigor, veo que se encontró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que mas extension han alcanzado, fué sin duda la de Mahoma; y por cierto que sus progresos no se debieron á la persecucion, sino á las armas con que arrolló á sus adversarios, y á los halagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del mediodía de la Francia en tiempo de los Albigenses, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contrariedad; muy al revés, fuéronse disminuyendo cada dia, hasta llegar á un estado de postracion y casi aniquilamiento.

Me dirá V. que el protestantismo cundió y se arraigó á pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir; y que así como la llamada reforma

se extendió á pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado VV. estas tremendas contrariedades y persecuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los geroglíficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos, y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantimo, y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos á las ponderadas persecuciones. En Alemania, desde el momento de su aparicion, contó de su parte muchos y muy poderosos sostenedores: entre ellos algunos príncipes que lo manifestaron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusion y arraigo de las nuevas doctrinas, ora apelando á las armas, cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció á poca diferencia en los demás países del continente, mas ó menos infestados por el protestantismo; sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que á mas de los patronos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo, con uno que valia por todos: Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca, para propagar y arraigar el cisma á que le lanzara su ciega pasion; y el sistema de este

perseguidor continuó en los reinados siguientes, con igual si nó con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantísmo ya tenia en su favor grandes ejércitos, poderosos príncipes, naciones enteras; ¿qué punto de comparacion hay entre la propagacion de la llamada reforma y la de la Religion cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que ó mueren peleando en el campo de batalla, ó tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿dónde estaria actualmente? ¿Quereis saberlo? observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano fuerte. En Francia, tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor; pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia, fué debilitándose, casi hasta llegar á desaparecer. ¿A qué estaba reducido algun tiempo despues de la revocacion del Edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que aun en la actualidad, despues de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país, la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España, puede darnos una idea

de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecucion. Sabido es que á mediados del siglo xvi habia alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto mas peligrosos, cuanto pertenecian á categorías distinguidas. La Inquisicion sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habian logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisicion; este rigor no podia por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por mas horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera san Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia, por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos, se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparicion. En confirmacion de esta

verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; paréceme que despues de haberlas leido, se le habrá presentado á V. algo mas robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detencion é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez horrorosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo maravilloso, que nó es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedian á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestion bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precision de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasía; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearia que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la polémica, no sé si despues de haber andado V. primero por el infierno, y

de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecucion. Sabido es que á mediados del siglo XVI habia alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto mas peligrosos, cuanto pertenecian á categorías distinguidas. La Inquisicion sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habian logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisicion; este rigor no podia por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por mas horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera san Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia, por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos, se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparicion. En confirmacion de esta

verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; paréceme que despues de haberlas leido, se le habrá presentado á V. algo mas robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detencion é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez horrorosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo maravilloso, que nó es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedian á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestion bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precision de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasía; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearia que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la polémica, no sé si despues de haber andado V. primero por el infierno, y

de nuevo en el número de los creyentes, pero sí á engolfarse mas y mas en la discusion con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. « ¿Qué sabemos nosotros, dice V. con un abatimiento que me penetra el corazon, qué sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!.... volvemos la vista en rededor y no vemos mas que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que V. cree que ha de durar hasta la consumacion de los siglos? Yo no desprecio la religion, veo que el catolicismo es un hecho tan grande que no acierto á explicarle por causas ordinarias; V. apela á la historia, V. me apremia á que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme á la evidencia de los hechos; pero ¿qué quiere V. que le diga? *no puedo creer.* Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en vísperas de acontecimientos colosales; con una revolucion intelectual y moral debe inaugurarse indudablemente la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error é incertidumbre. Dejemos que trascurra esa época de transicion, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma. »

En medio de mi afliccion, no crea V., mi estima-

do amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es V. el primero de quien lo he oido; pero permítame cuando menos que le haga advertir, que con sus palabras á nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace mas que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene á la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hácia ella un momento, y luego dejándose caer desfallecido, dice «*no puedo.*» Entonces habla V. de ese porvenir de que V. mismo se reia en una de sus anteriores, habla de esa *transicion* que no sabe en qué consiste; duda, fluctúa, aguarda para mas allá el resolverse, lo aplaza para los tiempos futuros, para esos tiempos, ay! en qué V. habrá ya dejado de existir!.... Triste consuelo! Engañosa esperanza!

Pero si V. desfallece, mi querido amigo, no debo yo desfallecer; Dios ha comenzado la obra, él la acabará; yo tengo un dulce presentimiento de que V. no morirá en brazos del escepticismo. V. dice que desea de corazon encontrar la verdad; persevere V. en su propósito; yo confio que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre por V. en la cima del Calvario.

Bien se deja conocer que no estará V. muy dispuesto para recibir una contestacion que verse principalmente sobre asuntos puramente religiosos; el escepticismo del siglo ha vuelto á ejercer su ascendiente sobre V. de una manera lastimosa,

y saliendo de golpe del terreno de la discusion se ha echado á divagar por las regiones del *socialismo* y del *porvenir*, hablándome de *transiciones*, de época *crítica*, y de no sé cuántas cosas por este tenor. Dicho tengo ya que le seguiré á V. por donde le pluguiere; si hoy no le gusta que tratemos de dogmas, los dejaremos á un lado; y toda vez que me habla de *transicion*, de transicion le hablaré yo.

Díjele á V. en una de mis anteriores que no creia característico de nuestra época la transicion, y que esta habia sido comun á todos los siglos; por no poder convenir en que bajo este concepto, se verifique ahora algo que con mas ó menos semejanza no se haya verificado siempre. Pero cuando esto afirmo, hablo principalmente de los pueblos que se mueven, nó de aquellos que helados en medio de su carrera, permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Si á estos exceptuamos, y dirigimos á los demas nuestras miradas, veremos en primer lugar, que los griegos y romanos vivieron en perpetua transicion. Nada tiene que ver el siglo de Dracon con el de Solon, ni el de este con el de Alcibíades; y ni á uno ni otro se parecen el de Alejandro y el de Demetrio. Y sin embargo estos siglos estaban muy cercanos unos de otros, lo que nos indica que la sociedad griega *pasaba* incesantemente de un estado á otro muy diferente. No es muy largo el espacio transcurrido entre Bruto que arrojó á Tarquino y Bruto

matador de César; pero véase cuántas y cuán variadas fases presenta el estado social y político de los romanos. Observaciones análogas podrian hacerse con respecto á otros pueblos antiguos; y aun por lo tocante á los que llamamos inmóviles, es menester no olvidar que nos son poco conocidos, que su historia íntima, la que nos retrataria sus ideas religiosas, sus costumbres domésticas, su organizacion social, su legislacion, ha quedado en la mayor parte oculta á nuestros ojos, sepultada en los escombros de los tiempos, sin que hayamos adquirido apenas otras noticias que las transmitidas por historiadores extranjeros, mas que un conocimiento muy ligero y superficial. La ciencia moderna se esfuerza en suplir este defecto, pero ¿cuán difícil no es acertar en la verdad, á tanta distancia de épocas, en lenguas tan poco parecidas, en ideas y costumbres tan desemejantes? Como quiera, todavía puede afirmarse que dichos pueblos han estado muy distantes de hallarse en completa inmovilidad; y que además de lo que sobre los mismos nos manifiestan las escasas noticias que de ellos poseemos, la simple reflexion sobre la naturaleza de las cosas es bastante para inducirnos á conjeturar que los cambios y modificaciones han sido en mayor número de lo que sabemos, y de mayor importancia de la que nosotros calculamos; y que por tanto se ha verificado tambien entre los mismos el hallarse á menudo en estado de *transicion*.

Pero dejando los pueblos antiguos ó poco conocidos, y pasando á los modernos á contar desde la aparicion del cristianismo, saltan á los ojos el cambio y las modificaciones que incesantemente han experimentado; sin que sea dable pronosticar ninguna mudanza á la sociedad actual, que no se haya realizado equivalente ó mayor en las anteriores. Aun cuando diéramos por supuesto que se han de cumplir las mas exageradas predicciones de algunos socialistas, y poner en ejecucion los planes que nos parecen mas descabellados, no fuera mas diferente del actual el estado social nuevo, del que lo son los varios por donde han pasado los pueblos cristianos.

Si los hombres que vivian cuando la esclavitud era general, y se la consideraba como una condicion indispensable en toda sociedad bien organizada, hubiesen oido hablar de un estado semejante al que disfrutan los pueblos europeos, no habrian acertado á concebir ni cómo podia mantenerse el órden público, ni distribuirse el trabajo, ni proporcionarse comodidades y placeres á las clases ricas; en una palabra, creyeran imposible que sociedades tan numerosas pudiesen subsistir faltándoles esa base, para ellos tan necesaria é imprescindible. Decid á un señor feudal encastillado en su fortaleza, que vendrá un dia en que todos sus títulos serán menospreciados, en que su nombre y el de todos los de su clase caerán en olvido, en que sus descendientes andarán confundidos en medio de los descendientes de esos

vasallos pobres y desvalidos que mira con orgulloso desden, sumisos y humillados al pié de sus almenas, decidle que ese mismo pueblo se levantará contra él, y peleará por largo tiempo, y triunfará, y llegará á ser rico, poderoso, influyente, eclipsando todo el esplendor de sus señores, y llenando el mundo con la fama de sus hechos; decídselo, y os escuchará con asombro, y se imaginará que le referis cuentos de hadas, y que no le hablais de veras, ó que no estais en sano juicio. ¿Qué mas? No es necesario que las metamórfosis sociales las tomeis tan de lejos, para que parezcan increibles; á esos nobles del tiempo de Carlos V y de Francisco I, á esos descendientes de los antiguos señores, que van trocando ya la independencia de sus antepasados en heróica fidelidad á sus reyes, que se van trasladando de los campos á las capitales, y caminan rápidamente á pasar de guerreros á cortesanos, anunciadles que dentro tres siglos no serán ellos los que ocupen los altos puestos del estado, los que guien los ejércitos á la victoria, los que ejerzan las funciones de la magistratura, y que su voto en los grandes negocios no será considerado como de mas valer que el de los descendientes de esos plebeyos que riegan con su sudor las tierras, que ejercen los oficios humildes, y que reunidos en modestos gremios, parecen contentarse con la posicion social que les ha cabido despues de la guerra de sus antepasados los Comunes; y bien puede asegurarse que esos nobles

no os comprenderán, que no creerán nada de cuanto les pronosticais; y por mas que os esforceis en mostrarles las señales que ya bien claras se divisan nó en mucha lontananza, pensarán que tomais por una realidad las ilusiones de vuestra fantasía.

Trasladaos á la Europa de los siglos XI y XII, á la Europa de Suger y de san Bernardo, y anunciad á los hombres de aquella época, que los ricos monasterios, las opulentas abadias que compiten en esplendor y magnificencia con los castillos de los señores feudales, desaparecerán con el tiempo, y que en épocas no muy remotas no quedarán de ellas mas que algunas ruinas, objeto de la curiosidad de los arqueólogos; que ese clero cuya influencia en todos los negocios es inmensa, y cuyo poder y riquezas no ceden á los de otra clase cualquiera, se verá limitado al recinto de los templos, despojado de sus privilegios, privado de sus bienes, escatimados sus derechos á la enseñanza, considerado el ministro de la Religion en la categoría del mas humilde ciudadano, si es que todavía no se le rebaja de este nivel, negándole lo que á todos se concede; anunciadles repito esa mudanza, y veréis como la dan por imposible, como no conciben su realizacion á no ser suponiendo que la invasion sarracena ha conseguido sojuzgar el poder cristiano, ó que nuevas hordas de pueblos desconocidos se han derramado por la Europa, y cambiado su faz. No alcanzarán á concebir que sin irrupciones de pueblos bárba-

ros, sin conquista de sarracenos, antes bien despues de su completa derrota, se llegase por el simple curso de las ideas y de los acontecimientos, á producir cambios tan profundos en la sociedad.

Todas las revoluciones que pueden sobrevenir, al fin no podrán llevar á otro resultado que á alterar la posicion y relaciones de los individuos y de las clases. Supónganse las mudanzas que se quieran, y difícilmente se imaginará ninguna ni con respecto á la propiedad, ni á la organizacion del trabajo, ni á la distribucion de sus productos, ni á la condicion doméstica, ni al rango social, ni á la influencia política, que sea de mas importancia y magnitud que las verificadas en los tiempos que nos han precedido. La *transicion* ha existido como existe ahora; las naciones europeas han *pasado* incesantemente por diferentes estados, ó dejando completamente el que tenian, ó modificándole de mil maneras hasta transformarle en otro que en nada se le parece.

Yo desearia, mi estimado amigo, que V. anduviese haciendo suposiciones hasta las mas arbitrarias y caprichosas, y las cotejase con los hechos históricos que nadie ignora, y estoy seguro que se quedaria V. convencido de la verdad de lo que acabo de establecer. ¿Se quiere suponer que las clases menesterosas saldrán del abatimiento en que se hallan, acercándose mucho á las medias, y aun á las superiores? Véase si los jornaleros de ahora, distan mas de sus dueños,

que los esclavos de sus amos, y los vasallos de sus señores; es cierto que nó, y sin embargo, ni rastro queda en Europa de la antigua esclav tud, y solo se conservan leves vestigios del vasallaje, y los descendientes de los que vivian sometidos á estas condiciones, se hallan en la misma categoría que los nietos de aquellos que un dia se vieran colocados á inmensa distancia, así por lo tocante á riquezas, como á honores, consideraciones, y todo linaje de distincion y poderío. ¿Se quiere suponer que la propiedad sufrirá modificaciones profundas, que su distribucion estará sometida á leyes muy diferentes? compárense los siglos medios con el nuestro, parangónese por ejemplo, la Francia de Carlo-Magno, con la Francia de Napoleon, la de S. Luis con la de Luis Felipe. ¿Se quiere imaginar una nueva organizacion del trabajo, sujetando á otras reglas al operario y al capitalista, alterando notablemente sus relaciones, y variando las bases actuales sobre la reparticion de los productos? Comparad al colono de ahora con el vasallo del señor feudal, al jornalero de nuestros tiempos con el esclavo de los tiempos antiguos. ¿La industria y el comercio, deben estar en el porvenir sujetos á nuevas leyes que alterarán la organizacion interior de los pueblos y sus relaciones en lo exterior? Abrid nuestros códigos de comercio, dad una ojeada á nuestros usos y costumbres sobre este particular, y cotejadlo todo con lo que estaba en práctica entre nuestros mayores. Por vasta que sea la escala en

que estos ramos se desenvuelvan, por mayor pujanza y poderío que lleguen á adquirir, ¿distarán mas del estado actual que el que dista este del en que se encontraban cuando la Iglesia en sus concilios atendia paternalmente á la proteccion del naciente tráfico mercantil? Las poderosas compañías comerciales de Francia, de Bélgica, de Alemania, de Inglaterra, de los Estados-Unidos ¿no le parece á V. que distan algo de aquellas carabanas de mercaderes, cuya seguridad en los caminos podian afianzar á duras penas las excomuniones de la Iglesia? no le parece á V. que en esto ha habido no pequeña *transicion*?

¿Y qué no podríamos decir, si atendiéramos á las mudanzas sociales y políticas, á la diversidad de posiciones que respectivamente han perdido ó conquistado las diferentes clases? Un abismo tan profundo nos separa de nuestros antepasados, que si ellos se levantaran del sepulcro, nada comprenderian de lo que estamos presenciando. ¿Dónde está el poder del feudalismo, de la nobleza y del clero? ¿Qué se hicieron las prerogativas, los privilegios, los honores que disfrutaban? ¿En qué se parecen los tronos de ahora á los tronos de entonces? ¿Qué tienen de semejante nuestras formas de gobierno con las antiguas? ¿Qué nuestra administracion? ¿qué nuestros sistemas de hacienda? ¿qué nuestras guerras, y nuestra diplomacia? Pensamos de otra manera, sentimos de otra manera, obramos de otra manera, vivimos de otra manera; nuestra condi-

cion así particular como pública se ha cambiado tan completamente, que para comprender lo que fué, nos vemos precisados á hacer un esfuerzo de imaginacion, la que sin embargo solo es bastante para ofrecernos cuadros muy imperfectos y descoloridos. ¿Por qué nos parecen tan poéticos aquellos tiempos, mi estimado amigo? ¿por qué figuran tanto en nuestra literatura? porque distan inmensamente de la realidad que tenemos á la vista.

Quiero yo inferir de aquí, que cuando se nos anuncian grandes mudanzas en la organizacion de los pueblos, no debemos resistirnos á creerlas por la sola razon de que nos parezcan muy extrañas; porque si bien se observa, la sociedad actual no dista menos de las anteriores de lo que distaria de la presente la venidera, en las varias combinaciones que se pueden concebir y ensayar. La instabilidad es uno de los caractéres distintivos de las cosas humanas; y poco ha reflexionado sobre la naturaleza del hombre, poco se ha aprovechado de las lecciones de la historia y de la experiencia, quien pronostica demasiada duracion á lo que de suyo es tan flaco y deleznable. Que la sociedad esté bajo un poder revolucionario ó conservador, que se procure impulsarla ó detenerla, ella varía siempre, pasa sin cesar de un estado á otro, ora mejor, ora peor.

Esta alternativa entre mejor y peor, me lleva, mi querido amigo, á otra cuestion, á que segun

se deja entender es V. un poco aficionado, como no puede menos de serlo, atendido el espíritu de nuestra época. Dícese á cada paso, que el progreso es la ley de las sociedades; que no se desvian jamás de ella, y que en medio de las mas terribles revoluciones y catástrofes camina la humanidad hácia un destino, que no sabiéndose cuál es, se tiene cuidado de cubrirle con un velo dorado. No seré yo quien desaliente el movimiento de la humanidad, disipando lisonjeras esperanzas; bien que tampoco puedo consentir que se establezca con demasiada generalidad y sin las correspondientes aclaraciones, una proposicion que segun como se entiende, se halla en contradiccion con la filosofía, la historia y la experiencia.

Es muy frecuente hablar de perfeccion, de perfectibilidad, de ley de progreso, sin distinguir nada, sin fijar nada; sin expresar si se trata de las sociedades tomadas en particular ó en conjunto; es decir, sin determinar si la ley cuya existencia se afirma, rige en toda la sociedad, ó tan solamente es propia del genero humano, considerado con abstraccion de esta ó aquella de sus partes. A los que digan que el progreso hácia la perfeccion es la ley constante de toda sociedad, yo me atreveré á preguntarles, ¿cuál es el progreso que se descubre en el norte de África, en las costas de Asia, comparando su estado actual con el que tenian cuando nos daban hombres como Tertuliano, san Cipriano, san Agus-

tin, Filon, Josefo, Orígenes, san Clemente, y otros que seria largo enumerar?

Esto no tiene réplica, así como por otra parte, nada prueba contra los que afirman que si bien esta ó aquella sociedad decae, la humanidad progresa, que la civilizacion transmigra, que unos pueblos adquieren lo que otros pierden, y que de esta suerte existe una verdadera compensacion. Así por ejemplo en el caso presente, se ha resarcido é indemnizado la humanidad de sus pérdidas en África y en Asia, con el inmenso desarrollo que ha logrado en Europa y América; pues si se contaran los millones de hombres que viven actualmente bajo un régimen civilizado, seria incomparablemente mayor el número á lo que era entonces; y si se añaden las ventajas que la civilizacion moderna lleva á la antigua, no solo por traer consigo un mayor y mas perfecto desarrollo intelectual y moral, sino tambien por ofrecer mayor suma de comodidades materiales, y disminuir sobre manera los males que afligen á la triste humanidad, será tanta y tan palpable la diferencia que no será posible establecer siquiera un razonable parangon.

Confieso, mi estimado amigo, que estas reflexiones son de gran peso; y que á mi juicio deciden la cuestion, bajo el punto de vista histórico, considerando en masa la humanidad, y habida razon de las compensaciones arriba indicadas: por manera que tengo por demostrado que la humanidad ha progresado siempre, que su estado

fué mejor en los siglos medios que durante la civilizacion antigua, y que actualmente se aventaja en mucho á la de todos los tiempos anteriores.

¿Cómo, me dirá V., es posible olvidar la confusion y las calamidades de la época de la irrupcion, y la tenebrosa ignorancia, la asquerosa corrupcion que la siguieron? ¿Podrémos decir que la humanidad del tiempo de Atila era comparable con la del siglo de Augusto? Yo creo sin embargo que esto, tan falso y absurdo á primera vista, es rigurosamente verdadero, y además susceptible de una demostracion tan cabal, que nada deje que desear. La difusion de las verdaderas ideas sobre Dios, el hombre, y la sociedad, y las relaciones que entre sí tienen, la propagacion de la civilizacion á un sinnúmero de pueblos que antes vivian en la mas abyecta barbarie, la abolicion de la esclavitud, la extension á la generalidad de los hombres del goce de los derechos de hombre, esto se andaba realizando en la época de que tratamos, y nada de esto se realizaba en el siglo de Augusto; con perdon pues, de los manes de Virgilio y de Horacio, opto desde luego por los tiempos apellidados bárbaros.

¿Se sonrie V. de la paradoja, mi estimado amigo? ¿Imagínase tal vez que ni yo mismo creo lo que acabo de decir? Pues viva V. seguro que hablo de todas veras, y que mis palabras son la expresion de convicciones profundas. Ya indicaba en una de mis anteriores, que en ciertas materias, quizás no llevaba V. tan lejos como yo, el espí-

ritu de exámen, y que estaba medianamente tocado de escepticismo; esto produce que en cuanto se me alcanza, no me dejo deslumbrar por nombres, ni por *opiniones recibidas;* y por mas seguridad con que oiga afirmar una cosa, me ocurre desde luego un *¿quién sabe?...* que me pone desconfiado y meditabundo. A pesar de todo, paréceme que difícilmente me absolverá V. de la blasfemia que acabo de proferir contra el siglo de Augusto; y así menester será alegar descargos. Escúchelos V. sin prevencion, que al fin, no fuera extraño que se conformase con mi modo de opinar.

Y á la verdad, deslumbradores son los rayos de la ciencia, hechiceros los cantos de la poesía, seductor el brillo de las artes; pero si nada de esto sirve para el bien de la humanidad, si únicamente se limita á realzar el esplendor, y acrecentar y avivar los placeres de unos pocos que moran en opulentos palacios, comiendo del sudor del pueblo, disipando los tesoros que se han amontonado de las provincias estrujándolas con la mayor crueldad, ¿qué gana en ello el humano linaje? ¿Esta civilizacion y cultura son acaso mas que bellas mentiras? Hay paz, pero esta paz es el silencio de los oprimidos; hay goces, pero son los goces de unos pocos, y la abyeccion de todos; hay ciencias, bellas artes, pero postradas á los piés del poderoso, no llenan su mision que es mejorar la condicion intelectual, moral y material del hombre; todo es vicio, prostitucion, lisonja; perezca pues todo, diria quien desde en-

tonces pudiese extender sus miradas á los tiempos futuros; haya guerra, pero guerra regeneradora que ha de cambiar la faz del mundo, llamando á la civilizacion cristiana cien y cien pueblos bárbaros, destronando á la opresora del orbe, y dando principio á las grandes naciones que nos asombrarán con sus adelantos y poderío; haya calamidades públicas, que al menos no serán ni tan sensibles ni tan afrentosas como esa esclavitud que pesa sobre el mayor número de los individuos, que forman la sociedad antigua, y se andará preparando la era dichosa, en que para disfrutar de los derechos de ciudadano bastará ser hombre; perezcan, nada importa, las ciencias y las bellas artes, si están reservados á los siglos venideros genios prodigiosos como Tasso, Milton y Chateaubriand, Miguel Angelo y Rafael, Descartes, Bossuet y Leibnitz; hágase trizas esa civilizacion falsa, esa cultura raquítica que sancionan el monopolio de las ventajas sociales, y ceda su puesto á otra civilizacion y cultura mas grandiosas, mas espléndidas, y sobre todo mas justas y equitativas, que llamen á la participacion de ellas un mayor número de individuos, abriendo las puertas para que puedan disfrutarlas todos, en cuanto lo consienta la naturaleza del hombre, y de los objetos sobre que ejerce su actividad.

En pos de la irrupcion y undulaciones de los pueblos bárbaros, vino el feudalismo; sistema social y político contra el cual podrá decirse todo

lo que se quiera, pero indudablemente fué un verdadero progreso, supuesto que erigiéndose por decirlo así, en soberanía la propiedad territorial, se asentaba un principio que modificado y corregido con el trascurso del tiempo, podia servir mucho para la organizacion de las sociedades modernas. Habia desórden, opresion, vejaciones, males sin cuento, es verdad; pero al menos se comenzaba á establecer un sistema, se daba asiento á los pueblos vencedores, se arraigaba el amor á la vida agrícola y el respeto á la propiedad, se desarrollaba el espíritu de familia; y las inclinaciones del corazon encontrando objetos mas estables y apacibles se hacian por necesidad menos turbulentas, se preparaban á la tranquilidad y á la dulzura. Malos como eran los tiempos de los siglos XII y XIII, ¿quién no los prefiriera á los que siguieron despues de la disolucion del imperio de Carlomagno?

Nadie negará que hasta principios del siglo XVI las sociedades europeas andaban mejorándose rápidamente; por manera que no verificándose en ningun otro punto del globo decadencia notable, ya que los demás pueblos puede decirse que en general permanecieron estacionarios, todavía debemos confesar que el linaje humano progresaba. Los grandes descubrimientos que tuvieron lugar en el siglo XV hacian esperar que en el XVI se inauguraría una era de prosperidad y ventura que rebosando en Europa, se derramaran por todas las regiones de la tierra. Desgra-

ciadamente el cisma de Lutero vino á desvanecer en buena parte tan halagüeñas esperanzas, y las calamidades que han caido sobre la Europa durante los tres últimos siglos, podrian hacernos dudar de la proposicion que llevamos establecida.

Como quiera, aun llevando en cuenta los males acarreados por los cismas religiosos, y la incredulidad é indiferentismo que han sido su consecuencia, no me parece que pueda negarse que la humanidad en general haya carecido de la compensacion arriba indicada. Tomando las cosas en su raíz, es decir desde que Lutero y sus secuaces dividieron en dos la gran familia europea, debe considerarse que las sucesivas conquistas que ha ido haciendo el catolicismo en las Indias orientales y occidentales, resarcen quizás con ventaja, las pérdidas que en Europa ha sufrido la unidad de la fe. Si á esto añadimos que allí donde no se ha establecido la Religion Católica, al menos se han propagado algunas luces del cristianismo por medio de una ú otra de las sectas disidentes, lo que tal como sea siempre es muy preferible á la idolatría y embrutecimiento en que estaban sumidos aquellos países, si atendemos á los progresos que allí mismo han tenido el desarrollo intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad, resultará que aun dando á la historia de los tres últimos siglos en Europa los mas negros colores, la humanidad no ha perdido, antes se halla recompensada con usura.

Y no es verdad tampoco que la Providencia haya de tal suerte castigado el orgullo europeo en los tres últimos siglos, que al propio tiempo no haya derramado sobre nosotros un raudal de inestimables beneficios. El país donde nacieron hombres tan eminentes en todos los ramos de conocimientos, que cuenta en todas las regiones asombrosos genios, y que bajo el aspecto de la religion y de la moral puede ofrecer un san Ignacio de Loyola, un san Francisco de Sales, un san Vicente de Paul, y cien y cien otros de heróicas virtudes que realizaron sobre la tierra la vida de los ángeles, no puede quejarse que sea poco favorecido de la Providencia, no puede lamentarse en medio de sus revoluciones materiales y morales, de que le haya cabido mayor parte en el infortunio, de la que caber suele á la desgraciada humanidad.

Esta última consideracion, mi estimado amigo, me lleva á examinar cuál es la causa de esta desazon que de continuo nos atormenta á los europeos, y á cuantos han participado de nuestra civilizacion. A oirnos cual nos quejamos de la suerte, cual afeamos nuestra situacion presente, cual ennegrecemos el porvenir, diríase que suportamos mayor suma de males que ningun pueblo de la tierra; y aun comparándonos con nuestros antepasados, pareceria que fueron mucho mas dichosos. Nunca hablaron ellos tanto de *transicion*, de *necesidad de nuevas organizaciones*, de *insuficiencia de todo cuanto existe*, nunca anunciaron

como nosotros esa época que ha de venir realizando el siglo de oro, so pena de hundirse el mundo en un caos, precediendo una conflagracion espantosa.

Cada época ha sufrido sus males, y ha tenido mas ó menos cercanas mudanzas profundas; cada época se ha encontrado con necesidades ó del todo desatendidas, ó mal satisfechas; cada época ha llevado en su seno un gérmen de muerte para lo existente que debia ceder su puesto á lo que se encerraba en el porvenir. Añadiré además, que dudo mucho que los tiempos presentes deban en nada posponerse á los pasados, considerando los pueblos civilizados en general, y prescindiendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras; y me inclino á creer, que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera por dos motivos: 1.° porque reflexionamos demasiado sobre ellos; semejante al enfermo que aguza sus dolencias haciéndolas objeto continuo de sus pensamientos y palabras: 2.° á causa de que tenemos mayor libertad para quejarnos, así de viva voz como por escrito, añadiéndose además que la prensa, no siempre con recta intencion, lo exagera todo.

Se habla por ejemplo de pauperismo; convengo en que es una llaga dolorosa y que merece llamar la atencion de todos los hombres amantes de la humanidad; pero lo que desearia saber es, qué resultado nos daria el mismo asunto, si lo examinásemos con relacion á los tiempos que nos

precedieron. ¿Qué mayor, y mas doloroso pauperismo que la antigua esclavitud? ni en el número de los infelices, ni en el grado de su infelicidad, ¿es comparable aquel estado con el de las clases inferiores de nuestra época? Ya sé que algunos se han adelantado á decir que la suerte de los esclavos negros es preferible á la de nuestros jornaleros; no negaré que si se consideran no mas que algunos extremos excepcionales, así en el bien como en el mal, si se toma un esclavo negro, á quien le haya cabido un amo racional, prudente, compasivo, que se guie por las inspiraciones de la sana razon y de la caridad cristiana, y se le compara con algunos de los jornaleros mas desgraciados, se podrá sostener quizás el parangon; pero hablando en general, y poniendo de una parte la masa de los esclavos negros, y de otra la de los jornaleros europeos, ¿será preferible la suerte de aquellos á la de estos? ¿podrá ni siquiera comparársele? no lo creo; y aun cuando no fuera dable señalar hechos positivos, que por cierto no faltan, bastaria la simple consideracion de la naturaleza de las cosas, para no quedar indeciso el juicio.

Cuando abolida la esclavitud en Europa le sucedió el feudalismo, durando largos siglos con mas ó menos pretensiones, no creo tampoco que la clase pobre se hallase en mejor estado del en que actualmente se encuentra: léase la historia de aquellos tiempos, y no quedará sobre esto ninguna duda. Figurémonos por un momento

que las innumerables legiones de folletistas, periodistas y escritores de obras que actualmente inundan los países civilizados, hubiesen aparecido de repente en medio del feudalismo, que hubiesen podido recorrer el castillo del orgulloso señor, examinando sus cómodos aposentos, su lujoso aparato; que le hubiesen visto salir á una partida de caza, con sus briosos caballos, sus gallardos escuderos, sus innumerables perros, insultando con la riqueza de los aderezos la miseria y la desnudez de sus vasallos; que hubiesen presenciado las injustas exigencias, las arbitrariedades, la crueldad con que vejaban á sus súbditos; y supongamos por un momento que en las reducidas poblaciones que acá y acullá se andaban formando, y que conquistaban tan trabajosamente su independencia, hubiesen aparecido por ensalmo las prensas de París y de Londres, y aprendiendo tambien de repente los pueblos á leer, se hubiesen hallado con infinitos escritos donde se narrasen y pintasen con los colores que suponer se dejan, las violencias, las injusticias, el destemplado lujo de los señores, y la opresion, la miseria, las calamidades de los vasallos: ¿no os parece que el cuadro resultaria negro, que un clamor general se levantaria de los cuatro ángulos de la tierra, pidiendo venganza? ¿no os parece que se pondria tambien de acuerdo todo el mundo en que jamás fueron mayores los males de la humanidad, que jamás fue mas urgente aplicarle un remedio, que

jamás fué mas necesaria, mas inminente una profunda mudanza en la organizacion social?

Volvamos la medalla, y miremos su reverso: imaginémonos, que en nuestro siglo callan de repente la prensa y la tribuna, que se desvia de la política la atencion pública, que no se piensa en las cuestiones sobre la organizacion social, que los amos se ocupan únicamente de sus negocios, los jornaleros de su trabajo, que nadie cuida de contar cuántos pobres hay en Inglaterra, en Francia y los demás paises, que no circulan las narraciones de los padecimientos de las clases menesterosas, con el cálculo de las onzas de pan ó de patatas que tocan al infeliz trabajador y á sus hijos, y con la descripcion de la triste y mugrienta habitacion en que se ve precisado á albergarse, y que con todo siguiese como ahora el movimiento de la industria, y se ocupasen los mismos brazos, y fuesen los mismos los salarios, y el mismo el precio de los alimentos y vestidos, ¿no es claro que nuestro estado social no se mostraria con tan negros colores, ni veríamos tan amenazador el porvenir?

Véase pues, mi estimado amigo, con cuánta razon he dicho, que nuestros males eran mayores porque pensábamos demasiado en ellos, porque hay mil medios y motivos de recordarlos, de exagerarlos, y porque el estado actual de la civilizacion lleva necesariamente consigo el acto reflejo de ocuparse de sí misma. Y no crea V. que yo esté mal avenido con que se dé la conve-

niente publicidad á los sufrimientos del pobre, ni que desee que se imponga silencio á la clase que sufre para que no cause siquiera el padecimiento de algunas molestias y zozobras á la clase que goza; solo he querido indicar un carácter de nuestra época, señalando la razon de que parezca tener otras particularidades, que se le atribuyen como propias, no obstante de serle comunes con todas las que la han precedido. Que por lo tocante á las simpatías en favor de la clase menesterosa á nadie cedo; y respetando como es debido la propiedad y demás legítimas ventajas de las clases altas, no dejo de conocer la sinrazon y la injusticia que á menudo las deslustra y las daña.

Me inclino á creer que si V. no ha adoptado mis opiniones en todas sus partes, al menos convendrá en que no son para desatendidas, supuestos los argumentos en que las he apoyado; y estoy seguro de que en adelante se parará V. algo mas en el verdadero sentido de la palabra *transicion*, y no le dará tanta importancia como antes le concedia. Ciertamente no alcanzo cómo se ha podido meter tanto ruido con estas y otras expresiones semejantes cuando bien analizadas no se encuentra que signifiquen otra cosa que la instabilidad de las cosas humanas; instabilidad cuyo conocimiento no data ciertamente de los tiempos modernos.

Así, tampoco concibo cómo se atreven algunos á pronosticar la muerte del catolicismo, fun-

dándose en que el nuevo estado á que van á *pasar* las sociedades, no podrá consentir ni los dogmas ni las formas de esta religion divina; como si el mundo hubiese permanecido durante XVIII siglos sin ninguna clase de mudanza; como si la fe y las augustas instituciones que nos dejó Jesucristo, necesitasen para conservarse de las obras del hombre.

¿Acaso la organizacion social del primer siglo del cristianismo, no era muy diferente de la del tiempo de Teodosio el grande? ¿Acaso la Europa de los bárbaros se parecia en nada á la Europa del imperio? ¿Acaso la época del feudalismo se asemejaba á los trastornos de la irrupcion de las hordas del Norte, ni la prepotencia de los barones á la pujanza de la monarquía? ¿Acaso el siglo de Francisco primero, fue el siglo de Luis catorce, ni este el de Luis Felipe? Verificáronse en ese espacio de XVIII siglos, revoluciones colosales, pasaron sobre la sociedad europea vicisitudes innumerables, la vida pública y privada de los pueblos se modificó, se cambió de mil maneras; y sin embargo la religion permaneciendo la misma sin prestarse á ninguna de aquellas transacciones que la destruirian por su base, ha podido y sabido acomodarse á lo que demandaban la diversidad de tiempos y de circunstancias; sin hacer traicion á la verdad no ha perdido de vista el curso de las ideas; sin sacrificar á las pasiones la santidad de la moral ha tenido en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin

alterar su organizacion interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas á las necesidades de los pueblos sometidos á su fe.

¿Ignora V. estos hechos, mi estimado amigo? ¿hay en ellos algo que consienta ni disputa siquiera? Deje V. pues esas palabras vanas que nada significan, que solo sirven á nutrir con vagas generalidades ese fatal estado de duda y de escepticismo que es la verdadera agonía del espíritu. Bien conoce V. que no aborrezco el progreso de la sociedad, que lo miro como un beneficio de la Providencia, que no soy pesimista, ni me complazco en condenar todo cuanto existe y todo cuanto se columbra en el porvenir; pero deseo que se distinga lo bueno de lo malo, la verdad del error, lo sólido de lo fútil; deseo hacer lo que Vds. los escépticos nos exigen, y que sin embargo no practican: *examinar con buena fe, juzgar con imparcialidad.* Queda de V. S. affmo. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA VII.

Mi estimado amigo: mucho me complace lo que V. se sirve insinuarme en su última de que si bien mis reflexiones no han podido decidirle todavía á salir de esa postracion de espíritu que se llama *escepticismo*, al menos han logrado convencerle de un hecho que V. consideraba poco menos que imposible; esto es, que fuese dable aliar la fe católica con la indulgente y compasiva tolerancia con respecto á los que profesan otra diferente, ó no tienen ninguna. Bien se conoce que V., á pesar de haber sido educado en el catolicismo, se ha dejado imbuir demasiado en las preocupaciones de los impíos y de algunos protestantes, que se han empeñado en pintarnos como furias salidas del averno que únicamente respiramos fuego y sangre. V. me da las gracias porque «sufro con paciente calma, las dudas, la incertidumbre, las variaciones de su espíritu:» en esto no hago mas que cumplir con mi deber, obrando conforme á lo que prescribe nuestra sacrosanta religion; la cual da tan alta importancia á la salvacion de una alma, que si toda una vida se consagrase á la conversion de una sola, y esto se consiguiese, debieran tenerse por bien empleados los trabajos mas penosos.

Mis profundas convicciones, ó hablando mas cristianamente, la gracia del Señor, me tiene firmemente adherido á la fe católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas, y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira viva compasion, porque desgraciadamente son muchas en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir á la pérdida de la fe; y así es que al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo *non sum sicut unus ex istis*, «no soy como uno de estos.» El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia que Dios le dispensa, conservándole adherido á la religion católica, lejos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazon á Dios, exclamando de todas veras: *Domine*, *propitius esto mihi peccatori;* «Señor, tened misericordia de este pecador.»

Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fe es un don de Dios; y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religion, sino que además de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; á mas de los argumentos dirigidos al entendimiento, es menester una *pia mocion de la voluntad; pia motio voluntatis;* y confieso ingenuamente, que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fué necesario dejar aque-

llas mansiones donde no se respiraba sino fe, y hallarme en situaciones muy varias y en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza, cuán grande es el beneficio que dispensa Dios á los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe solo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad; solo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres, que á mi parecer, veian como yo las razones que militan en favor de nuestra religion; y sin embargo yo creia, y ellos nó; ¿de dónde esto? me preguntaba á mí mismo: y no sabia darme otra razon, sino exclamar: *misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá V., mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogerme de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causaran si no hubiese tenido á la vista las reflexiones que preceden; bien que de paso me permitirá V. que no apruebe la dura invectiva á que se abandona contra las personas intolerantes. ¿Sabe V. que en sus palabras se hace culpable de intolerancia? y que un hombre no llega á ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos por Dios de buena fe, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace V. el favor de decirme que «ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo, para no imi-

tar el ejemplo de aquellas personas que no pueden suportar la menor palabra contra su fe, y que constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino á mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia ó poca cautela, de franquearles su espíritu.» Refiéreme V. la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguia á V. con particulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber trataba con un incrédulo, que fué preciso cortar toda clase de relaciones. Paréceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de V. encuentro yo la apología de la persona á quien V. tanto inculpa; y á los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña semejante conducta. «Era, dice V. mismo, un jóven de conducta irreprensible, de costumbres severas, de un celo ardiente, pero tenia la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecia posible que circulasen en el mundo otras doctrinas, que las que se le habian enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia de responder con una burlona sonrisa á una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinion.» Y bien, V. se queja en sustancia, de que aquel jóven no tuviese

hábitos de tolerancia; ¿dónde queria V. que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podia estar dispuesto para el ataque, que contra sus creencias se permitió su contrincante, con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad á un hombre que quizás por primera vez, mira combatido ó despreciado lo que él considera como mas santo y augusto?

Es grave desacuerdo y además una solemne injusticia, el inculpar la conducta de quien guiado por un entendimiento convencido y un corazon recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educacion é instruccion que ha recibido, y las circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y á ellas es preciso atender, cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situacion en que se encuentra, y el sendero que probablemente haya de seguir. Lo demás es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿Pretenderia V. que un misionero encanecido en su santa carrera, tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿no fuera esta una pretension extraña? es cierto que sí; pues no menos lo seria el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apostólicos en lejanos y variados países.

Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo, saber colocarse en el puesto de los

otros, haciéndose cargo de las razones que los impelen á pensar ú obrar de esta ó aquella manera; y es mucho mas difícil en materias religiosas, refiriéndose estas á lo que hay de mas íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseidos de una idea, se nos hace inconcebible que los demás puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo mas importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo, no hay asunto que mas á propósito sea para exaltar el ánimo; y es de aquí que las guerras que se han hecho á título de religion, han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetrasen, los que á roso y velloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia; pues que de esta suerte no sucediera tan á menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne á la religion, no quieran sufrir la intolerancia con que á su vez les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá V., mi querido amigo, que no deseo yo prevalerme de estas reflexiones para mostrarme intolerante; pues que si me he extendido algun tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvanecer la prevencion con que por algunos es mirada la intolerancia de ciertas personas, resultando que se estiman en menos hombres por otra parte muy dignos de aprecio.

Me habla V. de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas, y habiendo

sido tan diferente nuestro tenor de vida, es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo por lo que á mí toca no alcanzo á verla. ¿Creeria V. que hasta llego á comprender muy bien, esa situacion de espíritu en que se fluctúa entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperacion por la impotencia de encontrarla? Imagínanse algunos que la fe está reñida con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu; y que es imposible creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras, que humillan su entendimiento en obsequio de la fe con la misma docilidad que hacerlo puede el mas sencillo de los fieles, y que sin embargo comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten por decirlo así á sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusion el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza á comprender un cierto órden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarian los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente; y cuando no se llega á sentir, hay la imaginacion que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer á este propósito las

tentaciones, materia que si á V. no le parece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicacion. Leemos en las vidas de los santos, que Dios permitia que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios á las virtudes que ellos con mas ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo, y culpables de los mismos pecados que mas detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacia concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que á su fantasía se presentaban los objetos malos, que á pesar de la aversion que les profesaban, se los hacian tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarian aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenagado en los mismos vicios. Esto que allá, en los primeros años de su edad, habrá V. leido en alguno de aquellos libros que no debian de escasear en el colegio, le hará conocer cómo nosotros que ni por asomo podemos lisonjearnos de santos, habremos sentido una y mil veces germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad; y que siendo una de estas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado á las puertas de nuestra alma como huésped de mal agüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y ayudado de los auxilios de la

gracia, desafia á todas las potestades del infierno á que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol san Pedro: «anda dando vueltas el diablo como leon rugiente buscando á quién devorar.» Créalo V., mi estimado amigo: *resistiéndole fuertemente con la fe*, no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos, es poco menos que imposible que esto no suceda á los hombres que por una ú otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversacion algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas, y que á primera vista como que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado á sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ojeada sobre la falta de fe que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado, y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. Angustiosos instantes en que el corazon se inunda de cruel amargura, en que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu agobiado por el aciago fantasma que le abruma, no

sabe á dónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo, y clamar: *Domine, salva nos, perimus.* «Señor, salvadnos, que perecemos.»

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y hace mas meritoria la fe de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religion, sino que es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestion de ciencia, y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe V., mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene á la mano algun incrédulo en cuya conversion se proponga trabajar? Cree V. sin duda que se han de revolver los apologistas de la religion, recorrer los apuntes propios sobre las materias mas graves, consultar sabios de primer órden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene en verdad, no descuidar el prevenirse para lo que en la discusion se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame V., ¿quién ha hecho mas conversiones, los sabios, ó los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue á la Historia de las variaciones de Bossuet; y yo dudo sin embargo que las conversiones á que esta obra dió lugar, á pesar de ser tantas, alcancen

ni con mucho á las que se debieron á la angélica uncion del santo Obispo de Ginebra.

Por ahí puede V. conocer, mi querido amigo, que no las ha con lo que suele llamarse un disputador, ni un ergotista; y que por mas que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad, de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre, de que es vano confiar en la ciencia sola, y que algo mas que ella se necesita para conservar y restaurar la fe.

Pedia V. tolerancia, y tolerancia le ofrezco, la mas amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arredraba V. por la dificultad que habia de mediar en entendernos; y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figure V. en adelante que le haya yo de salir al paso, con lo que apellida *sutilezas de escuela*, *y argumentos valederos para personas ya convencidas.* Si V. pues se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver á la religion que comienza á echar menos, á los pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin pretender ninguna palma si quedare V. satisfecho, ni darme por bochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religion, que solo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la

mala fe, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que si bien han tenido la desgracia de perder la fe, desean no obstante volver á ella, y buscan de corazon los motivos que puedan conducirlos á la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insoportable abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que segun nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir, es sacar á plaza el orgullo, es decir, el enemigo declarado de todo bien, y el mas grave obstáculo para que puedan aprovecharse las mejores disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de aquel que dijo: «*hágase la luz*, y la luz fué hecha.» Bien comprenderá V. que no por esto desprecio la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que V. se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad*; es una flaqueza, una postracion de espíritu, que desaparecerá el dia que al Señor le pluguiera decir al

paralítico: «Levántate, y camina por el sendero de la verdad.»

Entre tanto yo oraré por V.; y si bien el estado de su espíritu no es muy á propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré á decirle, que ore V., que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió á pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda el llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, oh pensamiento de horror! quizás pensará V. ¿cómo puedo llamar á Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única conviccion, y no estoy bien seguro ni de su existencia?.... No importa: haga V. un esfuerzo para invocarle; él se le aparecerá, yo se lo aseguro: imite V. al hombre que habiendo caido en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oirle persona humana, esfuerza no obstante la voz clamando auxilio.

Cuente V. con el entrañable afecto, y la consideracion de este S. S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA VIII.

Mucho me alegro, mi estimado amigo, de que nada tengan que ver con V. los argumentos que aducir suelen los apologistas de la religion contra los defensores del materialismo y de la ciega casualidad, y no puedo menos de felicitarle por «hallarse ya, como me dice en su apreciada, radicalmente curado de su aficion á los libros donde se enseñan las doctrinas de Volney y de La Mettrie.» A decir verdad no esperaba menos del claro talento y noble corazon de V.; pues no concibo cómo en poseyendo semejantes cualidades sea posible leer por entero obras de esta clase. Yo de mí sabré decir, que las encuentro tan faltas de solidez como abundantes de mala fe; y que lejos de apartarme de la religion me afirman mas y mas en ella: los convulsivos esfuerzos del error impotente, dan una idea mas grande de la verdad. Sin embargo, me permitirá V. que le advierta del error en que incurre cuando dispensa tan pomposos elogios á los nuevos espiritualistas alemanes y franceses; pues nada menos les atribuye que el ser los restauradores de las buenas doctrinas devolviendo á la humanidad los títulos de que la

despojara la filosofía volteriana. Cada época tiene sus opiniones y expresiones de buen tono; ahora no podria uno pertenecer á la escuela del siglo XVIII, aun cuando lo quisiese: es preciso hablar del espiritualismo de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Cousin; y desechar el sensualismo de Destutt-Tracy, Cabanis, Condillac, y Locke; si no se quiere pasar plaza de rezagado en materia de conocimientos filosóficos. Enhorabuena que no se profese ninguna religion, pero es indispensable tener siempre en boca el *sentimiento religioso*, *los destinos de la humanidad*, y hasta no escrupulizar de vez en cuando en pronunciar las palabras, Dios y Providencia. Hablando ingenuamente, cuando he leido en su apreciada de V. los nombres que acabo de recordar, no he podido convencerme de que V. se hubiese devanado mucho los sesos en el estudio de altas y abstrusas cuestiones metafísicas; mas bien me inclinaria á creer que sus ideas sobre el particular habrán sido cogidas al vuelo en los periódicos, sin haberse tomado mucha pena en aclararlas y analizarlas. No le culpo á V. por esto, pues al fin sus opiniones como de un simple particular, no ejercerán influencia sobre el público; que si se tratase de un escritor que debe siempre saber lo que recomienda ó censura, entonces me tomaria la libertad de amonestarle que anduviese mas recatado en sus deseos de introducirnos innovaciones que podrán sernos muy dañosas.

¿Sabe V. lo que es la filosofía alemana? ¿Tiene

V. noticia de sus tendencias, y hasta de sus expresas doctrinas sobre Dios y el hombre? ¿Cree V. que el abismo á donde conduce es mucho menos profundo que el de la escuela de Voltaire? ¿Piensa V. por ventura que Schelling y Hegel son legítimos sucesores de su compatriota Leibnitz, de ese grande hombre, que segun la expresion de Fontenelle conducia de frente todas las ciencias, y que á pesar de lo que puede objetarse contra algunos de sus sistemas, abrigaba no obstante tan altas ideas sobre la religion, y tantas simpatías por la católica?

La filosofía de Leibnitz ha ejercido mucha influencia en Alemania, y á él se debe en parte, que no se introdujeran allí las doctrinas materialistas de la escuela francesa del siglo pasado. Sea cual fuere el concepto que se forme de sus sistemas, no puede negarse que al paso que revelaban un genio eminente, contribuian á elevar el espíritu, á darle una viva conciencia de su grandor, y de que no podia de ningun modo confundirse con la materia. Que si se le echa en cara su extremado idealismo, responderemos que este ha sido el achaque de los mas altos pensadores, desde Platon hasta Bonald.

Para Leibnitz no era Dios el alma de la naturaleza ó la naturaleza misma, como sustentan algunos filósofos modernos; sino un ser infinitamente sabio, poderoso, perfecto en todos sentidos; el panteismo que tan lastimosamente ha extraviado en los últimos tiempos á ciertos pensadores ale-

manes, era en concepto de Leibnitz un sistema absurdo. El alma humana, tampoco la consideraba el ilustre filósofo como una especie de modificacion del gran ser que todo lo absorve y con todo se identifica, como opinan los panteistas; sino que la tenia por una sustancia espiritual, esencialmente distinta de la materia, así como infinitamente distante del Criador que le ha dado la existencia.

Sabido es que impugnó victoriosamente el sistema de Spinosa, y que en tratándose de Dios y de la inmortalidad del alma, los principios de la moral, y los premios y castigos de la otra vida, no podia sufrir que el espíritu del error esparciese sus tinieblas sobre tan sagrados objetos. « No puede dudarse, escribia á Melano, que el sapientísimo y poderosísimo gobernador del universo tiene destinados premios para los buenos y castigos para los malos, y que esto lo ejecuta en la vida futura, ya que en la presente quedan impunes muchas acciones malas, y muchas buenas sin recompensa.» Este lenguaje no es por cierto el de los modernos panteistas, y por él se echa de ver que los filósofos alemanes al resucitar el sistema de Spinosa, se han desviado de las huellas de su ilustre antecesor. No ignoro que los escritores alemanes á quienes aludo, conservan todavía la abstraccion y el sentimentalismo propios de su nacion, y que no participan de la ligereza y trivialidad que ha caracterizado á los incrédulos de la escuela francesa; pero es preciso no olvidar que el senti-

miento no basta cuando no está enlazado con la conviccion, y que el corazon ejerce muy mal sus funciones, cuando estas son contrarias al impulso de la cabeza.

Además, si la Alemania continúa en sus ideas impías, al fin se resentirá de ellas el carácter; y el sentimiento religioso ya muy debilitado por el protestantismo, vendrá á extinguirse en manos de la impiedad. Disfrácese como se quiera la doctrina del panteismo, entraña la negacion de Dios; es el ateismo puro, solo que toma otro nombre. Si todo es Dios, y Dios es todo, Dios será nada; lo único que existirá será la naturaleza con su materia, y sus leyes, y sus agentes de diversos órdenes; todo lo cual lo admiten muy bien los ateos sin que por esto entiendan que han abjurado su sistema. Si la criatura piensa que es una parte del mismo Dios, ó Dios mismo, por el mismo hecho niega la existencia de un Dios que le sea superior y pueda pedirle cuenta de sus obras; la divinidad será para él un nombre vano, y podrá adherirse al dicho del aleman que al levantarse de un banquete exclamaba: «todos somos dioses que hemos comido muy bien.»

La religiosidad de Leibnitz era por cierto mas sólida y profunda. Véase como desenvuelve sus ideas en el lugar arriba citado. «El olvidar en esta vida el cuidado de la venidera, que está inseparablemente unida con la divina Providencia, y el contentarse con cierto inferior grado de derecho natural que tambien pueda tenerlo un ateo,

es *mutilar la ciencia en sus mas bellas partes*, y destruir muchas buenas acciones. ¿Quién correrá el peligro de su fortuna, dignidad y vida, por sus amigos, por su patria, por la república, ni por la justicia y la virtud, si arruinados los demás, él puede continuar viviendo entre los honores y la opulencia? Porque, el posponer los bienes verdaderos y positivos, á la inmortalidad del nombre, á la fama póstuma, es decir á un rumor del cual nada nos llegaria, ¿no fuera una virtud de un brillo bien falso? »

No me propongo examinar todas las opiniones de los filósofos alemanes, ni deslindar hasta qué punto sean admisibles; solo me limitaré á hacer resaltar algunos de sus errores principales, citando al autor que las haya inventado ó prohijado, y sin pretender que caiga la responsabilidad sobre los pensadores de dicha nacion que no sigan la misma senda.

Kant no llevó tan adelante sus errores con respecto á Dios, al hombre, y al universo, como lo han hecho algunos de sus sucesores; pero menester es confesar, que intentando promover una especie de reaccion contra la filosofía sensualista, dejó tan en descubierto las principales verdades, que nada le tiene que agradecer la filosofía verdadera con respecto á la conservacion de ellas. En efecto: quien afirma que las pruebas metafísicas en defensa de la inmortalidad del alma, de la libertad del hombre, y de la duracion del mundo le parecen de igual peso que las que mi-

litan en contra, no es muy á propósito para dejar bien establecidas esas verdades sin las que serán un nombre vano todas las religiones. Enhorabuena que demos mucha importancia al sentimiento, y á las inspiraciones de la conciencia, que conozcamos la debilidad de nuestro raciocinio, y no exageremos sus alcances; pero conviene tambien guardarnos de destruirle, de no matar la razon á fuerza de desconfiar de ella, extinguiendo esa antorcha que nos ha dado el Criador, y que es un hermoso destello de la Divinidad.

Sucede á veces, mi apreciado amigo, que la abnegacion de la razon no proviene de humildad, sino de un excesivo orgullo, de un exagerado sentimiento de superioridad que se desdeña de examinar, y que cree suficiente mirar para ver, sin necesidad de discurrir. No me encontrará V. en el número de aquellos que en todo apelan al raciocinio, y que nada conceden al sentimiento, nada á aquellas súbitas inspiraciones que nacen en el fondo de nuestra alma sin que nosotros mismos sepamos de dónde nos han venido; conozco, y se lo he dicho á V. mil veces, que nuestra razon es débil en extremo, que es excesivamente cavilosa, que todo lo prueba, que todo lo combate; pero de aquí á negarle su voto en las altas cuestiones de metafísica, y desecharla como incompetente para discernir en ellas, entre la verdad y el error, hay una distancia inmensa. *Est modus in rebus.*

Si Kant llevó la sobriedad de la razon hasta un

extremo reprensible señalándole límites estrechos en demasía, no faltaron otros que exageraron las fuerzas de la misma pretendiendo explicar con su sola ayuda el universo entero. Sabido es que Fichte se entregó á un idealismo tan extravagante que dándolo todo al alma, llega por decirlo así al anonadamiento de todos los objetos exteriores; su sistema conduce á la negacion de la existencia de todo cuanto no sea el *yo* que piensa. A pesar de las dañosas consecuencias á que puede conducir semejante doctrina, no son estas mas peligrosas, é inmediatamente destructoras de toda religion y moral, que las de Schelling, quien no obstante todos los velos con que encubre su sistema, al fin viene á parar al panteismo de Spinosa. Poco me importa que en la escuela de Schelling se me hable de cualidades íntimas que no perecerán cuando yo muera, sino que volverán á entrar en el vasto seno de la naturaleza; cuando al propio tiempo se me añade que el individuo, es decir, el ser particular, el alma, se anonada. Poco me importa que se me hable de espiritualismo y que se condene el materialismo, si al fin no se me consuela con el pensamiento de la inmortalidad, si en último resultado se me dice que esta inmortalidad es una quimera, y que si algo queda de mí despues de la disolucion del cuerpo, no será yo mismo que pienso y quiero, sino ciertas cualidades que no sé lo que son, y que poco me han de importar cuando yo no exista.

No falta quien ha dicho que Aristóteles habia dejado algo oscuros ciertos pasajes de sus obras, con la mira de que ofreciendo lugar á interpretaciones diversas, diesen pié á sus discípulos para defenderle contra sus adversarios. Sea lo que fuere de semejante conjetura, es preciso convenir en que los filósofos alemanes han dejado muy atrás en esta parte al filósofo de Estagira; pues han sabido envolver en tan espesa nube sus ideas, que ni aun los iniciados en el secreto han podido lisonjearse de penetrar sus profundidades. «En sus tratados de metafísica, dice madama Stael hablando de Kant, toma las palabras como cifras y les da el valor que le acomoda, sin pararse en el que el tienen por el uso.» Lo mismo puede afirmarse de los mas famosos filósofos de la misma nacion; nadie ignora el misterioso lenguaje de Fichte y de Schelling, y por lo tocante á Hegel, él mismo ha dicho: «no hay mas que un hombre que me haya comprendido;» y temiendo sin duda que esto era ya demasiado, añadió, «y ni aun este me ha comprendido.»

Bien podrá suceder que V. se fatigue, si le presento algunas muestras de esta filosofía tan ponderada; pero creo muy del caso arrostrar el ligero inconveniente, pues de esta manera lograré que V. no se deje fácilmente engañar por encomiadores que ensalzan lo que no comprenden. No dudo que V. está ya en la conviccion de que los filósofos alemanes se pasean por un mundo imaginario, y que quien forme empeño en se-

guirlos es menester que se despoje de todo lo que se parece á los pensamientos comunes; pero yo creo poderle demostrar algo mas; yo creo poderle demostrar que no basta el desentenderse de los pensamientos comunes, sino que es preciso olvidarse hasta del sentido comun. Si encuentra V. la palabra demasiado dura, no me culpe de temerario hasta haberme oido; entre tanto, no olvide V. que tratamos de hombres que han manifestado un soberano desprecio de todo lo que no era ellos, que han pretendido enseñar á la humanidad á manera de infalibles oráculos, y que bajo apariencias misteriosas y enfáticas han llevado su orgullo mucho mas allá que todos los filósofos antiguos y modernos.

Hegel, este hombre, á quien segun afirma él mismo, nadie comprendió, nos asegura que ha fijado los principios, arreglado el sistema, y determinado el límite de toda filosofía. Él lo ha descubierto todo: despues de él nada queda por descubrir; la humanidad no debe hacer mas que desarrollar las teorías del sublime filósofo, y aplicarlas á todos los ramos de los conocimientos. Esto no fuera tan intolerable, si se tratase de objetos de escasa importancia, si Hegel no llamara á su tribunal al hombre, á la humanidad, á todas las religiones, á Dios mismo, y no fallase sobre todo con indecible orgullo. «Hegel, ha dicho Lerminier, se glorifica en sí mismo; se sienta como árbitro supremo entre Sócrates y Jesucristo; toma al cristianismo bajo su protec-

cion, y parece que piensa que si Dios ha criado el mundo, Hegel lo ha comprendido (1).»

Estas soberbias pretensiones las encontrará V. en otros filósofos, y no escasean de ellas los franceses que han bebido en las mismas fuentes y cuyos nombres se nos citan á veces con misterioso énfasis. Así creo que no será perdido el tiempo que se emplee en dar una idea de esos delirios, que tal nombre merecen, por mas que se envanezcan con las ínfulas de la ciencia. Como esta carta va tomando demasiada extension, no me es posible presentarle á V. los comprobantes de las aserciones emitidas: pero lo haré sin falta en las inmediatas. No dudo que V. se quedará profundamente convencido de que esa nueva filosofía que tanto se nos pondera, no es mas que la repeticion de los sueños en que se ha mecido en todos tiempos el espíritu humano, siempre que en la embriaguez de su orgullo se ha desviado de los principios de eterna verdad.

Afortunadamente, hay en España un fondo de buen sentido que no permite la introduccion y mucho menos el arraigo de esas monstruosas opiniones, que tan fácil y benévola acogida encuentran en otros países; y por este motivo no es tan temible que los errores de que estoy hablando, causen entre nosotros los males que en otras partes han producido. Pero en cambio tenemos, que habiéndose descuidado mucho en

(1) *Au-delà du Rhin T. 2.*

España los estudios filosóficos, siendo muy pocos los que se hallan al nivel del estado actual de la ciencia, seria fácil que sin advertirlo los hombres de sana doctrina y recta intencion, se apoderasen de la enseñanza innovadores alucinados, que extraviasen á la incauta juventud. Digo esto, porque me temo que á otros suceda lo que segun veo le estaba sucediendo á V., de creer que las modernas escuelas alemanas y francesas, caminaban nada menos que á la restauracion de un espiritualismo puro, cual lo tenian nuestros mayores, y cual lo profesan todavía los verdaderos cristianos y los filósofos juiciosos.

De las demás cartas que pienso escribirle á V. sobre este objeto, sacará V. otro provecho, cual es, el formarse ideas algo mas claras, de las que debe tener ahora, sobre una cuestion importantísima que agita en la actualidad á la Francia y llama la atencion de Europa; hablo de las desavenencias suscitadas entre el clero francés y la Universidad. Sea cual fuere el juicio que V. forme sobre la mayor ó menor templanza con que haya ventilado la cuestion este ó aquel periódico, y sobre las medidas que hayan creido conveniente adoptar algunos obispos, al menos se quedará V. convencido de que los católicos del vecino reino no se alarman sin razon, que hay aquí algo mas de lo que nos quieren dar á entender algunos; que lo que en el fondo se agita es algo mas que la ambicion del clero, pues están envueltas en el negocio gravísimas cuestiones de doctrina.

Con esto se me ofrecerá excelente oportunidad de manifestarle á V. cuán poco caso debe hacerse de esos fallos magistrales que se leen á cada paso sobre los asuntos de mas importancia, y con cuánta injusticia acusan algunos la intolerancia del clero, cuando son ellos los verdaderos intolerantes. Hombres hay que en tratándose de negocios de religion, ó no beben sino en determinadas fuentes, ó no consultan mas que sus arraigadas preocupaciones. Ya que no puedo esperar de V. mucho celo religioso, á lo menos me prometo la imparcialidad. Entre tanto viva V. seguro del afecto de este S. S. S., Q. B. S. M.

J. B.

CARTA IX.

Mi estimado amigo: en la carta anterior le manifesté á V. mi opinion poco favorable á la moderna filosofía alemana, aventurándome á calificarla con una severidad que V. quizás debió de reputar excesiva. Este atrevimiento tratándose de hombres que han adquirido mucha celebridad, y cuyas palabras son escuchadas por algunos cual si salieran de boca de oráculos infalibles, me impone el deber de probar lo que allí dije, y hacerlo de manera que no consienta réplica. Bien se acordará V. de mis quejas sobre la doctrina de dichos filósofos con respecto al panteismo, y que los acusaba de resucitar los errores de Spinosa, bien que envueltos en formas misteriosas de un lenguaje simbólico y enfático; este cargo es el que voy á justificar con respecto á Hegel.

Segun este filósofo, la religion es el «producto del sentimiento ó de la conciencia que el espíritu tiene de su orígen, de su naturaleza divina, de su identidad con el espíritu universal.» Podríamos dudar del verdadero sentido de aquella expresion *su naturaleza divina*, si anduviese sola, pues que siendo nuestra alma criada á imágen y semejanza de Dios, y distinguiéndose por su elevacion sobre todos los seres

corpóreos, dable seria pensar que Hegel solo trataba de recordar la nobleza y dignidad de nuestro espíritu fundando el sentimiento religioso en la conciencia que tenemos de que nuestro orígen, nuestra naturaleza y destino, son muy superiores á ese pedazo de barro que envuelve nuestra alma que la embaraza y agrava. Pero el filósofo aleman tuvo cuidado de explanar sus ideas añadiendo que nuestro espíritu era idéntico con el espíritu universal. ¿Qué será ese espíritu universal que absorve, que identifica en sí todos los espíritus particulares? ¿no es esto la proclamacion pura y simple de un panteismo espiritualista? ¿no es esto afirmar que Dios es todos los espíritus y que todos los espíritus son Dios? ¿que el pensamiento, el alma de cada hombre, no es mas que una modificacion del Ser único en el cual todos se confunden é identifican? Pero oigamos de nuevo el filólósofo aleman, por ver si acaso no habríamos comprendido bastante bien el sentido de sus palabras. «Esta conciencia, continúa Hegel, se halla primero envuelta en un mero sentimiento cuya expresion es el culto: en seguida la conciencia se desenvuelve, Dios pasa á ser objeto, y de aquí nacen las mitologías y todo lo que se llama la parte positiva de la religion; pero detenerse en este segundo estadio donde el Dios del universo es adorado en el mármol de Fidias, donde Jesucristo no es mas que un personaje histórico, seria mentir contra el espíritu.»

«En la religion los pueblos deponen sus ideas

sobre la esencia del mundo y las relaciones que con esta tiene la humanidad. El ser absoluto es aquí el objeto de su conciencia; hay otro mas allá que ellos se representan, ora con los atributos de la bondad, ora con los del terror. Esta oposicion no existe en el recogimiento de la oracion y en el culto: y el hombre se eleva á la union con el Ser divino. *Pero este Ser divino es la razon en sí y para sí, la substancia universal concreta, la religion es la obra de la razon que se revela.»* Quizás extrañará V. que el filósofo aleman se anduviera en tantos rodeos para venirnos á decir que la religion no es mas que una ulterior manifestacion de la razon, que el Ser divino, el Ser objeto religioso y del culto, es decir Dios, no es mas que la razon misma, bien que *en sí y para sí*, ó bien la substancia universal concreta; yo no sé si estará V. muy versado en estas materias, para comprender la gerigonza de un ser que es *en sí y para sí*, que es la razon humana y que por añadidura es la substancia universal concreta. Sea como fuere procuraré darle á V. alguna explicacion del sentido que envuelven las enigmáticas palabras de nuestro metafísico.

Para la inteligencia de esto debe V. advertir que segun Hegel, el mundo entero no es mas que la evolucion de la idea, y que segun el grado en que se encuentra la expresada evolucion, se dice que los seres *son en sí*; y cuando esta ha llegado á mayor progreso, se dice que los seres *son para sí*. Me preguntará V. ¿qué es la idea? en dictá-

men de Hegel no es otra cosa que la armoniosa unidad de este conjuntò universal que se desarrolla eternamente:» «todo lo que existe, añade, no entraña verdad sino en cuanto es la idea que ha pasado al estado de existencia, porque la idea es la realidad verdadera y absoluta. Y no crea V. que con semejante definicion se nos quiera expresar la inteligencia divina, ó bien la infinita esencia del Criador en la cual está representado desde toda la eternidad, todo lo existente y todo lo posible; nada de esto: cuando Hegel habla de la armoniosa unidad se refiere á este conjunto universal que tiene un desarrollo eterno, es decir al mundo mismo que va tomando diferentes formas y modificándose de varias maneras. «Para comprender, dice, lo que es esta evolucion por la cual la idea se produce y acaba, es preciso distinguir dos estados: el primero es conocido con el nombre de disposicion, virtualidad, potencia, y yo le llamo *ser en sí;* el segundo es la actualidad, la realidad, ó lo que yo apellido *ser para sí.* El niño que nace tiene la razon virtualmente, en gérmen, mas no posee todavía la posibilidad real de la razon. Es razonable *en sí*, pero no llega á serlo *para sí*, sino á medida que se desenvuelve. Todo esfuerzo para conocer y saber, toda accion, no tiene otro objeto que sacar á luz lo que está oculto, que realizar ó actualizar lo que existe virtualmente, de objetivar lo que es en sí, de desenvolver lo que existe en gérmen.

«Llegar á la existencia es sufrir un cambio, y

sin embargo quedar lo mismo; ved por ejemplo como la encina sale de la bellota; prodúcense cosas muy diversas, pero todo estaba encerrado ya en el gérmen aunque invisible é idealmente.»

Pasaré por alto las muchas y graves consideraciones que podrian hacerse sobre el peregrino significado que da el filósofo aleman á la palabra idea. Se les habia ocurrido á los autores de sistemas ideológicos, el excogitar varios para explicar el misterio del pensamiento, dando tambien diferentes acepciones á la palabra *idea;* pero decir que esta es «la armoniosa unidad del conjunto universal que se desarrolla eternamente» ó en términos mas claros, llamar idea á la naturaleza misma, creo que solo podia venir á la mente de quien proponiéndose confundirlo todo en el monstruoso panteismo, comienza por dar á las palabras una significacion inusitada y extravagante. Yo desearia que se me explicase, qué necesidad hay de tantos rodeos para llegar á decirnos, que en el mundo no hay mas que un ser, ó una substancia, que esta sufre diferentes modificaciones, y que todo cuanto existe no es mas que uno de los accidentes del conjunto universal que sin cesar se transforma. Este es ciertamente el pensamiento de Hegel; el niño tenia el uso de razon en potencia, el adulto en acto; aun mas y hablando con mayor precision, el mismo adulto cuando piensa está en acto, cuando duerme está en potencia de pensar.

Dice Hegel que todo esfuerzo para conocer y

saber, y hasta toda accion tiene por objeto el sacar á luz lo que está oculto, realizar ó actualizar lo que es virtualmente: esto necesita comentarios: es verdad que el esfuerzo para conocer y saber tiende á hacernos presente y ponernos en claro, lo que para nosotros está ú oscuro ó enteramente oculto; pero no lo es que ninguna accion tenga otro objeto que realizar ó actualizar lo que es virtualmente. No puede negarse que en el órden de la naturaleza hay un desarrollo continuo en que unos seres salen de otros como *la encina de la bellota*; pero los hay tambien cuya esencia se opone á que hayan dimanado de otro cualquiera, á no ser que hayan pasado instantáneamente de la no existencia á la existencia, es decir, sin haber sido criados.

«Llegar á la existencia, dice Hegel, es sufrir un cambio, y sin embargo quedar lo mismo:» esta proposicion asentada en general destruye toda idea de creacion, pues que no existe esta, cuando no se pasa de la nada al ser. Si llegar á la existencia no es mas que sufrir una mudanza y quedar lo mismo, tendremos que cuando el universo comenzó á existir no fue porque hubiese sido criado por Dios, sino porque verificándose una gran transformacion en la materia preexistente, resultó ese conjunto que nos asombra con su inmensidad, y nos encanta con su belleza y armonía. Semejante suposicion nos lleva en derechura á la eternidad del mundo, al caos de los antiguos, á todos los absurdos sobre el orígen

de las cosas, que las luces del cristianismo habian desterrado de la tierra.

Extraño es que filósofos que se glorian de altamente espiritualistas, que manifiestan despreciar el materialismo francés del siglo pasado, lo establezcan tan lisa y llanamente combatiendo la espiritualidad, la inmortalidad, y el orígen divino de nuestra alma. Si cuando esta comienza á existir no hay mas que la mudanza de un ser, á la manera que la encina es lo contenido en la bellota, bien que desenvuelto y transformado, podremos inferir que el alma brota del fecundo seno de la naturaleza lo propio que los gérmenes materiales; será un producto mas ó menos sutil, mas ó menos activo, mas ó menos depurado, pero no será mas que el ser que ya antes existia, que la planta salida de la semilla. Esta doctrina es esencialmente materialista, sin que basten á sincerarla de tan grave cargo todos los misterios y enigmas del nuevo lenguaje filosófico. Lo que es simple, lo que es indivisible, no puede ser el resultado de la transformacion de otro ser; lo que pasa de un estado á otro adquiriendo una nueva forma, una nueva existencia, como lo hacen los vegetales salidos del gérmen, es compuesto; porque no es dable concebir esa mudanza sucesiva sin acompañarle la idea de partes. Podemos muy bien admitir que una substancia enteramente simple ejerza actos muy diferentes, y reciba impresiones muy varias; pues que todas estas modificaciones pueden realizarse sin alterar su naturaleza,

como en efecto lo estamos experimentando á cada paso con respecto á nuestro espíritu; pero afirmar que la substancia misma no es mas que otra transformada y desenvuelta, es asentar que esta substancia consta de partes, que se pueden combinar de distintas maneras.

La dificultad de atacar semejantes delirios proviene de que esos nuevos filósofos han tenido la ocurrencia de adoptar un lenguaje tan extraño y enigmático, que siempre está uno en la duda de si ha dado ó nó en el verdadero sentido del autor. Así en el caso que nos ocupa, si Hegel hubiese dicho sencillamente que en el mundo no hay mas que un ser, una substancia, que comprende en sí todo el conjunto de cuanto existe, añadiendo que lo que á nosotros nos parecen seres ó substancias particulares, no son otra cosa que modificaciones de la substancia única que todo lo absorve, sabríamos que tenemos á la vista un profesor del panteismo, y al combatirle no vacilaríamos sobre cuáles son los mejores argumentos para demostrar la falsedad del monstruoso sistema. Pero ¿cómo quiere V. habérselas con un hombre que empieza hablándole de idea, de armoniosa unidad, de conjunto que se desarrolla eternamente, de idea que es la realidad misma, de evoluciones, de ser en sí y para sí, de tránsitos de virtualidad á la actualidad, todo para venir á parar á que el universo entero no es mas que un desarrollo sucesivo, saliéndole al fin con el estupendo descubrimiento de que un niño al

nacer tiene la razon virtualmente, mas que no la posee actualizada, y que la encina ha salido de una bellota?

Los ramos, dice Hegel, las hojas, las flores, el fruto de una misma planta, proceden cada uno para sí, mientras que la idea interior determina esta sucesion. ¿Sabria V. decirme lo que debe de ser el que los ramos, las hojas, las flores, el fruto procedan para sí, ni cuál podrá ser el significado de la idea interior, aplicada á las plantas? ¿supone Hegel que dentro de la naturaleza hay un ser inteligente y próvido, que lo ve todo, que lo arregla todo, queriendo llamar idea el pensamiento de este ser, distinguiéndole empero de la materia? entonces vendrá á parar á la idea de Dios, porque tambien decimos nosotros que Dios está en todos los seres, en todas partes, viéndolo todo, ordenándolo todo, conservándolo todo, presidiendo á ese magnífico desarrollo que de continuo se está obrando en la naturaleza conforme á las leyes establecidas por el Criador. Mas nosotros afirmamos que el Autor de tantas maravillas existia desde toda la eternidad, antes que nada existiese fuera de él; y ahora conserva, mueve, vivifica el mundo, nó como el alma al cuerpo, sino de una manera independiente, libre, sin estar ligado con su criatura, sino obrando por medio de su voluntad omnipotente, y repitiendo á cada paso lo que con tan sublime pincelada nos describió Moisés: *hágase la luz*, *y la luz fué hecha*. Pero el dar á la naturaleza una

idea interior, atada por decirlo así con los seres corpóreos, es afirmar que el mundo es un ser animado, que funciona del propio modo que nuestro cuerpo vivificado por el alma; lo que si anda acompañado de la confusion del espíritu con la materia, si se supone que la existencia de los seres espirituales y corporales no es mas que un desarrollo simultáneo del admirable conjunto, forma el panteismo puro, tal como lo concibiera Spinosa.

Quizás no creia V., mi apreciado amigo, que á tal extremo llegara la filosofía moderna de los indignos sucesores de Leibnitz; mas por esto he creido conveniente presentarle á V. los mismos textos del ponderado filósofo, para que se convenciera á un tiempo de que la ensalzada superioridad se reduce á resucitar errores antiguos, bien que cubiertos con nombres extravagantes. Interminable seria esta carta, y estoy seguro que se le haria á V. algo pesada, si me propusiera mostrarle ni aun en resúmen todas las paradojas á que fué conducido Hegel por su enigmático sistema. Nada le diré á V. del desarrollo de la idea en la *esfera lógica*, *de la razon impersonal*, y otras cosas por este tenor; quiero limitarme á decirle dos palabras sobre la peregrina esperanza que abrigaba el filósofo de que por medio de su teoría era dable determinar *à priori* las leyes del mundo físico. Riéranse ciertamente Newton y Leibnitz de pretension tan extraña; riéranse todos los físicos modernos,

acordes en que no hay otro medio para llegar al conocimiento de las leyes de la naturaleza que la observacion; pero Hegel les responderia con la mayor seriedad, que no siendo las leyes del mundo físico otra cosa que las de nuestro espíritu, bien que *objetivadas*, es muy posible pasar del conocimiento de estas al de aquellas. Ciertamente que debiera de encontrarse algo embarazado el filósofo aleman, si se le exigiese una explicacion clara y precisa, sobre esas leyes de nuestro espíritu que son al propio tiempo leyes de la naturaleza. Curioso seria ver indicada la ley de nuestro espíritu que aplicada al mundo corpóreo se convierte en atraccion universal, ejercida en razon directa de las masas é inversa del cuadro de las distancias; á que se reducen las leyes de afinidad cuando al dejar de ser *objetivadas*, quedan simplemente leyes de nuestra alma. Los poetas, los oradores, los filósofos habian descubierto ya muchas analogías entre el mundo moral y el físico; analogías que aprovechadas por el ingenio, y embellecidas con los colores de fecunda imaginacion, sirven admirablemente para comparar de continuo unos con otros, órdenes de seres muy diferentes, animando, variando y hermoseando el estilo; pero estaba reservado á Hegel, el no contentarse con simples comparaciones, el establecer completa identidad, de suerte que la observacion dejase de sernos necesaria para penetrar los arcanos de la naturaleza, bastándonos meditar sobre las leyes

de nuestro espíritu, es decir, abstraernos de todo cuanto nos rodea, y en segunda *objetivar* las leyes descubiertas, quedando de esta manera demostradas *à priori* todas las que rigen el cielo y la tierra.

Creerá V. sin duda, que sin fundamento me estoy chanceando á costa del filósofo aleman y que trato de dar á la discusion este giro, sin cuidar de la verdadera mente de Hegel, y solo atendiendo á que es preciso amenizar algun tanto materias tan ingratas de puro abstrusas. Pues debe V. saber que no estoy combatiendo un gigante fantástico que yo haya tenido la humorada de crear para partirle de un tajo; las paradojas que acabo de impugnar las sostenia Hegel con la seriedad de un aleman; y no tengo yo la culpa si el negocio es extravagante con sus ribetes de ridículo. Propúsose nada menos que construir con el auxilio de su sistema todas las ciencias naturales; y en sus obras encontrará V. aplicaciones á la mecánica, á la física, á la geología, las que pretende fundar en sus teorías metafísicas. Verdad es que el cielo no se cuidaba mucho de las profecías del filósofo y que alguna vez le dejó muy mal parado; pues que habiendo tenido la ocurrencia de demostrar *à priori* que entre *Marte* y *Júpiter* no podia haber otro planeta, nos vino cabalmente en el mismo año el célebre astrónomo Piazzi descubriendo á Ceres, que como V. no ignora, tiene su asiento allí donde segun la demostracion de Hegel, no podia tener cabida ningun planeta.

Quien á tanto se atrevia no es extraño que se permitiese motejar al inmortal Newton hasta de una manera poco decorosa. A pesar de tamaño orgullo, es cierto que la posteridad no aprobaria que se escribiera sobre el sepulcro del metafísico aleman lo que con tanta razon se halla en el del astrónomo inglés: «sibi gratulentur mortales tale tantumque extitise humani generis decus.»

Llegó á tal punto la manía de Hegel sobre este particular, que su admirador Link no pudo menos de decir: «afliccion causa el ver de qué manera habla nuestro autor de los objetos pertenecientes al dominio de las ciencias naturales, de la astronomía y de las matemáticas; y sin embargo él gusta de hablar sobre esto, y lo hace siempre con tono tan magistral y tan amargo, que le daria á uno risa, si reirse pudiera, al ver á un hombre como él, extraviarse de un modo tan lastimoso. Este mal de Hegel empeoraba en la última época de su vida, y hasta se enojaba contra los que no se decidian á admirarle.»

Bien se habrá convencido V., mi apreciado amigo, de que nó sin razon me habia mostrado algo severo con la moderna filosofía alemana; ciertamente que no necesita comentarios la doctrina que acabo de examinar, para que se vean no solo su tendencia y espíritu, sino lo que es en sí, en realidad. Espero volver otro dia sobre este punto, y entre tanto viva V. seguro del afecto de este su amigo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA X.

Mi estimado amigo: voy á pagar el resto de la deuda que hace muchos dias tengo contraida, de hacerle á V. una breve reseña de cierta escuela filosófica, que nacida en Alemania y difundida por la Francia, causa los mayores estragos á la religion, y tiende á comprometer gravemente el porvenir de la ciencia. Bien recordará V. lo que dije en mis anteriores sobre la filosofía alemana que tan abiertamente profesa el panteismo, por mas que de vez en cuando quiera envolverse en formas enigmáticas hablando en lenguaje ininteligible, de Dios, del hombre y de la naturaleza. Esta acusacion procuré fundarla en pasajes del mismo filósofo contra quien la dirigia; y creo que no le habrá quedado á V. ninguna duda de que la imputacion no era calumniosa. Quizás le será difícil á V. persuadirse que iguales cargos puedan hacerse á la escuela francesa que sigue las huellas de M. Cousin; porque habiendo oido repetidas veces las invectivas de los universitarios contra la *intolerancia* del clero, se habrá V. imaginado que la filosofía del jefe del eclecticismo es inocente en todas sus partes; y que solo cabe

apellidarla impía en hombres que se alarmen, nó por el error, sino por la sola luz de la razon, y se empeñen en condenar el entendimiento humano á eterna inmovilidad y á la mas estúpida ignorancia.

No me costará mucho trabajo sacarle á V. de este error, y demostrarle hasta la última evidencia, que nó sin razon levanta la voz el clero francés contra el veneno que se procura ofrecer á los jóvenes en copa de oro.

En primer lugar debe V. saber que ya en 1819 enseñaba M. Cousin que no habia demostracion de la existencia y de los atributos de Dios, ni experimental, ni de otra clase. Es cierto que al propio tiempo afirmaba que la existencia de Dios es una verdad superior á todas las otras y hasta á los principios que se llaman axiomas; mas no deja de añadir lo siguiente: «Sea cual fuere la opinion que se adopte sobre el particular, queda establecido que ni la experiencia sola, ni la experiencia ayudada del raciocinio, no puede alcanzar la existencia de los atributos esenciales de Dios.» ¿De qué servia el decir que la existencia de Dios es una verdad superior á todas las otras, si luego se la combatia por sus cimientos, asegurando que la razon no podia alcanzarla, y declarando por consiguiente vana ilusion la creencia en que estuvieron los filósofos de que habian conseguido por medio de las criaturas elevarse al conocimiento del Criador? ¿No podríamos suponer que en 1819 no se atrevia

M. Cousin á manifestar su pensamiento todo entero; y que así tributaba aparentes homenajes á la verdad para poder continuar minándola, sin alarmar demasiado á los que no se hubieran podido resignar á la enseñanza del panteismo? Bien pronto se convencerá V. de que esta conjetura no está destituida de fundamento.

Leamos las palabras de su *Curso* de 1818 pág. 55, y por ellas echaremos de ver que el fondo de su filosofía era el mismo que hemos hecho notar en la escuela alemana. «El ser absoluto, dice, conteniendo en su seno el *yo* y *no yo* finito, y formando por decirlo así el *fondo idéntico de todas las cosas*, *uno y muchos á un tiempo*, uno por la sustancia, muchos por los fenómenos, se aparece asimismo en la conciencia humana.»

«No puede haber mas que *una* sustancia, añade en la página 139, la sustancia de la verdad ó la suprema inteligencia. *Dios es el ser único y universal* (pág. 274); Dios es la sustancia universal, cuyas ideas absolutas componen la sola manifestacion accesible á la inteligencia del hombre (pág. 390); Dios no es mas que la verdad en su esencia (pág. 128); no es otra cosa que el mismo bien, *el órden moral tomado sustancialmente*» (Obras de Platon tomo 1.° argumento del Euthyphron, pág. 3). «No sabemos de Dios otra cosa, sino que existe, y que se manifiesta á nosotros por la verdad absoluta» (Curso de 1818, página 140). «La materia, tal como se la define vulgarmente, no existe; pues que por lo comun se la mira

como una masa inerte, sin organizacion y sin regla, cuando en realidad está penetrada de un espíritu que la sostiene y ordena: ella no es, pues, otra cosa que el reflejo visible del espíritu invisible: *el mismo ser que vive en nosotros, vive en ella:* est Deus in nobis: est Deus in rebus» (pág. 265). «Estudiad la naturaleza, elevaos á las leyes que la rigen y que hacen de ella una verdad viviente, una verdad que se ha hecho activa sensible: en una palabra *Dios en la materia.* Profundizad pues la naturaleza; cuanto mas os penetraréis de sus leyes, mas os acercaréis al espíritu divino que la anima. Estudiad sobre todo la humanidad, pues que ella es todavía mas santa que la naturaleza, porque estando animada de Dios como esta, lo conoce así, mientras la naturaleza lo ignora: abarcad el conjunto de las ciencias físicas y de las morales: separad los principios que ellas encierran; poneos en presencia de estas verdades, referidlas al ser infinito que es su orígen y sosten, y habréis conocido con respecto á Dios *todo lo que de él nos es dado conocer* en los estrechos límites de nuestra inteligencia finita» (pág. 141-142).

Si V. reflexiona sobre estos pasajes de M. Cousin, mejor diré, con solo que V. atienda al sentido literal y obvio de algunas de sus proposiciones, verá V. el panteismo cubierto con un velo muy trasparente. Segun M. Cousin no puede haber mas que una sustancia: Dios es el ser único y universal, el ser absoluto es uno por la

sustancia, y muchos por los fenómenos; el hombre no es mas que una participacion de ese ser absoluto, pues que el ser que contiene en sí el *yo* y el *no yo finito*, y que constituye por decirlo así el fondo *idéntico* de todas las cosas, se aparece á sí mismo en la conciencia humana. Si estudiamos la naturaleza, si nos penetramos de sus leyes nos acercaremos al espíritu divino que la anima, pues que ella no es mas que una *verdad viviente, una verdad que ha pasado á ser activa sensible:* en una palabra, *Dios en la materia.* Todo lo que podemos saber de Dios, lo conocemos poniéndonos en presencia de los principios de las ciencias físicas y morales, y refiriéndolos al ser infinito que es su orígen y su sosten. Para que no nos quedase duda de que M. Cousin no entendia estas palabras en sentido que pudiese ser aceptado por hombres que admiten la existencia de Dios como distinto de la naturaleza, tuvo buen cuidado el autor de explicarse mas en otro lugar, revelando todo el fondo de su sistema: hé aquí sus palabras: «Dios cuenta tantos adoradores cuantos son los hombres que piensan; pues que no es posible pensar sin admitir alguna verdad, aunque no fuese mas que una sola» (ib. pág. 128). Hé aquí segun M. Cousin reducida la adoracion de Dios al conocimiento de una verdad cualquiera; así por ejemplo, quien conozca un principio de matemáticas, sean cuales fueren su ignorancia ó sus errores sobre todos los demás puntos naturales y sobrenaturales,

este tal será un adorador de Dios. De esta suerte no es posible que haya ateos; pues que como todo hombre admitirá cuando menos su propia existencia, ya admite una verdad, y por consiguiente adora á Dios. M. Cousin vió que esta consecuencia nacia de su doctrina, y lejos de rechazarla la abrazó y la consignó en sus escritos. Hé aquí cómo se expresa sobre el particular. «No hay ateos; el que hubiese estudiado todas las leyes de la física y de la química, aun cuando no resumiese su saber bajo la denominacion de verdad divina ó de Dios, seria no obstante mas religioso, ó si se quiere, sabria mas sobre Dios, que quien despues de haber recorrido dos ó tres principios como el de la *razon suficiente* ó el de *causalidad*, hubiese formado desde luego un todo al que llamara Dios. No se trata de adorar un nombre, *Dios*, sino de encerrar en este título el mayor número de verdades posible; pues que la verdad es la manifestacion de Dios» (pág. 141). «Cuando habeis concebido una verdad como idea, dice en otro lugar, concebid que ella existe, y así la unis á la sustancia: el que concibe la verdad, concibe pues la sustancia, sea que él lo sepa ó que lo ignore...... *Para saber si alguno cree en Dios, yo le preguntaria si cree en la verdad,* de donde se sigue que la teología natural no es mas que la ontología, y que la ontología está en la psicología. *La verdadera religion no es mas que esta palabra añadida á la idea de la verdad, ella es*» (pág. 385).

Bien claro se echa de ver que el Dios de M. Cousin no es el Dios de los cristianos; pues que no es otra cosa segun él, que la naturaleza misma, el conjunto de las leyes que la rigen, bastando conocer una cualquiera de ellas ó una verdad sea la que fuere, para eximirse de la nota de ateo. Creer en Dios, segun M. Cousin, es creer en la verdad; la teología natural no es mas que la ciencia de los seres en abstracto; y la religion no es otra cosa que una palabra, añadida á esta verdad; con esta teoría tenemos proclamado sin rodeos el panteismo: segun ella Dios es todo, y todo es Dios: es decir, que el ser infinitamente perfecto esencialmente distinto de la naturaleza, será una quimera; pues que no hay otro ser que la naturaleza misma: todo cuanto existe, todo será fenómenos de la sustancia universal, de ese ser único que todo lo absorve, que todo lo identifica en sí mismo, que es á un tiempo espíritu y materia, que es activo é inerte, que ha existido siempre y siempre existirá; y por consiguiente no hay creacion, y todas las trasformaciones que vemos en el universo, no son otra cosa que diferentes fases de un ser único que se modifica de varias maneras.

No crea V., mi estimado amigo, que estas doctrinas de M. Cousin con respecto á Dios, fuesen vertidas como al acaso, sin estar enlazadas con otros principios que los sostuviesen. Muy al contrario, ellas son las consecuencias del principio fundamental de los panteistas sobre la

sustancia; hé aquí cómo la define en sus *Fragmentos filosóficos* (tomo 1.° pág. 312 de la 3.ª edicion): «La sustancia es aquello que no supone nada fuera de sí, relativamente á la existencia.» Tenemos, pues, que la sustancia ha de ser única, ya que en su esencia excluye la coexistencia de otros seres: luego todo cuanto existe, finito ó infinito, no puede ser mas que una sustancia única: luego los seres que á nosotros nos parecen distintos, no son en realidad otra cosa que modificaciones del ser universal, único, que todo lo identifica en sí. Estos corolarios no asustan á M. Cousin, antes bien los adopta como la única doctrina razonable. «Una sustancia absoluta, dice, debe *ser única* para ser absoluta.... Las sustancias relativas destruyen la idea misma de sustancia; y sustancias finitas que suponen fuera de ellas otra sustancia con la cual se ligan, se parecen mucho á fenómenos» (pág. 63). «La sustancia de las verdades absolutas, dice en otro lugar, es necesariamente absoluta; y si es absoluta es tambien *única*, porque si no es única se puede buscar alguna cosa que exista fuera de ella, y entonces se sigue que ella no es mas que un fenómeno relativamente á este nuevo ser, el cual, si se dejase sospechar que fuera de él existia tambien alguna cosa, perderia á su vez la naturaleza de ser, y no seria mas que un fenómeno. El círculo es infinito; ó no hay sustancia, ó no hay mas que una» (pág. 312).

No cabe profesar con mas claridad el principio fundamental de los panteistas; solo faltaba saber si M. Cousin admitia en toda su extension la doctrina de la escuela de Spinosa. Desgraciadamente encontramos un pasaje donde formula su pensamiento de la manera mas explícita que imaginarse puede, diciendo: «El Dios de la conciencia no es un Dios abstracto, un Rey solitario, relegado mas allá de la creacion sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa, y de una existencia absoluta que se parece á la misma nada. Es un Dios á un tiempo verdadero y real, á un tiempo sustancia y causa, siempre sustancia y siempre causa; no *siendo sustancia, sino en cuanto es causa, y causa sino en cuanto es sustancia*: es decir, siendo causa absoluta, *uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, á la cumbre del ser y en su mas humilde grado, infinito y finito* á un tiempo, triple en fin, es decir, á un mismo tiempo *Dios, naturaleza* y *humanidad*. En efecto *si Dios no es todo, es nada*, si es absolutamente indivisible en sí, es incomprensible; y su *incomprensibilidad es para nosotros su destruccion*. Incomprensible como fórmula y en la escuela, Dios es claro en el mundo que le manifiesta, y para el alma que le posee y le siente: estando en todas partes *vuelve en algun modo á sí mismo en la conciencia del hombre*, del cual él constituye indirectamente el mecanismo y la triplicidad fenomenal, por el reflejo de su

propia virtud y de la triplicidad sustancial, de la cual él es la identidad absoluta » (Tomo 1.° prefacio de la 1.ª edicion pág. 76).

Despues de una declaracion tan terminante, no creo, mi estimado amigo, que pueda V. dudar de la mente del filósofo; y sean cuales fueren las declaraciones de cristianismo que en otras partes haya hecho M. Cousin, convendrá V. con nosotros en que se las debe mirar como una especie de cumplimientos que dispensa á la religion dominante, y nó como la expresion de la fe, ni siquiera de sanas convicciones filosóficas. Yo por lo menos no alcanzo cómo puede profesarse mas abiertamente el panteismo, que diciendo claramente que Dios es uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre de los seres y en su grado mas humilde, infinito y finito á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo Dios, naturaleza y humanidad, compendiando el pensamiento en estas inequívocas palabras: « *Si Dios no es todo es nada.* »

Asentados semejantes principios, bien se deja suponer que las doctrinas morales de M. Cousin no serán muy conformes á la religion cristiana; pues que la profesion del panteismo trae consigo el anonadamiento de la libertad humana. Porque es evidente que siendo el hombre, segun las doctrinas panteistas, un mero accidente de la sustancia única, todo cuanto él piense, quiera ó

haga, serán modificaciones de la sustancia universal; por lo mismo desaparece la libertad del individuo, ya que este no tiene una existencia distinta y propia, y cuanto en él se encierra pertenece al ser único que le absorbe. Así es que M. Cousin no tiene reparo en decir: *el hombre no es libre de una manera absoluta*, porque esta fuerza de que está dotado, una vez caida en el espacio y en el tiempo, pierde de su carácter ilimitado y absoluto » (Introduccion general al Curso de 1820 pág. 66 y 67). En otro lugar explicando lo que es libertad dice: « *Un ser es libre cuando lleva en sí mismo el principio de sus actos, cuando en el ejercicio de su fuerza solo obedece á sus propias leyes* » (Curso de 1818 pág. 40). De suerte que segun este filósofo, para ser libre no es necesario tener la eleccion entre obrar y no obrar, ó entre obrar esto ó aquello, sino que es suficiente el tener en sí mismo el principio de sus actos, y no obedecer mas que á sus propias leyes. Así el bruto que tiene en sí mismo el principio de sus actos, el demente, el imbécil, en una palabra, todos los seres que tienen en sí mismos el principio de su accion, serán tan libres como el hombre en sano juicio y en la plenitud del conocimiento.

La revelacion, y hasta todas las religiones, quedan reducidas á la nada con las teorías de M. Cousin; y en vano es que este filósofo se empeñe en sostener que sus doctrinas no están reñidas con el cristianismo. Despues de haber leido los

anteriores pasajes, ciertamente encontrará V. muy peregrino el lenguaje de M. Cousin cuando se atreve á decir lo siguiente en el prefacio de sus Fragmentos. «¿Qué puede haber entre mí y la escuela teológica? ¿Por ventura soy yo un enemigo del cristianismo y de la Iglesia? En los muchos cursos que he hecho y libros que he escrito, ¿puédese acaso encontrar una sola palabra que se aparte del respeto debido á las cosas sagradas? que se me cite una sola dudosa ó ligera, y la retiro, la repruebo como indigna de un filósofo. ¿Será tal vez que sin quererlo, ni saberlo yo, la filosofía que enseño haga vacilar la fe cristiana? Esto seria mas peligroso, y al mismo tiempo menos criminal, porque no siempre es ortodojo quien quiere serlo. Veamos cuál es el dogma que mi teoría pone en peligro. ¿Es el del Verbo, el de la Trinidad, ú otro cualquiera? Dígase, pruébese ó ensáyese de probarlo: esta será cuando menos una discusion seria y verdaderamente teológica: yo la acepto de antemano, y la solicito.»

Ya ve V., mi estimado amigo, que M. Cousin entiende la religion cristiana de un modo bien singular; pues que despues de haber profesado el panteismo, es decir, despues de haber destruido la idea fundamental de toda verdadera religion, que es la de un Dios esencialmente distinto de la naturaleza, todavía está empeñado en pasar plaza de verdadero fiel; y no quiere que se diga que se ha desviado de las doctrinas

del cristianismo. V. que no tiene interés en ver las cosas al revés de lo que son, no podrá concebir cómo un hombre grave se atreve á consignar en sus obras semejantes palabras, despues de haber manifestado en escritos anteriores cuál era su modo de pensar sobre las verdades á que rinde en el citado pasaje, tan humilde acatamiento. Esta extrañeza se le desvanecerá á V. algun tanto, cuando sepa que M. Cousin no admite, como él dice, *la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar*, y que en su opinion hay engaños *inocentes*, los hay *útiles y hasta obligatorios* » (*Traduccion de Platon* t. 4, p. 276-277). Quien de tal modo niega á Dios su naturaleza, y al hombre su libre albedrío, no es mucho que no escrupulice en legitimar la mentira; lo singular es que él se haya podido hacer la ilusion de que semejante engaño en lo tocante á sus doctrinas, habia de alucinar á nadie. Es tan vivo el contraste, ó mejor diremos la contradiccion entre unos y otros pasajes, que para no verla seria preciso cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del dia.

Con esta breve reseña habrá formado V. concepto de lo que son esos sistemas filosóficos, en los cuales suponia V. tendencias espiritualistas muy sanas, y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido V. rectificar, ó mejor diré, variar la opinion que habia formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno

de alguno de los jefes de la Universidad, eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia, y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora, para en adelante, me tomaré la libertad de advertirle á V., que cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias, fallos magistrales sobre este linaje de materias, no se deje V. sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se expresa el escritor; que las mas veces, lejos de enterarse á fondo del estado de la cuestion, no hace mas que traducir al pié de la letra las palabras de algun periódico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que mas en boga andan en ciertas regiones, no son los mas adictos á las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa, es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel, y Cousin, pues que si mucho no me engaño, debe de estar V. medianamente fatigado con la *sustancia universal y las trasformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela á sí mismo en la conciencia humana y semejantes abstracciones*, de la alta concepcion de esos filósofos que se levantan á inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo, de llevar con-

sigo las nociones del sentido comun. Nosotros que á tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razon juiciosa; sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiracion de *musa pedestre*. Entre tanto vea V. en qué puede complacerle este su atento servidor Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XI.

Mi estimado amigo: tengo particular complacencia en que su apreciada de V. me exima ahora para siempre, de hablarle de la filosofía alemana y de la francesa, que es una imitacion de la misma. Ya tenia yo un presentimiento de que su juicio de V. naturalmente recto, amante de la verdad y enemigo de abstracciones, no habia de avenirse muy bien con ese lenguaje simbólico y esos pensamientos fantásticos, con que los buenos alemanes han engalanado la filosofía, sin duda en los ratos de ocio que les habrá proporcionado en abundancia su clima de escarchas y de niebla. Extraña V. con razon que esta filosofía haya podido cundir en Francia donde los espíritus propenden mas bien al extremo opuesto, es decir, á un positivismo sensual y materialista. Yo creo que esto ha sido una especie de necesidad, supuesto que habiéndose desacreditado tan completamente la filosofía volteriana, érales preciso á los que querian echarla de filósofos, cubrirse con un manto mas grave y majestuoso; y como quiera que no tenian ganas de seguir á los buenos escritores que les habian precedido

en su mismo país, menester fué dirigir las miradas allende del Rhin y traer con grande ostentacion en medio de un pueblo caprichoso y novelero, los sistemas de Schelling y Hegel, como portentosos inventos que hubiesen hecho progresar de una manera admirable al ingenio humano. Por lo demás, si he de decir francamente lo que pienso, opino que el genio francés no se acomodará bien con la filosofía alemana, que descubrirá lo que hay en su fondo, á saber, el panteismo; y que sin detenerse mucho en sutilizar y cavilar sobre la *sustancia universal y única* llegará pronto á la última consecuencia que es el puro ateismo, sin los ambajes de palabras misteriosas. En deduciendo este resultado, observará que nada se le dice de nuevo sobre lo que le enseñaran sus filósofos del siglo pasado. Desdeñará, pues, esta filosofía que se apellida nueva, como un plagio de otra envejecida y caduca; y entonces será preciso andar en busca de otros manantiales de ilusion, para dar pábulo, siquiera por algun tiempo, á la curiosidad de las escuelas y á la vanidad de los maestros. Esta es la historia del entendimiento humano, mi querido amigo; recorra V. sus páginas, y notará desde luego que el fenómeno que nosotros presenciamos, es la reproduccion de lo mismo que vieron los siglos anteriores. No es poco el provecho que de aquí sacan los hombres religiosos, pues que contemplando la versatilidad del entendimiento humano, comprenden mucho mejor la necesidad

de una guia en medio de las ilusiones y extravíos.

Casi me ha sorprendido el argumento que V. me propone contra la verdad de nuestra religion, fundándose en que contrariamos con nuestras doctrinas uno de los sentimientos mas indelebles y al propio tiempo mas inocentes que se abrigan en nuestro pecho: el amor propio. Me han hecho gracia las cláusulas en que V. desenvuelve sus ideas; las razones en que las apoya, serian ciertamente muy fuertes, si no estribasen en una suposicion falsa, y por lo mismo no fueran como edificios sin cimiento. «Yo no sé, dice V. en su apreciada, qué espíritu misantrópico reina entre los católicos que todo lo cubre de negra tristeza. Vds. no quieren que se hable de nada terreno; no permiten que se piense en las cosas de este mundo, anonadan, por decirlo así, el universo entero, y cuando lo tienen sacrificado todo á su tétrico sistema, cuando han logrado dejar al hombre aislado en espantosa soledad, quieren que él se revuelva contra sí propio, que se niegue, que se anonade tambien á sí mismo, que se despoje de sus sentimientos mas íntimos, que se aborrezca, haciendo un esfuerzo cruel contra los mas vivos instintos de su naturaleza. ¡Pues qué! ¿Dios Criador será contrario de Dios Salvador? Dios que nos ha comunicado el amor de nosotros mismos, que lo ha escrito en nuestras almas con caractéres indelebles, ese mismo Dios cuando obra como dicen Vds. en el órden de la gracia ¿se complacerá en obrar con-

tra sí mismo como autor de la naturaleza? Estas son cosas que yo no he podido comprender nunca; y difícil se me hace el creer que V. consiga disiparme las tinieblas que en esta parte me impiden conocer la verdad. Bien se me alcanza que V. se me ha de descolgar con un elocuente sermon sobre la miseria y la iniquidad del hombre: sobre los justos motivos que tenemos para profesarnos un odio santo; pero desde luego le prevengo á V. que esa santidad yo no puedo desearla, que por mas débil y vano y malo que me conozca, yo no puedo menos de quererme, y que comparando mi nada con la elevacion de los querubines, mas aficion me siento, mas amor á mi menguado ser, que nó hácia aquellas elevadas inteligencias que diz que rayan muy alto allá en las gerarquías celestiales.» El tono de seguridad con que V. se expresa, me hace entender que tiene V. aquí algo mas que dudas, pues segun parece abriga verdaderas convicciones; y no lo extraño, supuesto que estriba V. en un principio falso, lo da por cierto, y sobre él levanta el edificio de sus discursos. Algunas palabras que habrá leido V. en ciertos libros místicos las ha tomado V. al pié de la letra; y de aquí el achacar á la religion doctrinas que ella no profesa.

¿Quién le ha dicho á V. que el cristianismo condena el amor propio, entendiendo esta condenacion en un sentido riguroso? Hé aquí el vacío que ha dejado V. en sus raciocinios: no se ha cuidado de asegurarse bien del principio en

que los apoyaba, y así creyendo construir sobre base sólida, ha formado como suele decirse un castillo en el aire. No es la primera vez que esto le acontece á la religion, pues sucede muy á menudo que para combatirla se forman fantasmas, y contra ellos se pelea llamándolos hijos suyos, cuando no son mas que creaciones del pensamiento del mismo que la ataca. No quiero yo decir que V. haya procedido en esta parte de mala fe; estoy seguro que padece una equivocacion que reconocerá tan pronto como yo se la ponga de manifiesto; y esto me lisonjeo de poder lograrlo no obstante lo que V. dice de que ha de ser difícil disipar las tinieblas que le impiden el conocimiento de la verdad. Por lo que toca á descolgarme con el elocuente sermon sobre la miseria y la maldad del hombre, me parece que debiera V. vivir tranquilo, cuando hartas pruebas le tengo dadas de que no soy aficionado á declamaciones de ninguna clase. Pero vamos al punto de la dificultad.

Es falso que la religion nos prohiba el amarnos á nosotros mismos; y tan falso es, que antes al contrario uno de sus preceptos fundamentales es este mismo amor. Para convencerle á V. no necesito mas que el catecismo. Creo que no se le habrá olvidado todavía aquello de que debemos amar al prójimo como á nosotros mismos, en lo cual está consignado de la manera mas explícita el precepto del amor que cada cual debe profesarse á sí propio. Este amor se nos da por mo-

delo del que debemos tener á los prójimos: y claro es que el precepto seria contradictorio, si se nos prohibiese ese mismo amor que ha de servir de dechado, y como de norma, para arreglar el que debemos á los otros.

¿Sabe V. que aquel principio que corre muy válido en el mundo de que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo, está expresamente consignado en todos los tratados teológicos que se han escrito sobre la caridad? En ellos se explica el órden que esta debe seguir segun son diferentes las relaciones con los objetos á que se extiende, y siendo el primero y principal Dios, el segundo somos nosotros mismos.

Por el pronto ya ve V. que quedan desbaratados todos sus raciocinios, ya que he negado redondamente el principio en que estribaban, aduciendo en pro de mi negacion pruebas tan claras y sencillas que V. no podrá desechar; sin embargo quiero ampliar mis ideas sobre este punto, haciendo de ellas aplicaciones que le dejen á V. cumplidamente satisfecho.

Otra vez volveremos al catecismo: en él se nos dice que el hombre es criado para amar y servir á Dios en esta vida y gozarlo en la eterna bienaventuranza. Ahora bien; todos nuestros actos tienen por fin: Dios y nuestra felicidad eterna. ¿Quien desea ser eternamente feliz, no se ama á sí mismo? ¿Quien tiene la obligacion de trabajar toda su vida para alcanzar esta felicidad, no tiene la obligacion tambien de amarse mu-

chísimo á sí mismo? ó mejor diré, ¿estas dos obligaciones no se refunden en una sola? El cristiano tiene por dogma de fe que esta vida es un tránsito para la otra; si desprecia lo terreno, si no hace caso de las vanidades del mundo, es porque todo es pasajero, todo es nada en comparacion de la dicha que tiene prometida, para despues de su muerte, si procura merecerla con sus buenas obras: sus bienes, su salud, su vida, su honra, todo debe perderlo antes que empañar su conciencia con un solo acto que le cerrara las puertas del cielo; pero en esa abnegacion, en ese desprendimiento de sí mismo, queda salvo el amor propio bien ordenado, pues se desprecia lo poco por alcanzar lo mucho, se abandona lo terrenal por obtener lo celeste, se deja lo temporal por ganar lo eterno. Bien examinadas las doctrinas cristianas, se encuentra que hermanan y armonizan de una manera admirable el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo; y por consiguiente es de todo punto falso que esta inclinacion natural que nos lleva á amarnos á nosotros mismos, quede destruida por la religion; es rectificada, bien ordenada, purificada de las manchas que la afean, preservada de los extravíos que pudieran perderla, dirigida al supremo fin, infinitamente santo, infinitamente bueno, que es Dios.

¿Cómo se entiende, pues, esa muerte del amor propio de que están hablando los autores místicos? se entiende la extirpacion de los vicios, el

refrenar las pasiones, el guardarnos del orgullo; en una palabra el cuidar de que el amor del hombre sensual no dañe al hombre moral. El hacer que prevalezca lo superior sobre lo inferior, no es matar el amor sino hacerle obrar en un sentido conforme á la ley eterna y altamente provechoso á nosotros mismos: quien se abstiene de una comida á la que se siente incitado por su apetito, si lo hace con el fin de evitarse el daño que de ella teme, ¿podrá decirse por ventura que no se ame, que se aborrezca á sí propio? Se dirá con mucha verdad que se priva de un gusto, pero esta privacion dimana del mismo afecto que tiene á la conservacion de la salud, y por lo mismo procede de este mismo amor propio bien entendido, que le induce á sacrificar lo menos á lo mas, y no le permite dañarse la salud por complacer el apetito del momento. Con este ejemplo tan sencillo, y que presenciamos todos los dias sin que nos cause ninguna extrañeza, se explican fácilmente las relaciones de las doctrinas cristianas con el amor propio, no siendo necesario mas que extender el mismo principio á objetos elevados, y considerar que la norma que ha dirigido una accion particular es la misma con que se ordena toda la conducta del cristiano.

«¿Pues cómo se dice que nos aborrezcamos á nosotros mismos?» Ese aborrecimiento no se refiere ni puede referirse sino á lo que hay en nosotros de malo, ya sean actos ó hábitos pecami-

nosos, ya sea ciertas inclinaciones que tienden á apartarnos del camino de la ley de Dios; pero de ninguna manera debemos ni podemos aborrecer nuestra naturaleza en lo que tiene de bueno, en lo que es obra de Dios; antes al contrario debemos amarla, y la prueba de que es así está en que debemos aborrecer el mal que haya en ella, y aborrecer el mal de una cosa es desear su bien, es amarla.

Ya sabe V., mi estimado amigo, que de las reglas dadas para la conducta de los cristianos, unas son preceptos, otras consejos; la observancia de las primeras es necesaria para la eterna salvacion, la de las segundas contribuye á hacernos perfectos en esta vida, y á merecernos mas alto grado de gloria en la venidera; mas no nos obliga de tal suerte que si lo omitimos nos hagamos reos de culpa. Esto mismo se aplica á la conducta con respecto al amor propio: por los preceptos estamos obligados á abstenernos de toda infraccion de la ley de Dios, por mas que á ello nos impulsen nuestros apetitos desordenados, así como debemos sacrificar el placer que nos resulta de la satisfaccion de las pasiones, cuando se trate de ejercer un acto expresamente mandado en la ley divina: á sofocar de esta manera el amor propio todos estamos obligados; si no lo hacemos así, tenemos por dogma que no nos será otorgada la vida eterna, antes sí un castigo que no tendrá fin. Pero hay ciertas abstinencias, ciertas mortificaciones de los sentidos,

que no entran en el órden de los preceptos, y pertenecen solo al de los consejos. Estas mortificaciones las vemos practicadas con mas ó menos rigor por las personas que desean caminar hácia la perfeccion, y en algunos santos hallamos la austeridad conducida á tan alto punto que nos asombra y aterra. Mas en estos mismos santos no estaba ahogado el amor bien entendido de sí mismos: se entregaban sin tasa á la penitencia, ya para purificarse cumplidamente de sus faltas, ya tambien para hacerse mas agradables al Señor ofreciéndole en holocausto sus sentidos, su cuerpo, todo cuanto tenian y todo cuanto eran; pero estos hombres extraordinarios ¿se olvidaban por ventura de sí mismos? Se olvidaban sí del hombre sensual, ó mejor diremos, le tenian declarada guerra á muerte, abatiéndole, atormentándole cuanto les era posible; pero la razon de esto se encuentra en que le miraban como enemigo del hombre espiritual, como enemigo temible, altamente peligroso, de quien no convenia fiarse ni un solo instante, á quien no se podia soltar la cadena del cuello sin el riesgo inminente de que se levantara contra su dueño que es el espíritu, y le redujese á esclavitud. Pero la salvacion de su alma, la felicidad eterna en la otra vida, tanto distaban de olvidarla aquellos ilustres penitentes, que antes bien suspiraban incesantemente por ella; ansiaban vivamente que Dios les librase de este cuerpo que los agravaba; así es que el mayor de sus deseos, era disolverse y estar con Cristo.

La vision de Dios, la union con Dios en lazos de inefable amor, era el objeto de sus esperanzas, de sus ardientes deseos, de sus continuos gemidos; así es que no puede decirse que se aborreciesen á sí mismos en toda la propiedad de la palabra; sino que se amaban con amor mas bien entendido que el resto de los mortales.

Con las consideraciones que preceden creo que se habrá convencido V. de que estribaba en una suposicion falsa, y de que si intenta continuar sus ataques contra la religion considerándola como contraria al amor propio, le será preciso argumentar sobre otros principios. En efecto, desvanecido completamente el error en que V. vivia de que la religion cristiana nos prohibe amarnos á nosotros mismos, y probado hasta la última evidencia que no solo no nos lo prohibe, sino que muy al contrario nos lo manda, solo le resta á V. un camino que es probar que la religion entiende de una manera equivocada el amor propio, y que proponiéndose dirigirle y purificarle, le sofoca y le mata. ¿Pero sabe V. en qué terreno se habrá colocado entonces la cuestion? ¿Sabe V. que considerada bajo este aspecto nada tiene que ver con lo que estábamos discutiendo hasta aquí, y que se trata nada menos que de examinar si los preceptos y consejos del Evangelio son justos, son santos, son prudentes? No creo que V. se atreva á entablar disputa sobre una verdad generalmente reconocida hasta por los mas violentos enemigos del cristianismo. Ellos niegan sus dogmas, se

burlan de sus ceremonias, se rien de su gerarquía, desprecian su autoridad, la consideran como un mero sistema filosófico despojándole de todo carácter sobrenatural y divino; pero en llegando á su moral, todos están acordes en que es pura, en que es admirable, sublime, en que es superior á la de todos los legisladores antiguos y modernos, en que se halla en íntima armonía con la luz de la razon, con los mas nobles y bellos sentimientos que se albergan en nuestra alma, en que es la única digna de reinar sobre la humanidad y de dirigir los destinos del mundo; de suerte que cuando entregados á sus vanos pensamientos forjan allá en su mente cristianismos reformados ó religiones totalmente nuevas, todos adoptan como modelo de su moral lo enseñado en el Evangelio, y aun cuando quizás en el fondo de su corazon profesen con respecto á la moral misma, doctrinas degradantes y altamente funestas, no se atreven por lo comun á exponerlas en público, y se deshacen en elocuentes elogios de la dulzura, de la santidad, de la elevacion de las máximas salidas de la boca de Jesu-Cristo.

Se hallará V. pues en grave conflicto, si se propone dirigir sus ataques sobre este punto; y así es que me atreveré á darle un consejo, que bien lo han menester la mayor parte de los que inculpan á la religion, y es, que al juzgar alguno de sus dogmas ó máximas, no se deje V. llevar de esa ligereza que falla sobre los objetos de la mayor importancia, sin haberse tomado la pena de

examinarlos con la debida atencion: y que reflexione que lo que han creido y enseñado y practicado tantos hombres eminentes en talento y sabiduría, sin duda debe de estar muy fundado, y no es fácil que venga al suelo con cuatro observaciones, que por ingeniosas, no dejan de ser extremadamente fútiles. Créame V.: cuando se le ocurran argumentos de esta clase que con tanta facilidad le parecen derribar alguna verdad religiosa, suspenda V. el juicio; no se precipite; medite, ó lea ó consulte; que bien pronto echará de ver que el invencible Aquiles no tiene mas fuerza que la que le suministra una suposicion falsa, ó un raciocinio mal trabado. No dudo que se habrá V. convencido, de que si con el tiempo se resuelve á volver al seno de la religion podrá V. amarse á sí mismo. Entre tanto viva V. seguro del afecto de este S. S. y amigo Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XII.

Mi estimado amigo: el método que va siguiendo V. en la discusion epistolar que hemos entablado, me va manifestando una verdad, que si bien ya la tenia conocida, me la hace V. mucho mas evidente: hablo de la poca fijeza y exactitud en la moral; vicio de que adolecen generalmente los que no están fundados sobre el sólido cimiento de la religion. Con mucha verdad se ha dicho que la moral sin dogma era justicia sin tribunales. Oyeseles á VV. ponderar y ensalzar con entusiasmo la sublime doctrina de Jesu-Cristo en todo lo concerniente á la conducta del arreglo del hombre; confiesan que nada hay superior ni igual entre los filósofos antiguos y modernos; reconocen que nada hay que añadir ni quitar; todo esto con una sinceridad y una expresion de buena fe, que no le dejan á uno duda de que si rechazan los dogmas de la religion cristiana al menos abrazan como conviccion filosófica la moral que ella nos enseña. Cuando hé aquí que á lo mejor, hablando de puntos de alta importancia, se disparan de improviso con la exposicion de una doctrina que no puede conciliarse con la

moral del Evangelio, pues que se halla en abierta oposicion con lo que este prescribe. Así me ha sucedido con la última de V., en la cual despues de resignarse á abandonar la trinchera en que se habia hecho fuerte, pretendiendo que nuestra religion se empeñaba en luchar con lo mas íntimo de la naturaleza, al prohibir como cosa mala el amor propio, me viene V. modificando su argumento, pero en realidad proponiéndose un objeto semejante.

Dice V. que está de acuerdo conmigo en que la religion no destruye, sino que rectifica el amor propio; y no tiene V. inconveniente en reconocer que las objeciones de su carta anterior estribaban en un supuesto falso. No obstante, deseando no abandonar el terreno sin combatir, se empeña V. en sostener que la manera con que la religion rectifica el amor propio es demasiado dura, y contraria por demás á los instintos de la naturaleza. Aquí tiene su aplicacion lo que le estaba diciendo poco antes, á saber, que los hombres irreligiosos caen con frecuencia en una contradiccion patente, alabando de una parte la moral de Jesu-Cristo, y atacándola por otra sin consideracion ni miramiento. V. pertenece al número de aquellos que se glorian de reconocer la santidad de la moral evangélica, y sin embargo no tiene reparo en condenarla por lo que prescribe con respecto á las pasiones. Y ¿sabe V. que el declarar una moral mala, ó inútil, ó inaplicable en lo relativo á las pasiones, es con-

denarla poco menos que en su totalidad? ¿No ha advertido V. que la mayor parte de los preceptos de la moral se rozan con el arreglo y represion de las pasiones? Si pues la del Evangelio no sirve para ellas ¿para qué servirá?

Afirma V. que los preceptos evangélicos son duros en demasía, por oponerse á irresistibles instintos de la naturaleza; y por lo que toca á alguno de sus consejos, se adelanta V. á decir que difícilmente se le persuadirá que sean conformes á la razon y á la prudencia. Asienta V. por principio que el secreto de dirigir las pasiones es dejarles respiradero para evitar la explosion, añadiendo que el olvido de esta máxima es uno de los defectos capitales de que adolece la moral del Evangelio. No lleva V. á mal que se declaren culpables los actos que inducirian la perturbacion en las familias, y aun aquellos que tienden á multiplicar la poblacion encargando á la caridad pública el fruto de la incontinencia; pero no puede persuadirse que el rigor se haya de llevar hasta el punto de prohibir el mismo pensamiento, declarando culpables á los ojos de Dios aquel que admitiera la liviandad en su corazon, por mas que se abstenga de todo cuanto repugne á la naturaleza ó pueda acarrear algun daño á la familia y á la sociedad. Dejando aparte la discusion á que bajo muchos aspectos podria dar lugar la objecion de V., y ciñéndonos al punto de vista de la prudencia, que es el que V. encarece principalmente, sostengo que la moral del Evangelio

es tan profundamente sabia y cuerda en su pretendida dureza, que seria mucho mas dura si se amoldase á las doctrinas de V. Extravagante asercion ha de parecer esta que acabo de emitir, y no obstante me lisonjeo de poderla apoyar con tales razones que se vea V. precisado á suscribir á mi dictámen.

Ya que V. parece aficionado al estudio del corazon, me atreveré á preguntarle, si en el supuesto de haberse de prohibir un acto, es mas difícil alcanzar la obediencia prohibiendo tambien el deseo, ó dejándole campear libremente. Tengo por seguro que es harto mas fácil lograr que el hombre evite aquello que no puede ni desear, que no el que siéndole permitido el deseo, haya de abstenerse de la obra. Se ha dicho muy bien que del pensamiento á la ejecucion va tan poca distancia como de la cabeza al brazo, y la experiencia está enseñando todos los dias que quien ha concebido deseos vehementes de poseer un objeto, deja con mucha dificultad de emplear los medios para lograrlo. Cabalmente en la materia de que estamos tratando, se ciega de tal modo la razon, y preponderan de tal suerte las pasiones, que el que se deja arrastrar por ellas se degrada y embrutece, olvidando lastimosamente su honor, sus bienes, su salud y hasta su vida. Y con una pasion semejante, ¿cree V. que la prudencia aconseja permitir el deseo y prohibir la ejecucion? Afirma V. sin vacilar que es dura la prohibicion que se extiende al deseo, sin

advertir que solo en el sistema de V. hay la verdadera crueldad, pues que se pone al hombre en el tormento de Tántalo haciendo correr á las inmediaciones de sus sedientos labios, aguas frescas y cristalinas que no se le permite probar. Reflexione V. maduramente sobre estas observaciones y se convencerá de que la verdadera dureza está en la moral de V. y nó en la del Evangelio; que en la de V. bajo la apariencia de indulgente suavidad, se pone en verdadera tortura al corazon; y que en la del Evangelio con una severidad prudente y oportuna, se procura á las almas virtuosas la tranquilidad y la calma. El hombre que sabe no serle lícito deleitarse ni siquiera en un pensamiento malo, lo rechaza con fuerza desde el momento que se le ocurre, y así no da lugar á que la pasion se exalte y le ciegue; el que creyese no caber pecado sino en la ejecucion, procuraria complacer las inclinaciones de la naturaleza, engañándose á sí mismo con la esperanza de que el placer del pensamiento y del deseo no le arrastraria hasta cometer el acto; pero desde el momento que la razon y la voluntad hubiesen abdicado su soberanía, aun cuando fuese con la condicion expresa de que no se los habia de llevar mas allá de lo que permitieran los deberes, fuérales imposible contener las pasiones turbulentas que engreidas con la primera concesion no cederian hasta satisfacerse cumplidamente.

Una diferencia capital existe entre la religion

cristiana y los filósofos que bajo distintos nombres la combaten: aquella asienta por principio que es preciso atajar las pasiones en su cuna, creyendo que será tanto mas difícil dirigirlas ó sujetarlas cuanto mas incremento se les haya dejado tomar, mientras estos se conducen por la regla de que conviene permitir que las pasiones, aun las tendencias mas aviesas, se desenvuelvan hasta cierto punto, en el cual afirman que es necesario detenerlas. Y ¡cosa notable! así se portan los filósofos que no disponen de otros medios para dominar el corazon que estériles discursos, cuya impotencia se manifiesta siempre que se hallan en lucha con una pasion algo vehemente; y la religion obra en sentido contrario, ella que abunda de medios eficacísimos para obrar sobre el entendimiento y la voluntad, y señorear al hombre entero. La religion fundada por el mismo Dios se atiene á una regla prudente, estimando en mas la precaucion del mal, que nó el tener que remediarlo, procurando curarlo cuando es pequeño por ahorrar la dificultad de hacerlo cuando sea grande; y el débil mortal se atreve á soltar el dique á las aguas, afirmando que conviene dejarlas correr libres, y que basta el que cuando lleguen al límite prefijado se les diga: «de aquí no pasaréis, y aquí quebrantaréis el orgullo de vuestras olas.»

Yo no sé si se habrá convencido V., mi estimado amigo, con las razones que acabo de alegar en defensa de la moral del Evangelio y en contra

del sistema filosófico. Como quiera, no podrá V. negarme que estas consideraciones no son para despreciadas, dado que se fundan en la misma naturaleza del hombre y en lo que nos está enseñando la experiencia de todos los dias. Lo que hemos aplicado á la pasion mas turbulenta y peligrosa de las que afligen á los míseros humanos, puede decirse de todas las demás, bien que de ella se verifica de una manera particular aquello de que no hay mas remedio que la fuga. Sentencia profundamente sabia y prudente, que advierte al hombre de lo mucho que importa no perder el dominio sobre sí mismo, porque no le seria fácil encadenar las pasiones una vez hubiese llegado á soltarlas.

Sucede con el individuo lo propio que con la sociedad: si el poder supremo, cuyo cargo es gobernar, principia á ceder á las exigencias de los que deben obedecer, estas van cada dia en aumento, la autoridad se degrada á proporcion que pierde terreno, hasta que al fin se llega á una completa anarquía ó se apela á una reaccion violenta, para recobrar lo perdido y restablecer derechos que jamás se debieran haber abdicado. Las leyes de órden tienen un analogía singular, aun en sus aplicaciones á cosas de naturaleza muy diferente; pudiera decirse que es una misma ley sin mas modificaciones que las absolutamente indispensables para atender á la especie del sujeto que por ellas se ha de regir.

He dicho que cuanto acababa de afirmar sobre

la pasion voluptuosa era tambien aplicable á las demás, y voy á hacérselo sentir á V. atacándole por la parte mas sensible que es la filantropía, ya que Vds. los filósofos no pueden tolerar que se ponga en duda su ardiente amor á la humanidad. Estan Vds. encareciendo continuamente el precepto de fraternidad universal, que segun la religion de Jesucristo enlaza á todos los hombres como miembros de una misma familia. Infiérese de dicho mandamiento la prohibicion de no dañar al prójimo, y segun nuestros principios no solo no podemos dañarle, pero ni aun tener este deseo; por manera que pecamos con solo complacernos en nuestro corazon un pensamiento de venganza.

Ahora bien, aplicando al caso presente la teoría de V. resultará que debe condenarse por sobrado dura la moral cristiana en esta parte, y para seguir los consejos de una *suave prudencia* será preciso contentarse con declarar que es malo el cometer un acto que dañe á nuestros hermanos, pero no lo es el deseo, si nos limitamos á él. Así la bella fraternidad de Vds. se podrá expresar de esta suerte: «Hombres, no os causeis daño ni de obra, ni de palabra, porque con esto faltariais á las reglas de la sana moral, y ofenderiais al Dios que os ha criado, nó para que os perjudiqueis mutuamente, sino para que vivais en pacífica armonía. Hasta aquí llega la obligacion; pero entrando en el santuario de vuestro interior, sois dueños de desear á los demás hombres todo el

mal que os pluguiere, seguros de que con ello no cometeréis ninguna falta, pues que Dios no es tan duro que haya querido no solo prohibir los hechos, sino tambien el pensamiento y el deseo.» ¿No le parece á V. que el precepto de la caridad, de la fraternidad universal, es cosa curiosa y peregrina si le explicamos de esta manera? Y sin embargo es evidente que de esta suerte lo explica V., no habiendo yo hecho otra cosa que reunir las partes del sistema para que se notara mas vivamente el contraste.

El vicio radical de dicho sistema es poner en desacuerdo lo interior con lo exterior, es suponer que conviene limitar las obligaciones morales á los actos externos, es establecer una especie de moral civil, que en último análisis vendria á parar á una jurisprudencia puramente humana, sin otro objeto que impedir el que se perturbase la tranquilidad pública. A este resultado conducen las doctrinas de V.; y nada extraño es que así sea, puesto que es muy natural que en desterrando á Dios del mundo, ó no admitiendo religion alguna, es decir, quitando la influencia divina sobre los actos del hombre queden estos considerados en el órden puramente externo, y no tengan importancia á los ojos del filósofo sino en cuanto son capaces de producir algun bien exterior ó de causar algun mal. Quitando Vds. á Dios, ó lo que viene á parar á lo mismo, destruyendo la religion, destruyen tambien la conciencia, destruyen al hombre interior, y reducen

toda la moral á una combinacion de utilidades bien calculadas.

Estas consecuencias le serán á V. desagradables, y no me cabe duda que hará un esfuerzo por rechazarlas; mas para evitar disputas le ruego á V. que vuelva á seguir el hilo del raciocinio que me ha conducido á ellas, pues estoy cierto que haciéndolo así con imparcialidad y buena fe, no podrá menos de reconocer que mis palabras nada tienen de falso ni hiperbólico.

Entre tanto, y para hacer sentir mas y mas los errores é inconvenientes de la doctrina que V. abrazaba con tanta seguridad, voy á hacer una aplicacion de ella al mismo precepto de fraternidad universal, nó considerado en su parte prohibitiva, sino en la preceptiva. Dando por sentado que el mal está únicamente en los actos externos, deberemos convenir tambien en que la bondad de las acciones estará tambien en lo exterior: así ejerceremos un acto laudable haciendo bien al prójimo, mas nó deseándoselo. Y ¿sabe V. á dónde nos conduce este principio? ¿Sabe V. que nada menos se logra con él que destruir de un golpe esa fraternidad universal tan encarecida por la filantropía de los filósofos? ¿Qué es el amor que se limita á los actos exteriores? ¿Es verdadero amor el que no está en el corazon? ¿No es esto la mismo que nos está indicando el lenguaje cuando distingue entre la beneficencia y la benevolencia, es decir, entre

hacer el bien, y el desearlo? Así la primera como la segunda, no son virtudes muy loables? Quien no puede ser benéfico por faltarle los medios necesarios, ¿no es muy laudable que sea benévolo, esto es, que tenga deseos de hacer el bien, ya que no le sea posible realizarlo? Quien hace el bien ¿no lo desea antes de ponerlo en práctica? Es decir, el hombre benéfico ¿no es antes benévolo? ¿y no es benéfico por lo mismo que es benévolo? Yo no sé si V. mirará las cosas bajo este punto de vista, pero de mí sabré decirle que considero tan enlazados el deseo y el acto, que se me presentan como cosas de un mismo órden, y como que la una es complemento de la otra. Mas diré, limitándome á la beneficencia; cuando me figuro á un hombre que hace el bien por un motivo cualquiera, pero que al mismo tiempo no abriga en su corazon un afectuoso deseo que le impulsa á estos actos, es decir, cuando veo la beneficencia separada de la benevolencia, ó no concibo allí un acto de virtud, ó por lo menos la encuentro manca, despojada de los mas bellos adornos que la hacian agradable y encantadora.

Ya ve V., mi querido amigo, que la religion cristiana no anda tan desacertada en entrometerse en los actos internos, en extender sus mandamientos y sus prohibiciones hasta lo mas recóndito que ejecutamos en el fondo de la conciencia; y que el tacharla de dura por este procedimiento, es dar por el pié no solo á la moral

religiosa sino tambien á la enseñada por la luz de la razon. Así se enlazan las cosas que parecen mas distantes; así se encadenan las verdades con tan estrecha intimidad, que quien se atreve á negar una, se ve forzado á desechar muchas otras, que él tal vez respeta y venera con toda sinceridad y acatamiento. De esas consideraciones desearia yo que sacase V. una consecuencia que le he indicado ya varias veces, y que no me cansaré de repetirle, y es la importancia de que al examinar las cuestiones religiosas no nos empeñemos en aislarlas demasiado, pues que corremos peligro de mutilar la verdad, y una verdad mutilada es un error. Los incrédulos y los escépticos incurren casi siempre en este defecto; toman un dogma, un precepto moral, una práctica, una ceremonia de la religion, la separan de todo lo demás, la analizan prescindiendo de todas las relaciones que tiene con otros dogmas, preceptos, prácticas ó ceremonias; no miran el objeto sino por un lado, y de esta manera consiguen que la ceremonia parezca ridícula, que la práctica sea irracional, que el precepto sea cruel, que el dogma sea absurdo. No hay órden de verdades que no venga al suelo si de este modo se las examina; porque entonces no se las considera como son en sí, sino como las ha arreglado allá en su mente el antojo del filósofo. En tal caso se crean fantasmas que no existen, se huye el cuerpo á los verdaderos enemigos para pelear con otros imaginarios, con lo cual es poco peli-

groso el entrar en la lucha partiendo de un tajo descomunales jayanes.

En la parte moral, mayormente cuando se trata de los sentimientos mas dulces y seductores, no es difícil alucinar á los incautos ofreciéndoles como una expansion inocente lo que es un veneno mortífero. Así por ejemplo, en la dificultad que V. me propone en su apreciada ¿qué cosa mas conforme á los instintos de la naturaleza, á los mas suaves impulsos del corazon, que la doctrina por V. sustentada? «¿Qué, decia V., no basta prohibir los actos, que podrian producir malos resultados á la sociedad, á la familia, ó al individuo, que sea preciso penetrar hasta lo interior del alma y allí complacerse en atormentar el corazon, obligándole á abstenerse hasta de aquellas exhalaciones, que mas bien que crímenes deberán ser á los ojos de Dios inocentes desahogos de la naturaleza? Si el mal no se consuma ¿á quién daña el deseo? ¿Es posible que el Criador pueda ofenderse de los actos mas inofensivos de su criatura?» Hé aquí lo que se apellidan golpes sentimentales, y que son argumentos decisivos para las almas candorosas y ardientes, que están ansiosas de una doctrina que excuse sus debilidades, aflojando algun tanto la austeridad de la moral que aprendieron en el catecismo. Pero hé aquí tambien sofismas peligrosos, que á nada conducen para el bienestar y consuelo de aquellos en cuyo favor se hacen, y que antes al contrario los extravian

y corrompen de una manera lastimosa. «¿Qué se podria replicar imitando el propio tono, seréis tan crueles que permitais arrimar á los labios sedientos el fresco y sabroso licor, y no consintais probarlo? ¿Seréis tan crueles que solteis la rienda á la pasion en las regiones interiores y no le dejeis un desahogo en lo exterior? ¿Seréis tan crueles que desencadeneis las tempestades en el fondo del corazon, que allí conserveis á este agitado y combatido por todos lados, sin dejar que el desahogo le alivie de sus penas, y que extendiéndose la borrasca se haga menos intensa y dolorosa? O cerrad enteramente la puerta al daño ó permitidle el remedio: no pongais de tal suerte en lucha al hombre interior con el exterior, al corazon con las obras; ya que de humanos os preciais, procurad que no sea tan cruel vuestra mentida indulgencia.»

Por lo que toca al otro punto de si Dios puede indignarse por los actos interiores de su criatura: Qué? podríamos decir, si relaciones hay entre Dios y el hombre, si el Criador no ha abandonado á su criatura, si la mira todavía como digno objeto de sus cuidados ¿no es claro, no es evidente que el entendimiento y la voluntad, es decir, lo mas precioso que hay en el hombre, lo que le hace capaz de conocer y amar á su Hacedor, lo que le ensalza sobre los brutos, lo que le constituye rey de la creacion, no es aquello, repetiremos, lo que debe suponerse objeto de la solicitud del Supremo Hacedor, y que este

no atiende á los actos exteriores sino en cuanto emanan del santuario de la conciencia donde se complace en ser conocido, amado y adorado? ¿Qué es el hombre si prescindimos de su interior? ¿Qué es la moral si no la aplicamos al entendimiento y á la voluntad? ¿Es fundada, es razonable siquiera, una doctrina que aparentando sobreabundancia de sentimientos de humanidad, y blasonando de dignidad é independencia, mata tan desapiadadamente al hombre en lo que tiene de mas independiente y mas digno?

Persuádase V., mi querido amigo, de que no hay verdad, no hay dignidad en nada de lo que se opone á la religion; que lo que á primera vista parece mas noble y generoso, es en realidad bajo y degradante; y á propósito de sentimientos filantrópicos, guárdese V. de esas inspiraciones repentinas que se le ofrecerán como argumentos decisivos, y que examinados á la luz de la religion y hasta de la sana filosofía, no son mas que raciocinios infundados, ó bien que estribando sobre principios erróneos conducen á establecer el predominio del cuerpo sobre el espíritu, y á desencadenar sobre la tierra las pasiones voluptuosas. Interin vea V. en que puede complacerle este su amigo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XIII.

Mi estimado amigo: Ya veo yo que es empeño inútil el de obligarle á V. á una discusion seguida sobre los dogmas de la religion y los principios en que se fundan, pues que fiel á su sistema de no atenerse á ningun sistema, y guardando inviolablemente la regla de su método, que es no observar ninguno, revolotea como mariposa de flor en flor, de suerte que cuando le creia uno engolfado en alguna cuestion capital y decidido á continuar por largo tiempo el ataque empezado contra un punto de las murallas de la ciudad santa, levanta de improviso los reales, se aposenta en otro campo, y desde allí amenaza abrir nueva brecha esperando que yo acuda á defender el punto atacado, para luego dirigirse á otra parte y fatigarme inútilmente sin obtener el resultado que deseo. Pero digo mal cuando afirmo que me he fatigado inútilmente; porque si bien es verdad que no me ha sido posible hasta ahora apartarle á V. de su error, porque se ha resistido siempre á sujetarse al trabajo de una discusion sostenida con el debido órden y encadenamiento, me lisonjeo no obstante de que

habré logrado desvanecerle á V. algunas preocupaciones, que sin duda le habrian obstruido el paso en el camino de la fe, si es que algun dia ilustrado su entendimiento por inspiraciones superiores, movido su corazon por la gracia del Señor, se resuelve á emprenderle con seriedad, rompiendo las trabas que le detienen, y saliendo del infeliz estado en que se encuentra, y en que espero no le ha de sorprender la hora de la muerte.

Disimulándome V. el preámbulo, que quizás calificará de importuno y que yo considero como importunidad saludable, voy á responder á las dificultades que me propone V. sobre una de las virtudes mas encarecidas por la religion cristiana. Alégrome en gran manera de que hayamos salido de las disputas que eran objeto de la carta anterior; porque si bien versaba sobre asunto muy trascendental y de altísima importancia, la materia era de suyo tan delicada y vidriosa, que es preciso andar siempre midiendo las palabras y en busca de expresiones, que dejando traslucir la verdad cubran con tupido velo cuanto pudiera ofender las buenas costumbres y las delicadas consideraciones debidas al pudor. Al fin la humildad es cosa sobre la cual es lícito hablar sin rodeos, no habiendo el peligro de que una palabra poco mesurada haga salir los colores al rostro.

Algo volteriano está V. cuando habla de la virtud de la humildad, y le aplica irónicamente el dic-

tado de *sublime* que los cristianos nos complacemos en tributarla. Segun parece, se ha formado V. ideas muy equivocadas sobre la naturaleza de dicha virtud, pues que llega á asegurar que por mas que lo desease, le seria imposible el ser humilde á la manera que lo exigen los libros de mística, por la sencilla razon de que no cree permitido el engañarse á sí mismo, y de que aun cuando se esforzase en ello, tampoco le seria dable conseguirlo. Gana de reir me ha dado el que V. se imagine haberme propuesto una dificultad insoluble, con aquello de que no le es posible persuadirse que sea el mas estúpido entre los hombres, pues que está viendo tantos otros que evidentemente no poseen los pocos ó muchos conocimientos que á V. le han proporcionado la educacion y la instruccion, ni tampoco que sea el mas perverso entre los mortales, supuesto que ni roba, ni asesina, ni comete otros actos á que se arrojan algunos de sus semejantes; y que sin embargo, si escuchamos la doctrina de los místicos, esta es la perfeccion de la humildad y á ella llegaron los santos mas distiguidos, mas adelantados en esta virtud. No tengo tampoco inconveniente en que V. no se encuentre de humor para andarse, como dice, por esas calles haciendo del loco con el fin de que los demás le desprecien, y tener así ocasion de ejercer la humildad; pero lo que extraño es que tales argumentos los repute V. por invencibles, y que cante de antemano la victoria, intimándome que

ó es preciso tragar los absurdos que de estas máximas y ejemplos resultan, ó condenar las vidas de grandes santos y echar al fuego las obras de los místicos mas afamados. Paréceme que el dilema no es tan perfecto que no deje salida; antes creo que ni será preciso devorar absurdos, ni tampoco entregarse al repugnante oficio del ama de D. Quijote, y del cura de su lugar.

V. que se precia de caballeroso, creo que no estará reñido con Santa Teresa de Jesus, á quien si reputa por ilusa, al menos no podrá dejar de tributarle el merecido elogio por sus eminentes virtudes, por su alma cándida, su bellísimo corazon, su talento claro y penetrante, y su pluma tan amable como sublime. A esta santa ya sabe V. que algo se le alcanzaba de achaque de virtudes cristianas, y que con lo mucho que habia meditado y leido, y consultado además con hombres sabios, ó como ella dice, grandes letrados, debia de saber en qué consistia la humildad y cómo era entendida, y explicada esta virtud en el seno de la Iglesia Católica. Y ¿cree V. que la Santa pensaba que para ser humilde era preciso comenzar engañándose á sí propia? Apostaria yo que V. no acierta en la definicion que da de la humildad; definicion admirable, y que, preciso me es decirlo, parece excogitada á propósito para contestar á las dificultades de V. Refiere la Santa que no comprendia por qué la humildad era tan agradable á Dios, y que dis-

curriendo un dia sobre este punto alcanzó que era así, porque *la humildad es la verdad.* Ya ve V. que no se trata de engaño, y que tan distante está de obligarnos á él la humildad, que antes bien con ella disipamos el engaño; porque su mérito mas sólido, el título por el cual es agradable á Dios es el ser verdad.

Desenvolveré en pocas palabras esa hermosa sentencia de Santa Teresa de Jesus; y no necesitaré mas que esta luminosa observacion de la Santa para hacerle comprender á V. lo que es la humildad, en sus relaciones con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo.

¿Está en oposicion con la virtud de la humildad el que conozcamos las buenas dotes naturale ó sobrenaturales con que Dios nos ha favorecido? Nó, antes al contrario, revuelva V. todas las obras de los teólogos escolásticos y místicos, y á todos los encontrará de acuerdo en que dicha virtud no se opone á semejante conocimiento. Quien experimenta á cada paso que comprende con mucha facilidad cuanto lee ú oye, que le basta fijar su meditacion sobre las cuestiones mas abstrusas para que se le presenten desde luego claras y despejadas, no hay inconveniente en que se halle interiormente convencido de que Dios le ha dispensado este señalado favor; mas diré, le es imposible dejar de abrigar esta conviccion que tiene por objeto un hecho que está presente á su ánimo y de que le asegura su conciencia propia, como que es una serie de actos

que acompañan de continuo su existencia, que constituyen su vida intelectual, aquella vida íntima de que estamos tan ciertos como de la existencia de nuestro cuerpo. ¿Podrá V. figurarse que Santo Tomás estuviese persuadido de que era tan ignorante como los legos de su convento? San Agustin ¿era posible que creyese conocer tan poco la ciencia de la religion como el último del pueblo á quien la explicaba? San Gerónimo que tan aventajados conocimientos poseia en las lenguas sabias, y en cuanto es menester para interpretar atinadamente la Sagrada Escritura, ¿dirémos que en su interior no estaba penetrado de que poseia mas que medianamente el griego y el hebreo, y de que sus investigaciones con que se remontaba hasta las fuentes de la erudicio habian sido del todo infructuosas? Nó; no dicen los cristianos tales disparates. Una virtud tan sólida, tan hermosa, tan agradable á los ojos de Dios, no puede exigir de nosotros tamañas extravagancias; no puede exigir que cerremos los ojos para no ver lo que es mas claro que la luz del dia.

Bien entendida la humildad, trae consigo el claro conocimiento de lo que somos, sin añadir ni quitar nada; quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así, pero debe al propio tiempo confesar que la ha recibido de Dios, y que á Dios se debe el honor y la gloria. Debe reconocer tambien que esta sabiduría, si bien levanta mucho mas su entendimiento que el de

los ignorantes, ó de los menos sabios que él, le deja sin embargo muy inferior á los demás sabios que se le aventajan en extension y profundidad. Debe al propio tiempo considerar que esta sabiduría no le da derecho para despreciar á nadie, pues que teniéndola por especial beneficio de Dios, de la misma manera la hubieran poseido los otros si el Criador se hubiese dignado otorgársela. Debe considerar que este privilegio no le exime de las flaquezas y miserias á que está sometida la humanidad, y que cuanto mas sean los favores con que Dios le haya distinguido, cuanto mas claro sea el entendimiento para conocer el bien y el mal, tanta mas estrecha cuenta deberá dar á Dios que de tal suerte le ha hecho objeto de su bondadosa munificencia. Quien tenga virtudes no hay inconveniente en que lo reconozca así, confesando al propio tiempo que son debidas á particular gracia del cielo; que si no comete las maldades á que se arrojan otros hombres es porque Dios le tiene de su mano; que si hace el bien y evita el mal por medio de la gracia, esta gracia le ha sido concedida por Dios; que si por su misma índole está inclinado á ciertos actos virtuosos, causándole horror los vicios opuestos, esa índole le ha venido tambien de Dios; en una palabra, tiene motivo para estar contento, mas nó para engreirse, supuesto que seria injusto atribuyéndose lo que no le pertenece y defraudando á Dios la gloria que le corresponde.

Oiga V. sobre este particular al gran Santo, al hombre que tan alto se levantó en todas las virtudes cristianas, especialmente en la de la humildad: á San Francisco de Sales; y vea V. como no solo conviene en que es lícito reconocer los bienes que nosotros tenemos, sino tambien en que es permitido y muchas veces saludable, el fijar sobre ellos la atencion, el pararse detenidamente á considerarlos.

«Pero tú desearás, Filotea, que te conduzca mas adelante en la humildad; porque lo que de ella hasta aquí he tratado, mas parece sabiduría que humildad. Paso pues adelante: muchos no quieren ni se atreven á pensar y considerar en particular las gracias y mercedes que Dios les ha hecho, temerosos de dar en la vanagloria y complacencia, en lo cual ciertamente se engañan: porque como dice el grande Doctor Angélico, el verdadero medio de llegar al amor de Dios es la consideracion de sus beneficios, porque cuanto mas los conociéremos, tanto mas le amaremos; y como los beneficios particulares mueven mas particularmente que los comunes, así tambien deben ser considerados mas atentamente. Es cierto que nada nos puede humillar tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus beneficios: ni nada nos puede humillar tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos lo que ha hecho por nosotros, y lo que nosotros hemos hecho contra él, y como consideramos por menudo

nuestros pecados; consideremos así por menudo sus gracias. No hay que temer que el conocimiento de lo que ha puesto en nosotros nos desvanezca, con tal que atendamos á esta verdad, que cuanto hay bueno en nosotros, no es nuestro. ¿Los mulos, dime, dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de muebles preciosos y olores de príncipes? ¿Qué tenemos nosotros bueno, que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido ¿por qué nos queremos ensoberbecer? (1. Ad. Cor. 4, 7.) Al contrario, la viva consideracion de las mercedes recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo los beneficios que Dios nos ha hecho nos llegase á inquietar cualquiera suerte de vanidad, el remedio infalible será recurrir á la consideracion de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que hacíamos cuando Dios no estaba con nosotros, conoceremos que lo que hacemos cuando nos acompaña no es de nuestra industria ni de nuestra cosecha. Alegrarémonos verdaderamente y regocijarémonos porque tenemos algun bien; pero glorificaremos solo á Dios, como autor de él. Así la Santísima Vírgen confesó que Dios obró en ella cosas grandes; pero esto fue por humillarse y engrandecer á Dios: «Mi alma, dice, engrandece al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes.» (Luc. 1, 46, 49.) (San Francisco de Sales introduccion á la vida devota, parte 3.ª cap. 5.°)

No cabe testimonio mas concluyente en favor de la doctrina que andaba exponiendo; ya ve V. que no se trata de engañarse á sí mismo, sino de conocer las cosas tales como son en sí. «Entonces, me objetará V., ¿cómo es que los grandes santos digan á boca llena que son los mayores pecadores del mundo, que son indignos de que la tierra los sostenga, que son los mas ingratos entre los hombres?» Entienda V. el verdadero sentido de estas palabras; advierta que andan acompañadas de un sentimiento de profunda compuncion; que son pronunciadas en momentos en que el espíritu se anonada en presencia del Criador; y echará V. de ver que son susceptibles de interpretacion muy razonable. Aclarémoslo con un ejemplo. Cuando Santa Teresa de Jesus decia que era la mayor pecadora de la tierra ¿deberemos pensar que ella creyese ser culpable de los delitos de las mujeres mas perdidas, cuando le constaba muy bien la pureza de su cuerpo y alma, cuando sabia los inefables beneficios con que el Señor la estaba favoreciendo? Claro es que nó. Mas diré. ¿Debemos suponer que se creyese con un solo pecado mortal en la conciencia? Es cierto que nó, pues de lo contrario no se hubiera atrevido á recibir el augusto Sacramento del Altar, que sin embargo recibia con tanta frecuencia y con tales éxtasis de gratitud y de amor. Ahora bien: la Santa no ignoraba que en el mundo habia muchas personas culpables de pecados graves y gravísimos á los

ojos de Dios, ella era la primera en deplorarlo y en rogar al cielo que se dignase mirar á aquellos desgraciados con ojos de misericordia; luego cuando aseguraba que era la muger mas pecadora de la tierra no podia entenderlo en un sentido riguroso tal como V. parece quererlo interpretar. ¿Qué significaba, pues? hélo aquí muy sencillamente. Asistamos á una de las escenas que se representaban en su espíritu, y comprenderemos perfectamente el sentido de las palabras que son para V. piedra de escándalo. Puesta en presencia de Dios con fe viva, con caridad ardiente, con el corazon contrito y humillado, examinaria los recónditos pliegues de su corazon y observaria de vez en cuando algunas ligeras imperfecciones que no habian sido consumidas todavía por el fuego del divino amor; recordaria tambien los tiempos pasados en los que, no obstante de ser ya muy virtuosa, no habia entrado de lleno en el camino sublime que la condujo á la altura de santidad que hacia de ella un ángel sobre la tierra. Se ofrecerian á su memoria las faltas leves en que habia incurrido, la poca prontitud en seguir las inspiraciones del cielo, y comparado todo con los beneficios naturales y sobrenaturales de que el Señor la habia llenado, y medido todo con su viva fe, con su inflamada caridad, con aquella íntima presencia de Dios que la tenia fuera de esta vida mortal, y la hacia morar en regiones superiores, veria en toda su negrura, la fealdad del pecado aun ve-

nial, consideraria la ingratitud de que se hiciera culpable no prestándose desde luego con mucho mas ardor del que lo hiciera, á los llamamientos del Señor; y entonces puesta en parangon la santidad de su alma con la santidad divina, su ingratitud con los beneficios de Dios, su amor con el amor que Dios le manifestaba, se anonadaria en presencia del Altísimo, perderia de vista el bien que en sí tenia, y fijos únicamente los ojos en su debilidad y miseria, exclamaria que era la mas pecadora entre las mujeres, que era la mas ingrata entre todas las criaturas. ¿Qué encuentra V. aquí de irracional y de falso? ¿Se atreverá V. á condenar la expansion de un corazon humilde que anonadado en presencia del Señor reconoce sus defectos, y considerándolos con toda viveza, exclama, que son los mayores pecados del mundo? ¿No ve V. aquí mas bien la expresion de una caridad ardiente, que palabras de engaño?

Si quisiera valerme de un lenguaje afilosofado, le diria á V. que la humildad cristiana es lo mas á propósito para formar verdaderos filósofos; si es que la verdadera filosofía ha de consistir en hacernos ver las cosas tales como son en sí, sin añadir ni quitar nada. La humildad no nos apoca, porque no nos prohibe el conocimiento de las buenas dotes que poseamos; solo nos obliga á recordar que las hemos recibido de Dios, y este recuerdo lejos de abatir nuestro espíritu lo alienta, lejos de debilitar nuestras fuerzas las robus-

tece, porque teniendo presente cuál es el manantial de donde nos ha venido el bien, sabemos que recurriendo á la misma fuente con viva fe y rectitud de intencion, manarán de nuevo copiosos raudales para satisfacernos en todo lo que necesitemos. La humildad nos hace conocer el bien que poseemos, pero no nos deja olvidar nuestros males, nuestras flaquezas y miserias; nos permite conocer el grandor, la dignidad de nuestra naturaleza y los favores de la gracia, pero no consiente que exageremos nada, no consiente que nos atribuyamos lo que no tenemos, ó que teniéndolo nos olvidemos de quien lo hemos recibido. La humildad, pues, con respecto á Dios nos inspira el reconocimiento y la gratitud, nos hace sentir nuestra pequeñez en presencia del Ser infinito.

Con respecto á nuestros prójimos, la humildad no nos permite exaltarnos sobre ellos exigiendo preeminencias que no nos corresponden; nos hace afables en el trato, porque dándonos á conocer nuestras flaquezas nos vuelve compasivos con las que sufren los demás, y conservando nuestro corazon exento de envidia que siempre acompaña á la soberbia, hace que respetemos el mérito donde quiera que se halle, y que lo reconozcamos francamente, tributándole el debido homenaje, sin el mezquino temor de que pueda salir perjudicada nuestra gloria.

Ya que acabo de pronunciar la palabra *gloria*,

desearia saber si V. lleva tambien á mal que la humildad no nos permita saborearnos en las alabanzas de los hombres, y nos inspire sentimientos superiores á ese humo que desvanece tantas cabezas. Si así fuere, como no lo dudo, me bastará una reflexion para convencerle á V. de su error. ¿Le parece á V. bueno todo lo que hace al hombre mas grande? Creo que no tendrá reparo en decirme que sí. Pues bien, el mismo mundo mira como un héroe á aquel que haciendo acciones dignas de alabanza, no se para en ella, la menosprecia, y al sentir el fragante aroma pasa sin detenerse, con la cabeza llena de pensamientos elevados, con el corazon henchido de sentimientos generosos: el mundo, pues, hace justicia á los despreciadores de la vanidad humana, es decir á los que practican actos de verdadera humildad: no quiera V. ser menos justo que el mundo. ¿Desea V. una contraprueba de lo que acabo de decir? Héla aquí: los que no son humildes buscan la alabanza; y ¿sabe V. lo que se adquieren, tan pronto como se trasluce su afan? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien á los ojos del mundo, si no somos humildes en realidad, lo aparentamos; porque en lo exterior damos á entender que no hacemos caso de la alabanza; y si se nos tributa, la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea V., mi estimado amigo, cuán sabia, cuán noble, cuán sublime es la religion cristiana, pues en la virtud que tanto abatimiento parece traer consigo, está

encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres: estos la ofrecen gustosos á quien la merece y no la busca; pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas, que la misma soberbia para saciar su sed de gloria, se ve precisada á negarse á sí misma, á cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: «Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado.»

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará V. bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religion cristiana, no necesita V. ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado á presidio ó al cadalso, ni tampoco que no tiene mas conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrar. Si alguna vez encuentra V. en las vidas de los santos algun hecho que no pueda V. explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde V. que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son mas bien para admiradas que para imitadas; y además, no quiera V. juzgar por mundanas consideraciones, lo que marcha por caminos desconocidos al comun de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia; y que Vds. los filósofos apellidaran exaltacion y exageracion del sentimien-

to religioso. Entre tanto espera ocasiones de complacerle á V. este su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XIV.

Mi estimado amigo: Casi me inclinaria á creer que empieza V. á no encontrarse muy bien en su escepticismo religioso, pues que al parecer se avergüenza de él, no queriendo confesar que se halla en esta parte en situacion muy diferente de la de muchos otros, á quienes V. con buena intencion sin duda, pero con mucha injusticia, les achaca las mismas ideas. No podia yo figurarme que le causase á V. tanta novedad la conducta de muchos cristianos, hasta el punto de llegar á suponer que ó fingen hipócritamente estar adheridos á la religion, ó cuando menos la profesan sin entender de ella una palabra. Dice V. que no alcanza á comprender cómo es posible que enseñando la religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas, ó las contrarien con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo uso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un S. Gerónimo, de un S. Benito, de un S. Pedro de Alcántara,

de un S. Juan de la Cruz, es decir, hombres penetrados profundamente de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios y á la salvacion de sus almas y de las de sus prójimos; pero que no comprende en primer lugar la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprende la religion de otros que sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni aun de aquellos que practicando la virtud lo hacen con cierta tibieza, no mostrándose continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una dicha sin fin ó condenados para siempre á horribles suplicios. Segun parece, esto le escandaliza á V. y hasta puede contribuir á mantenerle separado de la religion; pues que si nos atenemos á este modo de mirar las cosas, no hay medio entre ser escéptico ó anacoreta.

En primer lugar, se me ocurre una reflexion que no quiero dejar de consignar aquí, y es: la variedad y contradiccion de los argumentos con que es atacada la religion, y lo descontentadizos que con ella se muestran los escépticos é indife-

rentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota, que pasa los dias en la oracion y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseida de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se apartan jamás de su mente, Dios y la eternidad? entonces se dice que la religion es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoge el corazon, que hace á los hombres misántropos, que los inutiliza, y que por tanto solo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces á dar consejos de prudencia, recordando que si se procurase presentar la religion bajo un aspecto jovial y afable, no se apartarian de ella tantos hombres que si bien se sienten inclinados á seguirla, no pueden consentir á tornarse tristes, taciturnos, andándose cabizbajos y cuellituertos, por esas calles é iglesias; y héte ahí que si hay otros hombres que á pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fe y quizás muy dedicados á la práctica de virtudes austeras, se muestran no obstante con rostro sereno y apacible, conversacion alegre y festiva, no dejando entrever que se agite en su mente el formidable pensamiento del infierno, entonces se objeta lo extraño, lo inconcebible de semejante proceder, y se echa de menos la conducta de aquellos otros que poco antes eran blanco de reprension y tal

vez de desprecio y burla. De suerte que si la religion llora, se quejan VV. de que llora; si rie, de que rie; y si se mantiene sosegada y calmosa la acusan de indiferente. Bueno es hacer notar semejantes contradicciones que dejan en evidencia la sinrazon de los que caen en ellas, ya sea por haber meditado poco sobre los objetos de que hablan, ya por dejarse arrastrar del prurito de hacer cargos á la religion, echando mano de todo linaje de argumentos.

Pero vamos derechamente al punto capital de la dificultad, y veamos si es posible contestar satisfactoriamente á las objeciones de V. ¿Cómo es posible que un hombre religioso sea vicioso? esta es si no me engaño la principal dificultad que V. presenta, y me ha de permitir V. que le diga con toda ingenuidad, que muestra muy escaso conocimiento del corazon humano quien propone seriamente una objecion semejante. La vida entera de la mayor parte de los hombres es un tejido de esas contradicciones que V. no alcanza á explicarse; si debiéramos dar alguna importancia á dicha objecion, nada menos resultaria sino exigir que todos los hombres arreglasen su conducta á sus ideas, y que quien abrigase una conviccion, obrara siempre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo, y dónde ha existido un proceder semejante? ¿no estamos viendo todos los dias que aun prescindiendo de las ideas religiosas, se verifica aquello de conocer el hombre el bien, de aprobarle, y sin embargo ejecu-

tar el mal? *Video meliora, proboque, deteriora sequor*. Veo lo mejor, me gusta; pero sigo lo peor. No hago el bien que quiero sino el mal que aborrezco. *Non quod volo bonum hoc ago, sed quod odi malum illud facio*. Hablamos con un jugador y la conversacion llega á girar sobre el vicio que le domina; un predicador en el púlpito no se expresará con mas energía contra los males acarreados por el juego. « ¡ Qué pasion mas funesta ! le oiréis decir, siempre inquietud, siempre desasosiego y turbacion, siempre incertidumbre y zozobra; ahora nadando en la abundancia, no sabiendo qué hacerse del oro, un momento despues todo se ha perdido, es preciso pedir prestado á los amigos, ó empeñar una finca, ó enagenar una prenda, ó excogitar algun expediente desastroso para proporcionarse siquiera una pequeña cantidad con que probar fortuna de nuevo. Si perdeis, os hallais en la desesperacion; si ganais, os veis forzado á presenciar la desesperacion de los otros, á sufocar tal vez los sentimientos de compasion que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algazara. ¡ Qué momentos mas crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habeis labrado quizás el infortunio de vuestra familia ó de la de vuestros amigos, al pensar que ibais con la esperanza de mejorar vuestra posicion, y tal vez de rico que erais habeis pasado á la mas estrecha pobreza.! No es posible concebir cómo hay hombres que se aban-

donen á ese vicio detestable: el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusion á pesar de estar convencido de que es ilusion y no mas, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un jóven, en el acto de salir de la casa de sus padres, un desliz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia, el vicio carece de excusa.» ¿Ha oido V., mi querido amigo, á ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? pues vea V., apenas ha concluido su santa plática, quizás mientras está perorando, saca inquietamente su reloj ó pregunta á los circunstantes qué hora tienen, y ¿sabe V. para qué? es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando, y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia, y maldiciendo al perezoso y tardío; y su pobre corazon salta de gozo al pensar que en breves instantes va á comenzar la tarea, y los montones de dinero irán girando rápidamente en derredor; ahora en frente de uno de los actores, luego de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la funcion, quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descalabros de ayer. Por lo menos, él así lo espera; y tan pronto como ha puesto fin al sermon, se levanta, toma el sombrero y echa á correr rabiando

por la poca puntualidad. ¿Qué le parece á V. de semejante contradiccion? Oh! se me replicará, este hombre era un hipócrita, decia lo que no pensaba!» Es falso, hablaba con la conviccion mas profunda; y los circunstantes si no eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que él sentia lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona cualquiera por la cual se interese: él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas las veras de su corazon; si tiene autoridad para ello se lo prohibirá severamente; cuando nó, se lo rogará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor: «creed á un hombre experimentado; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio ¡ay de mí! y siempre temo que me llevará á la perdicion.» El desgraciado no deja de conocer el mal que se hace á sí propio, no deja de conocer su temeridad, su locura; se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio, como en los de furor y desesperacion; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinacion arraigada y acrecentada con el hábito, para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones mas profundas.

Quiere V. otro ejemplo? fácil seria amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputacion sin tacha, que

disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que pueda desear; su instruccion, su moralidad y hasta su misma educacion culta y esmerada, le hacen contemplar con lástima los extravíos de otros; no concibe cómo consienten en sacrificar sus bienes á una pasion liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuantos los conocen; sin embargo trascurrido algun tiempo, una ocasion, un trato frecuente le ha enredado á él mismo en una amistad peligrosa: la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todo lo está sacrificando á su ídolo; ¿ha perdido por esto sus antiguas convicciones? ¿la variacion de conducta es efecto de un cambio de ideas? nada de eso; piensa como antes, no se ha desviado un ápice de sus convicciones primitivas, solo las ha puesto á un lado. A los parientes, á los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que él mismo dirigia á los demás, que le excitan á que tome los consejos que él poco antes diera á los otros, á todos contesta: «sí, cierto, tiene V. razon, ya, con el tiempo........ pero.......»

Es decir que no hay falta de luz en el entendimiento sino extravío en el corazon; está seguro que la dorada copa contiene veneno, pero en su ardor febril se la acerca á sus labios, con el riesgo, con la certeza de perecer.

Recorra V. todos los vicios, fije su atencion

sobre todas las pasiones, y echará V. de ver esta contradiccion de que voy hablando. Son pocos, poquísimos los hombres que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrean con su propia conducta, y sin embargo ¡cuán difícil es la enmienda! De donde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religion, obre contra lo que ella prescribe, y no es prueba de que no crea lo que dice el no ponerlo él mismo en práctica.

Si V. hubiese leido obras de moral y de mística, ó conversado con hombres experimentados en la direccion de las conciencias, sabria la triste y angustiosa situacion en que se encuentran á menudo muchas almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar á esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno castigo á que se hacen acreedores, que á fuerza de consejos, de amonestaciones, de remedios y precauciones de todas clases, llegan quizás á resistir por algun tiempo á su funesta inclinacion, y sin embargo reinciden y vuelven á los pies del confesor y al cabo de algun tiempo tornan á reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que mas fortalecidos por la gracia alcanzan á mantenerse firmes, disfrutando así una vida sosegada y tranquila.

Si no es imposible, antes sucede con mucha

frecuencia, que quien profesa una religion pura y severa, viva en la relajacion, no es tampoco incomprensible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten no obstante con cierta tibieza y frialdad, á pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidadas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante, que seria enojosa tarea enumerarlas. Baste decir, que inconsecuencias y contradicciones se hallan á cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes que por lo comun olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad no obstante sufre tambien á menudo la tiranía de las pasiones que le arrastran por caminos de perdicion, aun conociéndolo él mismo. Los ejemplos aducidos y las consideraciones que los ilustran, creo que serán suficientes para dejarle á V. convencido de cuán infundadamente atacaba V. la religion, y que si semejante discurso tuviese alguna fuerza probaria que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respecto á lo que conviene á su salud, á sus intereses y honor, porque les perjudican á cada paso con sus actos; que el que come con exceso no conoce que le ha de dañar, que quien bebe con destemplanza no sospecha que el vino sea capaz de embriagar, y así raciocinando por el mismo tenor, seria

preciso afirmar en general que los hombres están faltos de muchos conocimientos, que poseen sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que le afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interés ó el gusto del momento con la felicidad venidera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, sin suponerle mas ignorante de lo que es en realidad.

Otra equivocacion de mucha trascendeucia padece V. sobre el particular, y es, el que segun indica en su apreciada, opina que la religion produce muy poco efecto en la conducta de los hombres; pues que tanto los creyentes como los incrédulos, suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer despues de la muerte. «Los hombres, dice V., cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones ó caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra, viven tan distraidos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir despues, que por lo tocante á la moralidad con respecto al mayor número, podria decirse que el efecto de la religion es poco menos que nulo.» Para dejarle á V. convencido de cuán falso es el hecho que V. asienta con tanta seguridad, basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagacion del cristianismo; pues que este solo recuerdo pone fuera de duda que la enseñanza de la religion no es inútil para modificar la conducta de los

hombres, y que antes al contrario, es muy eficaz y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. Tambien ahora como entonces, cuidan los hombres de sus negocios, y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraidos y disipados; pero ¡ qué diferencia entre las costumbres antiguas y las modernas! Si lo consintiesen los límites de una carta, podria aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer, manifestando con cuánta verdad se ha dicho que se cometian entonces mas delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde V. las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertian con una serenidad para nosotros inconcebible, y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde V. los vicios nefandos tan generales á la sazon y que entre nosotros están cubiertos de baldon y de infamia: recuerde V. lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religion cristiana; y entonces echará V. de ver cuántos son los beneficios que ha dispensado al mundo el cristiano en lo tocante á la mejora de las costumbres; entonces comprenderá V. cuán errado es el decir que la religion influye poco en la conducta de los hombres.

Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institucion, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo

de otros que podríamos llamar negativos, y que sin embargo no son menos reales, menos importantes que aquellos. Atendemos al bien que hace y nó al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella, no deberíamos pararnos menos en lo último que en lo primero.

Como la ausencia de un mal, que sin aquella institucion hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio; es preciso agradecer á ella el haberle evitado, y contar este efecto como la produccion de un bien. Para hacer debidamente este cálculo conviene suponer que la institucion no exista y ver lo que en tal caso sucederia. Así, á quien negase la utilidad de los tribunales de justicia, ó pretendiese rebajar su importancia, no habria otro método mas á propósito para convencerle, que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se le podria decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan; y que el ratero, el ladron, el asesino, el falsario, el incendiario y toda la ralea de malvados, no tienen que temer otra cosa sino la resistencia ó la venganza de sus víctimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un caos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho mas en su carrera de iniquidad, multiplicándose el número de ellos de una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? ciertamente los tribunales; y el evitar este mal, es sin duda producir un gran bien.

Suponga V. pues, que la religion no existe,

que no se nos da desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes. ¿qué sucederia? todos seríamos profundamente inmorales; y así el individuo como la sociedad caminarian rápidamente hácia la degradacion mas abyecta. Y sin embargo ateniéndonos al argumento de V., se podria objetar: ya que cuidamos de nuestros negocios, y vivimos distraidos pensando poco ó nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios; ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruidos en estos puntos, el haber recibido una educacion en que se nos inculcaban de continuo dichas verdades? Ya ve V. que presentada la cuestion bajo este aspecto, no es posible sostener la solucion que V. pretende darle, y claro es que si este método de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

¿Quién le ha dicho á V. que ese hombre tan distraido, tan disipado, no piensa en la religion que profesa? ¿cree V. que le ha de estar revelando de continuo, lo que pasa en lo íntimo de su corazon, cuando tiene á la vista un cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar á su deber? ¿cree V. que le ha de estar narrando cuántas veces las ideas religiosas le han retraido de cometer un mal, ó han hecho que le cometiera mucho menor?

Una prueba evidente de los muchos defectos que producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas y de lo presentes que están en

su memoria, aun cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrecen, tan luego como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliegan en un mismo momento el instinto de la conservacion y el sentimiento religioso.

¿Cómo obra el instinto de la conservacion sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incesantemente de conservarnos sin pensar en ello; hacemos de continuo actos que tienden á este fin, y sin embargo no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente á sus ojos; no lo mira, pero lo ve; lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razon, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de continuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia en todos nuestros actos. Ocurre una mentira y la conciencia dice: esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba á ser pronunciada es detenida por ese sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentacion de rebajar su mérito, ó revelar una de sus faltas, ó quizás de calumniarla; y la conciencia dice: esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el

honor pueda correr ningun peligro, y sin embargo no se defrauda; ¿quién lo impide? la voz de la conciencia. Hay la tentacion de abusar de la confianza de un amigo haciendo traicion á sus secretos, y esplotándolos en provecho propio, y sin embargo la traicion no se consuma, aun cuando el amigo víctima de ella no pudiese ni siquiera sospecharla; ¿quién lo impide? la conciencia. Estas aplicaciones que podrian extenderse indefinidamente, muestran bien á las claras que el hombre sin advertirlo, obedece muchísimas veces al grito de la conciencia, y que aun cuando no piensa, ó no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo esas ideas y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

Si esto se verifica aun tratándose de los mismos incrédulos, ¿qué sucederá con respecto á los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fe en verdades grandes y terribles, que el cielo, el infierno, la eternidad solo se ofrecen á su mente como ideas abstractas, sin relacion alguna con la práctica; pero ellos saben muy bien que la eternidad, y el cielo y el infierno se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitacion; ellos saben que despues de

haberse abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan atrozmente y que los hacen arrepentir de haberse desviado del sendero de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religion; si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras ó disfruta el galardon de las buenas. Esta pena ó este premio, los siente en lo íntimo de su conciencia; y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso ó padecido en otro, contribuye á menudo á que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

No dudo que con estas reflexiones se quedará V. convencido de que es un error contrario á la razon, á la historia y á la experiencia, lo que V. afirma de que la religion influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan no siempre se portan como debieran, es cierto que encontrará V. hombres que tienen fe, y sin embargo son muy malos; pero no es menos cierto que en general, la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido V. que no profesando ninguna religion observen una conducta de todo punto irreprensible? Y cuando esto digo no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natural, el temor de la justicia, y el deseo de conservar la reputacion: no hablo de cierta inmoralidad as-

querosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro, y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educacion; hablo de aquella moralidad severa que rige todos los actos de la vida de un hombre, y no le permite desviarse del camino del deber, aun cuando en ello no se interesen, ni la honra, ni los miramientos de sociedad, ni se opongan otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conoce á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad y hasta observan una conducta, que si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy lejos de la disipacion y quizás de la liviandad; será posible que V. conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta; será posible que por educacion, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber cuando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulsa en sentido contrario; pero no ponga V. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

A ese que no cree en nada, ni aun en Dios, y á quien supone V. tan probo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á la miseria, figúreselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien;

¿qué hará? V. podrá creer lo que quiera; yo por mi parte no le fiaria mi dinero; y me atreveria á aconsejar á V. que tampoco le fiara el suyo.

V., mi apreciado amigo, hallándose en una posicion ventajosa, y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esa honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; fáltanle todavía algunos desengaños que recogerá V. muy en breve, cuando rasgándose ese velo tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios, y vea la complicacion de circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustiosas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroismo. Entonces comprenderá V. la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo mas que consideraciones puramente terrenas. Entre tanto queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XV.

Mi estimado amigo: la dificultad que V. me propone en su última apreciada, aunque no es tan fuerte como V. se figura, confieso que considerada superficialmente, es bastante especiosa. Tiene además una circunstancia particular, y es que se funda al parecer, en un principio de justicia. Esto la hace mucho mas peligrosa: porque el hombre tiene tan profundamente grabados en su alma los principios y sentimientos de justicia, que cuando puede apoyarse en ellos, se crée autorizado para atacarlo todo.

Desde luego convengo con V. en que la justicia y la religion no pueden ser enemigas; y que una creencia, fuera la que fuese, que se hallase en oposicion con los eternos principios de justicia, debiera ser desechada por falsa. Admitida una de las bases, sobre que V. levanta la dificultad, no puedo admitir la fuerza de la dificultad misma, por la sencilla razon de que estriba además en suposiciones completamente gratúitas. No sé en qué catecismo habrá V. leido que el dogma católico enseñe que los niños muertos sin bautismo son atormentados para siempre con el

fuego del infierno ; por mi parte confieso francamente, que no tenia noticia de la existencia de tal dogma, y que por lo mismo no me habia podido causar el horror que V. experimenta. Esto me hace suponer que se halla V. como tantos otros, en la mayor confusion de ideas sobre esta importante y delicada materia, y me indica la necesidad de aclarárselas algun tanto, de la manera que me lo consiente la ligereza de discutir, á que me condena la incesante movilidad de mi adversario.

Es absolutamente falso que la Iglesia enseñe como dogma de fe que los niños muertos sin bautismo sean castigados con el suplicio del fuego, ni con ninguna otra pena llamada de sentido. Basta abrir las obras de los teólogos, para ver reconocido por todos ellos, que no es dogma de fe la pena de sentido aplicada á los niños ; y que antes por el contrario, sostienen en su inmensa mayoría, la opinion opuesta. Fácil me seria aducir innumerables textos para probar esta aseveracion ; pero lo juzgo inútil, porque puede V. asegurarse de la verdad de este hecho empleando un rato en recorrer los índices de las principales obras teológicas, y ver las opiniones que allí se consignan.

No ignoro que ha habido algunos autores respetables que han opinado en favor de la pena de sentido; pero repito que estos son en número muy escaso, que está contra ellos la inmensa mayoría; y sobre todo insisto en que la opinion de

aquellos autores no es un dogma de la Iglesia, y por consiguiente rechazo las inculpaciones que con este motivo se dirigen contra la fe católica. Por sabio, por santo que sea un doctor de la Iglesia, su opinion no es autoridad bastante para fundar un dogma: de la doctrina de un autor á la enseñanza de la Iglesia, va la misma distancia que de la doctrina de un hombre á la enseñanza de Dios.

Para los católicos la autoridad de la Iglesia es infalible porque tiene asegurada la asistencia del Espíritu Santo: á esta autoridad recurrimos en todas nuestras dudas y dificultades, en lo cual se cifra la principal diferencia entre nosotros y los protestantes. Ellos apelan al espíritu privado, que al fin viene á parar á las cavilaciones de la flaca razon, ó á las sugestiones del orgullo; nosotros apelamos al Espíritu Divino, manifestado por el conducto establecido por el mismo Dios, que es la autoridad de la Iglesia.

Me preguntará V. cuál es el destino de estos niños privados de la gloria, y no castigados con pena de sentido; y hallará quizás que la dificultad renace, aunque bajo forma menos terrible, por el mero hecho de no otorgarles la eterna bienaventuranza. A primera vista parece una cosa muy dura que los niños, incapaces como son de pecado actual, hayan de ser excluidos de la gloria, por no habérseles borrado el original, con las aguas regeneradoras del bautismo; pero profundizando la cuestion se descubre que no

hay en esto injusticia ni dureza, y sí únicamente el resultado de un órden de cosas que Dios ha podido establecer, y del cual nadie tiene derecho á quejarse.

La felicidad eterna que, segun el dogma católico, consiste en la vision intuitiva de Dios, no es natural al hombre, ni á ninguna criatura. Es un estado sobrenatural al que no podemos llegar, sino con auxilios sobrenaturales. Dios, sin ser injusto ni duro, podia no haber elevado á ninguna criatura á la vision beatífica, y establecer premios de un órden puramente natural, ya en esta vida, ya en la otra. De donde resulta que el estar privadas de la vision beatífica un cierto número de criaturas, no arguye injusticia ni dureza en los decretos de Dios; supuesto que se habria podido verificar lo mismo con todos los seres criados; y hasta se debiera haber verificado, si la infinita bondad del Criador no los hubiese querido levantar á un estado superior á la naturaleza de los mismos.

Ya estoy previendo que se me hará la réplica de que la situacion de las cosas es ahora muy diferente; y que si bien es verdad que la privacion de la vision beatífica no habria sido una pena para las criaturas que no hubiesen tenido noticia de ella, lo es ahora y muy dolorosa, para los que se ven excluidos de la misma. Convengo en que esta privacion es una pena del pecado original; pero nó en que sea tan dolorosa como se quiere suponer. Para afirmar esto último seria preciso

determinar hasta qué punto conocen la privacion los mismos que la padecen, y saber la disposicion en que se encuentran, para lamentar la pérdida de un bien, que con el bautismo hubieran podido conseguir.

Santo Tomás observa con mucha oportunidad, que hay gran diferencia entre el efecto que debe producir en los niños la falta de la vision beatífica, y el que causa á los condenados. En estos hubo libre albedrío con el cual, ayudados de la gracia, pudieron merecer la gloria eterna; aquellos se hallaron fuera de esta vida, antes del uso de la razon; á estos les fué posible alcanzar aquello de que se encuentran privados, nó así á los primeros, que sin el concurso de su libertad, se vieron trasladados á otro mundo en el cual no hay los medios para merecer la eterna bienaventuranza. Los niños muertos sin bautismo se hallan en un caso semejante á los que nacen en una condicion inferior, en la cual no les es posible gozar de ciertas ventajas sociales de que disfrutan otros mas afortunados. Esta diferencia no los aflige, y se resignan sin dificultad al estado que les ha cabido en suerte.

Tocante al conocimiento que tienen de su situacion los niños no bautizados, es probable que ni siquiera conocen que haya tal vision beatífica; así no pueden afligirse por no poseerla. Esta es la opinion de Santo Tomás, quien afirma que estos niños tienen noticia de la felicidad en general, pero nó en especial; y por tanto no se

duelen de haberla perdido: «cognoscunt quidem *beatitudinem in generali*, secundum communem rationem, non autem *in speciali*, ideo de ejus amissione non dolent.»

El estar separados para siempre de Dios parece que ha de ser una afliccion muy grande para estos niños; porque no pudiéndolos suponer privados de todo conocimiento de su Autor, han de tener un vivo deseo de verle, y han de sentir una pena profunda al hallarse faltos de dicho bien por toda la eternidad. Este argumento supone el mismo hecho que se ha negado mas arriba, á saber, que los niños tienen conocimiento del órden sobrenatural. Santo Tomás lo niega redondamente: y dice que están separados de Dios perpetuamente por la pérdida de la gloria que ignoran, pero nó en cuanto á la participacion de los bienes naturales que conocen; «pueri in originali peccato decedentes sunt quidem separati à Deo perpetuò, quantum ad amissionem gloriæ quam ignorant; non tamen quantum ad participationem *naturalium bonorum*, quæ cognoscunt.»

Algunos teólogos, entre los que se cuenta Ambrosio Catarino, han llegado á defender que estos niños tienen una especie de bienaventuranza natural, la que no explican en qué consiste, por la sencilla razon de que en estas materias solo se puede discurrir por conjeturas. Sin embargo, no dejaré de observar que esta doctrina no ha sido condenada por la Iglesia; siendo notable que el mismo Santo Tomás, tan me-

surado en todas sus palabras, no deja de decir que estos niños se unen á Dios por la participacion de los bienes naturales, y así podrán alegrarse tambien de los mismos con conocimiento y amor natural: «sibi (Deo) conjungentur per participationem, naturalium bonorum; et ita etiam de ipso *gaudere* poterunt *naturali cognitione*, et *dilectione*» (2. D. 33. Q. 2, ar. 2 ad. 5).

Ya ve V. que la cosa no es tan horrible como V. se figuraba; y que no se complace la Iglesia en pintarnos entregados á espantosos tormentos los niños que han tenido la desgracia de no recibir el bautismo. La pena que padecen estos niños la compara muy oportunamente Santo Tomás á la que sufren los que estando ausentes, son despojados de sus bienes, pero ignorándolo ellos. Con esta explicacion se concilia la realidad de la pena con la ninguna afliccion del que la padece; y hénos aquí conducidos á un punto en que permanece salvo el dogma del pecado original y el de la pena que le sigue, sin vernos precisados á imaginarnos un número inmenso de niños atormentados por toda la eternidad, cuando por su parte no han podido ejercer ningun acto por el cual lo merecieran.

Hasta aquí me he ceñido á la defensa del dogma católico, y á la exposicion de las doctrinas de los teólogos; y creo haber manifestado que limitándose aquel á la simple privacion de la vision beatífica, por efecto del pecado original no borrado por el bautismo, está muy lejos de ha-

llarse en contradiccion con los principios de justicia, ni trae consigo la pretendida dureza que V. le achacaba. Como es natural, los teólogos se han aprovechado de esta latitud para emitir varias opiniones mas ó menos fundadas, sobre las que es difícil formar un juicio acertado, faltándonos noticias que solo pudiera proporcionarnos la revelacion. Como quiera, parece muy razonable la doctrina de Santo Tomás de que estos niños podrán tener un conocimiento y amor de Dios en el órden puramente natural, y que podrán gozarse en estos bienes que les ha otorgado el Criador. Siendo criaturas inteligentes y libres, no podemos suponerlos privados del ejercicio de sus facultades; pues de lo contrario seria preciso considerar sus espíritus como sustancias inertes, nó por su naturaleza, sino por estar ligadas sus potencias del órden intelectual y moral. Y como por otra parte no se admite que sufran pena de sentido, y se afirma que no se duelen de la de daño, es preciso otorgarles las afecciones que en todo ser resultan naturalmente del ejercicio de sus facultades. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XVI.

Mi estimado amigo: mucho me alegro que la carta anterior haya disipado el horror que le inspiraba el dogma católico, sobre la suerte de los niños que mueren sin bautismo, manifestándole que atribuia á la Iglesia una doctrina que ella jamás reconoció por suya: el haberse V. convencido de la equivocacion que en este punto padecia, hará menos difícil el que se persuada de que está igualmente equivocado en lo tocante á la doctrina de la Iglesia sobre la suerte de los que viven fuera de su seno. Está V. en la creencia de que es un dogma de nuestra religion que todos los que no viven en el seno de la Iglesia católica serán por *este mero hecho* condenados á penas eternas: este es un error que nosotros no profesamos, ni podemos profesar, porque es ofensivo á la justicia divina. Para proceder con buen órden y claridad, voy á exponer sucintamente la doctrina católica sobre este particular.

Dios es justo; y como tal, no castiga ni puede castigar al inocente: cuando no hay pecado, no hay pena, ni la puede haber.

El pecado, dice san Agustin, es voluntario de tal manera, que si deja de ser voluntario, ya no es pecado. La voluntad que se necesita para hacernos culpables á los ojos de Dios, es la de libre albedrío. Para constituir la culpa no bastaria la voluntad, si esta no fuese libre.

No se concibe el ejercicio de la libertad, si no va acompañado de la deliberacion correspondiente; y esta implica conocimiento de lo que se hace, y de la ley que se observa, ó se infringe. Una ley no conocida no puede ser obligatoria.

La ignorancia de la ley es culpable en algunos casos, es decir, cuando el que la padece ha podido vencerla: entonces la infraccion de la ley no es excusable por la ignorancia.

La Iglesia, columna y firmamento de la verdad, depositaria de la augusta enseñanza del Divino Maestro, no admite el error de que todas las religiones sean indiferentes á los ojos de Dios, y que el hombre pueda salvarse en cualquiera de ellas, de tal modo que no esté ni siquiera obligado á buscar la verdad en un asunto tan importante. Estas monstruosidades las condena la Iglesia con mucha razon; y no puede menos de condenarlas, so pena de negarse á sí propia. Decir que todas las religiones son indiferentes á los ojos de Dios, equivale á decir que todas son igualmente verdaderas, lo que en último resultado viene á parar á que todas son igualmente falsas. La religion que enseñando dogmas opuestos á los de otras religiones, las tuviese á todas por igualmen-

te verdaderas, seria el mayor de los absurdos, una contradiccion viviente.

La Iglesia católica se tiene á sí misma por la verdadera Iglesia, fundada por Jesucristo, iluminada y vivificada por el Espíritu Santo, depositaria del dogma y de la moral, y encargada de conducir á los hombres por el camino de la virtud, á la eterna bienaventuranza. En este supuesto, proclama la obligacion en que todos estamos, de vivir y morir en su seno, profesando una misma fe, recibiendo la gracia por sus sacramentos, obedeciendo á sus legítimos pastores, y muy particularmente al sucesor de san Pedro y vicario de Jesucristo, el romano Pontífice.

Esta es la enseñanza de la Iglesia; y no veo que se le pueda objetar nada sólido, aun examinada la cuestion en el terreno de la filosofía. De los principios arriba enunciados, unos son conocidos por la simple razon natural, otros por la revelacion. A la primera clase pertenecen los que se refieren á la justicia divina y á la libertad del hombre; corresponden á la segunda los que versan sobre la autoridad é infalibilidad de la Iglesia. Estos últimos considerados en sí mismos, nada encierran contrario á la justicia y á la misericordia divina; porque es evidente que Dios, sin faltar á ninguno de estos atributos, ha podido instituir un cuerpo depositario de la verdad, y sometido á las leyes y condiciones que hayan sido de su agrado en los arcanos inescrutables de su infinita sabiduría.

Hasta aquí se ha examinado la cuestion de

derecho, ó sea de doctrinas; descendamos ahora á la cuestion de hecho, en la cual se fundan las dificultades que á V. le abruman. Es necesario no perder de vista la diferencia de estas dos cuestiones; una cosa son las doctrinas, otra su aplicacion: aquellas son claras, explícitas, terminantes; esta se resiente de la oscuridad á que están sujetos los hechos, cuya exacta apreciacion depende de muchas y muy varias circunstancias.

Debe tenerse por cierto, que no se condenará ningun hombre por solo no haber pertenecido á la Iglesia católica, con tal que haya estado en ignorancia invencible de la verdad de la religion, y por consiguiente de la ley que le obligaba á abrazarla. Esto es tan cierto, que fué condenada la siguiente proposicion de Bayo: «La infidelidad puramente negativa es pecado.» La doctrina de la Iglesia sobre este punto se funda en principios muy sencillos: no hay pecado sin libertad, no hay libertad sin conocimiento.

Cuándo existe el conocimiento necesario para constituir una verdadera culpa á los ojos de Dios en lo tocante á no abrazar la verdadera religion; quiénes se hallan en ignorancia vencible, quiénes en ignorancia invencible; entre los cismáticos, entre los protestantes, entre los infieles, hasta dónde llega la ignorancia invencible; quiénes son los culpables á los ojos de Dios por no abrazar la verdadera religion, quiénes son los inocentes; estas son cuestiones de hecho, á las que no desciende la enseñanza de la Iglesia. Esta nada enseña sobre dichos

puntos: se limita á establecer la doctrina general, y deja su aplicacion á la justicia y á la misericordia de Dios.

Permítame V. que le llame la atencion sobre esta diferencia, á la que no siempre se atiende como seria menester. Los incrédulos nos abruman con preguntas sobre la suerte de los que no pertenecen á la Iglesia católica; y como que nos exigen que los salvemos á todos, so pena de que nuestros dogmas sean acusados de ofensivos á la justicia y misericordia de Dios. Con esto nos tienden un lazo en el cual es muy fácil que se dejen enredar los incautos, incurriendo en uno de dos extremos, ó echando al infierno á todos los que no pertenecen á la Iglesia, ó abriendo las puertas del cielo á los hombres de todas las religiones. Lo primero puede dimanar del celo para poner en salvo nuestro dogma sobre la necesidad de la fe para salvarse; y lo segundo puede nacer de un espíritu de condescendencia y del deseo de defender el dogma católico de las acusaciones de duro é injusto. Yo creo que no hay necesidad de incurrir en ninguno de estos extremos, y que la posicion de un católico es en este punto mas desembarazada de lo que parece á primera vista. ¿Se le pregunta sobre la doctrina, ó valiéndome de otras palabras, sobre la cuestion de derecho? puede presentar el dogma católico con entera seguridad de que nadie podrá tacharlo de contrario á la razon. ¿Se le pregunta sobre los hechos? puede confesar francamente su ignorancia, y envolver en

ella al mismo incrédulo, que por cierto no sabe mas sobre el particular que el católico á quien impugna.

Para que V. se convenza de lo expédita que es nuestra posicion, con tal que sepamos colocarnos en ella y mantenernos constantemente en la misma, voy á hacer un ensayo en forma de diálogo entre un incrédulo y un católico.

Incrédulo. El dogma católico es injusto, porque condena á los que no viven en la Iglesia; no obstante haber muchos que no pueden tener conocimiento de la verdadera religion.

Católico. Esto es falso; cuando hay ignorancia invencible no hay pecado; y tan lejos está la Iglesia de enseñar lo que V. dice, que antes bien enseña lo contrario. Los hombres que hayan tenido ignorancia invencible de la divinidad de la Iglesia católica, no son culpables á los ojos de Dios de no haber entrado en ella.

Incrédulo. Pero ¿cuándo, en quiénes se hallará esta ignorancia invencible? señáleme V. un límite que separe estas dos cosas, segun las diferentes circunstancias en que se hallan los hombres y los pueblos.

Católico. ¿Tendrá V. la bondad de señalármelo á mí?

Incrédulo. Yo no lo sé.

Católico. Pues yo tampoco, y así estamos iguales.

Incrédulo. Es verdad; pero Vds. hablan de condenacion, y yo no me acuerdo de ella.

Católico. Es cierto; pero advierta V. que nos-

otros solo hablamos de condenacion con respecto á los culpables, y no creo que nadie se atreva á negarme que la culpa merezca pena; pero cuando V. me viene preguntando quiénes y cuántos son, la ignorancia es igual por parte de ambos. Yo me atengo á la doctrina; y para su aplicacion me limito á preguntar quiénes son los culpables. Si V. no me lo puede decir, es injusto el exigirme que yo se lo diga.

Por este pequeño diálogo se echa de ver que hay aquí dos cosas: por una parte, el dogma, que á mas de ser enseñado por la Iglesia, está de acuerdo con la sana razon; por otra, la ignorancia de los hombres, que no conocemos bastante los secretos de la conciencia para poder determinar siempre á punto fijo, en qué individuos, en qué pueblos, en qué circunstancias, deja la ignorancia de ser invencible en materia de religion, y constituye una culpa grave á los ojos de Dios.

Nada mas fácil que extenderse en conjeturas sobre la suerte de los cismáticos, de los protestantes y aun de los infieles; pero nada mas difícil que apoyarlas en fundamentos sólidos. Dios, que nos ha revelado lo necesario para santificarnos en esta vida y alcanzar la felicidad eterna, no ha querido satisfacer nuestra curiosidad haciéndonos saber cosas que de nada nos servirian. Estas sombras de que están rodeados los dogmas de la religion, nos son altamente provechosas para ejercitar la sumision y la humildad, poniéndonos de manifiesto nuestra ignorancia, y recordándonos

la degeneracion primitiva del humano linaje. Preguntar por qué Dios ha llevado la luz de la verdad á unos pueblos y permitido que otros continuasen sumidos en las tinieblas, equivale á investigar la razon de los secretos de la Providencia, y á empeñarse en rasgar el velo que cubre á nuestros ojos los arcanos de lo pasado y de lo futuro. Sabemos que Dios es justo, y que al propio tiempo es misericordioso; sentimos nuestra debilidad, conocemos su omnipotencia. En nuestro modo de concebir, se nos presentan á menudo graves dificultades para conciliar la justicia con la misericordia, y no figurarnos á un ser sumamente débil cual víctima de un ser infinitamente fuerte. Estas dificultades se disipan á la luz de una reflexion severa, profunda, y sobre todo exenta de las preocupaciones con que nos ciegan las inspiraciones del sentimiento. Y si merced á nuestra flaqueza, restan todavía algunas sombras, esperemos que se desvanecerán en la otra vida, cuando libertados del cuerpo mortal que agrava al alma, veremos á Dios como es en sí y presenciaremos el encuentro amistoso de la misericordia y de la verdad y el santo ósculo de la justicia y de la paz. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XVII.

Mi estimado amigo: las últimas palabras de mi carta anterior han excitado en V. el deseo de que yo me extienda en algunas aclaraciones sobre la vision beatífica, porque segun dice, nunca ha podido formarse una idea bien clara de lo que entendemos por esta soberana felicidad. Por cierto que me ha complacido sobre manera el que se me llame la atencion hácia este punto, que no deja en el alma las dolorosas impresiones con que nos afligen algunos de los examinados en otras cartas. Al fin se trata de felicidad, y esta no puede causar mas afecciones ingratas que el temor de no conseguirla.

Segun veo, no comprende V. bien «cómo puede constituir felicidad cumplida, un simple conocimiento; y no ha de ser otra cosa la vision intuitiva de Dios. No puede negarse que el ejercicio de las facultades intelectuales nos proporciona algunos goces; pero tambien es positivo que estos necesitan la concomitancia del sentimiento, sin el cual son frios y severos como la razon de la cual dimanan.» Quisiera V. que nos hubiésemos hecho

cargo los católicos de « este carácter de nuestro espíritu, el cual si bien por medio del entendimiento llega á los objetos, no se une íntimamente con ellos de manera que le produzcan el goce, hasta que viene el sentimiento á realizar esa misteriosa expansion del alma, con la cual nos adherimos al objeto percibido, estableciéndose entre él y nosotros, una afectuosa compenetracion.» Estas palabras de V. encierran un fondo de verdad, en cuanto para la felicidad del ser inteligente, exigen, á mas del acto intelectual, la union de amor. Es indudable que si falta esta última, el conocimiento puro no nos ofrece la idea de felicidad. Sea cual fuere el objeto conocido no nos haria felices, si lo contempláemos con indiferencia. Admito sin dificultad que el alma no seria dichosa si conociendo el objeto que la ha de hacer feliz, no le amase. Sin amor no hay felicidad.

Pero si bien es verdadera en el fondo la doctrina de V., está aplicada con mucha inexactitud é inoportunidad, cuando se pretende fundar en ella un argumento en contra de la vision beatífica, tal como la enseñan los católicos. La eterna bienaventuranza la hacemos consistir en la vision intuitiva de Dios; mas no por esto excluimos el amor, antes por el contrario, decimos que este amor está necesariamente ligado con la vision intuitiva. Por manera que los teólogos han llegado á disputar, si la esencia de la bienaventuranza consistia en la vision ó en el amor; pero todos

están de acuerdo en que este es cuando menos, una consecuencia necesaria de aquella. Bien se conoce que hace largo tiempo ha dado V. de mano á los libros místicos, y aun á todos los que tratan de religion, puesto que piensa mejorar la felicidad cristiana con ese filosófico sentimentalismo, que está muy lejos de levantarse á la purísima altura del amor de caridad que reconocemos los católicos, imperfecto en esta vida, y perfecto en la otra.

El *simple conocimiento* de que V. habla al tratar de la vision intuitiva de Dios, me hace sospechar con harto fundamento, que no comprende V. bien lo que entendemos por vision intuitiva, y que confunde este acto del alma con el ejercicio comun de las facultades intelectuales, á la manera que le experimentamos en esta vida. Séame pues permitido entrar en algunas consideraciones filosóficas sobre los diferentes modos con que podemos conocer un objeto.

Nuestro entendimiento puede conocer de dos maneras: por intuicion, ó por conceptos. Hay conocimiento de intuicion, cuando el objeto se ofrece inmediatamente á la facultad perceptiva, sin que esta necesite combinaciones de ninguna clase, para completar el conocimiento. En esta operacion, el entendimiento se limita á contemplar lo que tiene delante: no compone, no divide, no abstrae, no aplica, no hace nada mas que *ver* lo que está patente á los ojos. El objeto, tal como es en sí, le es dado inmediatamente; se le pre-

senta con toda claridad; y si bien termina objetivamente la operacion, y en este sentido ejercita la actividad del sujeto, influye tambien á su vez sobre este, señoreándole por decirlo así y embargándole con su íntima presencia.

El conocimiento por conceptos es de naturaleza muy diferente. El objeto no es dado inmediatamente á la facultad perceptiva: esta se ocupa de una idea que en cierto modo es obra del entendimiento mismo, el cual ha llegado á formarla combinando, dividiendo, comparando, abstrayendo, y recorriendo á veces la dilatada cadena de un discurso complicado y penoso.

Aunque estoy seguro de que no se ocultará á la penetracion de V. la profunda diferencia que hay entre estas dos clases de conocimientos, voy á hacerla sensible en un ejemplo que está al alcance de todo el mundo. El conocimiento intuitivo se puede comparar á la *vista* de los objetos; el que se hace por conceptos es semejante á la idea que nos formamos por medio de las descripciones. V. como aficionado á las bellas artes, habrá admirado mil veces las preciosidades de algunos museos, y habrá leido las descripciones de otras que no le ha sido dado contemplar. ¿Encuentra V. alguna diferencia entre un cuadro *visto* y un cuadro *descrito*? inmensa, me dirá V. El cuadro visto me presenta de golpe su belleza; no necesito producir, me basta mirar; no combino, contemplo; mi alma está mas bien pasiva que activa; y si en algun modo ejerce su actividad es para

abrirse mas y mas á las gratas impresiones que recibe, como las plantas se dilatan con suave expansion para ser mejor penetradas por una atmósfera vivificante. En la descripcion, necesito ir recogiendo los elementos que se me dan, combinarlos con arreglo á las condiciones que se me determinan, y elaborar de esta manera el conjunto del cuadro, con imperfeccion, de una manera incompleta, sospechando la distancia que va de la idea á la realidad, distancia que se me presenta instantáneamente, tan pronto como se me ofrece la ocasion de ver el cuadro descrito.

Hé aquí un ejemplo, que aunque inexacto, nos da una idea de la diferencia de estas dos clases de conocimiento, y que manifiesta en algun modo, la distancia que va del *conocimiento* de Dios á la *vision* de Dios. En aquel tenemos reunidas en un concepto las ideas de ser necesario, inteligente, libre, todopoderoso, infinitamente perfecto, causa de todo, fin de todo; en esta, se ofrecerá la esencia divina inmediatamente á nuestro espíritu, sin comparaciones, sin combinaciones, sin raciocinios de ninguna especie: íntimamente presente á nuestro entendimiento, le dominará, le embargará; los ojos del alma no podrán dirigirse á otro objeto, y entonces experimentaremos de una manera purísima, inefable, para el débil mortal, aquella *compenetracion afectuosa*, aquella íntima union del seráfico amor, descrito con tan magníficas pinceladas por algunos santos, que llenos del Espíritu divino, presentian en esta vida lo que bien pronto

habian de experimentar en la mansion de los bienaventurados.

Permítame V. que le manifieste la extrañeza que me causa el notar que V. no ha sentido la belleza y sublimidad del dogma católico sobre la felicidad de los bienaventurados. Prescindiendo de toda consideracion religiosa, no puede imaginarse cosa mas grande, mas elevada, que el constituir la dicha suprema en la vision intuitiva del ser infinito. Si este pensamiento fuese debido á una escuela filosófica, no habria bastantes lenguas para ponderarle. El autor que le hubiese concebido seria el filósofo por excelencia, digno de la apoteosis, y de que le tributasen incienso todos los amantes de una filosofía sublime. El vago idealismo de los alemanes, ese confuso sentimiento de lo infinito que respira en sus enigmáticos escritos; esa tendencia á confundirlo todo en una unidad monstruosa, en un ser oscuro é ignorado, que se llama absoluto; todos esos sueños, todos esos delirios, encuentran admiradores y entusiastas, y conmueven profundamente algunos espíritus, solo porque agitan las grandes ideas de unidad é infinidad; ¿y no tendrá derecho á la admiracion y entusiasmo, la sublime enseñanza de la Iglesia católica, que presentándonos á Dios como principio y fin de todas las existencias, nos le ofrece de una manera particular como objeto de las criaturas intelectuales, cual un océano de luz y de amor en que irán á sumergirse las que lo hayan merecido por la observancia de las

leyes emanadas de la sabiduría infinita? ¿No es digno de admiracion y de entusiasmo, aun cuando se le mirara como un simple sistema filosófico, el augusto dogma que nos presenta á todos los espíritus finitos sacados de la nada por la palabra todopoderosa, dotados de una centella intelectual, participacion é imágen de la inteligencia divina, destinados á morar por breve espacio de tiempo en uno de los globos del universo, donde puedan contraer mérito para unirse con el mismo ser que los ha criado, y vivir despues con él en intimidad de conocimiento y de amor, por toda la eternidad?

Si esto no es grande, si esto no es sublime, si esto no es digno de excitar la admiracion y el entusiasmo, no alcanzo en qué consisten la sublimidad y la grandeza. Ninguna secta filosófica, ninguna religion, ha tenido un pensamiento semejante. Bien puede asegurarse que las primeras palabras del catecismo encierran infinita mas sublimidad de la que se contiene en los mas altos conceptos de Platon, apellidado por sobrenombre el Divino. Es lamentable que Vds. preciados de filósofos, traten con tamaña ligereza misterios tan profundos. Cuanto mas se medita sobre ellos, mas crece la conviccion de que solo han podido emanar de la inteligencia infinita. En medio de las sombras que los rodean, al través de los augustos velos que encubren á nuestra vista profundidades inefables; se columbran destellos de vivísima luz que fulgurando repentinamente, iluminan el cielo

y la tierra. Durante los momentos felices en que la inspiracion desciende sobre la frente del mortal, se descubren tesoros de infinito valor en aquello mismo que el escéptico mira desdeñoso cual miserable pábulo de la supersticion y del fanatismo. No se deje V. dominar, mi estimado amigo, por esas mezquinas preocupaciones que oscurecen el entendimiento y cortan al espíritu sus alas; medite, profundice V. enhorabuena las verdades religiosas: ellas no temen el exámen porque están seguras de alcanzar victoria tanto mas cumplida, cuanto sea mas dura la prueba á que se las sujete. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XVIII.

Mi estimado amigo: tarea difícil es para los católicos la de contentar á los escépticos. Una de las pruebas mas poderosas que tenemos en favor de la razon y justicia de nuestra causa, es la injusticia y la sinrazon con que somos atacados. Si el dogma es severo, se nos acusa de crueles; si es benigno, se nos llama contemporizadores. La verdad de esta observacion la justifica V. con las dificultades que en su última carta objeta al dogma del purgatorio; con el cual, segun afirma, está mas reñido que con el del infierno. «La eternidad de las penas, dice V., aunque formidable, me parece sin embargo un dogma lleno de terrible grandor, y digno de figurar entre los de una religion que busca la grandeza aunque sea terrible. Al menos veo allí la justicia infinita ejerciéndose en escala infinita; y estas ideas de infinidad me inclinan á creer que ese dogma espantoso no es concepcion del entendimiento del hombre. Pero cuando llego al del purgatorio, cuando veo esas pobres almas que sufren, por las faltas que no han podido expiar en su vida sobre la tierra; cuando veo la incesante comunicacion de los vivos con los

14

muertos, por medio de los sufragios; cuando se me dice que se van rescatando estas ó aquellas almas, me parece descubrir en todo esto la pequeñez de las invenciones humanas, y un pensamiento de transaccion entre nuestras miserias y la inflexibilidad de la divina justicia. Hablando ingenuamente, me atrevo á decir, que en este punto los protestantes han sido mas cuerdos que los católicos, borrando del catálogo de los dogmas las penas del purgatorio.» Tambien hablando ingenuamente replicaré yo, que solo la seguridad que abrigo de salir victorioso en la disputa, ha podido hacer que leyese con ánimo sereno, tanta sinrazon acumulada en tan pocas palabras. No ignoraba que el purgatorio suele ser el objeto de las burlas y sarcasmos de la incredulidad; pero no podia persuadirme que una persona preciada de juiciosa é imparcial, se propusiera nada menos que lavar á esas burlas y sarcasmos su fealdad grosera, dándoles un baño de observacion filosófica. No podia persuadirme que á un entendimiento claro se le ocultase la profunda razon de justicia y equidad que se encierra en el dogma del purgatorio; y que un corazon sensible no hubiese de percibir la delicada ternura de un dogma, que extiende los lazos de la vida mas allá del sepulcro y esparce inefables consuelos sobre la melancolía de la muerte.

Como en otra carta he hablado largamente de las penas del infierno, no insistiré aquí sobre ellas; mayormente cuando V. parece reconciliarse con

aquel dogma terrible, á trueque de poder combatir con mas desembarazo el de las penas del purgatorio. Yo creo que estas dos verdades no están en contradiccion; y que lejos de dañarse la una á la otra, se ayudan y fortalecen recíprocamente. En el dogma del infierno resplandece la justicia divina en sü aspecto aterrador; en el del purgatorio brilla la misericordia con su inagotable bondad; pero lejos de vulnerarse en nada los fueros de la justicia, se nos manifiestan, por decirlo así, mas inflexibles, en cuanto no eximen de pagar lo que debe, ni aun al justo que está destinado á la eterna bienaventuranza.

Supongo que no profesa V. la doctrina de aquellos filósofos de la antigüedad que no admitian grados en las culpas, y no puedo persuadirme que juzgue V. digno de igual pena un ligero movimiento de indignacion manifestado en expresiones poco mesuradas, y el horrendo atentado de un hijo que clava su puñal asesino en el pecho de su padre. ¿Condenaria V. á pena eterna la impetuosidad del primero, confundiéndola con la desnaturalizada crueldad del segundo? Estoy seguro de que nó. Hénos aquí pues, con el infierno y el purgatorio; hénos aquí con la diferencia entre los pecados veniales y los mortales; hé aquí la verdad católica apoyada por la razon y por el simple buen sentido.

Las culpas se borran con el arrepentimiento: la misericordia divina se complace en perdonar á quien la implora con un corazon contrito y hu-

millado: este perdon libra de la condenacion eterna, pero no exime de la expiacion reclamada por la justicia. Hasta en el órden humano, cuando se perdona un delito, no se exime de toda pena al culpable perdonado; los fueros de la justicia se templan, mas no se quebrantan. ¿Qué dificultad hay pues en admitir que Dios ejerza su misericordia, y que al propio tiempo exija el tributo debido á la justicia? Hé aquí pues, otra razon en favor del purgatorio. Mueren muchos hombres que no han tenido voluntad ó tiempo para satisfacer lo que debian de sus culpas ya perdonadas; algunos obtienen este perdon, momentos antes de exhalar el último suspiro. La divina misericordia los ha librado de las penas del infierno; ¿pero deberemos decir que se han trasladado desde luego á la felicidad eterna, sin sufrir ninguna pena por sus anteriores extravíos? ¿No es razonable, no es equitativo, el que si la misericordia templa á la justicia, esta modere á su vez á la misericordia?

La incesante comunicacion de los vivos con los muertos, que tanto le desagrada á V., es la consecuencia natural de la union de caridad que enlaza á los fieles de la vida presente con los que han pasado á la futura. Para condenar esta comunicacion, es necesario condenar antes á la caridad misma, y negar el dogma sublime y consolador de la comunion de los santos. Extraño es que cuando se habla tanto de filantropía y fraternidad, no sean dignamente admiradas la belleza y ternu-

ra que se encierran en el dogma de la Iglesia. Se pondera la necesidad de que todos los hombres vivan como hermanos, ¿y se rechaza esa fraternidad que no se limita á los de la tierra, sino que abraza á la humanidad entera en la tierra y en el cielo, en la felicidad y en el infortunio? Donde hay un bien que comunicar, allí está la caridad que no le deja aislar en un individuo, y lo extiende largamente sobre los demás hombres; donde hay una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. Que este infortunio sea en esta vida ó en la otra, la caridad no le olvida. Ella que manda dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, amparar al desvalido, asistir al doliente, consolar al preso, ella misma es la que llama al corazon de los fieles para que socorran á sus hermanos difuntos implorando la divina misericordia, á fin de que abrevíe la expiacion á que están condenados. Si esto fuese invencion humana, seria ciertamente una invencion bella y sublime. Si la hubiesen excogitado los sacerdotes católicos, no podria negárseles la habilidad de haber armonizado su obra con los principios mas esenciales de la religion cristiana.

A propósito de invenciones, fácil me seria probarle á V. que el dogma del purgatorio no es un engendro de los siglos de ignorancia. Hallamos su tradicion constante, aun en medio de los desvaríos de las religiones falsas; lo que manifiesta que este dogma como otros, fué comunicado pri-

mitivamente al humano linaje, y sobrenadó en el naufragio de la verdad provocado por el error y las pasiones de la extraviada prole de Adan. Platon y Virgilio no eran sacerdotes de la edad media; y sin embargo, nos hablan de un lugar de expiacion. Los judíos y los mahometanos no se habrán convenido con los sacerdotes católicos para engañar á los pueblos; no obstante, reconocen tambien la existencia del purgatorio. En cuanto á los protestantes, no es exacto que todos lo hayan negado: pero si se empeñan en apropiarse esta triste gloria, nosotros no se la queremos disputar; no admitan en buen hora mas penas que las del infierno, quiten toda esperanza á quien no se halle bastante puro para entrar desde luego en la mansion de los justos; corten todos los lazos de amor que unen á los vivientes con los finados; y adornen con tan formidable timbre sus doctrinas de fatalismo y desesperacion. Nosotros preferimos la benignidad de nuestro dogma á la inexorabilidad de su error; confesamos que Dios es justo y que el hombre es culpable; pero tambien admitimos que el mortal es muy débil y que Dios es infinitamente misericordioso. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XIX.

Mi estimado amigo: la discusion sobre las penas del purgatorio le ha recordado á V. el sufrimiento de los justos, y le hace encontrar dificultad en que todavía hayan de estar sujetos á nuevas expiaciones los que tantas y tan duras las padecen en la vida presente. «La virtud, dice V., está demasiado probada sobre la tierra, para que sea necesario que pase por un nuevo crisol en las penas de otro mundo. En esta tierra de injusticias é iniquidades, no parece sino que todo se halla trastornado, y que reservada para los perversos la felicidad, se guardan para los virtuosos todo linaje de calamidades é infortunios. Por cierto, que si no tuviera el propósito firme de no dudar de la Providencia para no quemar las naves en todo lo tocante á las cosas de la otra vida, mil veces habria vacilado sobre este punto, al ver la desgracia de la virtud y la insolente fortuna del malvado. Quisiera que me respondiese V. á esta dificultad, no contentándose con ponerme delante de los ojos el pecado original y sus funestos resultados: porque si bien podrá ser verdad que esta sea una solucion satisfactoria, no

lo es para mí, que dudo de todos los dogmas de la religion, incluso el de la degeneracion primitiva.» No tenga V. cuidado que yo olvide la disposicion de ánimo de mi contrincante, y que le arguya fundándome en principios que todavía no admite. Efectivamente; el dogma del pecado original da lugar á muy importantes consideraciones en la cuestion que nos ocupa; pero quiero prescindir absolutamente de ellas, y atenerme á principios que V. no puede recusar.

Desde luego me parece que en la presente cuestion supone V. un hecho, que si no es falso, es cuando menos muy dudoso. Poco importa que la opinion de V. se halle acorde con la vulgar; yo creo que en esto hay una preocupacion infundada, que por ser bastante general, no deja de ser contraria á la razon y á la experiencia. Supone V. como tantos otros, que la felicidad en esta vida se halla distribuida de tal suerte que les cabe á los malos la mayor parte, llevándose los virtuosos la mas pequeña, acibarada además con abundantes sinsabores é infortunios. Repito que considero esta creencia como una preocupacion infundada, incapaz de resistir el exámen de la sana razon.

Ya se ha observado que los virtuosos no pueden eximirse de los males que afectan á la humanidad en general, si no se quiere que Dios esté haciendo milagros continuos. Si van muchas personas por un camino de hierro, y entre ellas se encuentra una ó mas de señalada virtud, claro

es que si sobreviene un accidente, Dios no ha de enviar un ángel para que ponga en salvo de una manera extraordinaria á los viajeros virtuosos. Si pasan dos hombres por la calle, uno bueno, otro malo, y se desploma una casa sobre sus cabezas, los dos quedarán aplastados: las paredes, vigas y techumbres, no formarán una bóveda sobre la cabeza del hombre virtuoso. Si un aguacero inunda los campos y destruye las mieses, entre las cuales se hallan las de un propietario virtuoso, nadie exigirá de la Providencia que al llegar las aguas á las tierras del hombre justo, formen un muro como en otro tiempo las del mar rojo. Si una epidemia diezma la poblacion de un país, la muerte no ha de respetar á las familias virtuosas. Si una ciudad sufre los horrores de un asalto, la soldadesca desenfrenada no dejará de atropellar la casa del hombre justo como atropella la del perverso. El mundo está sometido á ciertas leyes generales que la Providencia no suspende sino de vez en cuando; y que por lo comun, envuelven sin distincion á todos los que se hallan en las circunstancias á propósito para experimentar sus resultados. Sin duda, que á mas de las exenciones abiertamente milagrosas, tiene la Providencia en su mano medios especiales con que libra al justo de una calamidad general ó atenúa su desgracia; pero quiero prescindir de estas consideraciones que me llevarian al exámen de hechos siempre difíciles de averiguar, y sobre todo de fijar con pre-

cision; admito pues sin repugnancia que todos los hombres justos é injustos están igualmente sometidos á los males generales de la humanidad, ora provengan de la naturaleza física, ora dimanen de infaustas circunstancias sociales, políticas ó domésticas. No creo que pretenda V. hacer por este motivo un cargo á la Providencia; pues le considero demasiado razonable para exigir milagros continuos que perturben incesantemente el órden regular del universo.

Aparte pues las desgracias generales que alcanzan á los malos, como á los buenos, segun las circunstancias en que unos y otros se encuentran, y de las que no puede decirse que afecten mas á los buenos que á los malos; veamos ahora si es verdad que la dicha se halle repartida de tal modo, que su mejor parte sea patrimonio del vicio. Yo creo por el contrario, que aun prescindiendo de beneficios especiales de la Providencia, las leyes físicas y morales del mundo son de tal naturaleza, que por sí solas, abandonadas á su accion natural y ordinaria, distribuyen de tal modo la dicha y la desdicha, que los hombres virtuosos son incomparablemente mas felices, aun en la tierra, que los viciosos y malvados.

Convendrá V. conmigo en que el juicio sobre los grados de felicidad ó desdicha, no ha de fundarse en casos particulares, sino que debe estribar en el órden general, tal como resulta y ha de resultar necesariamente, de la misma naturaleza de las cosas.

El mundo está ordenado tan sabiamente, que la pena, mas ó menos clara, mas ó menos sensible, va siempre tras el delito. Quien abusa de sus facultades buscando placer, encuentra el dolor; quien se desvía de los eternos principios de la sana moral para proporcionarse una felicidad calculada sobre el egoismo, se labra por lo comun su desventura y ruina.

No necesito hablar de la suerte que cabe á los grandes delincuentes, entregados á crímenes que puede alcanzar la accion de la ley. El encierro perpetuo, los trabajos forzados, la exposicion á la vergüenza pública, un afrentoso patíbulo; hé aquí lo que encuentran en el término de una carrera azarosa, llena de peligros, de sobresalto, de raptos de cólera y desesperacion, de sufrimientos corporales, de calamidades y catástrofes sin cuento. Una vida y muerte semejantes nada tienen de feliz; en la embriaguez del desórden y del crímen, esos desventurados quizá se imaginan que llegan á gozar; pero ¿llamaremos verdadero goce al que resulta del trastorno de todas las leyes físicas y morales, y que se pierde como una gota imperceptible en la copa de angustias y de tormentos agotada hasta las heces? Supongo pües, que cuando habla V. de la dicha de los malvados, no se refiere á los que caen bajo la accion de la jüsticia humana; sino que trata de aquellos que mientras faltan á sus deberes atropellando los altos fueros de la justicia y de la moral, insultan á sus víctimas con la seguridad

de que disfrutan, albergándose tal vez bajo doradas techumbres, en el esplendor de la opulencia y en los brazos del placer.

No niego que examinada la cosa superficialmente, hay algo que choca é irrita, en la felicidad de esos hombres; no desconozco que ateniéndose á las apariencias, no penetrando en el corazon de semejante dicha, y sobre todo limitándose á casos particulares, y no extendiendo la vista como debe extenderse en esta clase de investigaciones, se queda uno deslumbrado, y asaltan al espíritu los terribles pensamientos: «Dónde está la Providencia: dónde está la justicia de Dios.» Pero tan pronto como se medita algun tanto, y se toma el verdadero punto de vista, la ilusion desaparece, y se descubren el órden y la armonía reinando en el mundo con admirable constancia.

Aclaremos y fijemos las ideas. Me citará V. un hombre vicioso, y quizás perverso, que al parecer disfruta de felicidad doméstica, y obtiene en la sociedad una consideracion que está muy lejos de merecer; sea en buen hora; no quiero entrar en disputas sobre lo que esta felicidad doméstica encierra de real ó de aparente, y sobre la dicha interior que producen consideraciones no merecidas; quiero suponer que la felicidad sea verdadera, y que el goce que resulta de la consideracion sea íntimo, satisfactorio; pero tampoco podrá V. negarme, que al lado de este hombre vicioso y perverso, se nos presentan otros honrados y virtuo-

sos, que disfrutan igual felicidad doméstica, y obtienen una consideracion no inferior á la de aquel. Esta observacion basta para restablecer el equilibrio y destruye por su base el hecho que V. daba por seguro de que el vicio es dichoso y la virtud desgraciada. Me presentará V. quizás un hombre dotado de grandes virtudes y oprimido con el peso de grandes infortunios; enhorabuena, pero yo puedo mostrarle á V. el reverso de la medalla, y ofrecerle otro hombre inmoral, afligido con infortunios no menores: y hénos aquí otra vez con el equilibrio restablecido. La virtud se nos presenta infortunada; pero á su lado vemos gemir el vicio agobiado con el mismo peso.

Ya puede V. notar que no aprovecho todas las ventajas que me ofrece la cuestion, y que le dejo á V. en el terreno mas favorable; pues que supongo igualdad de sufrimiento en igualdad de circunstancias infortunadas, y prescindo de la desigualdad que naturalmente debe resultar de la diferente disposicion interior de los que sufren la desgracia: lo que para el uno es consuelo, para el otro es remordimiento.

Échase de ver fácilmente que con semejante estadística de paralelos no resolveríamos cumplidamente la cuestion; y que no podria citarse un caso en un sentido sin que se ofrecieso otro parecido ó igual , en el sentido contrario. Observaré no obstante, que á pesar de la preocupacion que hay en este punto, y que llevo confesada

desde el principio, la constante experiencia del infeliz término de los hombres malos, ha producido la conviccion de que tarde ó temprano les alcanza la justicia divina; y el buen sentido del pueblo ha consignado esta verdad en proverbios sumamente expresivos. El vulgo habla incesantemente de la fortuna de los malos y desgracia de los buenos; pero siguiendo la conversacion se le sorprende á cada paso en contradiccion manifiesta, cuando refiere la maldicion del cielo que ha caido sobre tal ó cual individuo, sobre tal ó cual familia, y anuncia las desgracias que no pueden menos de sobrevenir á otras que nadan en la opulencia y en la dicha. ¿Esto qué prueba? Prueba que la experiencia es mas poderosa que la preocupacion; y que el prurito de quejarse continuamente, de murmurar de todo, inclusa la Providencia, desaparece siquiera por momentos, ante el imponente testimonio de la verdad apoyado en hechos visibles y palpables.

Los que desean elevarse á grande altura sin reparar en los medios, no suelen encontrar la felicidad que apetecen. Si se arrojan á grandes crímenes conspirando contra la seguridad del estado, en vez de conseguir su objeto, labran su propia ruina. Se puede asegurar que para uno afortunado, hay cien desgraciados que sucumben sin realizar su designio; así lo enseña la historia, así nos lo muestra la experiencia de todos los dias. Los hombres que quieren medrar trastornando el órden público, están condenados á incesantes

emigraciones, y muchos acaban por perecer en un cadalso.

Hay ambiciones que se alimentan de intrigas y bajezas, que no tienen el arrojo necesario para el crímen, y que por consiguiente pueden medrar sin grandes riesgos para la seguridad personal. Es cierto, que algunas veces, esos hombres que suplen al vuelo del águila con la lenta tortuosidad del réptil, adelantan mucho en su fortuna, sin sufrir ninguna de aquellas terribles expiaciones á que están expuestos los que se lanzan por el camino de la violencia; pero ¿quién es capaz de contar los sinsabores, los pesares, las humillaciones vergonzosas que han debido de sufrir, para llegar al colmo de sus deseos? ¿quién podria pintar los temores y el sobresalto en que viven, recelosos de perder lo que han conseguido? ¿quién alcanza á describir las alternativas dolorosas por que han tenido que pasar y están pasando continuamente, segun se inclina hácia ellos ó se retira en direccion opuesta, la gracia del protector que los ha encumbrado? ¿y qué idea deberemos formarnos en tal caso, de la felicidad de esos hombres, mayormente si consideramos cuánto ha de atormentarlos la memoria de sus villanías, y el remordimiento por los males que tal vez han causado, á hombres beneméritos y á familias inocentes? La dicha no está en lo exterior, sino en lo interior; el hombre mas rico, el mas opulento, mas considerado, mas poderoso, será infeliz, si su corazon está destrozado por una pena cruel.

Quien ama con exceso las riquezas, basta el punto de olvidar sus deberes con tal que pueda adquirirlas, en vez de lograr la felicidad, se acarrea la desdicha. Los hombres que para adquirir riquezas faltan á las leyes de la moral, se dividen en dos clases: unos trabajan simplemente por amontonarlas, y gozarse en la posesion de su tesoro: otros desean tenerlas para disfrutar el placer de gastarlas con lujosa profusion. Aquellos son los avaros; estos son los pródigos. Veamos qué felicidad se encuentra por ambos caminos.

El avaro disfruta un momento al pensar en las riquezas que posee, al contemplarlas en cautelosa soledad, lejos de la vista de los demás hombres; pero este placer es amargado con innumerables sufrimientos. La habitacion estrecha, desaseada, incómoda, bajo todos sentidos; los muebles pobres y viejos; el traje raido, mugriento, y recordando modas que pasaron hace largos años; la comida mala, escasa y pésimamente condimentada; la vajilla miserable y rota; los manteles sucios; frio en invierno; calor en verano; aborrecido de sus amigos y deudos; despreciado y ridiculizado por sus sirvientes; maldito por los pobres; sin encontrar en ninguna parte una mirada afectuosa, ni oir una palabra de amor ni un acento de gratitud; esta es la dicha del avaro. Si V. la desea, yo por mi parte no pienso envidiársela.

El pródigo no padece lo que el avaro; disfruta largamente, mientras hay dinero y salud; y si llega á sus oidos el acento de las víctimas de su in-

justicia, experimenta algun consuelo con la expresion de gratitud de los que reciben sus favores. Pero, á mas del remordimiento que siempre acompaña á los bienes mal adquiridos, á mas del descrédito que consigo traen los procedimientos injustos, á mas de las maldiciones que está condenado á escuchar quien se ha enriquecido á costa ajena, tiene la prodigalidad inconvenientes característicos, que al fin acaban por hacer desgraciado al que se habia prometido ser feliz con la profusion de sus riquezas. Los placeres á que conduce la misma prodigalidad, estragan la salud, turban la paz doméstica, deshonran muchas veces á los ojos de la sociedad, y acarrean disgustos de mil clases. Por fin, hay en pos de estos males uno que viene á completarlos: la pobreza. Estos no son cuadros ficticios, son realidades que encontrará V. por donde quiera, son ejemplos positivos á los que no falta otra cosa que nombres propios.

La inmoralidad en el goce de los placeres de la vida está muy lejos de acarrear la felicidad á quien los disfruta. Esta es una verdad tan conocida que es difícil insistir en ella sin repetir lugares comunes, que han llegado á ser vulgares. Las obras de medicina y de moral están llenas de avisos sobre los inconvenientes de la destemplanza: las enfermedades de todas especies; la vejez prematura; la abreviacion de la vida; padecimientos superiores á toda ponderacion; hé aquí los resultados de la conducta desarreglada.

Una mesa opípara, en magníficos salones, ser-

vida con lujo y esplendor, en brillante sociedad, en la algazara de los alegres convidados, seguida de los brindis, de festejos, de orquesta, de placeres de todos géneros, es ciertamente un espectáculo seductor: hé aquí, mi estimado amigo, una felicidad incomparable, ¿no es verdad? pues aguarde V. un poco; deje que la música termine, que se apaguen las bujías, los quinqués y las arañas, y que los convidados se retiren á descansar. Mientras el hombre sobrio y arreglado duerme tranquilamente, los criados del hombre feliz corren azorados por la casa; unos preparan bebidas demulcentes, otros disponen el baño, estos salen precipitadamente en busca del facultativo, aquellos golpean sin piedad la puerta del farmacéutico: ¿qué ha sucedido? nada; la felicidad de la mesa se ha trocado en dolores agudísimos. El hombre venturoso no encuentra descanso ni en la cama, ni en el sofá, ni en la butaca, ni en el suelo: un frio sudor baña sus miembros; su faz está cadavérica, sus ojos desencajados, sus dientes rechinan, y clama á grandes gritos, que se *muere*. Estos son los percances de tamaña felicidad: para conocer cuán bien contrapesan semejantes padecimientos el placer de breves horas, seria bueno consultar al paciente y preguntarle si no renunciaria gustoso á todos los placeres y festines del mundo, con tal que pudiese aliviarse algun tanto en los dolores que sufre.

Interminable seria si quisiese continuar el parangon entre los resultados del vicio y de la vir-

tud; pero no intento repetir lo que se ha dicho ya mil veces, y que V. sabe tan bien como yo. Baste observar que la felicidad no está en las apariencias sino en lo mas íntimo del alma; al hombre que experimenta agudos dolores, que vive agobiado de pesares, devorado por una tristeza profunda, ó lentamente consumido por un tedio insoportable, ¿de qué le sirve la magnificencia de un palacio, ni el brillo de los honores, ni el incienso de la lisonja, ni la fama de su nombre? La dicha, repito, está en el corazon; quien tiene en el corazon la desdicha, es infeliz, sean cuales fueren las apariencias de ventura de que se halle rodeado. Ahora bien; en el ejercicio de la virtud están armonizadas todas las facultades del hombre; en sus relaciones consigo mismo, con sus semejantes, con Dios, así con respecto á lo presente como á lo futuro; el vicio trastorna esta armonía, perturba al hombre interior haciendo que la razon y la voluntad sean esclavas de las pasiones, debilita la salud, acorta la vida con los placeres de los sentidos, altera la paz doméstica, destruye la amistad, sacrifica lo futuro á lo presente; así el hombre marcha por un camino de remordimiento y de agitacion, hácia el umbral del sepulcro, donde no espera ni puede esperar ningun consuelo, y donde teme encontrar el castigo de sus desórdenes. La felicidad de un ser no puede consistir en la perturbacion de las leyes á que se halla sometido por su propia naturaleza; las del órden natural se hallan acordes con las del moral; quien

las infringe paga su merecido ; en vez de felicidad encuentra terribles desventuras.

Ya ve V., mi querido amigo, que no es tan cierto como V. creia, que la felicidad de la tierra sea únicamente para los malos, y la desdicha para solos los buenos: tengo por indudable que si se pudiesen pesar en una balanza los grados de felicidad que se reparten entre la virtud y el vicio, pesarian mucho mas los de aquella que los de este; y de que le cabe al vicio una cantidad de sufrimientos incomparablemente mayor que de los que experimenta la virtud. Sí, hay justicia tambien sobre la tierra; Dios ha querido permitir muchas iniquidades; ha querido que á veces disfrute el malvado una sombra de felicidad: pero ha querido tambien que aun en esta vida se palpase la terrible ley de expiacion; y á esto hace contribuir los mismos medios de que se vale el perverso para labrar su ventura. Queda de V. afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XX.

Mi estimado amigo: cada dia me voy convenciendo de que no está V. tan falto de lectura en materia de religion, como al principio me habia figurado: conozco que no es lectura lo que le falta, sino lectura buena; pues que á cada paso se descubre, que ha tenido bastante cuidado de revolver los escritos de los protestantes é incrédulos, guardándose de echar una ojeada á las obras de los católicos, como si fuesen para V. libros prohibidos. Séame permitido observar, que una persona educada en la religion católica, y que la ha practicado durante su niñez y adolescencia, no podrá sincerarse en el tribunal de Dios del espíritu de parcialidad que tan claro se muestra en semejante conducta. Asegurar una y mil veces que se tiene ardiente deseo de abrazar la verdadera religion, tan pronto como se la descubra; y sin embargo andar continuamente en busca de argumentos contra la católica, y abstenerse de leer las apologías en que se responde á todas las dificultades, son extremos que no se concilian fácilmente. Esta contradiccion no me coge de nuevo: porque hace largo tiempo, estoy profundamente convencido, de que los escépticos

no poseen la imparcialidad de que se glorian; y de que, aun cuando se distingan de los otros incrédulos, porque en vez de decir «esto es falso» dicen, «dudo que sea verdadero,» no obstante, abrigan en su ánimo algunas prevenciones, mas ó menos fuertes, que les hacen aborrecer la religion, y desear que no sea verdadera.

El escéptico no siempre se da á sí propio exacta cuenta de esta disposicion de su ánimo; quizás se hará muchas veces la ilusion de que busca sinceramente la verdad; pero si se observan con atencion su conducta y sus palabras, se echa de ver que tiene por lo comun un gozo secreto en objetar dificultades, en referir hechos que lastimen á la religion; y por mas que se precie de templado y decoroso, no suele eximirse de dar á sus objeciones un tono apasionado, y frecuentemente sarcástico.

No quisiera que V. se ofendiese por estas observaciones; pero hablando con ingenuidad, tambien desearia que no se olvidase de tomarlas en cuenta. No perderá V nada con examinarse á sí propio, y preguntarse: «¿es cierto que buscas sinceramente la verdad? ¿es cierto que en las dificultades que objetas al catolicismo, no se mezcla nada de pasion? ¿es cierto que no se te ha pegado nada de la aversion y odio, que respiran contra la religion católica las obras que has leido?» Esto quisiera que V. se preguntase una y muchas veces, puesto que á mas de hacer un acto propio de un hombre sincero, allanaria no po-

cos obstáculos que impiden llegar al conocimiento de la verdad en materia de religion.

Me dirá V. que no puede menos de extrañar las observaciones que preceden, cuando en su polémica ha conservado mayor decoro de lo que suelen los que combaten la religion. No niego que las cartas de V. se distinguen por su moderacion y buen tono; y que, no profesando mis creencias, tiene V. bastante delicadeza para no herir la susceptibilidad de quien las profesa; sin embargo, no he dejado de notar, que no obstante sus buenas cualidades, no se exime V. completamente de la regla general; y que al disputar sobre la religion, adolece tambien del prurito de tomar las cosas por el aspecto que mas pueden lastimarla; y que con advertencia ó sin ella, procura V. eludir el contemplar los dogmas en su elevacion, en su magnífico conjunto, en su admirable armonía con todo cuanto hay de bello, de tierno, de grande, de sublime. Repetidas veces he tenido ocasion de observar esto mismo; y por ahora no veo que lleve camino de enmendarse. Así creo que me dispensará V. si no le exceptúo de la regla general y le considero mas preocupado y apasionado de lo que V. se figura.

Precisamente, en la carta que acabo de recibir, esta triste verdad se me presenta de bulto, de una manera lastimosa. A pesar de las protestas, se está descubriendo en toda ella el dejo del fanatismo protestante y de la ligereza volteriana; y difícilmente podria creer que antes de escribirla no

consúltase V. alguno de los oráculos de la mal llamada reforma ó de la falsa filosofía. Por mas que hable V. con respeto de las *creencias populares*, y del encanto que experimenta al presenciar el fervor religioso de las *gentes sencillas*, se trasluce que V. contempla todo eso con un benigno desden, y que considera pagar bastante tributo á la sinceridad de los creyentes, con abstenerse de condenarlos y ridiculizarlos á cara descubierta. Agradecemos la bondad; pero tenga V. entendido que las creencias y costumbres de esas *gentes sencillas*, tienen mejor defensa de lo que V. se imagina; y que lejos de que el culto y la invocacion de los santos y la veneracion de las reliquias y de las imágenes, hayan de ser el pábulo religioso de solas las gentes sencillas, pueden prestar materia á consideraciones de la mas alta filosofía, manifestándose que nó sin razon se confundieron en este punto con los crédulos y los ignorantes, genios tan eminentes como san Gerónimo, san Agustin, san Bernardo, santo Tomás de Aquino, Bossuet y Leibnitz.

Al leer el nombre de este último, creerá V. que se me ha deslizado la pluma, y que lo he puesto por equivocacion. Leibnitz protestante ¿cómo es posible que defendiera en este punto las doctrinas y prácticas del catolicismo? sin embargo, escrito está en sus obras que andan en manos de todo el mundo; y no tengo yo la culpa si el autor de la monadología y de la armonía prestabilita, el eminente metafísico, el insigne arqueólogo, el

profundo naturalista, el incomparable matemático, el inventor del cálculo infinitesimal, se halla de acuerdo en este punto con las *gentes sencillas*, y es algo menos *filósofo* de lo que son tantos y tantos que no conocen mas historia que los compendios en dieziseisavo, ni mas filosofía que los rudimentos de las escuelas, mal aprendidos y peor recordados; ni mas geometría, que la definicion de la línea recta y de la circunferencia.

Insensiblemente me heido extendiendo en consideraciones generales, y el preámbulo de la carta se ha hecho demasiado largo, aunque estoy muy lejos de creerle inoportuno. Conviene ciertamente discutir con templanza, pero esta no debe llevarse hasta tal punto que se olvide el interés de la verdad. Si alguna vez es necesario advertir á Vds. el espíritu de parcialidad con que proceden, es preciso hacerlo; y si otras veces puede interesar el observarles que discuten sin haber estudiado y combaten lo que ignoran, es preciso no escrupulizar en ello.

El culto de los santos le parece á V. poco razonable; y hasta lo juzga poco conforme á la sublimidad de la religion cristiana, que nos da tan grandes ideas de Dios y del hombre ¿Por qué se opone á estas grandes ideas, el culto de los santos? Porque «parece que el hombre se humilla demasiado, tributando á la criatura obsequios que solo son debidos á Dios.» Desde luego se echa de ver que se halla V. imbuido de las objeciones de

los protestantes, mil veces soltadas, y mil veces repetidas. Aclaremos las ideas.

El culto que se tributa á Dios, es en reconocimiento del supremo dominio que tiene sobre todas las cosas, como su criador, ordenador, y conservador; es en expresion de la gratitud que la criatura debe al Criador por los beneficios recibidos, y de la sumision, acatamiento y obediencia á que le está obligada, en el ejercicio del entendimiento, de la voluntad y de todas sus facultades. El culto externo es la expresion del interno; es además un explícito reconocimiento de que lo debemos todo á Dios, no solo el espíritu sino tambien el cuerpo; y que le ofrecemos no solo sus dones espirituales, sino tambien los corporales. Es evidente que el culto interno y externo de que acabo de hablar, es propio de Dios exclusivamente: á ninguna criatura se le pueden rendir los homenajes que son debidos únicamente á Dios: lo contrario seria caer en la idolatría; vicio condenado por la razon natural, y por la Sagrada Escritura, mucho antes de que le condenase el celo filosófico.

Pocas acusaciones habrá mas injustas, y que se hayan hecho mas de mala fe, que la que se dirige contra los católicos, culpándolos de idolatría por su dogma y prácticas en el culto de los santos. Basta abrir, no diré las obras de los teólogos, sino el mas pequeño de los catecismos, para convencerse de que semejante acusacion es altamente calumniosa. Jamás, en ningun escrito católico,

se ha confundido el culto de los santos con el de Dios: quien cayese en tamaño error, seria desde luego condenado por la Iglesia.

El culto que se tributa á los santos es un homenaje rendido á sus eminentes virtudes; pero estas son reconocidas expresamente como dones de Dios; honrando á los santos, honramos al que los ha santificado. De esta manera, aunque el objeto inmediato sean los santos, el último fin de este culto es el mismo Dios. En la santidad que veneramos en el hombre, veneramos un reflejo de la santidad infinita. Estas no son explicaciones arbitrarias, ni excogitadas á propósito para deshacerme de la dificultad: abra V. por donde quiera las *vidas* de los santos, las colecciones de panegíricos; oiga V. á nuestros oradores, á nuestros catequistas; en todas partes encontrará la misma doctrina que acabo de exponer. Otra observacion. La Iglesia ora en las fiestas de los santos: ¿y á quién dirige la oracion? Al mismo Dios. Note V. el principio de las oraciones: *Deus* qui=Omnipotens sempiterne *Deus*=Presta quæsumus *Omnipotens Deus* etc. etc.; lo mismo sucede en el final, el que siempre se refiere á una de las personas de la santísima Trinidad, ó á dos, ó á las tres como se está oyendo continuamente en nuestras iglesias.

No concibo qué es lo que se puede contestar á razones tan decisivas; y así no debo temer que continúe V. culpándonos de idolatría: aclaradas de este modo las ideas, es imposible insistir en la acusacion, si se procede de buena fe.

Voy pues á considerar la cuestion bajo otros aspectos, y en particular con relacion á la pretendida discordancia entre el culto de los santos y la sublimidad de las ideas cristianas sobre Dios y el hombre. La religion, al darnos ideas grandes sobre el hombre, no destruye la naturaleza humana; si esto hiciese, sus ideas no serian grandes, sino falsas.

Es un dicho comun entre los teólogos, que la gracia no destruye á la naturaleza; sino que la eleva, la perfecciona. La verdadera revelacion no puede estar en contradiccion con los principios constitutivos de la naturaleza humana. De esto resulta que la sublimidad de las ideas que la religion nos da sobre el hombre, no se oponen á las condiciones naturales de nuestro ser, aunque estas sean pequeñas. Nuestro grandor consiste en la altura de nuestro orígen, en la inmensidad de nuestro destino, en las perfecciones intelectuales y morales que debemos á la bondad del Autor de la naturaleza y de la gracia, y en el conjunto de medios que nos proporciona para alcanzar el fin á que nos tiene destinados. Pero este grandor no quita que nuestro espíritu esté unido á un cuerpo; que á mas de ser inteligentes seamos tambien sensibles; que al lado de la voluntad intelectual, se hallen los sentimientos y las pasiones; y que por consiguiente, en nuestro pensar, en nuestro querer, en nuestro obrar, estemos sometidos á ciertas leyes de las que no puede prescindir nuestra naturaleza. Seria de desear

que no perdiese V. de vista estas observaciones, que sirven mucho para no confundir las ideas y no emplear las palabras de sublimidad y grandor, en un sentido vago, que puede dar ocasion á graves equivocaciones, segun el objeto á que se las aplica.

Ya que la oportunidad se brinda, séame permitido observar que las ideas de grande y de infinito, se hacen servir para arruinar las relaciones del hombre con Dios. ¿Cómo es posible se dice, que un ser infinito se ocupe de un ser tan pequeño como somos nosotros? y no se advierte que el mismo argumento podria servir á quien se empeñase en sostener que no hay creacion, diciendo ¿cómo es posible que un ser infinito se haya ocupado en crear seres tan pequeños? Todo esto es altamente sofístico: las ideas de finito y de infinito, lejos de destruirse la una á la otra, se explican recíprocamente.

La existencia de lo finito prueba la existencia de lo infinito; y en la idea de lo infinito se encuentra la razon suficiente de la posibilidad de lo finito y la causa de su existencia. La relacion de lo finito con lo infinito constituye la unidad de la armonía del universo: en quebrantándose este lazo, todo se confunde; el universo es un caos.

Aclaradas las ideas sobre la verdadera acepcion de las palabras grande y sublime, cuando se las refiere á la naturaleza humana, examinemos si se opone á la sublimidad de las doctrinas cristianas el dogma del culto de los santos.

Una cosa buena, aunque sea finita, podemos quererla; una cosa respetable, podemos respetarla; una cosa venerable, podemos venerarla; sin que por esto nos resulte ninguna humillacion, indigna de nuestra *sublimidad*. Ahora permítame V. que le pregunte; si una virtud eminente, es una cosa buena, respetable y venerable; y si es así, como no cabe duda, creo que no habrá ningun inconveniente en que los cristianos rindan un tributo de amor, de respeto y de veneracion, á los hombres que se han distinguido por sus eminentes virtudes. Esta observacion podria bastar para justificar el culto de los santos; pero no quiero limitarme á ella, porque la cuestion es susceptible de harto mayor amplitud.

Mientras vive el hombre sobre la tierra, sujeto á todas las flaquezas, miserias y peligros que afligen á los hijos de Adan en este valle de lágrimas, nadie por perfecto que sea, puede estar seguro de no extraviarse del camino de la virtud: la experiencia de todos los dias nos da un triste testimonio de las debilidades humanas. Y hé aquí una de las razones porque el amor, el respeto y la veneracion, que nos merece el hombre virtuoso, aun mientras vive sobre la tierra, se le tributan con cierto temor, con alguna incertidumbre, aplicando á este caso el sapientísimo consejo de no alabar al hombre antes de la muerte. Pero cuando el justo ha pasado á mejor vida, y sus virtudes probadas como el oro en el crisol, han sido aceptas á la santidad infinita, y tiene asegurado para

siempre el precioso galardon que con ellas ha merecido, entonces el amor, el respeto y la veneracion que se deben á sus virtudes, pueden explayarse sin peligro; y hé aquí el motivo del culto afectuoso, tierno, lleno de confianza y de profunda veneracion, que rinden los cristianos á los justos que por sus altos merecimientos ocupan un lugar distinguido en las mansiones de la gloria.

No alcanzo, mi apreciado amigo, cómo puede haber falta de dignidad en un acto tan conforme á la razon, y aun á los sentimientos mas naturales del corazon humano; al mostrársenos una persona de gran virtud, la miramos con respetuosa curiosidad, y le dirigimos la palabra con veneracion y acatamiento; ¿y no podrán hacer una cosa semejante los pueblos cristianos, tratándose de hombres que á mas de sus eminentes virtudes, están íntimamente unidos con Dios en la eterna bienaventuranza? La virtud imperfecta será digna de veneracion, ¿y no lo será la perfecta, la que está ya premiada con una felicidad inefable? Quien honra á un hombre virtuoso lejos de humillarse se ensalza, se honra á sí mismo; y esto que es verdad con respecto á los hombres de la tierra, ¿no lo será de los hombres del cielo? Un poco mas de lógica, mi apreciado amigo, que la contradiccion es sobrado manifiesta: las *gentes sencillas* de que V. habla con *benignidad y compasion*, tienen en este punto mucha mas filosofía que V.

Hablando ingenuamente, no podia imaginarme que fuera V. tan delicado que no pudiese sufrir la

muchedumbre de imágenes y estatuas de santos de que están llenas las iglesias de los católicos. Creia yo, que si nó el interés de la religion, al menos el *amor del arte*, le habia de hacer á V. menos susceptible. Es cosa notada generalmente, tanto por los creyentes como por los incrédulos, la diferencia que va de la frialdad y desnudez de los templos protestantes al esplendor, á la vida, de las iglesias católicas; y precisamente, una de las causas de esta diferencia, se halla en que el arte inspirado por el catolicismo, ha derramado á manos llenas sus obras admirables en que ofrece á la vista y á la imaginacion los mas elevados misterios, y perpetúa con sus prodigios la memoria de las virtudes de nuestros santos, las inefables comunicaciones con que elevándose hasta Dios, presentian en esta vida la felicidad de la venidera.

Quiero ser indulgente con V.; quiero atribuir la dificultad que me propone á una distraccion, á un pensamiento poco meditado; sin esta indulgencia, me veria precisado á decirle á V. una verdad muy dura: que no tiene gusto, que no tiene corazon, si no ha percibido la belleza de que abunda en este punto la religion católica.

Extraño es que al combatir las costumbres del catolicismo con respecto á las imágenes de los santos, no haya advertido V. que se ponia en contradiccion con uno de los sentimientos mas naturales del corazon humano. ¿Cómo es posible que no haya V. descubierto aquí la mano de la reli-

gion, elevando, purificando, dirigiendo á un objeto provechoso y augusto, un sentimiento general á todos los países, á todos los tiempos? ¿Conoce V. algun pueblo que no haya procurado perpetuar la memoria de sus hombres ilustres, con imágenes, estatuas y otra clase de monumentos? ¿Y hay nada mas ilustre que la virtud en grado eminente, cual la tuvieron los santos? ¿Muchos de estos no fueron por ventura grandes bienhechores de la humanidad? ¿Se atreverá V. á sostener que sea mas digna de perpetuarse la memoria de los conquistadores que han inundado la tierra de sangre, que la de los héroes que han sacrificado su fortuna, su reposo, su vida en bien de sus semejantes, y nos han trasmitido su espíritu en instituciones que son el alivio y el consuelo de toda clase de infortunios? ¿Verá V. con mas placer la imágen de un guerrero que se ha cubierto de laureles, con harta frecuencia manchados con negros crímenes, que la de san *Vicente de Paul*, amparo y consuelo de todos los desgraciados mientras habitó sobre la tierra, y que vive aun y se le encuentra en todos los hospitales, junto al lecho de los enfermos, en sus admirables hijas las *hermanas de la caridad*?

Me dirá V. que no todos los santos han hecho lo que san *Vicente de Paul*, es cierto; pero no puede V. negarme que son innumerables los que no se han limitado á la contemplacion. Unos instruyen al ignorante, buscándole en las ciudades y en los campos; otros se sepultan en los hospi-

tales consolando, sirviendo con inagotable caridad, al enfermo desvalido; otros reparten sus riquezas entre los pobres, y se encargan en seguida de interesar á todos los corazones benéficos, en el socorro del infortunio; otros arrostran el albergue de la corrupcion, con el ardiente deseo de mejorar las costumbres de seres envilecidos y degradados; en fin, apenas hallará V. un santo en el cual no se vea un manantial de luz, de virtud, de amor, que se derramaba en todas direcciones, y á grandes distancias, en bien de sus semejantes. ¿Qué encuentra V. de poco racional, de poco digno, en perpetuar la memoria de acciones tan nobles, tan grandes y provechosas? ¿no han hecho lo mismo, cada cual á su manera, todos los pueblos de todos los tiempos y países? ¿le parece á V. que en esta obra se hallen mal empleados los prodigios del arte?

Quiero suponer que se trate de una vida deslizada suavemente en medio de la contemplacion, en la soledad del desierto ó en la práctica de modestas virtudes en la oscuridad del hogar doméstica; aun en este caso, no hay ningun inconveniente en que el arte se consagre á perpetuarlas en la memoria. ¿No vemos á cada paso cuadros profanos descriptivos de una escena de familia, ó que nos recuerdan una buena accion que nada tiene de heróica? La virtud, sea cual fuere, hasta en su grado mas ínfimo, ¿no es bella, no es atractiva, no es un objeto digno de ser presentado á la contemplacion de los hombres? Pero advierta

V. que las virtudes comunes no son objeto de culto entre los católicos; para que se les tribute este homenaje de pública veneracion, es necesario que sean en grado heróico, y que además reciban la sancion de la autoridad de la Iglesia.

Abandono con entera confianza estas reflexiones al buen juicio de V., y abrigo la firme esperanza, de que contribuirán á disipar sus preocupaciones, llamándole la atencion hácia puntos de vista en que V. no habia reparado. Siendo V. ardiente entusiasta de lo filosófico y bello, no podrá menos de admirar la filosofía y belleza del dogma católico en el culto de los santos. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXI.

Mi estimado amigo: me alegro que la carta anterior no le haya producido á V. una impresion desfavorable; y que no se niegue á reconocer la belleza y la filosofía que se encierran en el dogma católico, «presentado bajo este punto de vista.» No quiero sin embargo, que se atribuya al modo de presentar la cosa, lo que solo pertenece á la cosa misma. Para tomar este punto de vista que á V. le agrada, no he necesitado salir de la realidad, sino mostrar los objetos tales como eran; indicando las consideraciones á que brindaban las mismas dificultades que se me habian propuesto.

Se inclina V. á creer que para deshacerme de mi adversario, he procurado atacarle por el flanco mas débil; pero que he evitado el presentar el dogma en todo su conjunto. Ya no es V. enemigo de las imágenes de los santos en las iglesias, lo que quiere decir que ha dejado V. de ser iconoclasta. Ahora se ha refugiado en otra trinchera, y dice que, si bien no le parece mal que se perpetúe la memoria de las virtudes de los santos en cuadros y estatuas, y hasta se les

tribute en las funciones religiosas un homenaje de acatamiento y veneracion, no ve la necesidad de admitir esa comunicacion incesante entre los vivos y los muertos, poniendo á estos por intercesores en cosas que podemos pedir directamente por nosotros mismos. Añade V. que siendo uno de los caractéres principales del cristianismo el unir íntimamente al hombre con Dios, con union imperfecta en esta vida, y perfecta en la mansion de la gloria, debe tenerse por mas propio, mas digno, y sobre todo mas elevado, el que el hombre dirija por sí mismo sus plegarias á Dios, sin valerse de mediadores, y que no traslademos á las cosas del cielo las costumbres que tenemos acá en la tierra. Es una fortuna que sea V. quien propone la dificultad, fundándola en semejante principio; porque es bien seguro que si por una ú otra causa hubiese yo dicho que el hombre se habia de dirigir *inmediatamente* á Dios, me hubiera V. censurado porque sin consideracion á la pequeñez humana, salvaba yo la distancia que va de lo finito á lo infinito. De esta manera, siempre ven Vds. la sinrazon de nuestra parte: si nos levantamos muy alto, dicen que exageramos, que nos desvanecemos, que nos olvidamos de la pequeñez humana; si abatimos el vuelo, en consideracion á esta misma pequeñez, se dice que vamos arrastrando y que perdemos de vista la sublimidad de la humana naturaleza. Es preciso tener serenidad para sufrir con calma acusaciones tan opuestas; pero este es un sacri-

ficio que debemos hacer en obsequio de la causa de la verdad, la cual tiene derecho á exigirnos este y otros mucho mayores.

El dogma de que la invocacion de los santos es no solo lícita, sino tambien provechosa, puede sufrir como todas las verdades católicas, el exámen de la razon, sin peligro de salir desairado. Para fijar las ideas y evitar la confusion de las mismas, planteemos la cuestion en un terreno despejado. ¿Hay algun inconveniente en admitir que Dios oye las oraciones de los justos, cuando ruegan, nó para sí, sino para otros? Desearia que V. me dijese si á los ojos de una sana razon, no es esto muy conforme á todas las ideas que tenemos de la bondad y misericordia de Dios, y de la predileccion con que distingue á los justos. Si admite V. un Dios, y nó un Dios cruel que no cuide de las obras de sus manos y cierre sus oidos á las plegarias del infeliz mortal que implora su auxilio, debe V. admitir tambien que la oracion del hombre dirigida á Dios, no es una cosa vana, sino que puede producir y produce saludables efectos. Ahora bien; ¿hay cosa mas natural, mas conforme á la sana razon, mas acorde con los sentimientos de nuestra alma, que el rogar á Dios no solo para nosotros, sino tambien para los objetos de nuestro cariño? La madre que tiene en sus brazos á su tierno hijo, levanta los ojos al cielo implorando para él la bondad del Eterno: la esposa ruega por el esposo; la hermana por el hermano; los hijos por

los padres; y el anciano moribundo reune en torno de su lecho á su descendencia y extiende sobre ella su mano trémula, dándole su bendicion, y rogando al cielo que la bendiga. La oracion del hombre en favor de sus semejantes es una inclinacion innata en nuestro corazon; se la halla en todas las edades, sexos y condiciones, en todos tiempos y países; se la ve expresada á cada paso en el grito de la naturaleza que nos hace invocar á Dios al presenciar un peligro ajeno.

La comunicacion de las criaturas intelectuales en el seno de la divinidad, el recíproco auxilio que pueden prestarse con sus oraciones, es una tradicion universal del género humano; tradicion ligada con los sentimientos del corazon, mas íntimos y mas dulces; pintada por todos los historiadores, cantada por todos los poetas, inmortalizada en el lienzo y en el mármol por innumerables artistas; admitida por todas las religiones, expresada en todos los cultos con ceremonias solemnes. Recorred la historia de los tiempos mas remotos, consultad los poetas mas antiguos, escuchad las narraciones populares cuyo orígen se pierde en la oscuridad de los tiempos heróicos y fabulosos, examinad los monumentos y las bellezas orgullo de los pueblos mas cultos, siempre, en todas partes encontraréis el mismo hecho. Hay una guerra: la juventud de un pueblo está corriendo peligros en el campo de batalla; las esposas, los hijos, los padres de los combatientes, imploran sobre estos el auxilio

divino, ora en el retiro del hogar doméstico, ora en los templos públicos con solemnes sacrificios. Hay un viajero de quien hace largo tiempo no se han recibido noticias: su familia desolada teme que haya sido víctima de algun accidente funesto; pero abriga todavía alguna esperanza; quizás vaga solitario y perdido por tierras desconocidas; quizás juguete de las olas ha sido arrojado á playas inhospitalarias, ¿cuál es la inspiracion de aquella familia? levantar los ojos y las manos al cielo, orar, implorando la divina misericordia en favor de aquel desventurado. La historia, la poesía, las bellas artes son un no interrumpido testimonio de la existencia de este sentimiento, de esa firmísima creencia de que á los ojos del Altísimo son aceptas las plegarias que el hombre le dirige en favor de otro hombre.

Ahora bien, ¿hay algun inconveniente en que deseemos los unos las oraciones de los otros, aun de los que viven sobre la tierra? claro es que nó; de lo contrario seria preciso desechar todas las religiones, y hasta ponernos en contradiccion abierta con uno de los sentimientos mas tiernos, mas puros, que se abrigan en el corazon humano. No creo que la filosofía de V. llegue á un extremo tan deplorable; nó, no puede V. profesar una doctrina la cual ahoga el grito de la naturaleza, que resuena agudo y tierno al pié de la cuna, y se exhala apagado y fatídico en los umbrales del sepulcro. Nó, no puede V. profesar una doctrina que responde con la sonrisa de la duda

á la plegaria de la madre que ora por su hijo, de la esposa que ora por su esposo, del hijo que ora por su padre, del anciano que ora por su descendencia, del pobre socorrido que ora por su bienhechor, del amigo que ora por su amigo, de pueblos enteros que oran por los valientes que defienden la independencia de su país, ó llevan á países remotos el nombre de su patria bajo un pabellon victorioso.

Las consecuencias de lo dicho apenas necesito sacarlas; V. las habrá visto ya, y por cierto sin mucho trabajo. Segun nuestra doctrina, los santos son hombres justos que disfrutan en la gloria el premio de sus virtudes; ellos no necesitan orar para sí, pues que están exentos de todos los males y peligros, y han conseguido cuanto cabe desear; pero pueden orar por nosotros; si esto podian hacerlo en la tierra, ¿cuánto mas podrán hacerlo en el cielo? si los mortales oramos por otros mortales, ¿no podrian ó no querrian orar por nosotros, los que han conseguido una felicidad inmortal? Sus oraciones son aceptas á Dios de una manera particular, son un incienso agradable que humea incesantemente ante el trono del Eterno. Ellos vivieron como nosotros en esta tierra de infortunio, y no se han olvidado de nosotros. La Iglesia nos dice: «implorad la intercesion de los santos, rogadles que oren por vosotros; esto es lícito; esto es grato á los ojos de Dios; esto os será muy provechoso en vuestras necesidades.» Hé aquí el dogma. Si la

filosofía de V. le encuentra poco acorde con la razon natural, y los sentimientos del corazon humano, me compadezco de V. y de su filosofía, y no acierto á comprender los principios en que la funda. A decir verdad, espero que cederá V. gustoso á la luz de unas razones, á las cuales no veo que se pueda contestar nada sólido, ni siquiera especioso. En cuyo caso, no puedo menos de recordarle á V. la necesidad, tantas veces inculcada, de no proceder con ligereza en materias tan graves, y de reflexionar que en los dogmas mirados por la incredulidad con indiferencia y desprecio, se ocultan tesoros de sabiduría que se encuentran tanto mas profundos cuanto mas se los examina á la luz de la filosofía y de la historia. De V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXII.

Mi apreciado amigo: varios extremos contiene la carta de V. en contestacion á mi anterior, y entre ellos noto una indicacion en que sin poner en duda la verdad de la cita, manifiesta desear que le traslade los pasajes de Leibnitz donde habla en sentido favorable al dogma católico sobre el culto de los santos. No tengo en esto la menor dificultad. Hélos aquí. «Piensan los varones prudentes y piadosos, que no solo se ha de inculcar en el ánimo de los oyentes, sino tambien manifestar en cuanto sea posible por signos externos, la diferencia *inmensa é infinita* que hay entre el honor que se debe á Dios y el que se tributa á los santos: al primero le llaman los teólogos Latría, al segundo Dulía, desde san Agustin. Itaque censent viri pii et prudentes, dandam esse operam, ut omnibus modis discrimen *infinitum atque immensum* inter honorem, qui Deo debetur et qui sanctis exhibetur, quorum illum latriam, hunc duliam post Augustinum theologi vocant, non tantum inculcetur audientium ac discentium animis sed etiam externis signis, quoad licet, ostendatur» (Sistema teológico).

Por de pronto tiene V. reconocida por Leibnitz la diferencia de los cultos de Latría y de Dulía; diferencia que llama nada menos que *inmensa, infinita*; y es de advertir que confiesa haber tomado esos términos de los mismos teólogos. En cuanto á los varones piadosos y prudentes de que habla Leibnitz, puede V. ver cumplidos sus deseos en todos los escritos católicos, desde la obra mas magistral hasta el mas pequeño catecismo, desde la mas solemne funcion de la iglesia, hasta la mas leve ceremonia. Pero no se contenta el ilustre filósofo con lo que acabamos de ver; se propone defender completamente á los católicos, y lo hace de la manera siguiente: «En general se ha de tener por cierto que no se aprueba el culto de los santos y el de las reliquias, sino en cuanto se refiere á Dios, y que no debe haber ningun acto de religion que no se resuelva y *termine* en honor de Dios omnipotente. Así, cuando se honra á los santos, debe entenderse como se dice en la Escritura: *honrados han sido tus amigos ó Dios, y alabad á Dios en sus santos.* Generaliter tenendum..... neque cultum sanctorum aut reliquiarum probari, nisi quatenus ad Deum refertur, nullumque religionis actum esse debere, qui in honorem unius omnipotentis Dei non resolvatur ac terminetur. Itaque cùm sancti honorantur, hoc ita intelligendum est quemadmodum in Scriptura dicitur: *Honorificati sunt amici tui, Deus*; *et Laudate Dominum in sanctis ejus*» (Ibid.).

Mas abajo, combatiendo á los que acusan de

idolatría el culto de los santos, les recuerda la antiquísima costumbre de la Iglesia en celebrar las fiestas de los mártires, y las reuniones piadosas que en sus sepulcros se tenian desde los primeros siglos, y continúa con las siguientes observaciones sobre manera notables. «Es de temer que los que así piensan, abran el camino para destruir toda la religion cristiana; porque si desde aquellos tiempos prevalecieron en la Iglesia horrendos errores, se ayuda en gran manera la causa de los Arrianos y Samosatenos, que computan desde aquellos tiempos el orígen del error y defienden que se introdujo á un mismo tiempo el misterio de la Trinidad y la idolatría..... Dejo al juicio del lector el resultado que esto deberá traer. Los ingenios audaces llevarán mas allá sus sospechas, pues se admirarán que Jesu-Cristo que tanto prometió á su Iglesia, haya dejado campear hasta tal punto al enemigo del género humano, que destruida una idolatría, le haya sucedido otra; y de los diez y seis siglos apenas se halle uno ó dos en que se haya conservado bien entre los cristianos la verdadera fe; cuando vemos que la religion judaica y la mahometana, continuaron por muchos siglos bastante puras, conforme á la institucion de sus fundadores. ¿En qué lugar quedará entonces el dictámen de Gamaliel que decia deberse juzgar de la religion cristiana y de la voluntad de la Providencia, por el resultado? ¿qué pensaríamos del cristianismo, si no pudiese sufrir la prueba de esa piedra de toque? Verendum autem est ne qui

ita sentiunt viam aperiant ad omnem rem christianam convellendam, nam si jam ab illis temporibus horrendi errores in Ecclesia prævaluerunt, Arrianorum et Samosatenorum causa mirificè juvatur, qui originem erroris ab illis ipsis temporibus computant, atque obscurè defendunt Trinitatis misterium et idolatriam simul invaluisse..... Judicandum cuique relinquo quò res sit evasura; quinimò procedet ulterius suspicio audacium ingeniorum; mirabuntur enim Christum promissis tam largum erga suam Ecclesiam, tantum hosti generis humani indulsisse, ut, una idololatria profligata, succederet alia, et ex sedecim seculis vix unum aut duo sint in quibus, vera fides utcumque inter Christianos sit conservata, cum Judaicam ac Mahometicam religionem videamus tot seculis satis puram secundum fundatorum instituta perstitisse. ¿Quo igitur loco manebit consilium Gamalielis, qui de christiana religione et Providentiæ voluntate ex eventu judicandum dictitabat; aut quid de ipso christianismo judicabitur, si lapidem hunc Lydium parùm adeo sustineret?»

Las reflexiones de Leibnitz debieran ser tomadas en consideracion por cuantos verian con disgusto la extirpacion de los restos del cristianismo entre las sectas protestantes. Por desgracia, las previsiones de este grande hombre se van realizando en su misma patria, de una manera lastimosa. La Alemania está presentando en la actualidad un espectáculo deplorable: la disolucion de las ideas en materias religiosas ha llegado al últi-

mo extremo: ahora se coge el fruto de la semilla esparcida en otras épocas. Se creyó que se podian atacar los dogmas católicos y guardarse al mismo tiempo del escepticismo, conservando de la religion cristiana lo que bien pareciese á los falsos reformadores; el tiempo ha venido á frustrar estas esperanzas, de una manera cruel. Una lógica inflexible ha ido sacando las consecuencias de los principios establecidos; actualmente, el protestantismo no es ya mas que una vana sombra de lo que fué. La anarquía religiosa ha llegado á su colmo; el escepticismo está haciendo estragos en todas las clases de la sociedad; y una filosofía nebulosa y seductora, cuida de arraigarle mas y mas, difundiendo sus doctrinas panteistas, que en último resultado, no son otra cosa que un nuevo disfraz con que se presenta el ateismo para excitar menos repugnancia.

Otra indicacion me hace V. sobre la adoracion de las reliquias; aunque segun veo, lo que llevo dicho respecto al culto de los santos ha quebrantado mucho en el ánimo de V. la fuerza de esta última dificultad.

Es un sentimiento natural al hombre el extender su amor ó su veneracion á los objetos que se hallan inmediatos á la persona querida ó venerada. Conservamos con sumo cuidado las prendas que pertenecieron á personas que poseian nuestro afecto; y sucede con frecuencia que cosas de un valor insignificante lo tienen inmenso, cuando se las mide por las afecciones del corazon.

Los cuerpos de los difuntos han sido mirados siempre con una especie de respeto religioso; y las profanaciones de los sepulcros causan mas horror que el atrôpello de la habitacion de los vivientes. Todos los pueblos han respetado los sepulcros y los han puesto bajo el amparo de la religion; y además el cadáver de un hombre ilustre, ha sido considerado siempre como un tesoro de mucho valor digno de que se lo disputasen los pueblos, y tuviesen á dicha y orgullo la fortuna de poseerlo. Esta veneracion se ha extendido á todo cuanto le perteneciera. Su habitacion es conservada cuidadosamente y libertada de las injurias de los tiempos para que puedan visitarla las generaciones venideras; su traje, sus utensilios, sus muebles mas insignificantes, se enseñan como una preciosidad, y tienen una estimacion superior á todo precio. Santifique V. este sentimiento del género humano; purifíquele de cuanto puede mancillarle; llévele á un órden sobrenatural por su objeto y su fin, y tiene V. una explicacion filosófica del culto de las reliquias, y se libra de la necesidad de condenar á las gentes sencillas y no sencillas, que hacen por motivos religiosos, lo que hace, hasta en las cosas profanas, todo el género humano. Ya ve V. que donde se creyera sorprender misterios de supersticion, se encuentran los sentimientos mas tiernos y mas sublimes de nuestra alma, purificados, elevados, dirigidos por la religion católica.

Voy finalmente á contestar á la última pregun-

ta que V. me hace sobre la utilidad del culto de los santos, respecto á conservar y promover el espíritu religioso entre los pueblos. Teme V. que dándose al culto una direccion sobrado sensible, se pierda de vista el objeto principal, y se sustituyan á lo esencial de la religion, prácticas secundarias. Ante todo conviene advertir, que la Iglesia católica no es culpable de ciertos abusos en que puedan haber caido algunos fieles. Cuando V. me arguye en este sentido, lejos de debilitar el dogma católico y la santidad de las prácticas de la Iglesia, me suministra una nueva razon para defender esas prácticas y el dogma en que se fundan. La excepcion confirma la regla: no hubiera V. notado el abuso, si no fuera general el buen uso. Mucho antes que V. pensase en ello, habia tomado la Iglesia las convenientes precauciones para evitar todo linaje de abusos, enseñando á los pueblos el verdadero sentido de las doctrinas católicas, y amonestándolos de que en semejantes actos, procurasen conformarse al espíritu de la Iglesia y á sus venerables prácticas, con arreglo al ejemplo y enseñanza de sus legítimos pastores. Si V. insiste en que á pesar de esto ha habido algunos abusos, yo replicaré que esto es inevitable, atendida la condicion de la flaca humanidad; y le rogaré que me señale una verdad, una costumbre, una institucion, por puras y santas que sean, de que los hombres no hayan abusado repetidas veces. Dejando pues estas escepciones que nada prueban, sino la debilidad

humana, que por cierto no necesita ser probada de nuevo, vamos á la dificultad principal.

Tan lejos estoy de creer que pueda ser dañoso á la conservacion y fomento de la religion el que se ofrezcan objetos á la sensibilidad, que antes bien, lo considero útil y hasta necesario. El argumento de V. es de aquellos que por probar demasiado no prueban nada; pues que sacando las últimas consecuencias del culto puramente espiritualista que V. desea, llegaríamos á condenar todo culto externo. Si hay inconveniente en interesar la sensibilidad con el culto, será preciso desterrar de los templos toda insignia religiosa, la música y toda especie de canto; y no solo esto, sino arruinar los templos mismos, pues que están destinados á conmover al alma, por medio de la sensibilidad, con sus formas magníficas é imponentes. De esto resulta con toda evidencia, que no se puede admitir la teoría de V. sin condenar todo culto externo; por consiguiente, lo único que puede exigirse es que la sensibilidad no traspase sus límites, y se someta á las leyes que le imponga el verdadero espíritu religioso.

Es notable que el espíritu humano está sujeto continuamente á una accion y reaccion. Cuando se halla muy penetrado de una idea ó de un sentimiento, expresa su afeccion íntima con una forma sensible; y por el contrario, las formas sensibles ejercen sobre nuestro espíritu una reaccion misteriosa, excitando y aclarando las ideas, y avivando y enardeciendo los sentimientos. Hay aquí dos

movimientos que se ayudan recíprocamente: uno de adentro hácia fuera, otro de fuera hácia dentro: resultado natural de la íntima union del cuerpo con el espíritu, y expresion de la armonía establecida por el Criador entre dos seres tan diferentes, unidos íntimamente con un lazo misterioso.

En estos principios se funda la razon *filosófica* de la naturalidad y utilidad del culto externo. Naturalidad, en cuanto es muy natural al hombre expresar sensiblemente sus pensamientos y sentimientos; utilidad, en cuanto esas expresiones sensibles tienen la propiedad de aclarar y conservar los pensamientos, y excitar y enardecer los sentimientos. Ahora bien: presentada la cuestion bajo este punto de vista, se descubre á la primera ojeada la inmensa utilidad del culto de los santos. En él se despliegan los sentimientos mas naturales del corazon; se pone el hombre en comunicacion con la divinidad por medio de seres que fueron un dia frágiles como él, y que aun ahora, son de su misma naturaleza. Les habla su lenguaje, les cuenta sus penas, los interesa para que le ayuden en su desventura; y al darles gracias por algun favor conseguido, como que se propone hacerlos participantes de su dicha. Esto, sin dejar de ser muy puro y muy santo, acomoda en cierta manera la sublimidad de la religion á la flaqueza humana: los misterios mas altos se graban en la memoria con formas sensibles, y el cristiano encuentra en los santos, un dulce atractivo para la

devocion, y hermosos modelos de donde puede tomar reglas seguras para dirigir su conducta.

Estas consideraciones son suficientes para desvanecer las dificultades que le presentaban á V. los dogmas católicos bajo un punto de vista falso: por ellas se habrá V. convencido de que no confundimos lo principal con lo accesorio, ni lo esencial con lo accidental. Dios, ser infinito, orígen de todo, fin de todo, término final de todo culto; Jesu-Cristo, Dios y hombre, redentor del humano linaje, en cuyo nombre esperamos salvarnos; los santos, amigos de Dios, unidos con nosotros por el vínculo de la caridad é intercediendo por nosotros; el hombre compuesto de cuerpo y alma expresando sensiblemente lo que experimenta en su espíritu, y fomentando sus afecciones interiores con objetos sensibles; Dios, Jesu-Cristo, principales objetos de nuestro culto; los santos, objeto de nuestra veneracion en cuanto están unidos con Dios y con Jesu-Cristo Dios y hombre; hé aquí en resúmen las grandes ideas del catolicismo en materia de culto. Examínelas V. bajo todos los aspectos, y nada encontrará en ellas que no sea razonable, justo, santo, digno de una religion divina. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXIII.

Mi apreciado amigo: ya extrañaba yo que habiendo dado V. rienda suelta á su imaginacion para recorrer todo lo relativo á los dogmas cristianos, sin olvidarse de la moral y del culto, no me hubiese hablado de las comunidades religiosas, siendo estas una institucion predilecta en la Iglesia católica. Los incrédulos apenas saben mentar el catolicismo, sin permitirse algunos ataques contra las comunidades religiosas; y hablando ingenuamente, me ha sorprendido no poco el hallarle á V. tan moderado en este punto. No dudaba yo de que V. profesase principios de tolerancia y libertad, pero como la experiencia me ha enseñado que á esos principios de libertad y tolerancia no siempre se les da una rigurosa aplicacion, no estaba seguro de que no hiciese V. una excepcion en contra de las comunidades religiosas, poniéndolas, por decirlo así, fuera de la ley. Afortunadamente, he tenido el placer de engañarme; y ha sido para mí una particular satisfaccion el oir de boca de V. que aun cuando no profese las doctrinas católicas, ni se sienta inclinado á trocar el bullicio del mundo por el silencio y la soledad de

los claustros, no deja de comprender la posibilidad de que otros hombres se hallen en disposicion de ánimo muy diferente, y abracen con sinceridad y fervor un sistema de vida totalmente contrario á las ideas y costumbres mundanas.

Además, tambien veo con mucho gusto, que V. reconoce la necesidad y la justicia de dejar á cada cual en amplia libertad para abrazar la vida religiosa, en el modo y forma que bien le pareciere. Nada tengo que añadir á las siguientes palabras que encuentro en la apreciada de V. «Nunca he podido comprender en qué se fundan los sistemas restrictivos en lo tocante á la vida religiosa. Los que tienen dinero disfrutan amplia libertad de gastarle como mejor les agrada, y nadie se mete con ellos, aunque lo hagan lo mas alegremente del mundo; los aficionados á placeres los gozan sin mas restriccion que los límites de su bolsillo ó sus previsiones higiénicas; los amigos de festines los celebran cuando quieren sin que nadie se lo impida, aunque la algazara de los brindis y el ruido de la orquesta atruenen la vecindad; los que gustan de habitar en espléndidas moradas y lucir soberbios trenes, lo ejecutan sin mas formalidades que la de consultar las existencias de la caja ó la longanimidad de los acreedores; ni siquiera falta libertad para la corrupcion de costumbres, y las autoridades toleran el libertinaje bajo distintas formas; con tal que no se insulte al decoro público con demasiada impudencia. El pródigo derrama; el codicioso amontona; el inquieto se

agita ; el curioso viaja ; el erudito estudia ; el filósofo medita ; cada cual vive conforme á sus ideas, necesidades ó caprichos. Hay completa libertad para todo el mundo ; se forman compañías de comercio ; sociedades de fabricantes ó de operarios; asociaciones de fomento para este ú aquel ramo ; sociedades de beneficencia, de ciencias, de literatura, de bellas artes; ¿y no dejarémos en libertad á algunos individuos que creen hacer una obra buena, servir á Dios, ser útiles á sus semejantes, obedecer á una vocacion del cielo, reuniéndose bajo determinadas leyes, con tales ó cuales obligaciones, con este ó aquel objeto ? Le repito á V. que jamás he podido comprender esa peregrina jurisprudencia, que restringe una cosa que si no es buena, es ciertamente inofensiva. Alcanzo sin dificultad que cuando las comunidades religiosas contaban no solo con crecido número de individuos, sino tambien con mucha riqueza, violentásemos algun tanto en su contra los principios de tolerancia y libertad ; pero ahora, cuando los peligros de la dominacion monástica no son mas, hablando entre nosotros , que armas de partido para gritar y revolver; me parece sumamente injusto y hasta impolítico, el emplear una violencia opresiva que no conduce á nada. El espíritu de la época no es ciertamente favorable á los institutos monásticos; y me parece que el mundo está mas bien amenazado de ser disuelto por el amor de los goces positivos, que esterilizado y helado con el cilicio y los ayunos.» De esta manera me ha

evitado V. el trabajo de extenderme en reflexiones sobre este punto; expresando clara y brevemente lo mismo que sienten todos los hombres juiciosos, libres de un espíritu de rencorosa parcialidad. Voy pues á contestar rápidamente á las demás preguntas que se sirve V. dirigirme sobre las relaciones de los institutos religiosos con la religion misma y con la sociedad en general.

Desea V. que le aclare un tanto las ideas sobre la debatida cuestion de si los institutos religiosos son cosa tan esencial en la Iglesia, que no se los pueda combatir sin conmover los cimientos del catolicismo; pues que «la variedad que en este punto nos ofrecen la historia y la experiencia, da lugar á encontrados discursos y disputas interminables.» Nada mas fácil, mi apreciado amigo, que satisfacer en esta parte los deseos de V.; pues creo que con tal que se aclaren debidamente las ideas, no hay ni puede haber discursos encontrados, ni interminables disputas, ni cuestion de ninguna clase.

Son cosas esenciales en la Iglesia católica, la unidad en la fe, los sacramentos, la autoridad de los pastores legítimos, distribuidos en la conveniente gerarquía, todos bajo el primado de honor y de jurisdiccion del sucesor de san Pedro y vicario de Jesu-Cristo, el Romano Pontífice. Aquí no encuentra V. las comunidades religiosas; y si por un momento suponemos que han sido todas suprimidas sin quedar ni una sola sobre la faz de la tierra, la Iglesia permanece aun; vive con sus

dogmas, con su moral, con sus sacramentos, con su disciplina, con su admirable gerarquía, con su autoridad divina; esto es verdad, es cierto, indudable; y si en este sentido se quiere decir que las comunidades religiosas no son esenciales al catolicismo, se afirma una cosa muy sabida, que ningun católico niega ni puede negar. En cuyo caso, no hay disputa ni cuestion de ninguna especie. Prosigamos aclarando las ideas.

En la Iglesia católica hay la fe que nos enseña sublimes verdades sobre los destinos del hombre, unas terribles, otras consoladoras; hay la esperanza que nos levanta en sus alas divinas, y nos lleva hácia las regiones celestiales, inspirándonos fortaleza en las adversidades de un momento que sufrimos sobre la tierra, y comunicándonos una santa moderacion en la deleznable fortuna que tal vez nos sonrie, haciendo que la veamos en toda su pequeñez, en toda su volubilidad, cuando la comparamos con el bien eterno é infinito á que debemos aspirar; hay la caridad que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas, inclusos nosotros mismos, que nos hace amar á todos los hombres en Dios, y que por consiguiente nos inspira el deseo de ser útiles á nuestros semejantes; hay el Evangelio, donde, á mas de los preceptos cuyo cumplimiento es necesario para entrar en la vida eterna, se contienen los sublimes consejos de venderlo todo y darlo á los pobres, de llevar una vida casta como los ángeles en el cielo, de despojarse completamente de la propia voluntad, de abrazar

la cruz y seguir á Jesu-Cristo sin mirar hácia atrás; hay un Espíritu vivificante que ilumina los entendimientos, domina las voluntades, ablanda los corazones, transforma al hombre entero, y le hace capaz de resoluciones heróicas, que ni siquiera podria concebir la humana flaqueza. Todo esto hay en la religion cristiana; y ¿cuál es, cuál debe ser el resultado? Hélo aquí: algunos hombres no quieren limitarse al cumplimiento de los mandamientos divinos, y desean tomar por regla de su conducta, no solo los preceptos, sino tambien los consejos del Evangelio. Recordando las palabras de Jesu-Cristo en que recomienda la oracion en comun, y promete á los que así lo hagan, su asistencia de un modo particular; recordando las augustas costumbres de la primitiva Iglesia, en que los fieles vendian sus propiedades y llevaban su precio á los piés de los apóstoles; recordando lo muy agradable que es á Dios la virtud de la castidad, lo muy acepta que es á Jesu-Cristo la obediencia, pues que él se hizo obediente hasta la muerte; se reunen para animarse y edificarse recíprocamente; prometen á Dios observar las virtudes de pobreza, castidad y obediencia; ofreciéndole de esta manera en holocausto lo que el hombre tiene de mas caro que es la libertad, y precaviéndose al mismo tiempo, contra su propia inconstancia. Los unos se abandonan á las mayores austeridades; otros se entregan á incesante contemplacion; otros se dedican á la educacion de la niñez; otros á la instruccion de la juventud; otros

se consagran al ministerio de la divina palabra; otros al rescate de los cautivos; otros al consuelo y cuidado de los enfermos; y hé aquí los institutos religiosos. Sin ellos se concibe la religion; pero ellos son un fruto natural de la religion misma; nacen espontáneamente en el campo de la fe y de la esperanza, bajo el soplo vivificante del amor de Dios. Donde se plantea la religion allí aparecen; si se los arranca, vuelven á brotar; si se los destroza, sus miembros dispersos sirven de fecunda semilla para que resuciten bajo nuevas formas, igualmente bellas y lozanas.

Ya ve V., mi apreciado amigo, que mirada la cosa desde esta altura, desaparecen las cuestiones arriba indicadas. Preguntar si puede haber catolicismo sin comunidades religiosas, es preguntar si donde hay sol que esparce en todas direcciones el calor y la luz, si donde hay un aire vivificante, si donde hay una tierra feraz regada con abundante lluvia, puede faltar la vegetacion; preguntar si las comunidades religiosas pueden morir para siempre, es preguntar si los huracanes transitorios que devastan las campiñas, pueden impedir que la vegetacion renazca, que los árboles florezcan de nuevo y produzcan sus frutos; que los campos se cubran de mieses. Así nos lo enseña la historia, así nos lo atestigua la experiencia; querer un catolicismo que no inspire á algunos hombres privilegiados el deseo de abandonarlo todo por amor de Jesu-Cristo, de consagrarse á la meditacion de las verdades eternas y al bien de sus

semejantes; es querer un catolicismo sin el calor de la vida, es imaginarse un árbol endeble cuyas raices no penetran en el corazon de la tierra, y que se seca á los primeros ardores del verano, ó es arrancado fácilmente al soplo del aquilon.

Me pregunta V. lo que pienso sobre la utilidad social de las comunidades religiosas; y si creo que bajo este aspecto, se les pueda otorgar algun porvenir, atendido el espíritu y la marcha de la civilizacion moderna. Como una carta no permite la amplitud requerida por la inmensa cuestion suscitada con esta pregunta, me limitaré á dos puntos de vista que espero serán aprovechados por el talento y la ilustracion de V.

Bajo el aspecto histórico se puede establecer por regla general, que la fundacion de los diferentes institutos religiosos, á mas de su objeto cristiano y místico, ha tenido otro eminentemente social, y exactamente acomodado á las necesidades de la época. Si se estudia la historia de las comunidades religiosas teniendo presente esta idea, se la encuentra realizada en todos tiempos y países, de una manera asombrosa. El oriente y el occidente, lo antiguo y lo moderno, la vida contemplativa y la activa: todo ofrece abundantes materiales históricos que comprueban la exactitud de la observacion: en todas partes se la encuentra verificada con admirable regularidad (1).

Esto pienso sobre la historia de las comunida-

(1) Véase *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. Tom. 3.

des religiosas; no me es posible reproducir en una carta las razones y los hechos, en que fundo mi opinion; si tiene V. ocio bastante para dedicarse á esta clase de estudios, abandono con entera seguridad la cuestion al buen juicio de V. Ahora voy á presentar en breves palabras el otro punto de vista, relativo al porvenir de dichos institutos.

Como nosotros creemos que la Iglesia no perecerá, sino que durará hasta la consumacion de los siglos, estamos seguros tambien de que el divino Espíritu que la anima, no la dejará nunca estéril, y que la hará producir no solo los frutos necesarios para la vida eterna, sino tambien los que contribuyen á realzar su lozanía y hermosura. Las comunidades religiosas pues, durarán bajo una ú otra forma: ignoramos las modificaciones que esta podrá sufrir, pero descansamos tranquilos á la sombra de la Providencia.

Tocante á la utilidad social de las comunidades religiosas en el porvenir, la cuestion es para mí muy sencilla. ¿Pueden ser útiles á la civilizacion moderna grandes ejemplos de moralidad, el espectáculo de virtudes heróicas, de abnegacion y desprendimiento sin límites? ¿Tienen las sociedades modernas grandes necesidades que satisfacer? La educacion de la infancia, y muy particularmente la de las clases pobres, la organizacion del trabajo, el espíritu de asociacion para el fomento de los grandes intereses procomunales, las casas de expósitos, las penitenciarías, los establecimientos

de correccion, y toda clase de instituciones de beneficencia, ¿dejan de ofrecer problemas sumamente complicados, de presentar gravísimas dificultades, de necesitar el auxilio del desprendimiento, del amor de la humanidad desinteresado y ardiente? Ese desinterés, esa abnegacion, ese ardiente amor de la humanidad, solo pueden nacer de la caridad cristiana: esta puede obrar de infinitas maneras; pero el secreto para que su accion sea mas bien dirigida, mas enérgica, mas eficaz, es hacer que se personifique en algunas de esas instituciones que se sobreponen á las afecciones particulares, que viven largos siglos como un grande individuo, en el cual no figuran las personas, sino como en el cuerpo humano las moléculas que entran y salen incesantemente en el movimiento de la organizacion.

Repito que tengo viva esperanza en la utilidad social de las comunidades religiosas. En el porvenir de la civilizacion moderna, se me ofrecen como poderosos elementos de conservacion en medio de la destruccion que nos amenaza, como un lenitivo á crueles sufrimientos, como un remedio á males terribles. El egoismo lo invade todo; y yo no conozco medio mas eficaz para neutralizarle, que la caridad cristiana. Los hombres se reunen para ganar, y tambien para socorrerse por cálculo; yo deseo que se reunan además para auxiliarse con absoluto desprendimiento del interés propio, ofreciéndose en holocausto por el bien de sus semejantes. Esto hacen las comuni-

dades religiosas; y por esta razon, me prometo mucho de su influencia en el porvenir del mundo. No pueden ser inútiles, mientras haya salvajes y bárbaros que civilizar, ignorantes que instruir, hombres corrompidos que corregir, enfermos que aliviar, infortunados que consolar. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXIV.

Mi apreciado amigo: ha podido V. notar en mi carta anterior que exponia mis ideas con la mayor brevedad posible, y para esto tenia una razon especial que consistia en el temor de que el asunto se le hiciese pesado; pues que daba yo por cierto que las comunidades religiosas no habrian sido el objeto favorito de los estudios de V.; y que por consiguiente solo podria soportar algunas indicaciones rápidas en las que la memoria de los claustros no le hiciese perder el recuerdo del mundo. Ahora veo que su espíritu de V. va tomando una direccion algo mas seria; y no cree ya que objetos cuya historia ocupa largos siglos, y que de tal modo se enlazan con el desarrollo social de las naciones modernas, puedan ser conocidos con un estudio superficial, ni deban ser condenados con ocurrencias agudas. Al fin va V. penetrándose de la injusticia y frivolidad del método volteriano, que traduce sus dificultades en sarcasmos, y contesta á las razones mas sólidas con una sonrisa burlona. El error es mas tolerable cuando va acompañado de cierto amor á la razon y sentimientos de equidad. Mis observaciones so-

bre las comunidades religiosas le parecen á V. dignas de atencion; esto me basta; pues que mi objeto no era otro que excitar la curiosidad de V. por si lograba que algun dia estudiase á fondo estas materias con el detenimiento que su gravedad reclama. Mal podia lisonjearme de circunscribir esta cuestion á los reducidos límites de una carta; cuando estoy persuadido de que podria escribirse sobre este punto una interesante obra, y de no escasas dimensiones. Como quiera, ya que V. se empeña en continuar discutiendo, no tengo inconveniente en satisfacer sus deseos.

Considera V. los institutos religiosos bajo el aspecto de la severidad, pareciéndole esta un tanto excesiva, atendida la humana flaqueza; é innecesaria además para conseguir el objeto que los fundadores se proponian. Yo tengo sobre este particular convicciones muy diferentes; y para ello me fundo nó precisamente en el respeto debido á la sabiduría y santidad de aquellos ilustres varones, sino en razones nacidas de la naturaleza misma del corazon humano. Voy á exponerlas brevemente.

La vida religiosa aisla en cierto modo de los demás hombres al individuo que la profesa. Con los votos se rompen los lazos que le unen al mundo; la amistad y la familia desaparecen, en cuanto se opongan al objeto del instituto. El religioso es un hombre que aunque mora sobre la tierra, está enteramente consagrado á las cosas del cielo. La propiedad, ese poderoso vínculo que liga á los

individuos y á las familias, que los hace pegar por decirlo así á un lugar determinado, como se pega la planta á la tierra de donde recibe su vida, no existe para el religioso; no solo no la tiene, sino que se ha privado de la facultad de tenerla; por amor de Jesu-Cristo, se ha hecho pobre para siempre; se ha condenado á no poseer nada. Con el voto de castidad está privado de la familia; y con la vida comun, no puede tener aquellas relaciones domésticas que sustituyen en el corazon á las de la familia propia. La obediencia no le permite elegir el lugar de su habitacion; ni tampoco entregarse á sus ocupaciones predilectas. Es un hombre escepcional en todo; que en todo se mueve por reglas diferentes de las del comun de los hombres.

Este individuo, aislado de esta manera, sin mas contacto con el mundo que el que le permiten las prescripciones á que se halla sometido, no deja de ser hombre, no se ha convertido en ángel; tiene sus flaquezas, sus deseos, sus caprichos, abriga un corazon que late, que está sometido á las mismas impresiones que el de los que viven en medio del mundo. Lleno de juventud y de vida, su pensamiento vuela mas allá del recinto monástico; su corazon se dilata, necesita satisfacerse con algunos objetos, que si no los encuentra en su instituto, irá á buscarlos en otra parte. ¡Desgraciado, si aflojada la severidad de la disciplina religiosa, teniendo un pié en el claustro pone el otro en los umbrales del mundo; si quiere vi-

vir en dos elementos, á manera de anfibio que tan pronto se sepulta en las profundidades de un lago, como respira un aire que abrasa, en el ardor de los arenales! Los resultados no pueden menos de ser funestos: se establece una implacable lucha entre las influencias de elementos tan contrarios; el infortunado se halla sometido á la accion de dos fuerzas opuestas; su alma necesita dividirse en dos partes por decirlo así; su corazon sujeto á violentas alternativas de expansion y compresion, se rompe y destroza.

Entonces, resulta por necesidad un chocante desacuerdo entre el instituto y la conducta, entre las palabras y las obras: siendo el desórden tanto mas monstruoso, cuanto es mas vivo el contraste. Hé aquí una razon profunda de la severidad de los fundadores; hé aquí por qué lo que á primera vista pudiera parecer exageradamente riguroso, es altamente cuerdo y previsor. Un hombre sin propiedad, sin familia, sin libertad en sus actos, consagrado por voto á la práctica de las virtudes evangélicas, y que sin embargo se olvidase de sus deberes y reuniese en torpe mezcolanza el traje de la austeridad con la relajacion del mundo, seria un objeto repugnante.

Ahora bien, en el fondo del alma humana hay un caudal de actividad que se desplega con el ejercicio de diferentes facultades: el entendimiento, la voluntad, la imaginacion, el corazon necesitan pábulos en que cebarse; mientras el hombre vive, sus facultades viven con él; vano empeño

seria pretender ahogarlas; lo que conviene, es moderarlas, dirigirlas, subordinar á las mas nobles las menos nobles, procurar que la expansion y energía de aquellas, no permitan á estas traspasar los límites señalados por la razon y la moral. La indulgencia con las malas pasiones, con los instintos peligrosos, lejos de producir el *saludable desahogo* que V. se promete, levantarian en el corazon movimientos tempestuosos, y acabarian pronto con toda disciplina. La historia de la Iglesia nos ofrece repetidos ejemplos que confirman esta verdad, y justifican la prevision de los fundadores de los institutos religiosos. La naturaleza humana es tan débil, son tantos los pliegues de nuestro corazon, son tan varias é ingeniosas las ilusiones con que procuramos engañarnos, que la experiencia atestigua no estar de sobra ninguna precaucion cuando se trata de evitar abusos; mayormente, si es preciso extender la vista mas allá de la esfera individual y ocuparse de instituciones que han de vivir largos siglos. Esta consideracion me lleva naturalmente al exámen de lo que V. llama «*pequeñeces* que se pueden despreciar sin perjuicio de la disciplina.»

Todas las leyes, todas las instituciones aplicables á los hombres, necesitan á mas de su constitutivo esencial, fuertes preservativos contra la destructiva accion del tiempo y del contacto humano. El mundo moral, á semejanza del físico, está sujeto á un continuo flujo y reflujo de accion y reaccion. A todo lo que debe durar mucho tiem-

po, no le basta abrigar un poderoso principio de vida que rechace la corrupcion y la muerte de las regiones del corazon y de las vísceras indispensables á las principales funciones del organismo; es necesario que los preservativos se hallen á larga distancia del centro de la vida, en todos los puntos de la periferia, como centinelas avanzados que rechazan la corrupcion y la muerte, mucho antes que lleguen á entablar su lucha destructora, en los puntos mas delicados de la organizacion.

Eche V. una ojeada sobre las leyes sin observancia, sobre las costumbres corrompidas, sobre las instituciones políticas ó sociales que han perdido su fuerza; siga V. la historia de la decadencia de las cosas mejores; y notará que en el bien como en el mal hay en el mundo una ley por la cual se hacen los tránsitos de un extremo á otro, nó repentinamente, sino por una gradacion suave, y muchas veces imperceptible.

¿Por qué ha caido en desuso una ley utilísima, hasta el punto de que nadie repara en infringirla abiertamente? ¿Se comenzó por quebrantarla sin rebozo? De ninguna manera. Lo que se hizo fué principiar por el descuido de una formalidad, al parecer de poca importancia: la prescripcion de la ley quedaba cumplida; lo que se dejaba sin observancia era una cosa insignificante, puramente reglamentaria, que ni se hallaba en la mente del legislador, ni siquiera formaba parte de la ley. La rendija estaba abierta; el tiempo debia encargarse de ensancharla.

La ley, mientras estaba cubierta por la formalidad llamada insignificante, no se hallaba en contacto inmediato con las resistencias que encontraba en la ejecucion. La formalidad era una especie de cuerpo tupido y elástico, que quebrantaba el ímpetu de los choques, y no dejaba que saliesen lastimados los artículos de la ley. La formalidad ha desaparecido; los artículos se hallan descubiertos, desnudos; encontrando una resistencia, ellos tendrán que sufrir el roce ó el golpe; y será mas fácil que se los lastime. Y esa resistencia mas ó menos fuerte, la encuentra toda ley; porque la ley seria inútil, si no tuviese por objeto el restringir en algo la libertad, el oponerse á fuerzas que quieren extralimitarse.

¿Qué sucede en tal caso? Antes, se luchaba con la formalidad, ahora se lucha con el mismo texto de la ley: su letra está terminante; pero su espíritu, cosa de suyo algo vaga, se presta á interpretaciones favorables. El legislador dijo esto; no cabe duda; pero su mente no podia ser tan rígida; las circunstancias han variado notablemente; y además, el caso de que se trata *hic et nunc*, es de tal naturaleza, que si el legislador pudiera ser consultado, se pondria de parte de la interpretacion benigna. Tambien se ha de tener presente que el artículo á cuya letra se quiere faltar, es de los menos importantes; si se tratase de alguno fundamental, ya seria otra cosa; entonces se observarian con todo rigor la mente y la letra. La transaccion se ha consumado, mi apreciado amigo,

el artículo de la ley es quebrantado; la rendija se ha convertido en un anchuroso boqueron; bien pronto entrarán por él cuantos deseen marchar á su objeto por el camino mas corto; con el tránsito continuo la abertura se hará mas espaciosa, y la ley sin ser derogada, quedará anulada completamente. La infraccion habia comenzado por una formalidad insignificante, y el resultado ha sido quedar reducida la pobre ley á una insignificante formalidad; porque, tales somos los hombres; cuando hay algo que contraría nuestras pasiones ó intereses, atropellamos por todo, rompiendo primero las formas, destruyendo despues el fondo mas íntimo de los objetos; pero cuando los intereses y las pasiones pueden ya obrar holgadamente sin encontrar ninguna resistencia, entonces nos acordamos de alguna formalidad inofensiva, la ponemos en práctica, y con la mayor seriedad del mundo nos hacemos la ilusion de que observando la formalidad, observamos todavía la difunta ley.

La historia de la infraccion de las leyes, es la historia de la corrupcion de las costumbres, de la decadencia de las instituciones mas robustas, de la degeneracion de las cosas mas santas. Nuestro corazon es profundamente sagaz; somos mas hipócritas con nosotros mismos, que con los otros. Las arterías que empleamos para engañarlos á ellos, no tienen comparacion ni en número ni en calidad, con las que inventamos y practicamos para engañarnos á nosotros mismos.

Toda ley, toda institucion, deben estar rodeadas de fuertes preservativos. La habilidad del legislador, del fundador ó del institutor, se manifiestan en el modo con que ha sabido tomar las avenidas por donde su obra debia recibir los ataques de las pasiones y flaquezas humanas. Una ley puede ser muy severa, estar acompañada de una sancion terrible, y sin embargo no servir para su objeto, y estar segura de ser luego quebrantada; así como otra, muy suave en el fondo, puede estar combinada tan sabiamente, rodeada de tan oportunos preservativos, que se estrellen en ellos los ataques mas impetuosos, y posea fuerza bastante para triunfar de las mayores resistencias.

A la luz de estas observaciones, comprenderá V. sin dificultad, la dilatada prevision encerrada en las *minuciosidades* que le escandalizan á V. En general, los fundadores de los institutos religiosos se distinguieron no solo por su santidad, sino por un profundo conocimiento del corazon humano. No pocos entre ellos, habrian sido excelentes legisladores. Tan distante me hallo de tener por excesivas las precauciones que á V. le parecen tales; que por el contrario, creo no se los pudiera culpar, y antes bien alabar, si las hubiesen tomado mayores. La accion del tiempo y el fuego de las pasiones humanas ejercen de continuo un roce destructor, que muchas veces no ha menester choques violentos para acabar con las cosas mas robustas. Juzgue V. lo que sucederia, si no se

hubiesen tomado á tiempo las precauciones convenientes.

No comprende V. la razon «del cúmulo de obligaciones con que se hallan abrumados algunos institutos religiosos:» siendo esta una objecion general, solo se le puede contestar con reflexiones generales. Una de estas, y que me parece decisiva, la tengo ya indicada anteriormente. La actividad, y sobre todo en individuos aislados, necesita un pábulo continuo. La llama de la vida, ha de consumir algo; si la dejamos encerrada, ociosa, en nuestro interior, nos devora á nosotros mismos. Sin mucha ocupacion, sin multiplicadas prácticas, ¿cómo se llena la vida de un solitario? ¿cómo se evita que se levanten en su corazon formidables borrascas, ó que sucumba bajo el peso de un tedio insoportable? Estas consideraciones son bastantes para desvanecer las prevenciones de V. contra lo que apellida «exagerado misticismo de algunos institutos religiosos;» pero como este último punto es de la mas alta importancia, quiero someter al buen juicio de V. otras reflexiones que me parecen dignas de atencion.

Es un hecho fundamental, constantemente observado, que la actividad de nuestras facultades gasta de un fondo comun, y que el aumento de fuerza en las unas, suele llevar consigo disminucion en las otras. No es posible tener en muchos sentidos un mismo grado de actividad; y de aquí ha nacido el proverbio de las escuelas; «pluribus intentus minor est ad singula sensus.» Cuando

las facultades animales tienen un gran desarrollo, las intelectuales y morales padecen debilidad; y por el contrario, cuando la parte superior del hombre, el entendimiento y la voluntad, se desenvuelven con grande energía, las pasiones se enflaquecen y pierden su imperio sobre la conducta. Los grandes pensadores se han distinguido casi siempre por su alejamiento de los placeres de la vida; y los hombres entregados á la sensualidad, rara vez se distinguen por la elevacion de sus pensamientos. Quien está dominado por pasiones brutales, pierde aquella delicadeza de sentimientos que hace percibir inefables bellezas, en el órden moral y hasta en el físico; y un continuado ejercicio de sentimientos esquisitos y puros, que saliendo de la esfera de la sensibilidad comun, parecen tocar á las regiones de un mundo ideal, se opone al desarrollo de las pasiones groseras, que lastiman el alma arrastrándola por un lodazal inmundo.

Ya habrá V. comprendido á dónde voy á parar con estas observaciones; me propongo nada menos que defender el misticismo en el terreno de la filosofía, y manifestar la utilidad de que se le desenvuelva fuertemente en los institutos religiosos. La imaginacion necesita espectáculos en que pueda saborearse; el corazon ha menester de objetos que exciten su amor; si no se le ofrecen en el terreno de la virtud, irá á tomarlos en el del vicio; y la llama no dirigida hácia Dios, se enderezará hácia las criaturas. ¿Le parece á V. que un

corazon como el de santa Teresa de Jesus, podia vivir sin amar? Si no se hubiese consumido con la llama purísima del amor divino, se hubiera abrasado con el fuego impuro del amor terreno. En vez de un ángel que excita la admiracion de los mismos incrédulos que han leido por casualidad alguna de sus páginas admirables, tal vez hubiéramos tenido que deplorar los extravíos de una mujer peligrosa, trasladando al papel sus pasiones, con caractéres de fuego.

Chateaubriand hablando de san Gerónimo ha dicho con profunda verdad: «aquella alma de fuego necesitaba de Roma ó del desierto.» ¡A cuántas y cuántas almas no pudiera aplicarse el pensamiento del ilustre poeta! El gran corazon de san Bernardo, ¿qué hubiera hecho de su sensibilidad, si no hubiese encontrado un inmenso pábulo en las cosas divinas? Aquella actividad inagotable, que atendia á las ocupaciones de religioso, á las de consejero de reyes y papas, y caudillo de un movimiento europeo que lanzaba el occidente sobre el oriente, ¿en qué se hubiera cebado, si desde sus primeros años no hubiese tenido un objeto infinito, Dios?

Hago estas indicaciones con la rapidez que exige la brevedad de una carta; V. podrá fácilmente desenvolverlas aplicándolas á muchos personajes y á varias situaciones de la historia de la Iglesia en todos los siglos. No todos los hombres son como san Gerónimo y san Bernardo; pero todos necesitan ocuparse y amar. Si no se ocupan bien, se

ocupan mal; el ocio, no suele ser otra cosa que la práctica del vicio. Si no se ama lo bueno, se ama lo malo; si no arde en nuestro pecho la llama que purifica, arde la llama que afea. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XXV.

Mi estimado amigo: no me parece de mal agüero la disposicion de ánimo que manifiesta V. en su última apreciada; pues aunque duda todavía de que la religion cristiana sea verdadera, desearia que lo fuese; es decir, que comienza V. á sentirse inclinado en favor de la religion: cuando se ama un objeto considerado siquiera como puramente ideal, ya no es tan difícil creer en su existencia; de la propia suerte que el odio á una realidad molesta, produce deseos de negarla. El fiel que aborrece la verdad religiosa, está ya en el camino de la incredulidad; el incrédulo que la ama, está en el camino de la fe.

Se ha dicho con profunda verdad, que nuestras opiniones son hijas de nuestras acciones; esto es, que nuestro entendimiento se pone con mucha frecuencia al servicio del corazon. Conserve V. pues, mi estimado amigo, esas disposiciones benévolas hácia las verdades religiosas; déjese V. llevar de esa inclinacion suave que «en medio del escepticismo le causa con frecuencia la ilusion de que es un verdadero creyente;» ya que ha tenido la fortuna de no dudar de la Providencia, viva V.

persuadido de que esta Providencia es quien le conduce: en su mano todopoderosa están los entendimientos y los corazones; V. perdió la fe siguiendo las extraviadas inspiraciones de su corazon; Dios quiere volverle á la fe por inspiraciones del mismo corazon. Comience V. por amar las verdades religiosas, y bien pronto acabará por creer en ellas. Solo piden ser vistas de cerca, no ser miradas con aversion; si llegan á ponerse en contacto con una alma sincera, están seguras de triunfar. El divino Espíritu que las anima, les comunica un santo atractivo á que nada resiste, sino los corazones empedernidos.

Al lado de esta disposicion de ánimo que me llena de consuelo y esperanza, he visto con alguna extrañeza, una de las razones que le impiden salir del escepticismo, y que V. con admirable serenidad, apellida muy poderosa. «La regularidad de las leyes que gobiernan al mundo, y que tan visible se nos ofrece en todos los fenómenos sometidos á nuestra experiencia, le inspiran á V. una especie de aversion á todo lo extraordinario; haciéndole temer que todo cuanto sale del órden comun, aunque sea muy bello y muy sublime, deba limitarse á las regiones de la poesía. Recela V. que haya desacuerdo entre la realidad y esas bellas creaciones de fantasías fecundas y sentimientos sublimes; por mas que sea V. amigo de la poesía no puede resignarse á trocarla por la filosofía, siquiera se presente esta última con traje prosáico.» Tampoco quiero yo cambiar la rea-

lidad por ninguna ilusion, aun cuando fuese la mas bella que cabe en humana fantasía; tambien amo la verdad, siquiera se presente con traje prosáico; pero no comprendo que esta verdad haya de encontrarse siempre como V. indica «en lo ordinario, en lo comun, en lo que no llama la atencion con apariencias prodigiosas, ni excita admiracion y entusiasmo; pero que en cambio es muy real, muy positivo, y sigue su camino con uniforme regularidad.» No tengo inconveniente en que «á los ruidos nocturnos que imaginaciones poéticas ó asustadas se complacerian en atribuir á seres misteriosos, prefiera V. encontrarles la causa en el viento, en la lluvia, en el chirrido de aves inocentes, que no esperaban verse trocadas en genios maléficos;» pero cuando animado con esa filosofía *positiva*, sale V. al encuentro de los creyentes, y exclama «lo ordinario, lo ordinario; lo demás está poco de acuerdo con el espíritu filosófico;» dudaba si la carta que estaba leyendo era de una persona tan ilustrada como V.; sentia entonces un vivo deseo de vengarme, y espero que podré realizarlo á cumplida satisfaccion.

Ante todo séame permitido observar que el no creer en cosas extraordinarias, no siempre es signo seguro de mucha filosofía. Esta incredulidad puede nacer de ignorancia; en cuyo caso, es dura, tenaz, poco menos que invencible. En la conversacion con gentes poco instruidas y un tanto orgullosas, se nota este fenómeno de una manera chocante. Como los infelices han oido repetidas

veces que en el *mundo hay muchos engaños*, y que se *cuentan grandes mentiras*, toman esa vulgaridad por un excelente criterio, y le aplican desapiadadamente á cuanto se aparta del órden comun. No tengo necesidad de protestar de que en el número de estos ignorantes no cuento á mi ilustrado adversario; pero como V. insiste tanto en hermanar la filosofía con lo ordinario y lo *comun*, no he podido resistir á la tentacion de recordar un hecho, que me ha llamado la atencion repetidas veces.

Pascal ha dicho con mucha verdad que hay dos clases de ignorantes; los que lo son completamente, y los que solo pueden llamarse tales, porque habiendo llegado al mas alto grado de sabiduría tienen un claro conocimiento de su propia ignorancia. Este dicho es aplicable en algun modo á la incredulidad en cosas extraordinarias. Los verdaderos sabios tienen en este punto una incredulidad templada por la razon, y sometida siempre á las condiciones de posibilidad, que les ha enseñado la observacion ó la luz de la ciencia. En general, puede asegurarse, que estos hombres son incrédulos con alguna timidez, y que no pocas veces propenden á creer lo extraordinario. Cuando se penetra en los abismos, tanto del mundo físico, como del intelectual y moral, son tales las profundidades que se descubren, son tantos los misterios que se ven divagar entre las sombras atravesadas con algunas ráfagas de luz, que los grandes pensadores, los que se han acercado al

borde de aquellos abismos contemplando sus profundidades insondables, apenas encuentran nada de que se atrevan á decir, esto no ha sido, esto no será, esto es imposible. Semejantes hombres no se espantan de la palabra *extraordinario*, porque en los fénomenos en apariencia mas ordinarios, descubren un conjunto de cosas extraordinarias: ó hablando con mas exactitud, un conjunto de cosas tanto mas incomprensibles, cuanto son mas ordinarias.

La incredulidad de los ignorantes cuando se trata de cosas extraordinarias, es sumamente curiosa. Si oyen hablar de un fenómeno poco comun ó de una ley de la naturaleza que ofrezca algo sorprendente, aplican su soberano criterio: «en el mundo hay muchos engaños; á mí no se me hace creer eso;» y menean tontamente la cabeza, con un aire de satisfaccion indecible.

Ya ve V. que no soy demasiado indulgente con los enemigos de lo extraordinario; pero ya que estas observaciones no son aplicables á una persona como V.; voy á entrar en otra clase de consideraciones sobre lo ordinario y extraordinario, sin salir nunca del terreno de los hechos.

V. no admite que Dios haya hablado al hombre, y prefiere explicar las tradiciones del género humano por el método ordinario de las ilusiones, de las imposturas, de la prevision de los legisladores, de las necesidades sociales, etc. etc. Todo esto es muy ordinario, y por lo mismo le deja á V. muy satisfecho. Ahora bien; ¿quiere V. que yo en-

cuentre en la raíz de esto mismo una cosa muy extraordinaria, que todos los filósofos del mundo no serán capaces de explicarme? Héla aquí. ¿Quién ha enseñado á hablar á los hombres? Hasta el fin del mundo, le doy á V. tiempo para contestarme á la pregunta, si no quiere apelar á medios extraordinarios. No necesito repetir aquí lo que V. sabe tan bien como yo, sobre la opinion de los filósofos mas eminentes respecto á la imposibilidad de que los hombres hayan inventado el lenguaje. Tenemos pues que el género humano ha recibido este don ¿de quién? nó ciertamente de los seres mudos que le rodean; hénos aquí pues al hombre comunicándose con un ser superior, y recibiendo de este la palabra. Esto no es de lo que V. llama ordinario y comun; pero desgraciadamente para los incrédulos, es absolutamente necesario.

Otra cosa extraordinaria. ¿De dónde ha salido el hombre? admite V. la narracion de Moisés? Si la admite ¿qué dificultad tiene V. en que Dios que cria al hombre, que le enseña, que le habla una vez, le hable y le enseñe otras muchas? Lo extraordinario no se halla menos en un caso que en otro. Si no admite V. la relacion de Moisés pregunto nuevamente. ¿De dónde ha salido el hombre? ¿De las entrañas de la tierra y repentinamente? Hé aquí una cosa bien extraordinaria. ¿Por qué una vez nacido, ha podido propagarse? Hé aquí otra cosa no menos extraordinaria. ¿Se ha formado por un desarrollo sucesivo, pasando por diferentes grados en el órden animal, de manera

que los ascendientes de Bossuet, Newton y Leibnitz, sean ilustres monos que á su vez hayan descendido de réptiles terrestres ó de monstruos acuátiles, basta bajar al ínfimo grado de los vivientes? Todas estas cosas, creo que no dejarian de ser bastante extraordinarias; y ello es cierto sin embargo, que es preciso admitir la narracion extraordinaria de Moisés ú otra semejante, ó bien apelar á las apariciones repentinas ó á las transformaciones sucesivas, cosas todas muy extraordinarias.

El orígen del mundo encierra algo, que tampoco puede entrar en el cauce de los acontecimientos ordinarios. Apele V. al sistema que quisiere: á Dios ó al caos, á la historia ó á la fábula, á la razon ó á la fantasía; poco importa para la cuestion presente; el problema del orígen de las cosas está aquí: ni la existencia ni el órden de las mismas, pueden explicarse sin algo extraordinario.

Hablando ingenuamente, siento verme obligado á emplear esa clase de argumentos para convencer á quien ha estudiado las ciencias naturales. La naturaleza toda ¿qué es sino un inmenso misterio? ¿Ha meditado V. alguna vez sobre la vida? ¿Ha comprendido ningun filósofo en qué consiste esa fuerza mágica, que anda por caminos desconocidos, que obra por medios incomprensibles, que mueve, que agita, que hermosea, que produce dulcísimos placeres y causa tormentos insoportables; que se encuentra en nosotros y

fuera de nosotros, que no se halla cuando se la busca, que ocurre cuando no se piensa en ella; que se propaga al través de la corrupcion, que se enciende y se apaga sin cesar en innumerables individuos; que revolotea como una llama imperceptible, en las regiones de la atmósfera, en la faz y en las entrañas de la tierra, en la corriente de los rios, en la superficie y profundidades del océano? ¿No hay aquí un misterio, y misterio incomprensible? ¿No ve V. aquí, no siente algo que no cabe en esa *cosa ordinaria*, que V. quiere confundir con la filosofía?

La electricidad, el galvanismo, el magnetismo, ofrecen ciertamente fenómenos extraordinarios. ¿Los negaremos por no comprenderlos? ¿Y nos haremos la ilusion de que los comprendemos, solo porque algunos de sus efectos se ofrecen á nuestros sentidos? Al fijar la consideracion en esos arcanos de la naturaleza ¿no se halla V. poseido de un profundo sentimiento de asombro? ¿no se ha preguntado V. alguna vez, ¿qué hay tras de ese velo con que la naturaleza cubre sus secretos? ¿no ha sentido V. desaparecer esa pequeña filosofía que clama: *lo ordinario, lo ordinario*? ¿no ha sentido V. la necesidad de reemplazarla con el pensamiento sublime, de que todo es extraordinario? En lugar de ese sentimiento pequeño, que confunde al filósofo con el vulgo, y que le comunica una miserable incredulidad por las cosas extraordinarias ¿no ha experimentado V. una secreta inclinacion á ver en todas partes el sello de lo extraordinario?

En una noche serena cuando el firmamento se despliega á nuestros ojos como un manto azul tachonado de diamantes, fije V. la vista en aquel sublime espectáculo. ¿Qué hay en aquellas profundidades; qué son aquellos cuerpos luminosos que durante largos siglos brillan en la inmensidad del espacio, y siguen su majestuosa carrera con una regularidad inefable? ¿Quién ha extendido esa faja blanquecina llamada por los astrónomos via láctea, y que en realidad es una zona inmensa, cuajada de cuerpos cuyo volúmen y distancias no caben en nuestra imaginacion? ¿Qué hay en esos espacios infinitos donde el telescopio descubre cada dia nuevos mundos; en esos espacios cuyos umbrales se hallan á una distancia de que no alcanzamos á formarnos idea? Las estrellas mas cercanas ofrecen á nuestros ojos, nó su situacion actual, sino la que tuvieron hace largos años. Unas 55660 leguas de 20000 piés, recorre la luz cada segundo; y no obstante se ha calculado que la mas cercana de las estrellas no puede hacer llegar hasta nosotros su rayo luminoso, sino en el término de diez años; ¿qué sucederá con las mas distantes? Lo que está sucediendo en las *Nebulosas*, las revoluciones que se están operando en aquellas profundidades sin fin, ¿no le parece á V. que se explicarian perfectamente con la pequeña fórmula de lo *ordinario*?

Los hombres mas grandes han sido religiosos, y no es de extrañar: en el mundo físico como en el moral, se encuentran tanto grandor, tan augus-

tas sombras, tanto manantial de elevados pensamientos, de inspiraciones sublimes, que el alma se siente profundamente conmovida, y descubre por todas partes una especie de solemnidad religiosa. La claridad es la excepcion, el misterio es la regla; la pequeñez está en alguna que otra apariencia; en el fondo de las cosas hay un grandor que excede toda ponderacion. Ese grandor, ese misterio, no los sentimos porque no meditamos; pero tan pronto como el hombre se concentra y reflexiona sobre ese conjunto de seres en cuya inmensidad se halla sumergido, y piensa en esa llama que siente arder dentro de sí propio, y que es en la escala de los seres como una ligera chispa en un océano de fuego; se siente sobrecogido por un sentimiento profundo, en que el orgullo se mezcla con el abatimiento, el placer con el espanto. Oh! entonces es bien pequeña esa filosofía que habla de lo *ordinario*, de lo *comun*, y que tiene un ridículo horror á todo lo que sea extraordinario ó misterioso. Pues qué? ¿todo cuanto nos rodea, todo cuanto existe, todo cuanto vemos, todo cuanto somos, es por ventura otra cosa que un conjunto de asombrosos misterios?

Dispénseme V. mi apreciado amigo, si se me ha ido la pluma, y me he olvidado algun tanto de que lo que escribia era una carta. Sin embargo, no me podrá V. acusar de que me haya lanzado á mundos imaginarios; no he salido de la realidad. V. me ha provocado inculcándome la necesidad de atenernos á lo *ordinario, á lo comun, á lo llano*;

dejándonos de cosas extraordinarias y misteriosas; me he visto precisado á interrogar al universo, nó al ideal, nó al ficticio, sino al real, al que tenemos á nuestra vista; y no tengo yo la culpa si este universo, si esta realidad, es tan grande, tan misteriosa, que no se la pueda contemplar sin un arrebato de entusiasmo.

Déjenos V. creer en cosas extraordinarias; con esto no contradecimos la verdadera filosofía, sino que estamos de acuerdo con sus mas altas inspiraciones. El que no crea, el que no esté satisfecho de los motivos de credibilidad que ofrece nuestra religion augusta, opónganos si quiere dificultades contra la verdad de nuestras doctrinas; pero guárdese de echarnos en cara la creencia en misterios incomprensibles, y de acusarnos por esto de poca filosofía; porque, entonces mejora indudablemente nuestra causa; el incrédulo se confunde con el vulgo; y están de parte del católico los filósofos mas eminentes. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

FIN.

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PÁGS.

CARTA PRIMERA.

CARTA II.

CARTA III.

CARTA VI.

CARTA VII.

CARTA VIII.

CARTA IX.

CARTA X.

CARTA XI.

CARTA XII.

CARTA XIII.

CARTA XIV.

CARTA XV.

CARTA XVI.

CARTA XVII.

CARTA XVIII.

CARTA XIX.

CARTA XX.

CARTA XXI.

CARTA XXII.

CARTA XXIII.

CARTA XXIV.

CARTA XXV.

FIN DEL ÍNDICE.